Disney
¿Y si Anna y Elsa nunca se hubieran conocido?
Frozen
UN GIRO INESPERADO
JEN CALONITA

Índice

Portada
Portadilla
Dedicatoria
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro

Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Frozen

UN GIRO INESPERADO

Jen Calonita

LIBROS Disney

Para mis cómplices, amantes de Frozen*, Joanie Cook y Kristen Marino*

J. C.

CAPITULO UNO
Elsa

—¡Su Alteza Real, la princesa Elsa de Arendelle!

Elsa salió de la sombra de sus padres y quedó bajo el sol. Los habitantes la esperaban, y recibieron con una estruendosa ovación su presencia en la plaza del pueblo. Debía de haber cientos de súbditos reunidos, jóvenes y ancianos, ondeando las banderas con el escudo de la familia real, lanzando flores y vitoreando. Los más pequeños estaban subidos a hombros de sus padres, los demás estaban de pie sobre los carruajes o se asomaban por las ventanas cercanas al lugar. Todo el mundo quería ver de cerca a la princesa. Sus padres acostumbraban a interactuar con los habitantes de su reino, pero, a sus dieciocho años, hasta hacía poco no había sido invitada a acompañarlos a los actos oficiales.

A decir verdad, prefería seguir viviendo su vida a la sombra, pero el deber la llamaba.

—¡Bienvenida, princesa Elsa! —exclamaba la gente.

Elsa y sus padres estaban de pie sobre una plataforma elevada que había sido construida para el evento y desde la que se divisaba el enorme patio situado afuera de las puertas del castillo. La plataforma le ofrecía unas vistas privilegiadas, pero, a la vez, hacía que se sintiera en un escaparate. Esa era, posiblemente, la cuestión.

—¡Mira! Es la princesa de Arendelle —le dijo una madre a su hija—. ¿No es preciosa? Ofrécele tu presente.

La pequeña estaba de pie frente al estrado con un ramito de brezos púrpura, la flor preferida de Elsa, en la mano. Cada vez que intentaba

acercarse para entregárselo, la multitud la empujaba hacia atrás.

Elsa miró a su madre en busca de consejo. La reina asintió delicadamente y ella descendió los escalones recogiéndose el bajo del vestido azul pálido que había combinado con una chaqueta ajustada a juego para la ocasión. La princesa y su madre tenían los ojos de un color claro similar, pero ella se parecía más a su padre por el pelo de color claro, que solía llevar en una trenza recogida en un moño bajo a la altura de la nuca.

—Gracias por estas preciosas flores —le dijo Elsa a la niña aceptando el ramito con gentileza antes de volver a subir a la plataforma y dirigirse a la multitud.

Su padre le había estado enseñando la verdadera importancia del momento de presentarse por primera vez ante un amplio grupo de gente.

—Nos complace que se hayan unido a nosotros en esta tarde en la que Axel Ludenburg descubrirá la escultura de la familia real con la que tan amablemente ha obsequiado a nuestro reino —comenzó. La gente aplaudió —. Solo un comentario antes de destaparla: dado que el señor Ludenburg ha dedicado varios años a trabajar en esta obra, sospecho que pareceré mucho más joven en la escultura de bronce de lo que soy ahora.

Los presentes comenzaron a reír y Elsa dirigió una mirada de orgullo a su padre. Esa línea había sido idea suya. Él le respondió con una sonrisa alentadora.

—Su contribución a este reino es primordial. —Elsa sonrió al escultor —. Y ahora, sin más dilación, me gustaría presentarles al señor Ludenburg.

Elsa se desplazó hacia un lado para dejar sitio a un señor mayor que ella.

—Gracias, princesa. —El señor Ludenburg le hizo una reverencia, su barba blanca casi le rozaba las rodillas. Después, se volvió hacia la multitud—. Agradezco al rey Agnarr, a la reina Iduna y a nuestra hermosa

princesa que me hayan permitido crear una escultura en su honor. Es mi deseo que esta obra dé la bienvenida a todos los viajantes provenientes de pueblos lejanos y cercanos cuando acudan a visitar el castillo de Arendelle y pasen por sus puertas. —Lanzó una mirada a su ayudante, que avanzó con un movimiento rápido, desató el cordón alrededor de la tela que ocultaba la escultura situada en medio de una fuente y la destapó—. ¡Permítanme presentarles a la familia real de Arendelle!

Los presentes contuvieron la respiración en un silencio sonoro que, seguidamente, se rompió con sus aplausos.

Era la primera vez que el rey, la reina y Elsa veían la escultura acabada. Ella recordaba haber posado para los bocetos del señor Ludenburg cuando tenía unos once años, pero ya casi había olvidado que el artista había estado trabajando en la escultura hasta hacía poco, cuando su padre le comunicó que sería la princesa la que hablaría en el acto de inauguración.

—Es preciosa —le dijo Elsa al señor Ludenburg. Y lo decía de corazón.

Mirar aquella escultura era como observar un momento congelado en el tiempo. El señor Ludenburg había moldeado a la familia real a la perfección. El joven rey aparecía majestuoso con su corona y su túnica, de pie al lado de una hermosa reina ataviada con su tiara y delicado vestido. Arropada por ambos, se encontraba su única hija, la princesa Elsa de Arendelle, mucho más joven de los dieciocho años con los que ahora contaba.

Al ver su propia imagen con once años, le abrumó la emoción. Siendo hija única, la vida de palacio había sido muy solitaria. Sus padres estaban siempre atendiendo a los asuntos del reino y, a pesar de que los estudios le ocupaban muchas horas, también dedicaba mucho tiempo a vagar por las estancias vacías. Claro que sus padres habían encontrado compañeros de juego para su hija entre los hijos de los mayordomos y de otros nobles, pero ella sentía que no era lo mismo que tener un hermano o una hermana con quien crecer y a quien confiarle sus secretos. Esta era una pena que

nunca había querido compartir con sus padres: no quería que esos sentimientos cayeran sobre ellos.

Después de su nacimiento, su madre no había podido tener más hijos.

—¿No es preciosa, mamá? —le preguntó admirando la magnífica obra.

Su madre estaba a su lado, de pie y en silencio. Elsa observó cómo sus ojos azules contemplaban cada milímetro de la escultura de bronce antes de lanzar un profundo suspiro, casi inaudible. Cuando dirigió la mirada a su hija, sus ojos parecían tristes.

—Verdaderamente, lo es —contestó mientras le apretaba la mano. Y después, dirigiéndose al rey, añadió—: Es un retrato precioso de nuestra familia y de quiénes somos. ¿verdad?

Para tratarse de una ocasión tan feliz, sus padres parecían un poco melancólicos, pensó Elsa. ¿Podía ser porque la escultura les recordaba sus años de juventud? ¿Les entristecía pensar lo rápido que había pasado el tiempo? Su padre siempre hablaba del día en que Elsa subiría al trono a pesar de que a él aún le quedaba mucha energía para seguir siendo rey. Se preguntaba qué les entristecería, pero se guardó esos pensamientos para ella. Estaban en un acto público, no era el momento de preguntarles nada.

—Sí, es un gran honor —respondió su padre y miró a Elsa. Parecía que quería decir algo más, pero se contuvo—. Hija, deberías agradecer a los presentes que hayan venido —dijo finalmente—. Hemos organizado una cena en honor del señor Ludenburg en el castillo, así que tenemos que despedirnos y prepararnos para recibir a nuestros invitados.

—Sí, padre —respondió, e hizo tal y como le habían dicho.

—¡Por Axel Ludenburg y su fina obra! —dijo el rey sosteniendo su copa en alto sobre la mesa del banquete en el Gran Salón.

El resto de los invitados hicieron lo mismo.

—¡Por Axel! —exclamaron, y brindaron con sus copas.

La comida era abundante, la compañía bulliciosa, y no quedaba ni un asiento libre alrededor de la mesa. El rey le había pedido a lord Peterssen, su amigo más leal, que se uniera a la celebración. La familia del señor Ludenburg también se encontraba allí; había viajado en barco desde el reino de Weselton, antiguo socio comercial de Arendelle. El duque de Weselton, que los había acompañado, tomó asiento al lado de la princesa.

—¡Y por Arendelle y Weselton! —añadió el duque. Tenía una boca grande para ser un hombre tan pequeño. Cuando se levantó, Elsa no pudo evitar fijarse en que era por lo menos un palmo más bajo que la mayoría de los invitados sentados a la mesa—. ¡Que nuestros reinos crezcan juntos y prosperen por mucho tiempo!

—¡Por Arendelle y Weselton! —corearon los presentes.

Elsa brindó con su madre.

—Me alegra mucho que finalmente hayamos tenido la oportunidad de cenar juntos —le dijo el duque a la reina mientras retiraban los platos de la cena y los sirvientes se preparaban para servir el postre—. Es un placer conocer a la princesa en persona y presenciar el brillante futuro de Arendelle. —Frunció el ceño y añadió dirigiéndose a Elsa—: Hace tiempo que he notado que no suele acudir a muchos acontecimientos públicos.

Elsa le devolvió una sonrisa educadamente, pero no dijo nada. Una de las labores de una princesa, como su madre le recordaba continuamente, era escuchar a las personas, pero no hablar hasta que hubiera algo importante que decir.

—La princesa está tan ocupada con sus estudios que aún no le hemos pedido que nos acompañe a muchas apariciones públicas —le respondió la reina y dirigió su mirada al señor Ludenburg—. Pero, por supuesto, no podíamos permitir que se perdiera la inauguración de la escultura de nuestra familia. Esto es de lo que se trata en esta velada: la familia.

Elsa se cubrió la boca para ocultar una sonrisa burlona. Su madre tenía facilidad para mantener las conversaciones centradas.

Este era el primer encuentro que Elsa tenía con el duque de Weselton, y después de esto decidió que prefería al duque de Blakeston, que tenía una mirada amable y siempre llegaba al castillo con los bolsillos llenos de chocolate que le pasaba a hurtadillas en las cenas durante las conversaciones, especialmente aburridas para ella.

En realidad, como su madre siempre le recordaba, eran «negociaciones importantes» a las que debía prestar atención, ya que tenía que estar preparada para subir al trono llegado el momento. Últimamente dedicaba sus días a lecciones de caligrafía, ciencia y el arte de gobernar, además de acudir a las reuniones con su padre. Por otro lado, ya era lo suficientemente mayor para asistir a los banquetes que se celebraban en el castillo, que eran muchos. Lejos habían quedado los días en que solo salía a saludar a los invitados, retirándose después para cenar en otra estancia. Ahora su vida era menos solitaria, pero aún echaba en falta a alguien de su edad al que confiarle secretos. Los días en los que recibía a sus compañeros de juegos habían quedado atrás hacía mucho tiempo.

—¡De acuerdo, de acuerdo! Pero es demasiado valiosa para tenerla recluida. —El duque golpeó la mesa reafirmando su postura.

Se movía tanto cuando hablaba que su peluquín no paraba de levantársele de la coronilla.

—Bien dicho, excelencia —dijo lord Peterssen sumándose a la conversación—. Ya es una señorita y está preparada para tomar parte en las conversaciones en torno al reino.

Elsa le sonrió. Su padre y lord Peterssen estaban tan unidos que este más que consejero era familia. Ella siempre lo había considerado como un tío, y con esa confianza la había avisado de la costumbre del duque de husmear.

—¡Exacto! —coincidió el duque—. Princesa, estoy convencido de que habéis aprendido mucho sobre los fiordos y su valor estratégico. —Elsa

asintió—. Pues bien, mi abuelo descubrió el primer fiordo en Weselton. Gracias a él, nosotros...

El duque continuó hablando sin cesar hasta que lord Peterssen carraspeó.

—¡Fascinante, excelencia! ¿Quizá podríamos continuar con esta conversación más adelante? Creo que están sirviendo el postre. —Desvió la mirada antes de que el duque pudiera interrumpirlo—. Señor Ludenburg, ¡espero que aún tengáis apetito!

Como si estuvieran esperando una señal, los sirvientes aparecieron en las puertas con bandejas de fruta y dulces que depositaron sobre la mesa.

—Estos y muchos otros dulces los tenemos en Weselton. —El duque abrió la boca mientras echaba mano de un trozo de tarta y dos galletas.

Elsa sabía que no debía pensar en esas cosas, pero «Weselton» sonaba un poco como «Weaseltown», y la verdad es que el duque tenía un poco cara de comadreja. Lanzó una rápida mirada a su padre. ¿Se habría dado alguna vez cuenta de la conexión entre el aspecto del duque y el nombre de su país? Sus pensamientos siempre parecían ocultos tras un velo. En ese momento, estaba manteniendo una conversación paralela con la esposa del señor Ludenburg. Lord Peterssen hablaba con el escultor acerca de su próximo proyecto, lo que dejaba al duque, a la reina y a Elsa libres.

—Majestad, tenéis una hija encantadora —dijo el duque, y Elsa se sintió inmediatamente culpable por los pensamientos que acababa de tener—. Será una reina magnífica.

—Gracias —dijo su madre—. Verdaderamente, lo será.

—Mis padres me han preparado bien —añadió Elsa, sonriéndole a su progenitora—. Cuando llegue el día, sé que seré capaz de reinar en Arendelle.

El duque la miró con un gran interés.

—¡Sí, sí! Estoy seguro. Sin embargo, es una pena que seáis hija única; en las Islas del Sur, el rey tiene trece hijos en línea de sucesión al trono.

Elsa apoyó su copa sobre la mesa conteniéndose para no decir nada de lo que luego se arrepintiera. Extrañamente, la copa estaba muy fría, como el hielo.

—Señor, dudo mucho que...

Su madre la interrumpió.

—Veréis, lo que Elsa intenta decir es que trece son muchos herederos. —En apariencia, su madre permanecía impasible: no era la primera vez que le hacían ese comentario—. Mi destino era tener solo una hija. Por otra parte, el mundo está lleno de sorpresas. —Miró a Elsa con los ojos brillando—. Sé que Elsa estará bien en el futuro.

—Nuestro reino solo necesita a un líder fuerte —añadió la princesa con voz firme—. Y eso ya lo tienen en mí.

El duque frunció el ceño.

—Sí, pero si algo os impidiera subir al trono...

—Estamos totalmente preparados para conducir Arendelle hacia el futuro, duque, os lo aseguro —le interrumpió su madre con una sonrisa.

El duque se rascó la cabeza, su peluquín se inclinó ligeramente. Miró a la reina y después a Elsa por encima de sus gafas.

—En pocos años habrá alcanzado la mayoría de edad. ¿Hay pretendientes potenciales a la vista? Sin duda, una unión entre nuestras dos naciones, o con algún otro socio comercial, traería prosperidad.

Elsa se quedó mirando fijamente la servilleta que descansaba sobre su regazo. Notó que le ardían las mejillas.

—La princesa tiene tiempo de sobra para encontrar un pretendiente —dijo la reina—. Por ahora, solo queremos que centre la atención en sus deberes para con este reino.

La lección sobre el arte de gobernar que su institutriz le impartía por las mañanas resultaba más urgente que encontrar pretendiente.

—Gracias por pensar en mí, excelencia —añadió Elsa—. Cuando encuentre pretendiente, estoy segura de que vos seréis uno de los primeros

en enteraros. —Su comentario estaba cargado de ironía, pero el duque pareció contentarse con la respuesta.

Su madre le dirigió una mirada reprobadora, pero no había podido contenerse.

Cuando finalmente el duque se hubo retirado y el señor Ludenburg y su familia se hubieron despedido, el rey, la reina y Elsa se dirigieron a sus aposentos privados.

—Te has manejado bien —le dijo su madre—. Tus habilidades conversacionales han sido excelentes y has impresionado al duque con tus conocimientos sobre negociaciones comerciales.

—Parecía sorprendido de que supiera tanto como he demostrado —respondió Elsa. Sentía los hombros tensos, como si hubiera cargado el peso del reino durante toda la velada. Estaba comenzando a tener dolor de cabeza y anhelaba la quietud de su habitación.

—Estoy muy orgulloso de ti —dijo su padre bajando la guardia por primera vez en toda la noche. Sonrió a la reina y colocó una mano sobre su brazo.

Le encantaba observar a sus padres juntos. Aún parecían muy enamorados. Era difícil no sentir envidia al ver la conexión que tenían el uno con el otro.

—Algún día serás una reina excelente, Elsa —añadió.

—Gracias, papá —contestó, pero no le dio importancia.

Quedaba una eternidad para ser reina.

CAPITULO DOS
Elsa

—Los lunes, nuestros súbditos están invitados a una audiencia con tu madre y conmigo para discutir cualquier asunto relacionado con el reino. Creo que lo mejor es mantenerlo en la agenda. Tú y lord Peterssen podréis reuniros con ellos y escuchar sus peticiones. Sé compasiva y considerada, y prométeme que nos informarás de cualquier queja cuando volvamos. Ahora, los martes... ¿Elsa? ¿Estás escuchando?

—Sí, papá —respondió, pero en verdad su mente estaba en otro lugar.

Estaban sentados en la biblioteca hablando sobre la agenda semanal de su padre, pero estaba distraída. Durante muchos años, había pasado mucho tiempo en esa misma sala, incluso cuando era pequeña, y en ella había dejado volar su imaginación libremente, rodeada de todos esos libros.

La estancia era oscura y estaba revestida de estanterías del suelo al techo llenas de libros. Su padre siempre estaba leyendo y mantenía varios libros abiertos encima del escritorio. Aquel día estaba hojeando uno que no parecía estar escrito en su lengua. Estaba lleno de símbolos y dibujos de trols. Le hubiera gustado saber qué estaba estudiando, pero no preguntó.

Lo que su padre quería en ese momento era que comprendiera cuáles eran sus deberes mientras la reina y él estuvieran ausentes. En unos días, tenían programado un viaje diplomático que duraría al menos dos semanas. Elsa no recordaba que hubieran estado fuera tanto tiempo nunca. Una parte de ella estaba inquieta. Y aunque sabía que estaría muy ocupada entre sus propias tareas y las obligaciones de su padre, ya los echaba de menos.

Su padre colocó las manos en su regazo y le dirigió una pequeña sonrisa.

—¿Qué ocurre, Elsa?

Incluso cuando solo estaban ellos dos, su padre seguía pareciendo un rey: siempre iba vestido de acuerdo con su cargo y dignidad, con el uniforme, en cuya pechera lucía múltiples medallas, y el escudo de armas de Arendelle colgado del cuello. Y tanto si se dirigía a un dignatario extranjero, como si le daba las gracias a algún trabajador del castillo, sus maneras siempre eran dignas de la realeza. Sabía cuándo ejercer el poder, pero también la capacidad de controlarse cuando no era el momento de ejercerlo; como si se tratase de una partida de ajedrez con su única hija. A veces, ella seguía comportándose con timidez. ¿Sería simplemente que ella era así? ¿O sería porque no tenía a demasiada gente de su edad con la que conversar? Hablar ante una multitud grande de personas en el acontecimiento del señor Ludenburg la había puesto nerviosa, mientras que su padre nunca parecía inquieto. ¿Llegaría esa seguridad con el tiempo?

—Nada —mintió Elsa. Era imposible verbalizar todos esos pensamientos en unas pocas palabras.

—Ah, nada no, querida. —Se recostó contra el respaldo de la silla y la estudió detenidamente—. Conozco muy bien esa mirada. Estás pensando en algo. Tu madre suele decirme que tengo la mirada perdida cuando algo me preocupa. Y tú, hija mía, te pareces mucho a mí.

—¿De verdad? —Elsa se retiró un mechón de pelo invisible de los ojos.

Estaba orgullosa de parecerse a su padre. Adoraba a su madre y le encantaba pasar tiempo con ella, pero, a menudo, no conseguía adivinar en qué pensaba. A veces, la reina perdía el hilo cuando entraba en su habitación, o comenzaba a decir algo y se callaba abruptamente. Tenía un halo de tristeza permanente sobre ella que nunca conseguía descifrar.

Como aquel día, por ejemplo.

Desde hacía ya unos años, cada dos meses su madre solía desaparecer durante todo un día. Elsa no tenía ninguna pista de adónde iba, y tampoco se lo habían explicado nunca. Sin embargo, esta vez no se pudo contener. Ya estaba cansada de tantos secretos, de forma que finalmente consiguió reunir el valor para preguntarle si podía acompañarla en su viaje. Primero, la reina pareció sorprendida, después preocupada y por último pesarosa.

—Ojalá pudiera llevarte conmigo, cariño, pero esto es algo que tengo que hacer yo sola. —Con ojos llorosos, le acarició la mejilla, lo que solo consiguió confundirla aún más—. Ojalá pudieras venir.

Y se marchó.

Con su padre las cosas eran diferentes.

—No estoy pensando en nada importante, papá. De verdad.

—Algo te ronda la mente, Elsa —insistió—. ¿Qué ocurre?

No quería responderle. Le parecía una tontería decir que no quería que se marcharan, pero en parte era eso lo que la preocupaba. Cuando se fueran, Arendelle estaría en sus manos. Y aunque sabía que los consejeros y lord Peterssen estarían ahí si hubiera algo importante de lo que encargarse, ella sería la representante del reino en ausencia de sus padres, y le pesaba la presión de esa carga. Más pronto que tarde, ya habrían regresado y la vida retomaría su curso de siempre; sin embargo, ese viaje era como un recordatorio rotundo de que algún día tendría que reinar sola. El simple pensamiento la aterrorizaba.

—¿Elsa?

Dos semanas sola en ese enorme castillo. Elsa no estaba segura de poder soportarlo.

—¿De verdad os tenéis que ir? —preguntó. No pudo evitarlo.

—Estarás bien, Elsa —prometió.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Majestad? —Kai entró. Llevaba trabajando en el castillo desde antes de que Elsa naciera. Mientras que el rey dirigía el reino, Kai dirigía

el castillo. Siempre sabía dónde iban las cosas y dónde tenía que estar todo el mundo. Tenía un papel tan importante en las vidas del rey y de la reina que hasta se le había destinado una habitación adyacente a sus aposentos. Kai tiró de un hilo suelto de la chaqueta del traje verde que siempre llevaba.

—El duque de Weselton está aquí y pide veros.

—Gracias. Por favor, infórmale de que enseguida me reuniré con él en la cámara del consejo —dijo el rey.

—Sí, Majestad. —Kai sonrió a Elsa y desapareció.

Su padre se volvió hacia ella.

—Diría que tienes algo más que decir.

Demasiado que explicar en tan solo un rato.

—Estaba intentando decidir qué servir en la audiencia con los súbditos —dijo Elsa en lugar de contestar—. ¿Ofrecéis comida? Creo que sería un gesto amable darles de comer tras su viaje al castillo para vernos, ¿no crees?

Su padre sonrió.

—Creo que es una idea magnífica. Siempre he sido un gran admirador de tus galletas «krumkaker».

—¿Mis galletas? —Elsa no recordaba haber horneado galletas para su padre—. Estás dándome crédito por algo que ha tenido que haber hecho Olina, pero las pediré encantada.

Desde que tenía memoria, Olina estaba a cargo de la cocina del castillo y supervisaba a todos los empleados. Cuando era pequeña, a menudo se escabullía hasta la cocina para hacerle compañía. Aunque ya hacía mucho tiempo que no lo hacía. De todos modos, no recordaba haber horneado galletas nunca.

Su padre frunció el ceño.

—Verdad. Aun así, estoy convencido de que te saldrían deliciosas. Quizá Olina pueda hacerlas para nuestros invitados.

Elsa comenzó a ponerse en pie.

—¿Algo más, papá?

—Sí. —Se levantó—. Antes de que te retires, hay una cosa que te quería dar. Sígueme, si no te importa.

Elsa lo siguió hasta su dormitorio y lo observó mientras se dirigía a una de las librerías situadas a lo largo de una pared y empujaba uno de los libros hacia dentro. La pared entera se abrió como si de una puerta se tratara. Detrás había una cámara pequeña y oscura. Elsa se esforzó por ver adónde iba, pero él no le pidió que lo siguiera. El castillo estaba lleno de pasadizos y estancias como aquella. En algunos de ellos, hacía mucho tiempo, habían jugado al escondite, pero ahora sabía que estaban diseñados para poner a la familia real a salvo en el caso de una invasión, conduciéndola al exterior.

Al cabo de un momento, su padre salió con una caja grande y verde de madera. Tenía el tamaño de una bandeja de desayuno y unos adornos florales pintados a mano en tonos blanco y dorado que dibujaban la flor oficial de Arendelle, el croco dorado. La tapa de la caja presentaba una preciosa forma abovedada.

—Quiero que tengas esto.

Con delicadeza, depositó la caja sobre la mesa que había frente a ella. Con los dedos recorrió el escudo de armas de la familia grabado en dorado en la tapa arqueada, dibujándolo. Aquella caja era idéntica al arca que su padre guardaba en el escritorio y que llevaba con él cuando se reunía con sus consejeros. Solía contener decretos importantes que habían de ser firmados, así como cartas y documentos privados de la milicia y otros reinos cercanos. Desde pequeña, se le había inculcado que aquella caja no era un juguete y que no se podía jugar con ella.

—¿Puedo? —preguntó mientras pasaba la mano por la cerradura. Su padre asintió.

El arca estaba vacía. El interior estaba forrado de terciopelo verde oscuro.

—Esta caja ha sido fabricada para tu reinado —le explicó. Elsa levantó la mirada sorprendida—. Dado que tú eres la siguiente en la línea de sucesión al trono, y en solo unos años llegarás a la mayoría de edad, tu madre y yo pensamos que era el momento de que tuvieras la tuya propia bajo tu custodia.

—Papá, es preciosa —dijo Elsa—. Pero por ahora no necesito ninguna.

—No, es cierto —dijo tiernamente—, pero algún día la necesitarás y tu madre y yo queríamos que estuvieras preparada. Kai y el resto de los sirvientes conocen la caja y saben que su contenido es privado. Cualquier cosa que pongas dentro, solo tú sabrás que está ahí, Elsa. Tus secretos están a salvo dentro de ella. Por ahora, te sugiero que la guardes en tus aposentos —dijo, y buscó en sus ojos la confirmación de que lo había entendido.

Elsa recorrió con los dedos el interior de terciopelo verde.

—Gracias, papá.

Su padre puso sus manos encima de las de ella.

—Ahora mismo parece muy lejano, pero algún día tu vida entera cambiará de manera insospechada —vaciló—. Prométeme que cuando llegue ese día, si yo no estoy aquí para guiarte...

—Papá...

Él la interrumpió.

—Prométeme que cuando llegue ese día, recurrirás a esta caja en busca de orientación.

¿Recurrir a ella en busca de orientación? Era una caja. Una caja preciosa, pero una caja, al fin y al cabo. No obstante, significaba un paso muy importante recibir un arca como la que su padre y los reyes y las reinas anteriores a él habían usado.

—Lo prometo —contestó.

La besó en la frente.

—Guárdala en algún lugar seguro.

Elsa levantó la caja y se dirigió hacia la puerta. Su padre la acompañó hasta el pasillo, siguiéndola con la mirada.

—Así lo haré —prometió.

Su padre esbozó una sonrisa y sin más retornó a su trabajo en la biblioteca.

Elsa regresó a su habitación arropando el arca entre los brazos. El aire era templado y, mientras que apenas una ligera brisa entraba a través de las ventanas abiertas, los sonidos provenientes del pueblo se colaban libremente hacia el interior. Elsa se quedó cerca de una ventana próxima con la mirada fija en el mundo que había más allá de los muros y del patio del castillo. El pueblo rebosaba de vida y de gente. Los caballos y los carruajes iban y venían. La fuente que lucía su escultura próxima a las puertas del castillo expulsaba agua hacia arriba como un géiser. Los niños chapoteaban en sus aguas totalmente vestidos, intentando mantenerse frescos. Desde su ventana observó a una madre sacando a su hijo de la fuente y regañándolo con firmeza. Al chico parecía que no le importaba, a pesar de la reprimenda, parecía estar pasándoselo muy bien.

¿Cuándo había sido la última vez que ella había hecho eso?, se preguntó

Deseó que esa tarde su madre estuviera allí, acompañándola para tomar el té con ella. Era una pena estar sola en el castillo en una tarde de verano tan agradable. ¿Dónde estaba su madre en un día tan espectacular como ese? ¿Por qué no le había dejado acompañarla?

—¿Necesitáis algo, princesa Elsa? —preguntó Gerda—. ¿Agua, quizá? ¡Hace tanto calor hoy!

Al igual que Kai, Gerda llevaba allí desde antes de que Elsa naciera. Siempre se aseguraba de que estuviera bien cuidada. En ese momento, llevaba una bandeja con copas de agua fría. Elsa se imaginó que serían para su padre y el duque.

—Gracias, Gerda. Estoy bien —dijo Elsa.

Gerda se apresuró a continuar.

—De acuerdo. Mientras os mantengáis fresca. ¡No quiero que os dé un golpe de calor!

Elsa continuó su camino, abrazando su caja con más fuerza aún. Tenía que encontrar algo que hacer para entretenerse y que el tiempo pasara hasta que volviera su madre. Posiblemente Gerda tuviera razón: tenía que mantenerse fresca. Podía ir a dar un paseo por el patio. O quizá ponerse a leer un rato. Su padre le había dado algunos libros que explicaban los acuerdos que Arendelle tenía firmados con otros reinos para que los hojeara.

Sabía que quería que se familiarizara con algunos aspectos del reinado, de cara al futuro, pero, por el momento, leer sobre las relaciones con otros reinos no le parecía nada entretenido. Elsa abrió las puertas de su habitación y se dirigió directamente al escritorio de su niñez, depositó el arca sobre él y se quedó mirándola un momento. Al lado del resto de sus cosas parecía fuera de lugar.

A lo mejor una caja tan sagrada no debía estar al descubierto. Qué documentos importantes tendría que guardar en ella, qué tipo de correspondencia, se preguntó. Pero no, por ahora no, aún no era reina. La caja no era necesaria todavía y esperaba que no lo fuera en mucho tiempo. La acercó a su baúl del ajuar mientras acariciaba la letra «E» pintada a mano en la tapa y la depositó cuidadosamente en el interior cubriéndola con una colcha que su madre le había hecho cuando aún era un bebé. Después cerró la tapa. A continuación, cogió un libro de su mesita de noche, lo que la hizo olvidarse casi por completo del arca.

CAPÍTULO TRES
Elsa

Elsa oyó que alguien llamaba a la puerta y se despertó de un sobresalto. El sol vespertino creaba sombras que se proyectaban sigilosas a lo largo de las paredes. Debía de haberse quedado dormida leyendo.

Gerda asomó la cabeza en la habitación.

—¡Oh, princesa Elsa! —exclamó con sorpresa—. No era mi intención despertaros. Solo venía a recogeros para la cena antes de avisar a vuestros padres.

—No pasa nada. Estoy despierta —dijo Elsa estirando los brazos. Si sus padres iban a unirse a ella durante la cena, significaba que la reunión de su padre con el duque de Weselton había concluido y que su madre había regresado—. ¿Por qué no los llamo yo en tu lugar?

Gerda se acercó a la cama de Elsa y se dispuso a estirar la colcha y ahuecar los cojines.

—¡Gracias, princesa!

La habitación de Elsa estaba encima de los aposentos de sus padres, que a su vez se encontraban encima del Gran Salón, donde se serviría la cena. Mientras Gerda recogía, Elsa bajó la escalera, pero se detuvo cuando oyó que sus padres estaban discutiendo. Ellos nunca se peleaban, y se quedó tan sorprendida que acabó escuchándolos a escondidas.

—¡Tiene que haber algo que podamos hacer! ¡No podemos seguir así!

Era su madre la que hablaba.

—Iduna, lo hemos hablado una y otra vez. —Su padre sonaba frustrado —. No tenemos otra opción. Hemos de esperar.

—¡Estoy cansada de esperar! ¡Llevamos demasiado tiempo viviendo así!

—En cuestiones de magia no existen fechas. Él ya nos lo avisó.

«¿Magia?» La magia era algo que estaba en la imaginación de los niños. Era cosa de los libros de cuentos. ¿Por qué hablaban sus padres sobre algo que no existía?

—Estábamos desesperados. No pensamos. Deberíamos haber intentado cambiar sus destinos. Quizá, si acudiéramos de nuevo a Gran Pabbie...

—¡No! No nos pueden ver allí. Hasta tus viajes al pueblo se están volviendo demasiado arriesgados. ¿Y si alguien descubriera adónde vas y a quién vas a ver? ¿Sabes lo que pasaría si la trajéramos?

«¿De quién están hablando?» Elsa se esforzaba por escuchar más. ¿Hablaban del lugar al que su madre viajaba periódicamente? Nada de lo que decían tenía sentido.

—Siempre actúo con discreción, y no voy a dejar de ir. —Su madre sonaba desafiante—. Ya nos hemos perdido demasiado.

—Era la única manera. Tanto tú como yo lo sabemos. La magia se romperá pronto.

—¡Ya han pasado más de diez años y no se ha desvanecido! No es justo para ninguno de nosotros, especialmente para Elsa.

Elsa reaccionó ante aquel comentario. ¿Qué tenía que ver todo aquello con ella?

—Elsa está bien.

—Elsa no está bien, Agnarr. Se siente sola.

«¡Sí! —quiso gritar Elsa—. Me siento sola.» Su madre conocía sus pensamientos más profundos. Tuvo ganas de llorar de alivio. Pero no entendía qué tenía que ver eso con la discusión que estaban teniendo.

—Le presentaremos a más gente. El duque de Weselton mencionó a un príncipe con el que pensaba que podría conectar. La hemos dejado

comenzar a asistir a nuestras visitas reales. Lo más importante es que está a salvo. Ambas lo están. ¿No es eso lo que queríamos?

—Merece conocer de qué es capaz, Agnarr.

—Lo sabrá llegado el momento. No hemos visto ninguna señal de que aún pueda...

—¡Aquí estáis, princesa! —Gerda apareció por detrás y sobresaltó a Elsa—. Pensaba que os habíais perdido. Olina tiene la cena lista para ser servida. ¿Habéis avisado a vuestros padres?

—Yo...

Elsa se sonrojó al ver a sus padres salir al pasillo y mirar a Elsa y después a Gerda.

Su madre la besó en la frente.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le preguntó.

—Acababa de llegar a la puerta cuando ha aparecido Gerda... —mintió.

La expresión de su madre se relajó.

—Te he echado de menos hoy. —Se agarró al brazo de Elsa y comenzó a recorrer el pasillo con ella hacia la escalera—. Quiero que me cuentes lo que has hecho mientras yo estaba fuera.

—No mucho.

Era la verdad. Sin embargo, Elsa sabía que había mucho más que no le estaba contando. Sus padres hablaron sobre cuestiones banales de camino a la cena, pero Elsa no podía concentrarse. Seguía pensando en la discusión que habían tenido y en lo que su padre había dicho. «¿Sabes lo que pasaría si la trajéramos?»

Elsa no pudo evitar preguntarse quién era.

CAPÍTULO CUATRO
Anna

Su cama era calentita y cómoda, y el golpeteo incesante en la puerta parecía muy lejano. Anna se limpió la baba de la boca e intentó continuar soñando, pero resultaba difícil; alguien no paraba de interrumpirla.

—¿Anna?

Su nombre sonó como un susurro en el viento, y lo siguieron más golpeteos molestos.

—¿Anna?

—¿Eh? —Anna se retiró un mechón de pelo húmedo de la boca y se incorporó.

—Siento despertarte, pero...

—No, no, no. Qué va. —Anna bostezó. Todavía tenías los ojos cerrados —. Llevo horas despierta.

Cualquier otro día lo habría estado. Siempre se levantaba antes del amanecer para ayudar a sus padres a preparar el pan. Su tienda, Panes y Pasteles Tomally, sacaba docenas de hogazas de pan y diferentes pasteles al día. Pero la noche anterior le había costado dormirse y sus sueños habían sido inquietos. En ellos llamaba a alguien, pero no recordaba a quién. Solo sabía que echaba de menos a esa persona. Anna notó que se empezaba a quedar de nuevo dormida.

—¿Anna?

Soltó un ronquido fuerte y se despertó bruscamente de nuevo.

—¿Qué?

—Es hora de prepararse. Freya viene esta mañana.

—Sí, claro —dijo Anna mientras sus ojos comenzaban a cerrarse de nuevo—, Freya.

«Espera. ¿Qué?»

Abrió los ojos totalmente.

—¡Viene Freya!

Anna prácticamente saltó de la cama y derrapó por el suelo descalza. Ni siquiera se paró a mirarse en el espejo. La noche anterior había deshecho la trenza que recogía su cabello largo y pelirrojo, así que no podía estar tan alborotado, ¿o sí? Mmm... A lo mejor debería echarse un vistazo rápido en el espejo antes de quitarse el camisón. Se miró en el espejo. Qué desastre. Su pelo parecía un nido de pájaros.

¿Tendría tiempo para arreglárselo?

Tenía que hacer algo.

¿Dónde estaba su cepillo?

Debía estar en el escritorio como siempre, pero no estaba allí. ¿Dónde estaba?

«Piensa, Anna.» Recordó que se había estado cepillando el pelo la mañana anterior en el alféizar de la ventana porque tenía las mejores vistas de Arendelle. Cuando miraba hacia Arendelle, empezaba a soñar sobre la ciudad y lo que haría cuando un día se mudara allí. Por descontado, tendría su propia pastelería, y sus galletas serían tan famosas que la gente haría cola día y noche para comprarlas. Conocería a nuevas personas y haría amigos. Todo sonaba tan magnífico que había comenzado a cantar y a dar vueltas por la habitación... ¡Oh! Ya se acordaba de adónde lo había lanzado. Se arrodilló y miró debajo de la cama. Anna recogió el cepillo y se lo pasó por el pelo mientras recorría la habitación.

El armario pintado a mano hacía juego con los adornos florales de su escritorio, su cama y la colcha rosa. Su madre y ella habían pintado las piezas juntas. Su padre le había hecho la mecedora en la que se sentaba cuando leía y donde solía acurrucarse debajo de su suave manta blanca.

Pero su regalo preferido, que también le había construido su padre, era el castillo de Arendelle de madera que le había tallado por su duodécimo cumpleaños. Lo tenía colocado en el alféizar de la ventana y lo observaba con admiración día y noche. Su habitación, rosa, no era grande, pero le encantaba. Colgado de la parte delantera del armario estaba el nuevo delantal azul marino con bordados en rojo y verde que le había confeccionado su madre. Había estado guardándolo para la siguiente visita de Freya, ¡y esa visita era hoy!

Sus padres estaban tan ocupados con la pastelería que no tenían mucha vida social, pero su madre siempre hacía tiempo para las visitas de su mejor amiga Freya. Eran amigas desde pequeñas y les encantaba pasar tiempo juntas. Freya solía visitarlos en Harmon un mes sí, un mes no, y Anna, su madre y Freya pasaban el día entero juntas horneando galletas y charlando. A Anna le encantaba escuchar a Freya hablar sobre Arendelle, donde trabajaba como costurera, ¡y le encantaba cuando Freya le traía regalos! Como aquella muñeca de porcelana, el chocolate que se derretía en su boca como el hielo y el vestido de gala de seda verde traído de ultramar que llevaba colgado en el armario dos años. No iba a ningún sitio donde poder ponerse un vestido tan bonito, pues se pasaba los días cubierta de harina y manchas de mantequilla. Un vestido así merecía una fiesta con baile, una bonita iluminación, muchas conversaciones, pero nada de harina derramada sobre él. En la aldea se hacían fiestas, pero Anna era uno de los pocos adolescentes de su edad, quince años, en el pueblo. Se imaginaba que en Arendelle habría muchos más jóvenes que en Harmon.

Se puso el vestido-camiseta blanco y el jersey verde, cogió el delantal y terminó de cepillarse el pelo dándose tirones en un enredo especialmente complicado.

Volvieron a llamar a la puerta.

—¡Anna!

—¡Voy! —Al otro lado de la ventana, el sol estaba empezando a salir, y Anna aún tenía que hacer algunas tareas diarias antes de que llegara Freya. Freya nunca llegaba tarde, mientras que Anna tenía tendencia a distraerse y aparecer unos minutos tarde, aunque intentara ser lo más puntual posible.

Anna cogió los zapatos del suelo y se dirigió a la puerta dando saltitos e intentando ponerse los dos a la vez. Estuvo a punto de tirar al suelo a su padre, Johan, que esperaba paciente fuera de la habitación.

—¡Papá! —Anna lo abrazó—. ¡Lo siento!

—No pasa nada —dijo dándole unas palmaditas en la espalda.

Era un hombre regordete, por lo menos un palmo más bajo que su hija, y siempre olía a las hojas de menta que mascaba constantemente porque la mayoría de los días tenía dolor de panza. Era calvo desde que Anna podía recordar, pero le quedaba bien.

—¿Por qué no me has recordado que Freya venía hoy? —preguntó Anna mientras intentaba en vano alisarse el pelo.

La risa de su padre era profunda y salía desde su redonda barriga. Siempre decía que degustaba tantas galletas como las que vendía.

—Anna, te lo recordamos dos veces anoche y todos los días de la semana pasada.

—¡Tienes razón! —afirmó Anna, aunque no estaba segura de recordarlo. El día anterior había entregado dos tartas en el Puesto Comercial de Oaken el Trotamundos y Sauna para el cumpleaños de los gemelos, Anna insistió en que cada uno tuviera su tarta; también había llevado «krumkaker» al ayuntamiento para la Asamblea y había preparado una nueva tanda de sus famosas galletas en forma de muñeco de nieve para estar a la altura de la demanda. Eran las preferidas entre los niños, incluso en verano.

A Freya le encantaban también. Cuando se marchaba, siempre pedía una docena para llevársela a casa. Anna se preguntó si quedaría alguna

galleta con forma de muñeco de nieve para ella.

—Debería ayudar a mamá a prepararlo todo —le dijo a su padre y bajó la escalera corriendo. Pasó corriendo por la acogedora sala de estar y la pequeña cocina, y atravesó la puerta que conducía a la pastelería, que estaba conectada a su casa. Una mujer bajita con el cabello castaño estaba ya junto a la mesa de madera mezclando harina y huevos en un cuenco. Alzó la mirada hacia Anna y sonrió.

—Ya era hora de que bajaras. —Su madre le dio un beso en la mejilla y le recogió un mechón de cabello fino detrás de la oreja derecha. Después, le alisó el delantal. Siempre quería que Anna estuviera guapa cuando Freya los visitaba.

—Lo sé, lo siento —dijo Anna dando vueltas y comprobando los productos ya horneados dispuestos en el mostrador para venderlos. Como ya había imaginado, la bandeja de los muñecos de nieve estaba vacía—. ¡Además se han acabado mis galletas! A Freya le encantan.

—Estoy preparando la masa para una nueva tanda. —Los ojos marrones de su madre parecían cansados.

Cada vez era más duro para ella trabajar tantas horas en la pastelería. Anna intentaba colaborar lo más que podía combinándolo con sus estudios, pero sus padres insistían en que se centrara en sus deberes incluso cuando no había colegio. Su padre siempre le decía: «La riqueza va y viene, pero nadie puede arrebatarte tu educación». Ella lo entendía, pero eso significaba que sus días eran a veces tan largos como los de ellos: levantarse temprano; hornear galletas; hacer los recados; ir al colegio o estudiar en casa y practicar la lectura, la escritura y las matemáticas; trabajar en la pastelería y, después, caer rendida para hacer lo mismo de nuevo al día siguiente. No le dejaba mucho tiempo para otras cosas como los amigos. Por eso esperaba con tantas ganas las visitas de Freya; sentía que eran como un atisbo del mundo más allá de Harmon.

—Podemos preparar hoy algunas con Freya —dijo su madre.

—¡Buena idea! —Anna cogió con un dedo un poco de masa y se lo chupó. Su madre le dio un golpecito en la mano con una cuchara—. ¡Lo siento! Pero tú siempre dices que un cocinero tiene que probar lo que prepara.

Su madre soltó una risita.

—Verdad. Contigo siempre tengo que estar alerta, Anna, querida.

Anna besó a su madre en la mejilla.

—Eso es bueno, ¿verdad? ¿Puedes imaginarte una vida sin mí, mamá?

Su madre paró de mezclar la masa y la miró, su sonrisa desvaneciéndose. Tocó la barbilla de Anna.

—No, no puedo. Pero ese día está llegando, estoy segura de ello.

Anna no dijo nada. Se sentía mal cuando su madre hablaba así. Por eso no le había contado su plan de marcharse de Harmon y mudarse a Arendelle cuando cumpliera los dieciocho. Le encantaban Harmon y sus habitantes, pero era pequeño en comparación con otros pueblos, y el mundo era un lugar muy grande. Deseaba ver cómo era la vida donde habitaba la familia real.

—¿Puedes comprobar si tenemos suficiente té? —preguntó su madre.

Anna comprobó la despensa, que era donde conservaban los productos que no necesitaban refrigeración.

—No veo que haya té.

—¿Por qué no te acercas al mercado? —Su madre midió una cucharada de azúcar de un tarro y la añadió al cuenco—. Me gusta tener el té ya preparado para cuando llega. El viaje que tiene que hacer Freya es muy largo. ¿Crees que necesitaremos algo más?

A Freya le gustaba partir temprano cuando iba de visita. Salía de Arendelle antes del amanecer, por lo que solía llegar sin haber desayunado.

—Mamá, ¿crees que querrá huevos para desayunar?

Su madre sonrió.

—Es una idea excelente.

Anna se quitó los zapatos y se puso las botas antes de que su madre hubiera podido acabar la frase. Cogió su capa violeta, que estaba al lado de la puerta.

—Me daré prisa.

—Anna, tú nunca te das prisa —dijo su madre con una sonrisita.

—Ya lo verás... Esta vez seré rápida. —Anna salió por la puerta, cogió un cubo que había al lado de la escalera de la entrada y se dispuso a bajar por la calle. Primero haría parada en el mercado para el té y después iría a la granja que estaba un poco más allá a por los huevos. El cielo era un mar de tonos azules que parecía más un océano en la distancia, y el aire era cálido, pero no pegajoso. Una de las cosas buenas de vivir en la montaña, como le solían decir siempre a Anna, era que nunca hacía tanto calor como en Arendelle. El aire de la montaña era mucho más fresco, y la vida, mucho más tranquila. Echó otro vistazo a la ladera de la montaña buscando Arendelle en la lejanía. Se preguntó qué estaría haciendo la gente allí abajo en ese mismo momento. Anna oyó que alguien hablaba y se detuvo en seco con el cubo aún columpiándose.

—¿Qué quieres, *Sven*?

Su madre decía que era una chica muy sociable. Su padre la llamaba la recepcionista oficial de Harmon. La verdad es que le encantaba hablar con la gente y aquella era una voz que no le sonaba que fuera de alguien de su pequeño pueblo. Solo había unas pocas filas de casas apiñadas en la ladera desde la que se divisaba Arendelle. Cada una era de un color llamativo diferente: verde, azul, rojo... La pastelería era naranja. Anna conocía a cada inquilino de cada una de aquellas casas; la persona que hablaba no era ninguno de ellos.

—¡Dame algo para comer! —dijo una segunda voz mucho más grave que la primera.

Anna dobló la esquina que daba al mercado con curiosidad y vio a un chico de su misma edad allí de pie. Estaba con un reno grande atado a un carro que contenía bloques de hielo de gran tamaño. Cuando había colegio, conocía a chicos y chicas de diferentes edades, pero nunca había visto a ese. Oaken vivía muy arriba en la montaña y sus hijos no solían ir a Harmon, pero ese chico en realidad no parecía ninguno de sus hijos. El que tenía delante lucía una maraña de pelo rubio y llevaba puesta una camiseta azul oscuro con las mangas enrolladas, pantalón oscuro y botas beis. Pero lo más destacable era que parecía que estaba hablando con un reno.

—¿Cuál es la palabra mágica? —le preguntó al reno.

A su alrededor, había hombres moviéndose de un lado a otro, ocupados llevando cajones de verduras para vender en el mercado. Anna vio al chico robar un manojo de zanahorias de uno de los cajones cuando no miraba nadie. Sujetó una en alto por encima del reno.

—¡Por favor! —dijo el muchacho poniendo una voz más grave.

Anna miró cómo el reno le daba un mordisco a la zanahoria que se balanceaba por encima de su hocico.

—¡Ah, ah, ah! —El chico tiró de la zanahoria—. ¡Comparte!

Seguidamente, el chico le dio un mordisco a la zanahoria, partió el resto en dos partes y le acercó la mitad al reno.

Vale, eso había sido asqueroso, pero curioso. El chico le hablaba al reno, pero también hablaba por el propio animal. Todo muy raro. Anna no pudo contener una risita. El chico la miró sobresaltado y la pilló observándole.

Anna tomó aire bruscamente. ¿Debería decir hola? ¿Irse corriendo? Esa era la oportunidad de conocer a alguien de su misma edad —aunque ese chico acabara de birlar unas zanahorias—. Debería decir hola.

Dio un paso adelante.

El sonido de unos cascos golpeando el empedrado la hizo retroceder de un salto. Un carro se detuvo chirriando delante de ella y unos hombres

comenzaron a descargar la verdura y a llevarla dentro del mercado.

«¡Tengo que ir a por el té y los huevos! Mira, ya estoy otra vez distrayéndome.» Había prometido a su madre que se daría prisa. Y allí estaba ella, perdiendo el tiempo de nuevo. Aun así, quizá debería decir hola de paso al mercado. Rodeó a los caballos para ver al chico, pero este ya había desaparecido.

«Supongo que no teníamos que conocernos.» Anna suspiró, pero no tenía tiempo para detenerse en eso. Entró corriendo a comprar el té, lo metió en su bolso y continuó ligera calle abajo con su cubo. La señora Aagard, la esposa del zapatero, estaba barriendo la escalera.

—¡Buenos días, señora Aagard! —saludó Anna.

—¡Buenos días, Anna! Gracias de nuevo por el pan de ayer —dijo la mujer.

—Un placer. —Anna continuó deprisa, pasó por otra línea de casas y se encaminó hacia la granja donde tenían su gallinero. Abrió la rejilla para recoger unos cuantos huevos—. Buenos días, *Erik*, *Elin*, *Elise* —saludó a las gallinas—. Hoy no me puedo parar con vosotras. ¡Viene Freya! —Recogió por lo menos una docena de huevos, cerró el gallinero y se dirigió de vuelta a casa con el té y llevando el cubo con cuidado.

Había un señor mayor empujando un carrito de flores calle abajo.

—¡Buenos días, Anna! —saludó este.

—¡Buenos días, Erling! —exclamó Anna—. Preciosas flores las de hoy. ¿Tienes mi preferida?

Erling sacó dos ramilletes de crocos dorados. Las flores, amarillas, brillaban tanto como el sol. Anna inspiró su dulce aroma.

—¡Muchas gracias! Acércate luego a por pan fresco. La primera tanda saldrá del horno a media mañana.

—¡Gracias, Anna! ¡Eso haré! —respondió, y Anna prosiguió su camino con andares ligeros intentando no romper ningún huevo ni retrasarse de nuevo. Tenía la costumbre de pararse a charlar. Mucho.

—¡Mamá! ¡Tengo los huevos y el té! ¿Ha llegado ya Freya? —preguntó Anna al entrar por la puerta. Antes de que la hubiese cerrado, un carruaje se detuvo en frente de la casa. Freya había llegado.

CAPÍTULO CINCO
Anna

Anna y su madre corrieron a recibir a su invitada. Como siempre, la mejor amiga de su madre había llegado en un carruaje con dos hombres más, que esperaban mientras ella estaba de visita. Freya le había explicado a Anna en una ocasión que se sentía más segura viajando con cocheros de confianza, ya que ni su esposo ni su hija podían acompañarla.

La pareja observó cómo uno de los cocheros ayudaba a bajar del carruaje a la mujer con capa negra y capucha. Rápidamente, entró en la pastelería, cerró la puerta y se quitó la capucha.

—¡Tomally! —exclamó Freya con tono afectuoso abrazando a su amiga. Las dos siempre se sumían en un abrazo tan largo cuando se veían que a Anna le preocupaba que nunca le llegara su turno.

La madre de Anna le había contado que, cuando la adoptaron de pequeña, Freya fue la primera persona a la que llamó para que la viera. Anna y Freya habían pasado tanto tiempo juntas a lo largo de los años que Anna la consideraba su tía. No se podía imaginar su vida sin ella.

Finalmente, Freya y Tomally se separaron y Freya miró a Anna con una expresión de emoción y cariño en la cara.

—Anna —dijo dulcemente y abrió los brazos.

Freya siempre olía dulce, a la esencia del brezo púrpura. Anna se abalanzó sobre sus brazos y la abrazó fuerte. Le encantaba dar abrazos. No podía evitarlo.

—¡Me alegro tanto de verte!

Freya dio un paso atrás, sujetando a Anna por los hombros, y la miró atentamente.

—¿Estás más alta? Tomally, ¿está más alta? ¡Definitivamente, está más alta!

—No estoy más alta —dijo Anna, y las tres comenzaron a reír—. Hace dos meses medía lo mismo. O eso creo.

—Pareces más alta —decidió Freya. Colgó su capa al lado de la puerta y se quitó la capota, lo que dejó al descubierto su precioso cabello castaño oscuro. A Anna le encantaban sus vestidos. El que llevaba puesto ese día era verde oscuro con ribetes en amarillo y azul y flores rojas bordadas. Anna se preguntó si lo habría confeccionado ella misma. Freya era costurera y siempre le traía a Anna nuevos vestidos—. O a lo mejor es que te estás haciendo mayor.

—Tengo quince —admitió Anna.

Freya esbozó una sonrisa suave.

—Será eso. Te estás convirtiendo en una mujercita. —Miró a Tomally—. Has hecho un trabajo excelente criándola.

Tomally tomó la mano de Freya y se miraron cariñosamente.

—Ha sido un honor. Ha sido el regalo más maravilloso del mundo.

—Mamá... —Anna puso cara de exasperación. Odiaba cuando su madre se emocionaba de esa manera. Ella y Freya siempre acababan llorando en algún momento cuando se juntaban.

—Perdón, perdón. —Tomally retornó corriendo a la mesa—. Tienes que estar hambrienta. Anna quería prepararte el desayuno.

—También quiero hacerte el desayuno a ti —replicó Anna a su madre—. Están demasiado ocupados para comer —le dijo a Freya, que se sentó a la mesa junto a Tomally mientras Anna calentaba una sartén y rompía los huevos para hacer un revuelto.

—¿Qué tal va el negocio? Bien, espero —preguntó Freya.

—Nos encanta, pero ha crecido gracias a algunas de las especialidades de Anna. Y los pedidos también han aumentado.

—¿Y qué tal van tus estudios, Anna? —inquirió Freya.

—Bien —respondió Anna con un suspiro mientras continuaba revolviendo los huevos en la sartén—. Prefiero que haya colegio porque me gusta ver a otras personas. Estudiar con mamá no es tan divertido. Sin ánimo de ofender.

Freya y Tomally intercambiaron una sonrisa.

—Bueno, puede que sea así, pero tus estudios son importantes, en especial historia y ciencia.

Freya siempre intentaba asegurarse de que Anna se aplicara, lo que era muy considerado por su parte, pero lo que realmente quería escuchar Anna eran cosas sobre su vida.

—Entonces, cuéntanos, ¿qué tal van las cosas por el valle? ¿Cómo va Arendelle? ¿Hay algún festival o alguna fiesta ahora mismo a los que acudir? ¿Ves de vez en cuando al rey y a la reina cuando estás en el castillo? ¿Y a la princesa?

Freya se quedó paralizada, y Anna se preguntó qué habría dicho mal.

Tomally le dio una palmadita a Anna en la mano.

—Creo que tu tía ha tenido un viaje muy largo. Quizá sería mejor que dejáramos las preguntas para más tarde. Vamos a desayunar primero y, después, nos pondremos a hornear galletas, ¿vale?

Anna asintió.

Poco después, las tres estaban cubiertas de harina de arriba abajo.

—Anna, ¿es necesario que utilices tanta harina? —le preguntó su madre deshaciendo con la mano una nube de harina de delante de su cara.

—No me gusta que las galletas se peguen, mamá, ya lo sabes. —Anna tamizó más harina sobre la mesa de madera, que también hacía las veces de superficie de trabajo. Le encantaba la harina, por eso la usaba en

abundancia, pero es verdad que hacía que la tarea de limpieza después resultara mucho más ardua.

La pastelería no era ni grande ni luminosa; las ventanas estaban muy arriba, justo debajo de los aleros del tejado. Anna tenía que forzar la vista entornando los ojos para leer las cantidades. Los utensilios y los cuencos colgaban de las paredes, y la mesa de madera grande se situaba en el medio de la habitación, donde Anna y su madre preparaban el pan, los rollos de canela y las famosas galletas de Anna. La mayor parte de la pastelería la ocupaba la cocina de hierro fundido. Era tan poco bonita como funcional, y Anna tropezaba constantemente con ella —o se caía encima—, de ahí las pequeñas marcas de quemaduras en los antebrazos. Aquellas quemaduras también venían de introducir y sacar los panes del horno con la pala. Sus padres decían que era la mejor en averiguar cuándo el horno estaba a la temperatura perfecta para que el pan saliera tierno. Puede que fuera un poquito desordenada cuando trabajaba, pero no le importaba. Levantó el tamiz de nuevo y el aire se llenó de harina, lo que provocó que Freya estornudara.

—¡Lo siento!

—No te disculpes —dijo su tía sacando su pañuelo de tela. Anna se dio cuenta de que tenía el escudo de Arendelle bordado.

Anna depositó una bola grande de masa sobre la mesa y cogió otro puñado de harina.

—Me encanta ver cómo cae la harina. Me recuerda a la nieve.

Los azules ojos de Freya adoptaron una mirada sombría.

—¿Te gusta la nieve?

Con unas palmaditas, Anna esparció la harina sobre la masa que estiró mediante el uso del rodillo.

—¡Me encanta! Aquí arriba, en la montaña, tenemos mucha nieve, está claro, y siempre me ha gustado mucho patinar sobre hielo, jugar en la nieve y hacer un buen muñeco de nieve.

—De todas tus galletas, esta siempre ha sido mi favorita —dijo su tía mirando con cariño los moldes de hojalata en forma de muñeco de nieve que estaban sobre la mesa—. ¿Cuándo empezaste a hacer los muñecos de nieve? ¿El año pasado?

—Sí. —Anna sostuvo en el aire uno de los moldes—. Es como si lo conociera. Aunque no lo conozco, pero sí lo he visto antes.

—¿Y eso? —preguntó Freya.

El muñeco de nieve en su imaginación tenía una parte de abajo grande, una bola de nieve más pequeña en el medio y una cabeza ovalada con dos ramitas por brazos. Le gustaba decorarlo con una nariz de zanahoria y tres botones de carbón con glaseado real. Su aspecto era alegre y simpático.

—Suele aparecer en mis sueños. Solía dibujarlo una y otra vez, hasta que papá me dijo que me haría un molde para galletas que se pareciera. Ahora hago tantas galletas que papá ha tenido que hacer docenas de moldes. Ayer se nos acabaron todas las galletas. ¿Quién habría dicho que tanta gente querría un muñeco de nieve en verano?

Su tía sonrió.

—Cuenta conmigo para hacer más galletas. Disfruto viéndote trabajar. Tu madre tiene razón: eres una pastelera fantástica.

—Anna creó la receta de esta masa ella misma —dijo su madre orgullosa.

—¿De verdad? —preguntó Freya.

Anna asintió.

—Me gusta experimentar. He heredado la pasión de mi madre por la pastelería.

—Ya veo. —Freya observó a Anna despegar los muñecos de nieve de la mesa utilizando un cuchillo con cuidado y colocarlos en la bandeja de horno.

Anna levantó la mirada.

—Al final no me dijiste si les gustó a todos mi pastel de sirope.

—¡Estaba exquisito! —dijo volviéndole la sonrisa a la cara—. Tu pa... mi marido me dijo que te pidiera que prepararas otro pronto para llevárselo.

Freya se trababa a menudo al hablar, como le acababa de ocurrir. Y a Anna le pasaba lo mismo. Ella lo atribuía a querer decir demasiadas cosas en poco tiempo. Era como un cazo de chocolate fundiéndose: las palabras formaban burbujas de chocolate que, al explotar, se derramaban.

—¿Le gustaron las naranjas confitadas que puse por encima?

—¡Sí! Dijo que nunca lo había visto hacer así.

Anna se encogió de hombros.

—Me gusta darles mi propio giro a las recetas. Me gusta ser única, por si no te habías fijado.

—Sí, me he fijado. —Freya sonrió—. Creo que a mi marido le gustaría conocerte. Tú y yo tenemos un espíritu alegre muy parecido, mientras que él —suspiró— me temo que lleva el peso del mundo sobre sus hombros. Como mi hija.

Freya hablaba mucho sobre su hija, pero desgraciadamente nunca la traía cuando venía de visita. Por lo que sabía de ella, la chica parecía muy lista y responsable. Anna deseaba poder conocerla para espabilarla un poco. Todo el mundo necesitaba soltarse la melena de vez en cuando. Además, sería genial tener una amiga más o menos de su edad.

El reloj de la cocina sonó y Anna levantó la vista. La primera tanda de galletas estaría lista en cualquier momento; después sería el momento de meter otra bandeja. Aún faltaría por hacer cuatro tipos diferentes de pan, «krumkaker» —que, con ese calor, no rellenaría de nata— y al menos dos bizcochos de especias. A su madre no le gustaba la idea de hacer pasteles que posiblemente no se vendieran —«Los ingredientes cuestan dinero», solía decir—, pero Anna sabía que siempre habría gente que quisiera comprarlos. Con los pasteles se conseguía un beneficio considerable. Así, todos salían ganando.

—Tienes que decirle que no se preocupe tanto —le dijo su madre—. Lo que tenga que ser, será.

—Lo sé. Y estoy segura de que él también es consciente de ello, pero, Tomally, a veces el futuro parece muy lejano —respondió Freya.

—Entonces concéntrate en el ahora —replicó Anna—. Ahora mismo estás haciendo algo muy divertido conmigo.

Su tía se rio.

—Eso es verdad. Somos tan afortunados en tantos sentidos...

Anna sacó las galletas del horno para que se enfriaran. Estaban ligeramente doradas, justo como le gustaba a ella. Siempre calculaba el tiempo a la perfección.

—Hablando de comida, casi se me olvida... —Freya buscó en la canasta que había traído y abrió el papel vegetal. Envuelto en él estaba lo que Anna quería: varios bloques del chocolate más negro e intenso que había visto jamás.

Anna se llevó uno a la nariz. Aquel chocolate olía exquisito.

—¡Gracias! Te prometo que haré que me dure hasta la próxima vez que vengas. O lo intentaré.

—Me parece bien —contestó Freya riéndose—. A lo mejor puedo traerte incluso chocolate de otro reino. Mi marido y yo estaremos de viaje las próximas semanas.

—¿De viaje? —Los ojos de Anna se iluminaron mientras introducía otra bandeja de galletas en el horno—. ¿Adónde vais? ¿Cómo vais a ir? ¿Os lleváis a vuestra hija? ¿Le gusta viajar a ella también? ¿Qué te vas a poner?

Freya comenzó a reír de nuevo.

—¡Cuántas preguntas!

La madre de Anna sacudió la cabeza.

—Siempre igual. Esta chica no para nunca de hablar.

Anna esbozó una sonrisa.

—No puedo evitarlo.

—Vamos solos, y nuestra hija se queda en casa con... ayuda —dijo Freya intentando con dificultad encontrar las palabras adecuadas—. El viaje es largo y será bueno que alguien se quede en casa y cuide de nuestros asuntos. Es tres años mayor que tú, así que es prácticamente una adulta.

Anna empezó a preparar el glaseado batiendo las claras y el azúcar glas.

—Yo no he viajado nunca. Ni siquiera he salido de esta montaña.

—Lo sé —dijo Freya pensativa. Dirigió su mirada a la madre de Anna —. Sería maravilloso que pudieras visitar Arendelle al fin.

Anna soltó la cuchara en el glaseado, lo que provocó un ruido sordo.

—¿Podría ir? Llevaría galletas. ¿Cuáles son las preferidas de tu hija? ¿Las de los muñecos de nieve? A tu marido le gusta el bizcocho de especias, eso ya lo sé...

Su madre la interrumpió.

—Anna, tranquilízate.

Freya se quedó callada un momento, perdida en sus propios pensamientos.

—Si pudiera encontrar una forma de que pudieras venir de visita, ¿te gustaría venir y quedarte conmigo? —preguntó Freya quebrándosele la voz.

—¿Que si me gustaría? ¡Por supuesto que me gustaría ir! —gritó Anna emocionada.

Su madre sonrió a Freya.

—Anna siempre ha querido visitar Arendelle. ¿Crees que existe alguna manera de hacer posible ese viaje?

—No lo sabremos si no preguntamos —le contestó Freya. Después miró a Anna—. Ya has esperado bastante.

Es como si estuvieran hablando en código. Nada tenía ningún sentido para ella. Solo era un viaje al reino. ¿Por qué dudaban tanto? Anna quería

terminar rápido el glaseado de las galletas para poder concentrarse en la conversación. Con un gesto rápido, lo echó sobre el primer muñeco de nieve. Dejó que la mezcla cayera de la cuchara a la galleta y observó el glaseado extenderse y caer por los lados cubriendo el muñeco de nieve de blanco. Hizo varios muñecos de nieve más y, poco después, dejó a un lado el glaseado y se dispuso a decir lo que pensaba.

—Yo quiero ir a visitar a la tía Freya a Arendelle, de verdad —dijo Anna. No quería herir los sentimientos de sus padres, pero sabía que su futuro no era quedarse en Harmon—. ¿Puedo ir? ¿Por favor, mamá?

Su madre suspiró y miró a Freya.

—Estamos tan ocupados con la pastelería que no nos podríamos permitir que te fueras mucho tiempo. —Hizo una breve pausa y continuó —. Pero hablaré con tu padre. No te aseguro nada —enfatizó—, pero preguntaré. De todas formas, estás destinada a acabar allí en algún momento.

—Siempre he querido conocer a tu hija —le dijo Anna a Freya—. No es por ofender, pero estaría bien hornear pasteles con alguien de mi misma edad.

Freya y la madre de Anna soltaron una carcajada.

—Algún día estaréis juntas —dijo Freya—. Hace tiempo que deberíais haberos reunido.

«Arendelle.» Anna casi podía imaginarse el reino que, durante tantos años, había observado desde la distancia. Podría ver más allá de la parte superior de las torretas. Estaría allí mismo, en el centro de todo, con Freya, que conocía perfectamente el lugar.

—¿Crees que papá dirá que sí? —le preguntó Anna a su madre.

—Quizá —respondió su madre.

Freya sonrió y agarró la mano de Anna. Parecía esperanzada.

—Cuando vuelva de mi viaje, encontraremos una forma de llevarte a Arendelle.

CAPÍTULO SEIS
Elsa

«Me muero de aburrimiento.»

Elsa nunca se atrevería a decir esas palabras en alto, estaba claro. Pero sentada en el salón de los retratos en un sillón grande de terciopelo y mirando al techo, no pudo evitar pensarlas. Sus padres solo llevaban fuera una semana, sin embargo, ella ya podía sentir el peso de su ausencia. Había estudiado todo lo que tenía que estudiar en los siguientes tres días, había recibido las visitas que su padre le había programado, se había paseado por el patio cada día y visitado a Olina en la cocina. Para ser sinceros, la cocinera del castillo era lo más cercano que tenía a un amigo de verdad. A la señorita Olina, quien insistía en que la llamara Olina ahora que ya era prácticamente una adulta, no le importaba que fuera la futura reina de Arendelle; con Elsa no se andaba con rodeos.

—Necesitáis amigos. O mejor aún, un pretendiente —le había espetado a Elsa aquella misma mañana. Elsa estaba sentada en la cocina con ella desayunando huevos.

Elsa soltó un gruñido.

—Ahora suenas como el duque de Weselton. —Sabía hacia dónde se encaminaba aquella conversación: le iba a soltar un sermón.

—¿Tan malo sería que conocierais a alguien de vuestra misma clase? —le preguntó Olina.

Elsa suspiró.

—Escuchad, mi querida niña. —Olina agitó una cuchara de madera mientras el color rosado de sus mejillas, causado por el calor de la cocina,

se iba tornando más oscuro conforme se iba alterando—. Pasáis demasiado tiempo sola.

—Pero... —comenzó a replicar Elsa, pero Olina la interrumpió con un gesto.

—Sé que estáis aprendiendo a seguir los pasos de vuestro padre, y está bien, pero ¿cuándo fue la última vez que salisteis fuera de los muros de este castillo? ¿Con alguien que no perteneciera al servicio? Una buena reina tiene la obligación de conocerse por dentro y por fuera, y vos estáis demasiado centrada en los conocimientos teóricos. La única forma de entender a las personas a las que servís es conociéndolas. Disfrutar de su compañía. Escuchar sus historias. En ese proceso, puede que descubráis qué es lo que a vos os gusta también, porque no estaréis concentrada en vuestros estudios y en vuestro futuro.

Olina estaba en lo cierto. ¿Qué era exactamente lo que le gustaba hacer a Elsa además de pasar tiempo con sus padres y aprender a ser una gobernanta con sabiduría? Olina tenía razón. Necesitaba amigos. Necesitaba una afición. Necesitaba hacer algo. Pero ¿qué?

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Olina al ver a Kai atravesar la puerta con una caja enorme de la que se estaban cayendo algunos pergaminos y sombreros. Olina corrió a ayudarlo a depositar la caja en el suelo—. Déjame que te ayude con eso.

—Gracias —respondió Kai—. Pesaba más de lo que me había imaginado. —En ese momento se dio cuenta de que Elsa estaba allí—. Hola, princesa.

—Hola —le saludó Elsa con la cabeza.

—¿Quién te dijo que la bajaras del desván tú solo? —le reprendió Olina volviendo a los fogones y removiendo el contenido de una cacerola grande. Fuera lo que fuese lo que estuviese cocinando, olía delicioso—. ¿Cómo va todo por el ático?

—Bien. Hemos sacado varias cajas. Ahora ya se puede volver a ver el suelo.

—No habrás tirado nada que el rey o la reina quisieran conservar, ¿no? —preguntó Olina colocando los brazos en jarra.

—No, no. Solo estos extraños sombreros antiguos y algunos objetos rotos. —Kai cogió un sombrero vikingo con un cuerno y un jarrón azul desconchado—. Pensé que esto te gustaría. —Sacó una olla grande.

Los ojos de Olina se iluminaron.

—¡Fíjate! Creo que le podré dar buen uso.

—Mañana volveré a subir al desván cuando no haga tanto calor y veré qué más hay por ahí. Si veo algo especial, te lo traeré. Buenas tardes, princesa. —Kai volvió a coger la caja y salió de la estancia.

—Buenas tardes —respondió Elsa.

Elsa no sabía que hubiera objetos almacenados en el desván. De hecho, no había subido allí arriba nunca. Tenía toda la tarde por delante. Puede que no fuera una mala idea echar un vistazo a lo que estaba almacenado encima de su dormitorio. No es que eso fuera a convertirse en su nueva afición, pero era un comienzo.

Tras despedirse de Olina, Elsa decidió pasar por su habitación para coger una linterna. Con sus padres fuera y sin ningún compromiso que celebrar en el castillo hasta su vuelta, parecía que todo el mundo estaba intentando ponerse al día con tareas atrasadas. Pasó por delante de algunos empleados que se encontraban limpiando los adornos de latón del pasillo y de uno que estaba quitando delicadamente el polvo del retrato de familia que había sido pintado cuando Elsa tenía ocho años. Finalmente, Elsa subió la escalera hacia el desván. Conforme iba ascendiendo, la temperatura también lo hacía.

La linterna iluminó el espacio oscuro y estrecho. La estancia olía a humedad, como si nadie hubiese entrado en ella en siglos, a pesar de que Kai acabara de hacerlo. Elsa pudo ver en el suelo las marcas de las cajas

que Kai había bajado. Aquel lugar, desde luego, necesitaba una buena limpieza. Había muebles apilados en una esquina, un trineo colgado en otra, y las demás se encontraban abarrotadas de baúles enormes con la pintura desconchada y los dibujos de adornos florales deteriorados. Elsa se abrió paso hacia el baúl más cercano para echar un ojo. El candado estaba cerrado. El siguiente no contenía otra cosa que colchas. El tercero estaba lleno de sombreros y unas cuantas capas. El cuarto también estaba cerrado, pero el mecanismo estaba suelto, así que tiró fuerte de él y consiguió abrirlo. Ese baúl estaba lleno de picos, guantes con puños de pelo y botas de nieve que tenían el aspecto de haberse utilizado para escalar la Montaña del Norte. Ahora entendía por qué Kai estaba vaciando la estancia. Aquella excursión había sido una pérdida de tiempo para ella. No había nada que ver allí arriba. ¿O sí?

Su padre había vivido en el castillo desde que era un niño y a ella no le habría gustado que tiraran sus recuerdos de la infancia sin querer. Después de todo, ese era su pasado. Tenía que protegerlo. Elsa rodeó uno de los baúles y acercó la linterna a los recovecos oscuros. La luz iluminó un marco roto con un mapa amarilleado del reino. A su padre le gustaría verlo. Se acercó un poco más, repasando lentamente con la mirada las anotaciones escritas a mano, y levantó el marco a la luz tenue. Entonces, vio que había un baúl detrás del marco. Este era diferente a todos los demás. Estaba pintado de blanco, con flores de colores intensos en la parte delantera. Enseguida, Elsa se dio cuenta de por qué le resultaba familiar: era exactamente igual a su baúl del ajuar.

¿Podía ser el de su madre antes de casarse?

Elsa recorrió con la mano la parte superior del baúl quitando la gruesa capa de polvo. Los adornos pintados en este eran idénticos a los de su propio baúl, pero en lugar de tener pintada una «E» en la parte superior, el trazado enterrado bajo la capa de polvo correspondía a otra letra diferente.

Frotó fuerte la zona retirando el polvo hasta que se pudo leer la letra. Era una «A».

«¿A?» El nombre de su madre era Iduna. Su padre se llamaba Agnarr, pero claramente no era de él. ¿Quién era «A»?

Elsa se devanó los sesos intentando pensar en a quién podía pertenecer aquel baúl. Había un nombre rondándole la cabeza, pero parecía que no le terminaba de salir. «A... A... A...» Quería que su mente lo descubriera, pero estaba atascada.

En lugar de eso, se le vino a la memoria la discusión que habían tenido sus padres y que ella había oído. En esta, mencionaron a una «ella». Su madre parecía insistir en ver a aquella persona, mientras que su padre recalcaba lo arriesgado que era visitarla. Nunca los había visto tan enfadados el uno con el otro. Ahora, Elsa se preguntaba: «¿"ella" y "A" serán la misma persona?».

—¡Princesa Elsa!

Elsa puso rápidamente el marco donde lo había encontrado ocultando así el baúl de la vista y se dirigió escaleras abajo. Parecía haber un revuelo. Podía oír a alguien llorando y a otros nombrándola.

—Estoy aquí —dijo sintiéndose culpable por preocupar a la gente por no saber dónde estaba. Dobló la esquina y encontró a algunos trabajadores del castillo reunidos. Gerda estaba inconsolable. Olina estaba llorando, la cara oculta tras su pañuelo. Varias personas se abrazaban y lloraban desconsoladamente.

—¡Princesa Elsa! —Kai se llevó las manos al pecho—. Os encontráis bien. —Su cara estaba enrojecida, como si él también hubiera estado llorando—. Pensábamos que...

—¿Pensabais qué? —Elsa sintió cómo el corazón se le aceleraba. Se le hizo un nudo en la garganta al ver a Olina enjugarse los ojos. Todos la miraban. Algo iba terriblemente mal—. ¿Qué ocurre?

Lord Peterssen salió del medio del grupo que se había formado. Su mirada era sombría y tenía los ojos enrojecidos.

—Elsa —susurró quebrándosele la voz al decir su nombre—, ¿podemos hablar en privado, por favor?

En el momento en el que sus miradas se cruzaron, Elsa ya supo lo que pasaba.

—No. —Comenzó a retroceder. No quería escuchar lo que tenía que decirle lord Peterssen. Parecía como si las paredes se estuvieran cerrando sobre ella. Los llantos y sollozos cada vez eran más fuertes. Notaba cómo el corazón le latía acelerado. Tenía la boca seca y escuchaba un pitido en los oídos. Sabía que lo que le iba a decir le cambiaría la vida para siempre y, por un instante, quiso impedírselo—. No quiero hablar en privado. Quiero estar aquí con todos.

Gerda rodeó a Elsa con su brazo intentando calmarla.

Lord Peterssen miró a su alrededor; tenía los ojos húmedos.

—De acuerdo. Elsa, no hay forma fácil de decir esto.

Ella inspiró bruscamente. «Entonces, no lo hagáis», quiso espetarle.

—El barco de vuestros padres no ha llegado al puerto. —Su voz titubeó.

—Quizá se haya desviado de su curso. —Elsa sintió un hormigueo en los dedos. Era una sensación extraña. Se deshizo de Gerda y sacudió las manos—. Enviad un barco en su busca.

Lord Peterssen negó con la cabeza.

—Ya lo hemos hecho. Enviamos mensaje a todos los reinos y puertos cercanos. Ya hemos recibido las respuestas de todos ellos: el barco nunca llegó. Además, los Mares del Sur pueden ser traicioneros y últimamente ha habido muchas tormentas. —Hizo una pausa—. Solo queda una conclusión posible.

—No. —La voz de Elsa se tornó más grave. Inmediatamente, Gerda rompió a llorar de nuevo—. ¡Es imposible!

Lord Peterssen tragó saliva con dificultad y Elsa vio cómo se le movía la nuez de arriba abajo. Los labios de lord Peterssen temblaban y Olina dejó escapar un sollozo audible. Algunos de los presentes agacharon la cabeza. Elsa oyó a Kai rezar.

—Elsa, el rey Agnarr y la reina Iduna ya no están.

—Que sus almas descansen en paz —dijo Olina cerrando los ojos e inclinando la cabeza al cielo. Otros la imitaron.

—No —repitió Elsa. Todo su cuerpo comenzó a temblar. Volvió a sentir ese hormigueo en los dedos. De repente, tuvo la sensación de que iba a estallar en millones de pedazos, a explotar en fragmentos de luz. Lord Peterssen intentó acercarse, pero ella se alejó queriendo desaparecer. Kai levantó un trozo fino de seda negra. Él y Gerda lo colgaron para ocultar el retrato de sus padres en el pasillo.

Sus padres no podían estar... muertos. Eran su única familia. Sin ellos, estaba totalmente sola. Su respiración se volvió irregular y sus latidos tan rápidos que pensó que se le iba a salir el corazón del pecho. Cada sonido que escuchaba era mil veces más fuerte.

—¡No! —Los dedos le ardían—. ¡No! —Se dio la vuelta y comenzó a correr sin parar hasta llegar a su habitación.

Elsa atravesó las puertas con tanta fuerza que se cerraron de un portazo detrás de ella. Aterrizó en la alfombra redonda y no tuvo fuerzas para moverse. En lugar de hacerlo, se acurrucó formando una pelota y se quedó mirando al papel pintado rosa donde un retrato de ella de cuando era pequeña le devolvía la mirada. La niña estaba feliz y sonriendo. Tenía familia.

Ahora, ya no la tenía.

La sensación abrasadora que había notado en los dedos seguía aumentando, y su corazón bombeaba tan fuerte que creía poder oírlo. Las lágrimas empezaron a resbalarle por las mejillas, le mojaron la parte de arriba del cuello y le llegaron al pecho, que estaba caliente. Temblorosa,

Elsa se forzó a levantarse y a buscar a alguien, quien fuera, con quien poder hablar. Pero no había nadie. Una vez más, se había vuelto a encerrar en ella misma. Se acercó a su baúl. Cuando rozó el arca de madera verde que había guardado debajo de la colcha le tembló la mano. Empezó a rebuscar entre las cosas hasta que encontró lo que buscaba: el pingüino tuerto al que le había contado sus cosas de niña: el señor JorgenBjorgen. Agarró el pingüino con manos temblorosas, pero no era capaz de verbalizar sus pensamientos. Sus padres se habían marchado.

«Me muero de aburrimiento.» ¿No era eso lo que había pensado esa misma mañana? ¿Cómo había podido ser tan egoísta? Se aferró al señor JorgenBjorgen tan fuerte que sintió como si fuera a desintegrarse en sus manos, que estaban hirviendo. Comenzaron a temblarle tan fuerte que no pudo continuar agarrándolo. Lanzó el muñeco al otro lado de la habitación y cayó en su cama.

«Sola. Sola. Sola.»

«Muertos. Muertos. Muertos.»

«No están. No están. No están.»

Cerró los ojos. Notó cómo un grito en su interior se hacía cada vez más grande. Era tan primario que sabía que, si salía, retumbaría en todo el castillo, pero le daba igual. Borboteaba en su garganta amenazando con tomar el control sobre ella, hasta que, finalmente, lo hizo, y Elsa gritó tan fuerte que pensó que nunca pararía. Sus manos pasaron de estar ardiendo a estar frías como el hielo mientras se movían delante de ella. Dentro de ella se abrió algo, como un abismo, que supo que nunca más se podría volver a cerrar. Cuando abrió los ojos, vio algo increíble tomar forma en el aire delante de sus dedos.

Hielo.

Salió disparado atravesando la habitación hasta golpear la pared opuesta y trepar hacia el techo. Aterrorizada y aún sollozando, Elsa pegó un salto hacia atrás asustada al comprobar que el hielo seguía creciendo.

Crujía debajo de sus pies mientras se esparcía por el suelo y subía también por las otras paredes.

¿Qué estaba pasando?

El hielo salía de su interior. No tenía sentido, pero sabía que era real. Era ella la que estaba provocándolo. Pero ¿qué estaba pasando?

«Magia.»

Había oído usar esa palabra durante la discusión de sus padres. ¿Estaban hablando de ella?

Elsa se apoyó en la pared más cercana y se dejó caer derrotada por el dolor.

«Sola. Sola. Sola.»

«No están. No están. No están.»

Mientras intentaba contener los sollozos, seguía saliendo cada vez más hielo. ¿Era su dolor lo que estaba causando aquello? ¿Habían sabido sus padres que era capaz de hacer ese tipo de magia extraña? ¿O era algo con lo que había nacido y no sabían que lo tenía? No había estado más asustada en toda su vida. Sin sus padres, no había nadie más en quien confiara lo suficiente para ni siquiera preguntar. Ahora más que nunca los necesitaba.

Apoyó con fuerza la cabeza en la pared y cerró los ojos. Su voz era menos que un susurro.

—Papá, mamá, por favor, no me dejéis aquí sola.

CAPÍTULO SIETE
Anna

Anna no podía recordar la última vez que se había metido en la cama con el sol todavía brillando. Su padre y su madre habían insistido en que se acostara un rato. Había estado despierta hasta tarde la noche anterior montando un pastel nupcial tradicional de Arendelle por el que la familia Larsen había pagado una cuantiosa suma. No solía hacer aquel tipo de pasteles porque eran muy laboriosos —entre el glaseado y todas las capas que había que hornear, se tardaba horas en hacerlo—, pero el resultado final merecía la pena. Anna sabía que a la hija de los Larsen, que se casaba más tarde ese día, iba a encantarle. De forma que destapó la colcha con un suspiro de entre agradecimiento y sueño, acomodó la almohada y cerró los ojos.

No pudo quedarse dormida sobre la marcha. Su mente volvía una y otra vez al pastel. Se imaginaba a los Larsen alabando su obra delante de sus invitados. Invitados que habían viajado desde Arendelle y volverían al reino hablando del trabajo de Anna. Pronto, el rey y la reina conocerían su trabajo. Quizá le pedirían que les preparara algo en el castillo. Seguro que sus padres y Freya estarían orgullosos. Era imposible que no le permitieran mudarse a Arendelle si sabían que el rey y la reina habían solicitado que trabajara para ellos. Ya podía imaginarse horneando sus galletas con forma de muñeco de nieve para la familia real. Las galletas le hicieron pensar automáticamente en su tía.

Anna esperaba que Freya volviera pronto de su viaje y que convenciera a sus padres de que le permitieran visitar Arendelle. Su madre seguía

haciendo hincapié en que su respuesta no era definitiva, que había que esperar. «Freya trabaja muchísimo. Tenemos que encontrar el momento adecuado para que puedas ir, si es que es posible.» ¡Su madre nunca dejaba de preocuparse! Ni tampoco su padre. Él decía que él mismo la llevaría montaña abajo y se quedaría cerca esperando por si acaso quisiese volverse antes.

No podía recordar la última vez que su padre había salido de Harmon. En una ocasión, Anna intentó convencerles de cerrar la tienda e ir todos juntos unos días, pero él no quería ni oír hablar de ello. «Ni siquiera sabemos si podrás ir tú», había dicho. Pero Anna sabía en el fondo de su corazón que Arendelle estaba en su futuro. Lo sentía en cada centímetro de su ser.

Cuando finalmente Anna se quedó dormida, no soñó con muñecos de nieve. Su sueño fue agitado. Sintió frío, como si estuviera sentada en un bloque de hielo, y no podía ver ni siquiera su mano delante de su cara. La nieve caía arremolinándose por todos lados como si estuviera en medio de una ventisca, pero no parecía que fuera una tormenta normal. Reinaba una oscuridad que amenazaba con tragarse a Anna por completo. Peor aún: sentía como si alguien allí fuera necesitara desesperadamente que ella lo encontrara.

Anna intentó combatir la tormenta para llegar a esa persona, avanzando en contra de ese hielo y viento desgarradores para emprender la búsqueda, pero no podía verla. Podía oír un llanto, pero era tan lejano que no reconocía de dónde procedía. Todo lo que sabía era que tenía que encontrar a esa persona antes de que fuera demasiado tarde. Algo le decía que, si seguía a su corazón y confiaba en su instinto, lo conseguiría.

—¿Hay alguien ahí? —gritó Anna para que se la oyera por encima del sonido del viento, pero no obtuvo respuesta. Nunca se había sentido más sola. Dio un paso adelante y, de repente, cayó en picado por un barranco nevado.

Se despertó respirando con dificultad.

—¡Ayuda! ¡Necesito ayuda! —Se apretó el pecho como si le doliera—. Solo ha sido un sueño —repitió una y otra vez. Sin embargo, no le había parecido un sueño. Le había parecido real.

Necesitaba salir de aquella habitación.

Anna se destapó y se deslizó en sus zapatos. El sol estaba más bajo en el cielo que antes. Sus padres pronto acabarían el día. Quizá un paseo le haría bien.

Salió por la puerta principal de la casa sin decir adiós y comenzó a deambular por el pueblo sin un destino fijo. Por una vez, no se paró a charlar con cada persona que veía. En lugar de eso, mantuvo la cabeza agachada y cruzó los brazos delante del pecho intentando contrarrestar el frío que parecía penetrar en su cuerpo. Había sido un sueño, pero le había parecido muy real.

Sentía como si alguien estuviera sufriendo terriblemente, aunque podía notar que no estaba todo perdido. Si confiaba en su instinto, Anna sabía que podía ayudar. Qué extraño...

Se frotó los brazos para mantenerse en calor, andando sin rumbo alguno. De repente, se sobresaltó al aparecer un carruaje que avanzaba calle abajo con un gran estruendo. Anna vio cómo se detenía enfrente de la iglesia. Un guardia de palacio saltó del carruaje. Anna no había visto nunca antes un carruaje real oficial en Harmon. El guardia clavó una proclamación en la puerta de la iglesia y habló con el obispo que salió a recibirlo. Después, se subió al carruaje y se marchó. El obispo hablaba con cada persona que se acercara a él, tras lo que la gente volvía corriendo a sus casas con la noticia. Otros salían de sus hogares abriéndose paso hasta la proclamación para ver qué estaba escrito en ella.

Anna se dejó llevar, fue acercándose lentamente, y vio a una mujer leer el anuncio y contener el aliento. Otra persona que estaba a su lado rompió a llorar. Había una gran conmoción y se oían lamentos. En ese momento,

las campanas de la iglesia comenzaron a repicar. Anna intentó atravesar la multitud para ver lo que estaba escrito, pero la gente se abría paso empujando y apartando a otros en un esfuerzo por ver mejor. Anna aún tenía los brazos cruzados abrazándose a sí misma y encontrando difícil entrar en calor. Era un poco absurdo, pero casi tenía la sensación de seguir soñando.

—Disculpe —le dijo Anna a un señor que acababa de estar cerca de los escalones de la entrada—. ¿Me podría decir qué ha colgado el guardia en la iglesia?

El hombre se frotó los ojos.

—El rey y la reina, que en paz descansen, se han perdido en el mar. El barco nunca llegó a su destino.

—¿Qué? —Anna se llevó las manos al pecho—. ¡No!

—Así es —afirmó el señor abriéndose paso entre la muchedumbre—. La proclamación anuncia que hemos entrado en un período de luto.

—¿Y la princesa Elsa? —preguntó Anna, temerosa de la respuesta.

—Está viva —respondió—. Corre la voz y reza por Arendelle y nuestra futura reina. Ahora está sola.

«Se lo tengo que contar a mamá y papá», pensó Anna. Volvió corriendo a la pastelería y encontró a su padre barriendo el suelo de la tienda. Al entrar por la puerta y cerrarla de un portazo, su padre levantó la mirada alarmado.

—¿Qué ocurre? —Su padre soltó la escoba y se acercó a ella—. Anna, querida, ¿estás bien? He oído el carruaje. Alguien ha dicho que venía de palacio, pero no he salido a verlo. ¿Ocurre algo?

Anna asintió conteniéndose para no llorar.

—¿Dónde está mamá?

—Aquí. —Su madre apareció por la puerta que conducía a la casa limpiándose las manos en el delantal. Al ver la cara de Anna, la suya cambió también—. ¿Qué ocurre?

—Creo que lo mejor es que os sentéis —dijo Anna—. Venid a la salita.

Sus padres la siguieron hacia el interior, pero no se sentaron. Estaban cogidos de la mano. Anna respiró hondo.

—Ha sucedido una tragedia terrible. El rey y la reina se han perdido en el mar. —Cerró los ojos; aquella noticia era demasiado dura hasta para imaginársela.

—¡No! —Su madre gimió tan alto que Anna comenzó a temblar—. ¡Es imposible! ¿Qué ha pasado?

A Anna le temblaba el labio inferior.

—Acaban de poner una proclamación proveniente del castillo. Entraremos en un período de luto. El barco del rey y la reina no llegó nunca a su destino. —Inclinó la cabeza—. Rey Agnarr y reina Iduna, descansen en paz. —La noticia era tan trágica que no podía soportarlo, y sus padres estaban desconsolados. Su madre se derrumbó en una silla, mientras que su padre comenzó a mecerse.

—No, ¿por qué? ¿Por qué? —exclamó al cielo.

Anna intentó consolar a su madre.

—Es horrible, lo sé. Pero no todo está perdido. La princesa está a salvo. Volveremos a tener una reina.

Su padre la abrazó y su madre lloró más fuerte.

—Cuando cumpla los veintiuno ocupará su lugar en el trono. Pero por ahora...

—Pobre chica —susurró Anna. Se la imaginó sola en ese enorme castillo. Se frotó los brazos. No conseguía entrar en calor—. No puedo creer que la princesa haya perdido a sus padres.

Un silencio invadió la estancia. Finalmente, su padre habló.

—Tomally, tenemos que decírselo —dijo.

Anna miró a su madre y después a su padre.

—¿Decirme qué?

—Sí —coincidió su madre buscando las manos de su hija—. Hay algo que no sabes. —Suspiró profundamente—. Anna, querida, la reina se había llevado a varias damas de su corte con ella en el barco. Una de esas damas era Freya. —Su madre rompió de nuevo a llorar y su padre la rodeó con sus brazos.

—¿Freya? ¡No! ¿Freya? —En ese mismo momento, Anna comenzó a llorar—. ¿Estáis seguros? ¿Y su familia? ¿Estaba con ella?

Sus padres se miraron.

—Su esposo iba con ella también, pero Freya nos dijo que su hija se quedaría en casa.

—¿No deberíamos mandar a buscarla? ¿Tiene más familia? —dijo Anna con un hilo de voz, abrumada por el dolor—. ¿Estará bien? —preguntó.

—Lo estará —dijo su madre, pero no podía parar de llorar.

—Papá, no puede ser verdad. ¿Estáis seguros de que Freya iba en ese barco?

Su padre dudó.

—Sí —dijo con voz temblorosa—. Este era el viaje del que habló Freya en su última visita. No quería alardear, pero iba a viajar con el rey y la reina. —Sus ojos se inundaron de lágrimas—. Nuestra querida amiga se ha marchado.

Sí, a Anna le entristecía que el rey y la reina hubieran perecido, pero Freya era de la familia. Le flaquearon las rodillas. Su padre la agarró con el brazo que tenía libre para sujetarla. Se hundió en el suelo y se acercó a su madre buscando consuelo.

—¡Freya no! ¡No! —Enterró la cabeza en el pecho de su madre.

Su madre le acarició el pelo.

—Anna, querida, lo siento mucho. Lo siento muchísimo —balbuceó. Separó a su hija de su pecho para poder mirarla a los ojos—. Hay algo más que deberías saber.

—¡Tomally! —La voz de su padre sonó cortante—. Hiciste una promesa. Ahora no puedes romperla.

A Anna se le contrajo la expresión. Nunca había escuchado a su padre alzarle la voz a su madre.

—¡Tengo que hacerlo, Johan! ¡Merece conocer la verdad! Si no es ahora, ¿cuándo?

—¡No tienes derecho a contárselo! —replicó.

«¿Qué verdad?»

—Ya tengo quince años. Si hay algo más que deba saber, quiero saberlo.

Su madre esbozó una sonrisa triste.

—Nada, cariño. Lo siento. Simplemente, estoy muy afectada. Freya era mi más vieja y querida amiga.

Anna se acercó a su madre de nuevo y se abrazaron. Su padre pasó un brazo por encima de los hombros de cada una.

Estaban muy afligidos; era normal que estuvieran alterados. Podía notar cómo sus lágrimas eran cada vez más abundantes. Freya no iba a volver. El rey y la reina ya no estaban. Parecía como si las paredes se les estuvieran viniendo encima, pero Anna no dejó que eso ocurriera.

Sus ojos buscaron algo que la reconfortara. Levantó la vista por encima de los hombros de su madre y encontró la ventana de la salita. Era difícil identificar la imagen con los ojos llenos de lágrimas, pero Anna sabía que estaba allí. Si miraba más allá de las dos filas de casas hacia la base de la montaña, Arendelle aún estaría allí, reclamándola. No podía evitar pensar en lo que estaría sucediendo dentro de los muros del castillo en ese preciso instante. ¿Quién estaría consolando a la princesa Elsa?

Anna se aferró más fuerte a sus padres. Más que nada, Anna esperaba que Elsa no estuviera sola.

CAPÍTULO OCHO
Elsa

Elsa miraba fijamente al techo cubierto de hielo mientras la nieve caía a su alrededor.

Habían pasado tres días desde que se enterara de que sus padres habían perecido en el mar. Desde entonces, no había salido de su habitación. No había dormido en su cama. Apenas había tocado la comida que le dejaban a la puerta de su cuarto. Se había negado a ver a nadie, incluido lord Peterssen, que era lo más cercano que le quedaba a una familia. Lo único que quería era que la dejaran sola.

Los copos de nieve le caían sobre la nariz y mejillas mientras miraba los carámbanos formados en el techo. Unos carámbanos que ella misma había creado.

Qué irónico haber recibido esos extraños poderes justo en el momento en el que ya no podría compartirlos con nadie.

Levantó una mano con dedos temblorosos y sintió cómo liberaba hielo de nuevo. El hielo formó un camino helado en el techo. Elsa no estaba segura de cómo funcionaban sus poderes, pero por lo menos ahora ya sabía cuándo iba a ocurrir. Notaba un cosquilleo en los dedos y se le aceleraba el corazón. Descubrió que siempre le pasaba cuando pensaba en sus padres. ¿Pensaba en otra cosa que no fueran ellos? No.

No tenía intención de levantarse del suelo por un tiempo.

Alguien llamó a la puerta suavemente. Sin preguntar, ya sabía de quién se trataba.

—Dentro de poco saldré para el funeral. Por favor, pensad en venir conmigo, Elsa.

Era lord Peterssen. A pesar de no haber salido de la habitación, sabía de qué estaba hablando. Kai, Gerda, Olina y lord Peterssen habían estado días hablándole a través de la puerta cerrada.

Nada de lo que pudieran decirle tenía importancia. Ya sabía quién gobernaría en el reino. Su padre le había dicho antes de su viaje que, si le pasaba algo, lord Peterssen se encargaría de todos los asuntos hasta que Elsa alcanzara la mayoría de edad a los veintiuno y pudiera ser coronada. Cualquier otra cosa que tuvieran que decir carecía de importancia.

Le dolía mucho pensar que no conocía a sus padres tan bien como había creído. Cuando recordaba la discusión que había oído antes de que se fueran, el baúl en el desván con la misteriosa letra «A» y sus extraños poderes, dudaba de haberlo hecho. Tenía tantas preguntas que deseaba poder hacer a sus padres... «¿Sabíais que podía hacer magia? Si lo sabíais, ¿por qué no me lo dijisteis? ¿Os sentíais avergonzados de que hubiera nacido con estos poderes? ¿Teníais miedo? ¿Estabais preocupados por lo que la gente pudiera pensar? Ya nunca lo sabré. Os habéis llevado vuestros secretos a la tumba y me habéis dejado sola para averiguarlo por mí misma.»

—Elsa, por favor. Vuestros padres habrían querido que estuvierais presente. Abrid la puerta.

Cerró los ojos con fuerza. El funeral real tendría lugar encima del fiordo. A pesar de que su padre y su madre habían perecido en el mar, se estaban colocando símbolos en su honor en la cima. Se esperaba que se acercaran cientos de súbditos a ofrecer sus condolencias y simpatía, y ella sabía que no sería capaz de controlar la situación. Sin poder evitarlo, comenzaría a lanzar hielo de forma descontrolada. La tacharían de bruja o monstruo. Exigirían que abdicara y el legado de sus padres se esfumaría en cuestión de segundos.

No, no podía asistir al funeral de sus padres. No podía aparecer en público hasta que no aprendiera a controlar su magia.

Hasta entonces, tendría que quedarse encerrada en su habitación. No saldría nunca del castillo. Evitaría cualquier contacto con la mayoría de sus trabajadores. Su único propósito sería ocultar sus poderes. «No has de sentir —se repetía continuamente—. Has de esconderlo.»

Sus padres la habían querido mucho. Aún los necesitaba; estaba desesperada por contarles lo que había pasado. ¿Qué ocurriría si no conseguía controlar los poderes ella sola? No podía contárselo a lord Peterssen por miedo a asustarlo. Estaba en juego el trono. No tenía más opción que la de sufrir en silencio.

—¿Elsa? ¿Me escucháis?

—¿Ha dicho algo? —dijo una segunda voz, mucho más insistente que la primera.

Elsa escuchó a lord Peterssen tratando de explicar pacientemente la situación.

—Sé que está afectada —replicó la segunda voz—, pero no estará bien visto que la futura reina no esté presente en el funeral de sus padres. ¿Qué pensará la gente?

Se trataba, sin duda, del duque de Weselton. No tenía ningún poder de decisión en su reino, pero parecía estar convencido de que, al tratarse de un socio comercial tan importante, podía permitirse opinar. Había vuelto rápidamente a Arendelle cuando llegaron las noticias del fallecimiento del rey y la reina. A pesar de que le frustrara su presencia, Elsa sabía que tenía razón. Debía honrar la memoria de sus padres y estar presente en la ceremonia. Pero eso significaba que tendría que levantarse del suelo y recomponerse a riesgo de que todo el mundo descubriera de lo que era capaz.

—Por favor, idos —gimió Elsa.

Silencio.

—No va a acudir —oyó que le decía lord Peterssen al duque, quien no discutió. Momentos después, los oyó alejarse.

Elsa se incorporó y miró al señor JorgenBjorgen descansando en la cama. Llevaba allí desde que Elsa lo había arrojado unos días antes. Ahora estaba cubierto de hielo. De repente deseó poder alcanzarlo desde donde estaba. De pequeña, le había encantado aquel juguete. No solo porque el muñeco supiera escucharla, sino porque siempre le hacía compañía. Le gustaba imaginarse que el muñeco también la quería.

Por una milésima de segundo, a Elsa le vino a la memoria un recuerdo de cuando era pequeña. Estaba haciendo un muñeco de nieve con otra niña y tiraban de este de un lado a otro de la habitación. No había duda de que se querían. Empezó a sentir en las manos un hormigueo diferente al que ya había experimentado, en esta ocasión estaban calientes. Esa sensación se desvaneció y le dejó con un agudo dolor de cabeza.

«¿Qué había sido eso?», se preguntó. La niña tenía que ser fruto de su imaginación. Nunca antes había hecho magia, nunca. ¿O sí?

Elsa se levantó. Las piernas le temblaban. Se agarró al bastidor de la cama para no caerse. Con el corazón galopando y los dedos doloridos, volvió a cerrar los ojos e intentó rememorar el amor que acababa de sentir recorriendo sus venas. La emoción era más fuerte que el miedo. Esa sensación venía de crear algo con amor: un muñeco de nieve para que las dos niñas disfrutaran. Si tan solo pudiera atrapar esa sensación en una botella y guardarla allí. Especialmente ahora que estaba más sola de lo que jamás lo había estado.

Merecía la pena intentarlo.

Moviendo los brazos de un lado a otro, Elsa permitió que el hielo y la nieve salieran de su interior, pero, en esta ocasión, intentó concentrarse en ese amor y apartar a un lado el miedo. Pensó de nuevo en la visión que había tenido de ella y la niña riéndose y haciendo un muñeco de nieve. Cuando volvió a abrir los ojos, la nieve se arremolinaba delante de ella

como si fuera un ciclón. Se erigió como una columna desde el suelo, creando bolas de nieve que se elevaban desde la superficie y caían hasta formar un muñeco. La parte de abajo era ancha, con dos pies hechos de bolitas de nieve regordetas, una sección media discreta y una cabeza ovalada con una boca grande y paletas prominentes. Miró, incrédula, su creación, se tambaleó y estuvo a punto de caer de espaldas. ¿Acababa de controlar sus poderes para crear un muñeco? Estuvo a punto de reírse por lo absurdo de la situación. Elsa se impulsó hacia delante y se concentró en el muñeco que había delante de ella. Cogió unas ramitas de la chimenea para hacerle las manos y el pelo, unos carboncillos de las cenizas para los botones y una zanahoria de la cena de la noche anterior se convirtió en su nariz. Cuando dio un paso atrás para admirar su obra de arte, notó algo extraño. De repente, el muñeco de nieve brilló con el mismo resplandor azul que anunciaba sus poderes. Cuando aquel resplandor se desvaneció, el muñeco de nieve parpadeó. Elsa dio un salto atrás, sobresaltada.

—¡Hola! Soy Olaf y me gustan los abrazos calentitos.

«Un momento, ¿el muñeco de nieve ha cobrado vida?», pensó.

Sus poderes podían crear algo más que simplemente nieve: ¿eran capaces de crear a un ser real? La respiración de Elsa se volvió más agitada al ver al muñeco de nieve comenzar a andar, ¡andar!, por su habitación. Se miró las manos maravillada. ¿Cómo era posible?

—¿Has dicho algo? —susurró Elsa sin creerse lo que estaba viendo o escuchando.

—¡Sí! Soy Olaf —repitió el muñeco de nieve y cogió al señor JorgenBjorgen—. ¡Oh! ¿Qué es esto? Hola —dijo dirigiéndose al muñeco —. Soy Olaf.

—Olaf —repitió ella intentando calmarse. ¿Por qué le resultaba tan familiar aquel nombre?

—Elsa, tú me creaste —dijo el muñeco de nieve—. ¿Lo recuerdas?

—Sabes quién soy.

—Sí, ¿por qué? —Olaf comenzó a andar tambaleándose de un lado a otro hacia el alféizar de la ventana para examinarlo.

Elsa estaba estupefacta por lo que estaba pasando, y, lo que era más, durante una fracción de segundo había olvidado su tristeza. El recuerdo de una sensación de amor y cariño le había llevado a crear un muñeco de nieve que andaba y hablaba.

—¡Ooh! Qué habitación más bonita —dijo Olaf—. ¿Qué es eso? —preguntó acercándose a la ventana que estaba abierta y mirando hacia abajo. Elsa lo observó con asombro—. ¡Ooh! Es un pueblo. Siempre he querido ver un pueblo con personas y animales. ¡Y es verano! ¡Me encanta el verano! Ver a las abejas volar emitiendo su zumbido y a los niños soplando las flores de diente de león y... ¡oh!, ¡oh! —Se volvió hacia ella. El lado derecho de la cara estaba empezando a derretírsele—. Tengo un problemita.

Elsa movió las manos en un remolino como había hecho antes y se esforzó por pensar en algo que le permitiera mantenerse frío en ese calor. Una nubecita de nieve apareció por encima de la cabeza de Olaf.

—¡Mi propia nevada personal! —Olaf se abrazó a sí mismo. Después, vio la mirada que tenía Elsa—. ¿Qué ocurre?

—Todavía estoy intentando entender cómo es posible que estés aquí y cómo te he creado.

—¿No lo recuerdas? —preguntó Olaf—. ¡Me creaste para Anna!

El corazón de Elsa se paró por un momento.

«¿Anna?»

¿Era posible que Anna fuera la «A» del baúl del desván?

A Elsa le daba hasta un poco de miedo preguntar.

—¿Quién es Anna?

La sonrisa entusiasta de Olaf se desvaneció.

—No lo sé. ¿Quién es Anna?

No pasaba nada. Era un comienzo. Por lo menos ya tenía un nombre.

—Yo tampoco lo sé. —Elsa cogió a Olaf de la ramita que formaba su brazo y lo acercó hacia el alféizar de la ventana. Su intención era contarle todo lo que sabía—. Pero juntos lo descubriremos.

CAPÍTULO NUEVE
Elsa

Tres años después...

Elsa miró por la ventana de su habitación y se maravilló con la escena que tenía lugar ante ella. Las puertas del castillo estaban abiertas y los trabajadores con uniformes verdes estaban preparando el patio y la capilla para su coronación. Se estaban colgando banderas moradas y doradas, algunas con su silueta y otras con el escudo de la familia, en todos los postes tanto dentro como fuera del patio. Su coronación tendría lugar en pocos días.

Elsa estaba aterrada.

Respiró hondo e intentó controlar sus latidos para evitar que apareciera el resplandor azulado en sus manos. «No permitas que vean tus poderes —se recordaba una y otra vez—. Tus padres te educaron para que te convirtieras en una buena reina, y eso es lo que tienes que dejar que vean, no a alguien que puede hacer magia y otras cosas...» Soltó el aire lentamente y se puso en el peor de los casos: «Un paso en falso y todos descubrirán la verdad. No soy como los demás».

Alguien llamó a la puerta.

—¿Princesa Elsa? Se requiere vuestra presencia en el vestidor para una última prueba de vuestro vestido.

Era Gerda llamándola desde el pasillo. Elsa le agradecía que hubiera estado ahí los tres últimos años, así como Kai y lord Peterssen. Su habitación se había convertido en un santuario tras la muerte de sus padres, y todos ellos lo habían respetado, le habían dado tiempo, habían

esperado a que superase el dolor y se sintiese preparada para volver al mundo real. Y allí pasaba muchas horas, en su habitación y en la estancia adyacente, su vestidor, pero no le gustaba pasearse por el resto de las estancias del castillo. Aún le perseguían los recuerdos de sus padres.

—Gracias, Gerda. Ahora te veo en el vestidor —contestó Elsa a través de la puerta.

Gerda la entendía más que nadie y, sin embargo, no conocía el secreto de Elsa. Solo había una persona que lo conociera.

—¡Ooh, mira! ¡Te han enviado más flores! —exclamó Olaf cruzando la puerta que separaba su habitación del vestidor con un gran ramo en los brazos.

—¡Olaf! —Elsa tiró de él antes de que Gerda lo viera—. Sabes que no debes ir al vestidor. No puedes salir de mi habitación sin mí. Especialmente esta semana. Hay demasiada gente en el castillo.

—Técnicamente no he salido de tu habitación —apuntó Olaf—. El vestidor está adjunto.

Elsa cogió las flores que llevaba entre los brazos y las dejó encima de su escritorio.

—Lo sé, pero me prometiste que no saldrías de aquí.

Los copos de nieve de la nube que tenía Olaf sobre la cabeza comenzaron a caer más rápido.

—¡Pero todo parece tan divertido ahí fuera! He estado espiando a través del ojo de la cerradura y he visto a alguien que llevaba un carrito con un pastel de chocolate.

—Haré que traigan un poco a la habitación —le prometió Elsa—. Sé que es difícil, pero no podemos arriesgarnos a que alguien se encuentre hoy a un muñeco de nieve parlante de excursión por los pasillos.

Olaf frunció el ceño.

—Eso lo dices todos los días.

Elsa le cogió de la mano hecha de ramita.

—Lo sé. Lo siento.

No había palabras para describir los sentimientos que la embargaban. Olaf era lo más cercano que tenía a una familia. Había sido su leal compañero durante los últimos tres años y nunca lo había dejado salir de la habitación a no ser que estuviera totalmente segura de que no los iban a ver.

Puntualmente, ambos escapaban de la habitación. En un par de ocasiones, lo había escondido debajo del carrito del té y lo había empujado hasta la escalera para subir corriendo al desván. En aquellos viajes al ático no habían descubierto nada sobre Anna. El misterioso baúl con la letra «A» contenía vestidos y capotas pequeños, pero no había nada en el interior que sugiriese que esa «A» fuera de «Anna» o que ofreciera una pista sobre quién era la tal Anna. Elsa estaba ya cansada de buscar información sobre esa niña perdida que Olaf estaba convencido de que conocía. Las visitas a la biblioteca de sus padres tampoco habían revelado nada, y en la capilla del castillo no existía ningún registro del nacimiento de ninguna Anna. En una ocasión, incluso había mencionado el nombre a lord Peterssen esperando obtener alguna reacción, pero este se había mostrado confundido. El único que la recordaba era Olaf, y este sufría pérdidas de memoria.

—Después de la coronación encontraremos el momento para que husmees un poco por el desván de nuevo —lo animó Elsa, y Olaf abrió los ojos.

—No solo en el desván —dijo Olaf—. Cuando seas reina, podrás contarles a todos que tienes un don maravilloso.

«Un don.» A veces, ese don parecía más una maldición. En los últimos años, había aprendido a controlar un poco su magia, pero solo cuando intentaba crear algo. Montañas de nieve, sí. Sin embargo, si estaba triste o nerviosa era incapaz de controlarla, por mucho que lo intentara.

—No estoy segura de que eso sea una decisión sabia.

—¿Por qué no? A todo el mundo le encantaría que cayera un poco de nieve en un día tan caluroso como este. —Olaf se acercó a la ventana con su nube de nieve personal y miró a través de ella—. Se están asando ahí fuera preparándolo todo para tu coronación. ¡Oh, mira! Llevan un montón de banderas. ¡Hola, gente! —saludó alegremente.

Elsa lo apartó de la ventana.

—No creo que los habitantes del reino estuvieran muy contentos de saber que tienen una reina que puede crear hielo.

—A Anna le encantaba —replicó él.

A veces Olaf hacía eso: soltaba el nombre de Anna en medio de una conversación como si ambos supieran de quién estaba hablando. Pero en cuanto Elsa intentaba tirar un poco del hilo, la conversación se deshacía.

—¿Y podrías decirme cuándo he hecho nieve para Anna?

Olaf comenzó a dar palmas con las manos entusiasmado.

—Ooh... bueno... —Frunció el ceño—. No me acuerdo.

Elsa esbozó una sonrisa melancólica.

—No pasa nada. Algún día lo recordarás.

Olaf asintió.

—Veamos cómo practicas de nuevo para tu coronación.

—No creo que esté preparada para hacerlo ahora mismo —dudó Elsa—. Gerda está esperando.

—Esta vez lo conseguirás —la animó Olaf—. Sé que lo harás.

—Está bien. —Elsa se acercó al escritorio y bajó la vista hacia el frasquito de porcelana y el candelabro. Había estado utilizándolos como sustitutos del orbe y el cetro que tendría que levantar, como hizo su padre en su coronación. Como ya había hecho otras muchas veces, cerró los ojos e intentó imaginarse en la capilla donde tendría lugar la ceremonia de coronación. Pensó en el coro que estaría en el balcón cantando y pudo imaginarse el púlpito sobre el que se situaría ella, frente al obispo y toda su gente, así como ante todas las personas de la nobleza y los dignatarios

invitados. Al no tener familia, estaría sola allí arriba. Elsa intentó no pensar en ello mientras se imaginaba al sacerdote colocándole la tiara con piedras preciosas sobre la cabeza. Seguidamente, le tendería el cojín con el orbe y el cetro para que los cogiera. Recordó que en esa parte de la ceremonia no podría llevar puestos los guantes verdiazulados, así que se los quitó para practicar. Últimamente, siempre los llevaba puestos. Quizá fuera absurdo, pero pensaba que los guantes la ayudaban a esconder su magia y le daban seguridad. Este era su grito de guerra: «Contrólalo. No has de sentir. Has de esconder tus emociones».

—Casi lo tienes —la animó Olaf.

Aquella era la parte más difícil. Elsa acercó las manos con dedos temblorosos y alzó el frasco de porcelana con una mano y el candelabro con la otra. Entonces, repitió la oración que sabía que el sacerdote recitaría mientras ella alzaba los objetos: «*Sem hón heldr inum helgum eignum ok krýnd í þessum helga stað ek té fram fyrir yðr...* Reina Elsa de Arendelle».

En ese momento, tendría que darse la vuelta con el orbe y el cetro en las manos, y mientras tanto la gente corearía: «¡Reina Elsa de Arendelle!».

—¡Reina Elsa de Arendelle! —gritó Olaf.

Elsa contuvo el aliento. «Puedo hacerlo. Puedo hacerlo. Puedo hacerlo», repitió para sí misma. Las manos le temblaban a pesar de todo su esfuerzo por mantenerlas firmes. Olaf la miraba con expectación. «Puedo hacerlo.»

La base del frasco de porcelana comenzó a crujir a la vez que se congelaba. El candelabro se heló en sus manos. Rápidamente, los dejó donde estaban y se puso los guantes.

—Casi lo tenías. —Olaf sonrió enseñando los dientes—. Lo intentaremos de nuevo más tarde.

No podía decirle a Olaf que no había esperanza. ¿Cómo iba a conseguir aguantar toda la ceremonia sin exponerse?

Pero Olaf ya había cambiado de tema.

—¡Mira qué flores más bonitas! —exclamó—. ¿No huelen fenomenal? —Las olió intensamente y estornudó encima de ellas—. Me pregunto de quién serán.

Elsa cogió la tarjeta que estaba escondida dentro del ramo de brezos púrpura.

—Creo que tengo una idea bastante clara —dijo.

Leyó la nota.

Disfruté mucho del tiempo que pasé contigo ayer. ¿Podría persuadirte de pasear por los jardines de nuevo esta tarde? Creo que te ayudará a despejar la mente antes de tu gran día.

Elsa sonrió para sus adentros.

—¡Le gustas al príncipe! —apuntó Olaf mirando por encima de su hombro—. Creo.

—Es posible —coincidió Elsa.

—¡Desde el día que llegó, cada día te ha pedido que lo acompañaras a pasear! —le recordó Olaf—. Y te ha enviado chocolates, flores y todos esos libros.

—Eso es cierto. —El príncipe siempre le hablaba de los libros que había leído; le encantaba leer tanto como a ella. Y cada vez que terminaba de leer uno, se lo hacía llegar a sus aposentos con una flor prensada entre sus páginas.

Unos meses atrás, el príncipe había acompañado al duque de Weselton en uno de sus viajes a Arendelle, y Elsa quedó gratamente sorprendida de lo bien que se habían llevado desde el principio. Al contrario que el entrometido del duque, el príncipe era educado y parecía haberse dado cuenta de que necesitaba tiempo para abrirse a la gente. Se interesaba por sus estudios y por cómo iba su preparación, y le gustaba discutir sobre historia y arquitectura. Pasaban horas hablando del reinado de la familia de Elsa en Arendelle y de las razones de que hubiese durado varias décadas. La familia de él era relativamente joven en cuanto a su reinado, y

le interesaba la opinión de Elsa acerca de las relaciones comerciales y los asuntos exteriores. Se habían acercado mucho, pero aún había demasiadas cosas que no podía contarle.

Volvieron a llamar a la puerta del vestidor.

—Princesa Elsa, ¿estáis lista?

—¡Enseguida! —gritó ella y le dirigió una mirada a Olaf.

—Sé lo que tengo que hacer —le dijo—. Quedarme aquí, en silencio, y si apareciera alguien, esconderme. Puede que me dedique a limpiar un poco. Hay bastante polvo en esta habitación.

No estaba equivocado, había mucho polvo. Como no permitía que nadie entrara para limpiar, el polvo se acumulaba y la habitación olía un poco a cerrado.

—Buena idea. Si te aburres, a lo mejor puedes mirar si hay algo en mi baúl del ajuar que ya no necesite —dijo—. Creo que hace años que no lo abro.

Olaf asintió.

—¡Ooh! Me encantan los baúles de ajuar. —Se dirigió a él y lo abrió de par en par—. ¡Hala! Cuántas cosas aquí apiñadas.

Elsa lo dejó entretenido con su nuevo proyecto. Atravesó la puerta que separaba su vestidor del dormitorio y se encontró a Gerda esperándola pacientemente. Estaba de pie al lado de un maniquí de costura que llevaba puesto el vestido que Elsa luciría en su coronación. Cada detalle había sido cuidadosamente planificado para el gran día.

Gerda sonrió.

—Es un vestido a la altura de una reina, ¿verdad?

Elsa le devolvió la sonrisa. No tenía el valor para decirle a Gerda que el vestido le resultaba un poco pesado cuando caminaba y que el cuello de cisne la limitaba. Cada vez que se lo ponía, sentía claustrofobia.

—Todo lo que me traes es precioso, Gerda.

Aquella pequeña estancia era una de sus preferidas. Le encantaban los tonos azulados del papel de las paredes y los detalles en madera blanca decorada con adornos florales pintados a mano en dorado y púrpura a juego con los colores de la alfombra. A veces, aún no se podía creer que dispusiera de una habitación entera solo para vestirse, pero le consolaba saber que podía entrar en la habitación adyacente sin tener que esconder a Olaf.

—¿Hacemos una última prueba? —preguntó Gerda.

Elsa aceptó y se colocó detrás del biombo para ponerse el vestido. Cuando reapareció, Gerda la hizo subirse a un cajón de madera frente a un espejo tríptico para hacer las últimas modificaciones.

Alguien llamó a la puerta del vestidor.

—¿Puedo pasar?

—Sí —contestaron Gerda y Elsa al unísono.

Cuando la vio, parecía que lord Peterssen se iba a echar a llorar.

—Elsa, estáis preciosa. Si vuestros padres pudieran veros hoy...

Ella le tocó la mano.

—Lo sé. Estarían orgullosos.

Lord Peterssen sacó un pañuelo del bolsillo de su chaqueta azul.

—Lo estarían de verdad. Como lo estoy yo —dijo con una sonrisa.

Los tres últimos años le habían hecho envejecer. Su pelo moreno y poblado había disminuido, y el color gris comenzaba a ganar terreno. Siempre parecía cansado. Elsa se veía reflejada en él. La ausencia de sus padres les había pesado a ambos. Pero había llegado el día en el que él daría un paso al lado y se apartaría de los asuntos de gobierno, mientras que ella estaba a punto de comenzar una vida dedicada a sus deberes como reina. ¿Cómo iba a poder mantener el secreto a salvo del reino?

Empezó a sentir un hormigueo en los dedos dentro de los guantes. En un gesto rápido, alejó la mano de Gerda, que estaba arreglando una puntada en la zona del abdomen del vestido.

—El vestido está listo, así como vos —dijo Gerda con tono tranquilizador.

Se oyó un estruendo proveniente del otro lado de la pared del dormitorio. Después, Elsa oyó un fuerte alarido.

Lord Peterssen parecía confundido.

—¿Hay alguien dentro de vuestros aposentos?

Elsa se bajó de la caja y retrocedió hacia la puerta de la habitación.

—Ruego me disculpéis un momento. He dejado las ventanas abiertas y debe de haber entrado un pájaro volando —dijo. «¿Qué estará haciendo Olaf?»—. Voy a ver.

—¿Necesitáis ayuda? —preguntó Gerda.

—¡No! —respondió Elsa un poco más bruscamente de lo que le habría gustado—. Vuelvo enseguida.

Elsa cruzó rápidamente la puerta de su habitación y la cerró tras ella. Al volverse, vio que Olaf había vaciado el baúl entero. Había papeles, vestidos, adornos de bisutería y *souvenirs* esparcidos por todo el suelo. Estaba inclinado sobre un objeto que ella no conseguía ver, y lanzó un gruñido fuerte al intentar levantarlo.

—¡Olaf! —susurró—. ¿Qué estás...? ¡Oh!

Olaf estaba analizando una caja verde de madera; hacía tiempo que Elsa se había olvidado de ella. Era el arca que le había dado su padre justo antes de su último viaje. Al verla de nuevo, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—La había olvidado —dijo.

—¿Es un regalo? —preguntó Olaf—. ¡Pesa mucho!

—Sí, es algo así como un regalo —respondió Elsa, que se emocionó al ver los adornos florales de la tapa. Siguió con los dedos el dibujo dorado del escudo en relieve—. Mi padre tenía una caja igual mientras reinó y me dio esta a mí para que la usara cuando llegara mi turno de reinar. Supongo que ese día ha llegado.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Olaf emocionado.

Era la primera vez en años que abría la caja. Levantó la tapa y se quedaron mirando el interior de terciopelo verde totalmente vacío.

—Está vacía —dijo Olaf frunciendo el ceño.

—¿Elsa? —la reclamaron desde el vestidor.

—¡Ya voy! —Elsa dejó el arca en el escritorio—. Gracias por haberla encontrado. Vuelvo pronto —añadió antes de deslizarse hasta el vestidor donde Gerda la estaba esperando impaciente—. El pájaro. Ya se ha ido —explicó.

—¿Por qué no os cambiáis para que vuelva a colgar el vestido? —sugirió Gerda—. Lord Peterssen ha tenido que marcharse, pero ahí fuera tenéis otra visita esperándoos.

Elsa se metió rápidamente detrás del biombo para cambiarse. No le pasaría nada a Olaf por estar un rato solo en la habitación. Hacía un día espléndido y seguramente le haría bien un paseo por los jardines del castillo. Cuando se hubo vestido y estuvo lista, Gerda abrió la puerta para que Elsa pudiera saludar a su invitado. Ya se imaginaba quién podía ser.

El invitado hizo una reverencia.

—Princesa Elsa de Arendelle, gracias por aceptar verme. —Le ofreció un brazo—. ¿Damos un paseo?

Elsa le cogió el brazo.

—Príncipe Hans de las Islas del Sur, encantada.

CAPÍTULO DIEZ
Hans

—No tienes que inclinarte cada vez que me veas, Hans —dijo Elsa riéndose.

Él le respondió lanzándole una sonrisa encantadora y suspiró.

—Es la costumbre. Con el tiempo, dejaré de hacerlo.

Durante los últimos meses, le había dado a Elsa bastante tiempo.

Había sido paciente.

Había sabido escucharla.

Avanzaba lentamente, reflexionando cuidadosamente sobre cada movimiento o comentario. Hans se había dado cuenta pronto de que tenía que acercarse con delicadeza a la princesa de Arendelle.

La pobre estaba tan frágil cuando la conoció que era obvio que nunca había conseguido recuperarse de la pérdida de sus padres. Y encima no tenía hermanos en los que apoyarse. No podía imaginarse cómo había tenido que ser su vida tras aquella tragedia. El castillo, inmenso y vacío, tenía que haberle parecido una tumba.

Cuando el duque de Weselton fue a visitar las Islas del Sur el otoño anterior, había hablado con todo lujo de detalles sobre Arendelle y su princesa huérfana, quien pronto asumiría las riendas del reino. Ninguno de sus doce hermanos había prestado atención, pero Hans lo había escuchado detenidamente. ¿Por qué tendrían que molestarse en escucharlo? La mayoría de ellos ya tenían su lugar en el reino; algunos tendrían la oportunidad de reinar en las islas, y otros se habían casado y gobernarían en otros reinos. Siendo él el decimotercero en la línea de sucesión, sus

posibilidades de reinar eran escasas. Él era el único que sabía lo que era tener que encontrar su lugar en el mundo. Podía entender a Elsa más que cualquier otra persona. En ese preciso instante tomó la decisión de viajar a Arendelle con la intención de conocerla. Al duque de Weselton, un sujeto retorcido que siempre estaba buscando nuevos socios, le había deleitado la idea. Desde entonces, Hans se había establecido en Arendelle.

Sí, había aspectos de su hogar que echaba de menos. A sus hermanos, a veces; a su padre, siempre, y a sus islas, más cálidas y frondosas que Arendelle. El problema era que no parecía que las Islas del Sur pudieran llegar a ser nunca su reino.

Arendelle, por el contrario, sí podía llegar a serlo.

Hans fijó la mirada en el patio al otro lado de una de las ventanas y observó a los trabajadores del castillo corriendo de un lado a otro, colgando las banderas y la decoración para la coronación de Elsa. Tras tres largos años, el reino estaba listo para tener una reina.

Pero lo que necesitaban aún más era un rey. Elsa y él no eran novios oficialmente —Hans no había querido asustarla con aquella declaración—, pero parecía que tenían una relación bastante cercana.

—Estoy lista —dijo ella. Hans oyó un ruido proveniente de su habitación. La princesa hizo una mueca—. Debe de haberse caído algo. ¡Estoy segura de que no es nada de lo que preocuparse!

Elsa guardaba muchos secretos. Tenía que admirarla por ello.

—¿Damos un paseo?

Ella asintió.

—Sí. Creo que tenías razón. Un poco de aire me hará bien.

—Seguro —coincidió. Ambos se miraron fijamente unos segundos.

Hans esperaba que a ella le gustara lo que veía. Tenía el cabello castaño rojizo y patillas frondosas. Ninguno de sus hermanos llevaba patillas, y siempre se estaban burlando de él. Su madre le decía que le quedaban bien. Todos sus hermanos tenían los ojos marrones, mientras que los suyos eran

de color avellana como los de su madre. Era varios centímetros más alto que la princesa y bastante flaco, esto último seguramente por tener que escapar continuamente de sus doce hermanos mayores. A Hans ella le recordaba a un ciervo, tímida y asustadiza, con unos ojos azules grandes que ocultaban un océano de tristeza.

—Estaba pensando... Olvidémonos del patio. Está atestado de gente. —Hans la condujo a lo largo del pasillo—. Vamos a algún lugar más tranquilo. ¿Qué te parece si vamos a los establos? Hace tiempo que no visito a *Sitron*.

—Los establos... —dijo Elsa pensativa. Le tenía aprecio al caballo de Hans, *Sitron*. Era muy dócil—. Me parece una idea estupenda.

Se detuvo frente al gran retrato de su familia que estaba colgado en la entrada. Sus padres la miraban desde la pared. En la pintura, ambos tenían una mano posada sobre los hombros de su joven hija, que debía de tener alrededor de ocho años.

—De pequeño, fantaseaba con ser hijo único —le confesó Hans—. Me preguntaba cómo sería serlo. Dime, ¿con quién jugabas en los días de lluvia? ¿O de quién copiabas los deberes? Y ¿con quién ibas en trineo cuando nevaba?

Elsa se quedó pensando un momento.

—Yo era muy tranquila y siempre entregaba los deberes antes de tiempo. ¡Ah! y los hacía yo sola.

Hans soltó una risita burlona.

—Engreída. Mis hermanos siempre me metían en problemas con nuestra institutriz. Le lanzaban pelotas de papel a la cabeza cuando estaba de espaldas y me echaban la culpa a mí. ¿Te he contado que en una ocasión tres de ellos fingieron que yo era invisible? ¡Tal cual! ¡Durante dos años!

Elsa abrió los ojos.

—¡Eso es horrible!

Hans se encogió de hombros.

—Es lo que hacen los hermanos.

—No sabría decirte... —dijo Elsa desviando la mirada.

—Pero tendrías amigos —continuó sin darle tiempo a Elsa a cortar la conversación.

—Mis padres me dejaban jugar con los hijos de los empleados y, a veces, invitaban a duques y nobles a alguna fiesta y yo jugaba con sus hijos —explicó—. Pero no había nadie con quien tuviera una relación muy cercana. —Apartó la mirada—. Tengo la impresión de que mi niñez fue mucho más solitaria que la tuya.

—Lo más seguro es que lo fuera, pero al menos no tenías que estar siempre compitiendo por recibir atención, o intentando descubrir cuál era tu sitio. —Hans hizo una pausa—. Puede que tu niñez fuera solitaria, pero no será así tu futuro. Estoy convencido de que algún día tendrás tu propia familia. —Elsa sonrió y volvió a desviar la mirada, pero él continuó hablando—. Y es probable que desees más de un heredero para el reino. Me sorprende que tus padres no lo quisieran.

—Mi madre no pudo tener más niños después de mí —confesó Elsa bajito—. Pero siempre me he preguntado si... No, es ridículo.

—¿Qué? —preguntó Hans con tono serio. Muy pocas veces se abría, pero, cuando lo hacía, podía entrever a la princesa que había sido antes de la tragedia.

Elsa miró a un lado y a otro algo avergonzada.

—Es una tontería.

—Me gustan las tonterías —respondió Hans dándole la vuelta al asunto.

Elsa se rio y estudió su expresión un momento antes de seguir hablando.

—Siempre he querido tener una hermana —soltó de repente—. Me siento mal diciéndolo, pero a veces me imagino que tengo una hermana pequeña. —Se sonrojó—. Ya te había dicho que era una tontería.

—No es ninguna tontería —dijo él—. Lo que parece es que estabas sola. —Le cogió la mano y ella lo miró sorprendida—. Pero ya no tienes que estarlo más.

Elsa apretó su mano.

—Me gusta hablar contigo.

—Me alegro. —¡Al fin estaba haciendo progresos!—. Llevo demasiado tiempo buscando mi sitio, pero contigo creo que lo he encontrado.

Elsa abrió la boca para decir algo, pero en ese mismo instante se oyó un portazo al final del pasillo y lord Peterssen emergió junto con el duque de Weselton. Ninguno de los dos los vio.

—Deberíamos llamar a la princesa para pedirle que repasemos de nuevo su discurso de coronación —decía el duque—. Tiene que quedar perfecto.

Elsa intentó esconderse. Hans la agarró fuerte de la mano y tiró de ella a través de una puerta abierta para quitarse de la vista. Los dos emprendieron la huida riéndose mientras atravesaban corriendo el salón de los retratos y otras estancias hasta salir al exterior, y se sintieron libres.

Cuando finalmente llegaron a los establos, Elsa se detuvo para tomar aliento.

—No recuerdo la última vez que salí corriendo de esta manera —dijo riéndose.

—A veces todos necesitamos escapar —le contestó Hans. Era exactamente lo que él había hecho, pero prefirió omitir aquella parte.

Elsa extendió los brazos a los costados y comenzó a girar.

—¡Qué liberador!

Nunca la había visto actuar con tanta naturalidad. La tenía exactamente donde la quería.

Hans se aproximó a los establos y abrió algunas de las mitades superiores de las puertas que daban a la caballeriza. Los caballos sacaron inmediatamente las cabezas. *Sitron* apareció con su melena blanca y negra

ondeando suavemente al viento. Hans le acarició la melena mientras Elsa se aproximaba para frotarle el pelaje pardo. Ambos se concentraron en el caballo en lugar de hacerlo el uno en el otro. Los establos estaban completamente en silencio.

—¿Sabes? Es raro —dijo Hans—, pero nunca he conocido a nadie que piense tanto como...

—¿Cómo tú? —dijo Elsa, mirándolo con la misma expresión de sorpresa con la que él la estaba mirando.

—Sí —dijo Hans buscando su cara—. Quizá tú y yo estábamos destinados...

—A estar... —dijo Elsa terminando la frase de nuevo por él.

Los dos empezaron a reír. Es posible que el noviazgo oficial estuviera más cerca de lo que él se pensaba.

—El duque estaría entusiasmado —comentó Elsa con un tono irónico.

Elsa tenía a aquel señor catalogado.

—También lo estaría lord Peterssen —dijo Hans cepillando el lomo de *Sitron* con la mano—. Los he oído hablar y piensan que somos una pareja fuerte. —«Para gobernar este reino.» Le lanzó una mirada furtiva.

Era difícil leer la expresión en la cara de Elsa.

—¿De veras?

«Sabes que sí», quiso decir, pero se contuvo, paciente. Había llegado muy lejos. Estaba mucho más cerca de lo que había estado una semana antes.

—Pero no importa lo que ellos piensen; importa lo que nosotros pensamos. —La volvió a mirar.

—Exacto. Me gusta cómo estamos ahora mismo, en este preciso instante.

Hans intentó no parecer decepcionado.

—A mí también.

El duque deseaba que hubiera una propuesta de matrimonio antes de la coronación, pero Hans sabía que podía ser complicado. No tenían que prometerse aquel día. Ni el siguiente. Hans era muy consciente de que muy pronto gobernarían Arendelle juntos.

Si Elsa era inteligente, le dejaría a él tomar las riendas. Y, si no... bueno, los accidentes ocurrían. Todo lo que necesitaba Arendelle para sobrevivir era a su nuevo rey.

CAPÍTULO ONCE
Anna

¡Ya estaba aquí! ¡Había llegado el día!

Anna miró fijamente el círculo rojo que había dibujado en el calendario e intentó no gritar de emoción. Cogió una almohada de su cama y se tapó la boca para ahogar un grito. ¡Llevaba tres años esperando a que llegara ese día!

Tres años haciendo planes, tres años contando los días, tres años soñando.

Tres años para preparar lo que les iba a decir a sus padres.

Y, en esos tres años, aún no había encontrado las palabras adecuadas para contarles su plan.

«Mamá, papá: Ya tengo dieciocho años —ensayó Anna en su cabeza por millonésima vez—. Ya soy adulta y ha llegado el momento de que comience mi vida. Por eso, yo... yo...»

En este punto siempre se paraba.

Cada vez que pensaba en decirles a sus padres que se marchaba de Harmon, le entraba un dolor de estómago enorme. Eran sus padres. La habían adoptado cuando era un bebé, la habían querido y cuidado. No quería hacerles daño.

«Ojalá estuviera aquí Freya.»

Ese pensamiento se le venía a la cabeza muy a menudo. A pesar de que habían pasado tres años desde que habían perdido a Freya en el mar, con el rey y la reina, Anna aún seguía pensando en ella cada día. Si había alguien que hubiera podido convencer a su madre de que Arendelle era un lugar

maravilloso para comenzar una vida nueva, era ella. Y a la madre de Anna le habría aliviado saber que Anna tendría a gente cerca, como de la familia, cuidándola.

Pero Freya se había marchado. Anna tendría que convencerlos ella sola.

La habitación rosa que había adorado durante tanto tiempo, ahora le parecía la habitación de una niña, pero aún le encantaba cada milímetro de ese espacio, especialmente el alféizar de la ventana con sus vistas, señal de que existía vida en la base de la montaña. Arendelle parecía estar tan cerca y tan lejos a la vez... Anna tocó uno de los capiteles de la maqueta del castillo que le había construido su padre hacía mucho tiempo. Se le saltaron las lágrimas. Sus padres la querían muchísimo. ¿Cómo podría decírselo sin partirles el corazón?

¡Con comida!

¡Claro!

Les hornearía el postre más perfecto que pudiera hacer. Algo que no hicieran cada día en la pastelería. Estarían tan felices con su creación, y sus estómagos tan satisfechos, que tendrían que escuchar lo que Anna tuviera que decir sobre Arendelle. Y ella sabía perfectamente lo que tenía que hacer: ¡tarta de zanahoria!

En una ocasión, había preparado una tarta de zanahoria para su padre, y le había gustado tanto que se había comido un trozo cada día de aquella semana. Su madre se había quejado de que estaba tomando demasiado azúcar, a lo que él había respondido: «¡Soy el dueño de una pastelería! ¡Claro que como mucho azúcar!». Todos se habían reído y habían coincidido en que aquella tarta de zanahoria era lo mejor que había hecho Anna jamás.

Esa era la tarta que tenía que preparar para que estuvieran de acuerdo con su plan.

Miró el reloj. Después de toda la mañana trabajando, seguramente sus padres estarían haciendo un descanso, relajándose en la sala. Era posible

que su padre estuviera echándose una siesta. Saldría sin que la descubrieran y volvería rápido para ponerse manos a la obra. La tarta estaría lista para la hora de la cena. ¡Hasta podrían tener tarta para cenar! Siempre había querido probarlo.

Anna salió por la puerta y el calor del verano le dio una bofetada en la cara. «¿Qué ingredientes necesito? Tengo de todo menos zanahorias, ¿verdad? Tenemos una pastelería —se recordó a ella misma sin mirar por dónde andaba—, ¿qué más tendría que...? ¡Uy!»

Se dio de frente con un chico joven que acarreaba un bloque de hielo gigante. Al impactar, el hielo salió volando. El bloque se rompió en millones de pedazos cuando chocó contra el suelo, justo delante del mercado.

—¡Oye! —ladró el desconocido—. Vas a tener que pagar por... —Se volvió y la miró sorprendido—. ¡Oh! —Abrió los ojos y dio un paso atrás —. Eres tú.

—¡Querrás decir que eres tú! —Anna estaba igual de sorprendida. Lo recordaba de hacía años. Lo había buscado en varias ocasiones, pero no lo había vuelto a ver—. Eres el niño que habla con su reno.

Como si hubiera estado esperando el momento, el reno apareció y le dio un empujoncito al desconocido en la espalda.

—Primero de todo, no soy un niño. Y segundo, hablo por mi reno — dijo—, se llama *Sven*. Quería zanahorias, pero ahora que te has cargado mi entrega de hielo, no recibirá ninguna.

El reno bufó.

Se volvió hacia el animal.

—No estoy siendo grosero —le susurró con voz ronca—. Ha roto el hielo. Ahora no nos van a dar zanahorias. —El reno resopló aún más fuerte —. ¡De acuerdo! —Se dio la vuelta de nuevo—. *Sven* dice que te estoy ladrando. —Kristoff bajó la mirada hacia sus pies—. Lo siento mucho... a pesar de que ha sido culpa tuya.

—Ha sido un accidente —dijo Anna. No pudo evitar reparar en la forma en que el pelo rubio y enmarañado le caía sobre los ojos marrones. Los dos se miraron fijamente durante unos segundos—. Te pagaré con galletas si quieres —ofreció—. Hago las mejores de todo el pueblo.

El reno empezó a brincar.

—Haces las únicas en todo el pueblo —dijo el joven con cara impasible.

—¿Y tú cómo lo sabes? —replicó Anna—. ¿Has preguntado sobre mí?

Kristoff escondió la cabeza en su gorro de lana.

—No. Quizá.

Ella se sonrojó.

—Soy Anna. Mis padres son los propietarios de Panes y Pasteles Tomally. ¿Cómo te llamas?

—Kristoff —respondió y se volvió hacia su reno—. *Sven*, tenemos que ir a por más hielo antes de que...

En ese instante, Goran salió del mercado, vio el hielo por todo el suelo y se llevó las manos a la cabeza.

—¡No! ¡Llevo esperando esta entrega toda la mañana!

Anna se sintió avergonzada. Goran llevaba el mercado desde antes de que pudiera recordar. Sus padres siempre le habían agradecido que estuviera dispuesto a hacer trueques. Cuando se le olvidaba el dinero para las provisiones, un rollo de canela en el momento oportuno siempre se ganaba su favor.

—Lo siento. No pude evitarlo. —Kristoff le lanzó una mirada de irritación a Anna—. Puedo traerte más, pero tardaré varias horas.

—¿Varias horas? ¡Necesito el hielo ahora para mantener los alimentos frescos con este calor! —se quejó Goran.

—Te lo puedo traer después del mediodía —prometió Kristoff—, pero si me pudieras dar ahora las provisiones que necesito, puedo tardar menos. Tengo el pico bastante romo y no me quedan zanahorias para *Sven*.

El reno resopló.

Goran cruzó los brazos en el pecho.

—Sin hielo no hay trueque.

—Pero si ya lo has hecho antes —le recordó Kristoff empezando a irritarse—. ¡Échame una mano!

—¡Hoy, no! —Goran volvió a cruzar los brazos—. Necesito ese hielo ahora.

—Goran, quizá pueda ayudarte yo. ¿Qué tal unos rollos...? —comenzó a decir Anna.

Kristoff la frenó con una mirada intimidante.

—No me interrumpas mientras negocio con este granuja.

Goran entornó los ojos y se puso recto. Anna no se había percatado nunca de lo alto que era. Era más alto que Kristoff.

—Perdona, ¿qué me has llamado?

Kristoff se colocó frente a frente con él.

—He dicho...

Anna se metió entre ellos.

—Vale, ¡creo que esto es por mi culpa! Tú necesitas hielo, él necesita un pico para conseguir el hielo. ¿No podemos llegar a algún acuerdo?

—No necesito tu ayuda —le espetó Kristoff.

—La verdad es que sí —gruñó Goran.

—Goran, pon las zanahorias y el pico en mi cuenta —insistió Anna—. Ahora vuelvo con unos rollos de canela para que desconectes un poco. Antes de que te des cuenta, Kristoff estará de vuelta con tu hielo. —Anna miró a uno y a otro—. ¿Todos de acuerdo?

Sin soltar palabra, Goran le dio a Anna las zanahorias y después volvió a entrar en el mercado para coger el pico. Anna le sonrió a Kristoff satisfecha, pero él no compartió su alegría.

—No acepto limosnas —dijo.

—¿Quién ha dicho que esto lo fuera? A Goran le pagarás luego y, si me quieres pagar a mí también con hielo, ahora ya sabes dónde encontrarme. —Dividió en dos el manojo de zanahorias, le extendió a Kristoff algunas y le dio unas palmaditas al reno en la cabeza—. ¡Adiós, *Sven*!

Anna se fue prácticamente dando saltos por la calle de vuelta a casa. Tenía la impresión de que volvería a ver a Kristoff.

Pero primero, tenía que hacer una tarta. Cuanto antes la terminara, antes podría dejar atrás la conversación que tenía pendiente. Se encontraba repasando mentalmente las cantidades para la tarta cuando entraron sus padres en la habitación. Iban hablando.

—No ha cambiado nada, Johan. ¡Han pasado ya tres años! A lo mejor no cambia nada. Tiene derecho a conocer la verdad —iba diciendo su madre.

—¿Quién tiene derecho a conocer la verdad? —preguntó Anna a la vez que reunía varios cuencos y cucharas largas—. ¡Y tendríais que estar descansando! ¡Ahora ya habéis fastidiado mi sorpresa! —Anna estaba intentando sonar divertida, pero sus padres parecían nerviosos—. ¿Qué ocurre? ¿Tiene que ver conmigo?

Su padre y su madre se miraron.

Él parecía incómodo.

—No sabemos exactamente cómo decirte esto sin traicionar a nuestra mejor amiga, querida Anna.

«¿Su mejor amiga? ¿Traicionar?»

—¿Se trata de Freya? —preguntó Anna.

Su madre asintió.

—Era mi más vieja y querida amiga; siempre lo será.

—Claro que sí —dijo Anna. Su madre no había superado la muerte de Freya, ni ella tampoco—. Yo también pienso en ella constantemente.

—¿De verdad? —preguntó su padre.

—Por supuesto. En parte, es una de las razones por las que quería haceros esta tarta de zanahoria hoy. Yo también tengo algo que deciros, pero ahora estáis hablando de traición y estoy empezando a preocuparme.

Su madre la cogió del brazo.

—No queremos que te preocupes. Papá y yo hemos estado discutiendo sobre algo...

—Los últimos tres años —murmuró su padre.

—... y no queremos ocultártelo más —añadió su madre—. Pero la situación es complicada.

—Le hicimos una promesa a Freya —dijo él—. Pero tampoco queremos que pases toda la vida sin conocer la verdad.

Anna abrió los ojos.

—Entonces ¿esto tiene que ver conmigo... y con Freya?

La voz de su padre sonaba como si le costara respirar.

—Sí y no.

Estaban asustándola de verdad.

—¿Qué está pasando?

—Yo la conocí antes que tú, Johan —le dijo su madre—. Si esta maldición no se acaba nunca, ella...

—¿Una maldición? —El brazo de Anna perdió fuerza y le dio a un cuenco tirándolo de la mesa. Se rompió. Su padre cogió la escoba que estaba colgada de un gancho en la pared y empezó a barrer—. ¡Lo siento! Creía que las maldiciones no existían de verdad... Entonces ¿existen?

Su madre dudó y miró a su esposo.

—No me refiero a una maldición exactamente. Es solo una palabra.

—Una palabra para algo inventado —aclaró Anna.

Su madre no le respondió.

—Johan, si las cosas no cambian, vivirá toda su vida sin saber que tiene otra familia ahí fuera.

Su padre dejó de barrer en seco.

—Nosotros somos su familia, Tomally —dijo en un tono suave—. ¿Qué ganaríamos contándoselo? Ella no puede cambiar las cosas. Además, ¿quién iba a creerla?

—Tienes razón. No quiero poner a nuestra hija en peligro, pero tampoco quiero llevarme este secreto a la tumba —dijo su madre con los ojos llenos de lágrimas.

La conversación que estaban teniendo no tenía ningún sentido para Anna.

—¿Estáis hablando de mis padres biológicos?

Las líneas del entrecejo de su madre se le marcaron más.

—Bueno, sí...

—¿Freya los conocía? —preguntó Anna. Lo cierto es que siempre lo había sospechado. Freya había sido una parte muy importante de su vida desde el principio. A lo mejor sabía algo que Anna desconocía. Un silencio inundó la habitación mientras se miraban los unos a los otros—. Está bien —dijo finalmente Anna—. Si sabéis quiénes son mis padres biológicos y no queréis decírmelo, lo entenderé. De todas formas, no importa. —Agarró las manos de sus padres—. Habéis sido los mejores padres que cualquiera hubiese podido desear.

Ellos se acercaron para darle un abrazo a la vez. Era una familia a la que le gustaba dar abrazos y reír. Anna se aferró a ellos sin querer dejar de abrazarlos.

Él la miró con los ojos llorosos también.

—Anna, querida, no podemos contarte un secreto que no es nuestro. Esperamos que puedas respetar eso.

—Sí que puedo, pero yo también tengo un secreto que quería compartir con vosotros. —La tarta no estaba lista, pero dado que estaban abriéndose, era el momento perfecto para contárselo—. Y también tiene que ver con Freya.

Su madre la miró intrigada.

—No es que... ¿Sabes lo de...?

Anna sintió que el corazón le golpeaba fuerte dentro del pecho. Los labios se le secaron de repente, pero ya no podía echarse atrás. Pensó en cuando Freya le decía: «Sé fiel a ti misma». Bien, pues esa era ella siendo fiel a sí misma.

—Quiero mudarme a Arendelle.

Sus padres se quedaron totalmente paralizados. Anna siguió hablando.

—Los dos sabéis que, desde que puedo recordar, siempre he querido vivir en Arendelle. Amo Harmon, pero tengo la sensación de que hay un mundo inmenso ahí fuera que me estoy perdiendo. Un mundo en la base de esta montaña. —Anna señaló con el dedo la ventana a través de la que se podía ver Arendelle—. Os prometo que no me voy a mudar sin un plan. Abriré mi propia pastelería cuando haya ahorrado el suficiente dinero, y hasta entonces trabajaré en alguna pastelería cerca del castillo. Freya siempre decía que había varias. ¡Varias! No solo una como aquí.

Sus padres parecían haber perdido el habla.

—Sé que estaré lejos, pero vendré a visitaros y vosotros también podéis visitarme. —No la habían interrumpido todavía, de forma que continuó hablando—. Tengo dieciocho ya, y es el momento de que emprenda mi propia vida. Freya siempre hablaba de lo mucho que me gustaría Arendelle, y sé que llevaba razón.

Su madre asintió comprensiva, lo que le dio esperanzas a Anna.

—Creo que eres demasiado joven —espetó su padre.

—Tengo dieciocho —susurró Anna.

—Johan... —comenzó a decir su madre.

Él negó con la cabeza.

—Tomally, sabes que tengo razón. Una mujer es adulta a los veintiuno. Lo siento, Anna, pero no estás preparada. No es... seguro. —Miró a su esposa—. Arendelle no es el sitio adecuado para ti en este momento. Te necesitamos aquí.

—¿Mamá? —pidió Anna.

Ella negó con la cabeza.

—Papá tiene razón —respondió—. Nos estamos haciendo viejos, Anna querida, y esta pastelería conlleva demasiado trabajo para nosotros. Nuestro sueño siempre ha sido que algún día fueras tú la que la llevara.

A Anna le emocionó la idea profundamente. Sabía que sus padres estaban cansados de levantarse antes del amanecer y hacer pasteles todo el día, pero quedarse en Harmon para siempre no era lo que ella deseaba. Tenía una corazonada y lo había visto también en sus sueños; sueños llenos de nieve y voces. A veces sentía como si alguien estuviera cuidándola. Aunque eso era imposible.

—Sabéis que le tengo mucho cariño a esta tienda y que me encanta estar con vosotros, pero siempre he querido vivir en Arendelle —les dijo con delicadeza—. Tengo la sensación de que estoy destinada a algo más grande. La vida es corta; la pérdida de Freya me lo enseñó. No quiero esperar ni un día más para empezar mi vida.

Sus padres seguían mirándose el uno al otro.

—No está preparada —le dijo su padre a su madre con firmeza—. No es seguro...

—Lo sé. —Ella miró a Anna—. Queremos que tengas la vida que sueñas, una vida en Arendelle, y la tendrás llegado el momento. Yo también, igual que tú, tengo esa corazonada, Anna, querida. —Le apretó la mano—. Pero aún no es el momento. Confía en nosotros.

—Lo entiendo —dijo Anna, pero en realidad no lo entendía. No había desobedecido nunca a sus padres y no lo iba a hacer ahora, pero tres años parecía demasiado tiempo para esperar.

CAPÍTULO DOCE
Elsa

«Ojalá tuviera el poder de detener el tiempo», pensó Elsa de pie al lado de la ventana de su habitación mientras observaba a la gente entrando en el patio del castillo y dirigiéndose hacia la estatua de bronce de su familia. Las puertas estaban abiertas y en la capilla estaba todo preparado. El coro al que había oído practicar durante días estaba listo para la actuación. Sin embargo, el tiempo para que ella misma practicara se había agotado. Debería dejar de preocuparse, pero sabía que no iba a poder.

El tiempo parecía correr más rápido que nunca, y Elsa no podía detenerlo.

Ya se había vestido con la ayuda de Gerda. El vestido era precioso, pero no estaba diseñado para ser cómodo. Y tampoco lo habían confeccionado pensando en ella. Era como si fuera una muñeca y estuviera jugando a los vestiditos; como si estuviera viviendo la vida de otra persona. Pero ella seguía recordándose a sí misma que solo tendría que llevar puesto el vestido unas cuantas horas. Podría aguantar hasta entonces. Ya no había vuelta atrás, solo esperar a que la llamaran.

«Ojalá pudiera detener el tiempo», deseó Elsa de nuevo. Pero sabía que no era posible.

Estar con Hans unos días atrás la había ayudado a tranquilizar su mente, pero ahora, de nuevo en su habitación, no podía huir de sus pensamientos. «Papá, mamá, desearía que estuvierais aquí de pie a mi lado. No puedo hacer esto sola.»

Elsa oyó un gruñido y se volvió. Olaf estaba intentando mover su baúl sin resultado.

—¡Olaf! —Elsa se acercó corriendo—. ¡Olaf! ¿Qué estás haciendo?

—Buscando a Anna —explicó—. Debería estar aquí para la ocasión.

Elsa se inclinó y sintió cómo la tristeza la sobrecogía.

—Ni siquiera sabemos quién es Anna.

—Aun así, sé que le gustaría verte —dijo Olaf alegremente—. A lo mejor está en este baúl. Le encantaba esconderse en él.

Elsa estaba a punto de preguntarle a Olaf a qué se refería con eso cuando alguien llamó a la puerta.

El momento había llegado.

Olaf se abalanzó para abrazarla.

—¡Mucha suerte! —Y salió disparado a esconderse detrás de la cama —. Te estaré esperando cuando vuelvas.

Elsa abrió la puerta. Hans estaba esperando vestido con un uniforme de traje blanco.

—Princesa —dijo con una sonrisa y le ofreció el brazo—, ¿estás preparada para que te acompañe a la capilla?

«No», quiso responder, pero se alegró de verlo allí de pie. Hans era muy atento. Se había ofrecido a escoltarla a la ceremonia y ella había aceptado sabiendo que su presencia la calmaría.

—¡Ah, mirad esto! —exclamó el duque apareciendo de la nada—. La viva imagen del amor joven.

Por otro lado, el duque no la calmaba. ¿Qué estaba haciendo allí?

El duque se recolocó las gafas de montura de alambre y miró por encima de su ancha nariz levantando la vista hacia ellos. Se había repeinado su pelo canoso hacia atrás para la ocasión, e iba vestido con un traje militar con una banda dorada y medallas balanceándose en la chaqueta.

—¡Este será un día precioso para los dos!

Lord Peterssen se acercó a ellos por el pasillo con paso ligero.

—Creo que la futura reina ha decidido que sea el príncipe Hans el que la escolte hasta la ceremonia. —Después, se acercó al duque—. ¿Por qué no os acompaño y os ayudo a encontrar un sitio lo más delante posible?

«¡Gracias a Dios que lord Peterssen está aquí!»

El duque lo ignoró.

—Solo estaba pensando en lo emocionada que se quedará la gente cuando vea al príncipe Hans de las Islas del Sur de su brazo por primera vez en público. No solo ganan hoy una reina; también están recibiendo un rey potencial. Hoy sería un día estupendo para anunciar su unión, ¿no creéis?

Elsa se sonrojó. Lord Peterssen se movió, incómodo. Hans desvió la mirada.

Se estaba empezando a cansar de la insistencia del duque. En su mente no había cabida para el matrimonio. Hans y ella habían construido una amistad preciosa que quizá un día podría acabar en algo más, pero, en ese momento, primero tenía que pensar en la corona y en los secretos que la estaban consumiendo. Además, era el día de su coronación.

Elsa oyó un ruido procedente de su habitación. «¡Olaf!»

—Excelencia, Elsa y yo ya hemos hablado de esto. —La voz de Hans era cortante—. Sus obligaciones vienen primero.

Lord Peterssen asintió con la cabeza mostrando su acuerdo.

—Por supuesto. Sin embargo, de anunciar un compromiso hoy, con Elsa en pie frente a su reino, ofrecería la imagen de que será la reina del pueblo —insistió el duque.

Elsa no podía creerse lo que estaba oyendo. Sentía la ira burbujeando en su interior.

—¿Princesa? —presionó el duque—. ¿No estáis de acuerdo?

—Creo que esta conversación debería tener lugar más tarde —dijo lord Peterssen comprobando la hora en su reloj de bolsillo—. La capilla está ya

llena. La ceremonia debería iniciarse pronto.

Hans miró a Elsa con expresión inquisitiva.

—Su observación tiene sentido, pero la decisión final es de vos. ¿Qué pensáis?

—Yo... —Elsa dudó y empezó a notar un hormigueo en los dedos. Daba igual lo mucho que disfrutara de la compañía de Hans; lo que importaba era que se habían conocido hacía poco tiempo. No sabía lo que era, pero había algo que sin duda la estaba frenando.

—¿Acaso le habéis preguntado adecuadamente a la princesa? —le preguntó el duque dándole una palmada en el brazo a Hans—. Una princesa se merece una propuesta seria.

Las mejillas de Hans se pusieron rojas.

—No, pero...

—¡Preguntadle a la chica! —exclamó el duque jovialmente. Lord Peterssen se pasó la mano por el pelo cada vez más escaso—. ¡Hoy es el día para ello!

—¡Elsa! —Era Olaf. Nunca antes la había llamado gritando cuando estaba con gente—. ¡Elsa! —A lo mejor estaba en apuros.

Lord Peterssen parecía desconcertado.

—Discúlpenme, pero creo que me he dejado algo en la habitación —dijo. Un hormigueo le empezó a subir por todo el cuerpo.

Hans no pareció haberla oído, porque en ese momento ya se estaba postrando sobre una rodilla.

Aquella sensación nunca le había invadido el cuerpo entero. De repente, sintió como si las paredes se estuvieran cerrando sobre ella. Tenía que ir a ver a Olaf.

El príncipe la miró tímidamente.

—Princesa Elsa de Arendelle, ¿queréis casaros conmigo?

—¡Elsa! —gritó de nuevo Olaf más alto que las veces anteriores.

—Creo que Gerda me está llamando —dijo Elsa excusándose algo avergonzada y miró a Hans. Sentía la cara sonrojada—. ¿Me disculpáis un momento?

Hans no pudo esconder su sorpresa.

—Sí, desde luego... —dijo, su voz apagándose.

El duque suspiró.

—Estaremos esperándoos a vos... y vuestra respuesta —dijo con una sonrisa apretada.

Hans se puso nuevamente en pie con un gesto rápido y recompuso las medallas que llevaba en la chaqueta. No la miró directamente a los ojos. Toda aquella situación era incómoda, y el duque estaba haciendo que lo fuera aún más.

Elsa entreabrió la puerta, se deslizó en el interior de la habitación y cerró. Olaf estaba de pie justo detrás de ella saltando de arriba abajo.

—Olaf, ¿qué ocurre? —susurró Elsa—. No puedes gritar de esa manera. Alguien...

—¡Creo que he encontrado algo! —exclamó alegremente—. He empujado el baúl demasiado y se ha chocado con el escritorio, y entonces el arca se ha caído. ¡Mira!

El arca verde estaba en el suelo de lado, vacía. La tapa debía de haber tenido un forro en el interior, pero se había caído y había dejado a la vista un hueco en la parte superior del arco. Parecía que había algo ahí.

—¿Ves? —Olaf señaló el revestimiento—. Mis manos no caben para terminar de quitarlo, pero hay algo detrás de eso verde. ¡Mira! ¡Mira!

Olaf tenía razón. Con mucho cuidado, retiró el terciopelo y descubrió el espacio en la parte superior. Detrás de él habían escondido un lienzo cuidadosamente.

Rápidamente, Elsa lo desdobló. Se quedó estupefacta al comprobar que se trataba de una pintura.

A simple vista, se parecía al retrato de su familia colgado en el Gran Salón. Pero en esta pintura había cuatro personas: el rey, la reina, Elsa y otra niña.

La niña, unos años menor que Elsa, era la viva imagen del rey. Tenía unos ojos azules algo separados, el cabello pelirrojo recogido en dos coletas altas y la nariz salpicada de pecas. Llevaba un vestido largo verde pálido y estaba agarrada al brazo de Elsa como si no fuera a soltarse nunca.

Elsa tocó la pintura y empezó a llorar.

—¡Es Anna! —dijo. Estaba totalmente segura.

Los recuerdos empezaron a inundarle el cuerpo tan rápido que tuvo la sensación de que iba a ahogarse.

—Ya recuerdo —dijo Elsa sorprendida. Seguidamente, se desplomó sobre el suelo.

CAPÍTULO TRECE
Elsa

Trece años antes...

Había harina por todos lados.

El suelo estaba totalmente cubierto, y también había harina espolvoreada por toda la mesa de madera y hasta en el cabello de Anna. A la pequeña de cinco años no le importaba. Cogió otra cucharada de harina del tarro y la lanzó por los aires.

—¡Parece nieve! —dijo Anna cuando la harina comenzó a caer. Una de las coletas se le estaba cayendo, y eso que la habían peinado hacía tan solo una hora—. ¡Ahora tú, Elsa! ¡Ahora tú!

—Estás dejándolo todo perdido. —Elsa sonrió contra su voluntad e intentó limpiar detrás de ella.

—Princesa Anna, por favor, intentad que la harina no salga del cuenco —suplicó Olina.

—¡Pero es tan divertido tirarla, señorita Olina! —dijo Anna riéndose mientras lanzaba más harina al aire.

—¿Por qué no vais las dos preparando la masa mientras yo caliento la hornilla? —sugirió Olina.

—De acuerdo, Anna, ven a ayudarme. —Elsa se quitó de la cara un mechón suelto de pelo rubio y comenzó a batir a mano la mantequilla con una cuchara de palo. Anna se subió a un taburete a su lado y se quedó observándola.

Juntas añadieron el azúcar, la harina, la esencia de vainilla y la leche. Se turnaron para mezclar los ingredientes hasta que la masa para las

galletas adquirió un color amarillo pálido suave. Elsa rompió los huevos, ya que, la última vez que Anna lo había hecho, habían caído trocitos de cáscara en una tanda de galletas que habían servido al rey de Sondringham.

Elsa aún se encontraba removiendo la mezcla cuando Anna se aburrió y empezó a dar vueltas corriendo por la cocina. Elsa se rio, dejó la cuchara y empezó a perseguirla. De repente, su madre se abalanzó sobre ellas y las cogió a ambas.

—Tiene una pinta estupenda, niñas —dijo su madre—. Vuestro padre se va a quedar muy sorprendido. Ya sabéis lo que le gustan vuestras «krumkaker».

—*Carámbaker*. —Anna siempre intentaba decir la palabra, pero nunca podía—. *¿Carámbake?*

La reina Iduna y Elsa soltaron una carcajada.

—«Krumkaker» —dijo su madre, pronunciando lentamente la palabra —. Llevo siguiendo esta receta desde que tenía tu edad. Solía hacerlas con mi mejor amiga.

—Allí es donde aprendiste a hacer pasteles con amor —dijo Anna.

—Sí, exactamente —le dio la razón la reina mientras le arreglaba a Anna la coleta.

Juntas, se apiñaron alrededor de la hornilla mientras Olina la encendía y colocaba una plancha de hierro que tenía dos lados sobre las llamas para que se fuera calentando. Aquella plancha para las «krumkaker» tenía el escudo de armas grabado para decorarlas, que era un toque que a su padre le encantaba. Su madre vertió la primera cucharada de la mezcla en el centro de la plancha y la cerró, sujetándola por encima de la llama. Juntas, contaron hasta diez; después, su madre le dio la vuelta a la plancha y volvieron a contar los segundos hasta diez. La parte más complicada del proceso era retirar la masa ya horneada de la plancha para poder moldearla en torno a un rodillo en forma de cono y terminar la galleta. Olina y su

madre nunca les permitían ayudar con esa parte. Olina aseguraba que los callos que tenía en las manos eran de haberse quemado con la plancha demasiadas veces. Pero, cuando la galleta se enfriaba, había que quitarla del cono, y entonces era cuando les permitían a las dos niñas espolvorearlas con azúcar glas. Algunas veces, dejaban los conos vacíos, y otras les introducían un relleno dulce y cremoso. A su padre le gustaban sencillas.

Antes de darse cuenta, ya habían hecho media docena de galletas y todavía les quedaba suficiente masa para preparar por lo menos una docena más.

—¿Por qué no continuáis las tres? Enseguida vuelvo —les dijo Olina limpiándose las manos en el delantal—. Solo tengo que ir a recibir una entrega de verduras.

—¿Puedo coger yo la plancha? ¿Por favor? ¿Puedo? —suplicó Anna.

—No, cariño —le dijo su madre—. Te puedes quemar los dedos. —Anna vio a su madre retirar la plancha del fuego y sacar la masa ya horneada de su interior. Envolvió la masa alrededor del rodillo para darle forma.

—¿Majestad? —Kai apareció por la puerta de la cocina—. El rey solicita vuestra presencia en la cámara del consejo.

La reina miró a las niñas.

—Ahora mismo vuelvo —prometió—. No toquéis la plancha hasta que volvamos Olina o yo.

Elsa asintió, pero cuando se volvió Anna ya estaba de puntillas vertiendo la masa en el medio de la plancha.

—¡Anna! Mamá ha dicho que no la toquemos.

—Yo puedo —insistió Anna contando para ella misma y dándole la vuelta a la plancha—. Quiero hornear yo misma una galleta para papá.

—Espera a que llegue la señorita Olina —le dijo Elsa, pero Anna era una niña impulsiva. Odiaba las normas.

Por el contrario, Elsa siempre las obedecía.

Anna abrió la plancha e intentó tirar de la masa ya crujiente del centro de la parrilla.

—¡Ay! —gritó dejando caer la masa al suelo y agitando las manos con nerviosismo—. ¡Me he quemado! —Anna rompió en llanto.

—Déjame que vea qué te ha pasado. —Elsa le cogió la mano a su hermana. Tenía dos dedos al rojo vivo. Elsa necesitaba algo frío que ponerle a Anna en la mano y detener aquella sensación de quemazón. Localizó una olla de cobre con agua encima de la mesa. Olina tardaría aún unos minutos en regresar.

Sin pensarlo, Elsa sobrevoló con sus dedos la olla y se concentró en el agua. Segundos después le apareció un resplandor azul alrededor de las manos y empezaron a salir copos de nieve y cristales.

Anna dejó de llorar.

—¡Ooh!

En pocos segundos, el agua de la olla se había congelado.

—Pon la mano aquí encima para que se enfríe —le indicó Elsa mientras el hielo crujía. Anna se acercó corriendo para tocarlo. Ninguna de las dos oyó a su madre volver.

—¡Niñas! —La voz de la reina sonó peligrosamente baja.

Elsa escondió las manos detrás de la espalda, pero era demasiado tarde. Había desobedecido a su madre al utilizar su don en un lugar público, donde alguien más podía verla.

—Ya sabes que no...

—¿Cómo están saliendo esas galletas? —preguntó Olina que volvía con una cesta de verduras frescas que colocó sobre la encimera. Se quedó pasmada cuando vio la olla que acababa de llenar de agua—. ¡Caramba! ¿Qué le ha pasado a mi olla? ¿Cómo se ha podido congelar el agua con la noche tan templada que hace?

La reina tiró de Anna y Elsa acercándolas a su lado.

—Cierto, ¡qué raro! Olina, Anna se ha quemado los dedos con la hornilla. Voy a vendárselos y a meter a las niñas en la cama.

—Pero las galletas... —protestó Elsa.

Su madre le lanzó una mirada severa.

—Olina terminará de hacerlas y se las podréis dar a vuestro padre en el desayuno. Por esta noche se acabó hornear.

Olina no dijo nada. Aún estaba demasiado ocupada mirando fijamente la olla.

Elsa agachó la cabeza.

—Sí, mamá.

En la habitación, que las niñas compartían, su madre aplicó un ungüento sobre los dedos de Anna y le puso su camisón verde preferido. Después, la envió a buscar a su padre para que le contara un cuento. La luz de la luna se colaba por la gran ventana triangular mientras Elsa se cambiaba y se ponía su camisón azul tras el biombo. Desde allí podía oír a su madre cantar una nana mientras recogía unas muñecas que Anna había dejado tiradas por el suelo. Cuando Elsa se metió en la cama, su madre ya estaba a su lado.

—Lo siento, mamá —dijo Elsa sintiéndose aún mal.

La reina se sentó en el borde de la cama.

—Lo sé. Y también sé que no ha sido culpa tuya que Anna se haya hecho daño. Olina o yo tendríamos que haber estado vigilándoos, pero cuando no lo estemos...

—Es mi deber cuidar a Anna —recitó Elsa seria.

—No —dijo su madre—. Tu tarea es la de ser una buena hermana mayor, pero también la de protegerte a ti misma. ¿Qué hubiera pasado si llega a entrar Olina mientras estabas usando tu don?

Elsa notó las líneas en la frente de su madre que indicaban preocupación. Odiaba cuando se disgustaba por su culpa.

—No me ha visto.

—Pero podría haberlo hecho —le recordó su madre—. Debes tener más cuidado, Elsa. Papá y yo sabemos que tienes un don muy especial, pero hasta que sepamos más acerca de él, queremos que sea nuestro secreto de familia. ¿Lo comprendes? —Elsa asintió—. Tu padre está intentando averiguar todo lo posible. Se pasa horas en la biblioteca leyendo. —Miró hacia abajo, a las manos de ambas, y cogió las de Elsa entre las suyas—. Hasta ahora no hemos encontrado nada que explique cómo has podido nacer con estos poderes.

«Poderes.» Aquella era una palabra que su madre no había empleado nunca para describir su don. La verdad es que sentía el poder cuando veía salir disparado el hielo al más mínimo pensamiento. A veces, ni siquiera tenía que pensar en hielo; pasaba solo.

Su madre le apretó más fuerte las manos.

—Por ahora, nos tienes que prometer que solo usarás tu don cuando estés con tu padre, con Anna o conmigo.

Elsa miró hacia abajo.

—Sí, mamá, pero... a veces no sé cómo controlar el hielo —admitió—. Cuando estoy disgustada es mucho peor. Ya sé que papá dice que debo controlarlo, que no debo sentirlo. Pero cuando los sentimientos son muy fuertes, no sé cómo controlar la nieve.

Su madre la abrazó.

—Aprenderemos a controlar tu don para que no te controle él a ti. ¡Te lo prometo!

—¿De verdad? —Elsa parecía esperanzada.

—Sí. Todo lo que queremos es mantenerte a salvo —dijo su madre—. A las dos.

En ese momento, escucharon las risitas de Anna que provenían del pasillo, seguidas de la profunda risa de su padre.

—Tendré más cuidado —susurró Elsa.

—Buena chica. —Su madre la besó en la mejilla.

Miraron hacia la puerta justo cuando Anna y su padre irrumpían en la habitación. Anna, cogida por los tobillos por su padre, colgaba bocabajo.

—¿Quién está lista para un cuento de buenas noches? —preguntó su padre.

—¿Elsa? Chis... ¿Elsa? ¡Despierta, despierta, despierta!

Elsa seguía con los ojos cerrados.

—Anna, vuelve a dormirte.

Elsa notó que Anna se subía a su cama y se desplomaba con un gesto dramático sobre ella.

—Es que no puedo. ¡El cielo está despierto! ¡Y yo estoy despierta! ¡Así que tenemos que jugar!

Elsa abrió un ojo y se la quitó de encima de un empujón.

—¡Pues juega tú sola!

Oyó el golpe al caer Anna al suelo y esperó a oír el llanto que le diría si se había hecho daño. Se sintió un poco culpable, hasta que Anna empezó a tirarle de un párpado.

—¿Hacemos un muñeco de nieve? —pidió Anna tímidamente.

Elsa no pudo evitar incorporarse y sonreír.

Estaban en mitad de la noche.

Eso significaba que el castillo y todos los que allí vivían estarían profundamente dormidos.

No la vería nadie. Nadie se asustaría.

Si había algún momento bueno para que Elsa pudiera practicar con su don, ese era aquel.

Segundos más tarde, ya estaban fuera de su habitación, Anna con sus botas y Elsa con sus zapatillas, corriendo escaleras abajo. Elsa le hacía gestos a su hermana para que se callara, pero no paraba de susurrar:

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!

Entraron corriendo en el Gran Salón, que estaba desierto. La estancia era inmensa, con unos techos altos abovedados, detalles de madera ornamentada y paredes tapizadas. Normalmente lo decoraban cuando había fiestas, pero aquella noche estaba vacío. Derraparon hasta el centro de la sala y frenaron.

—¡Haz la magia! ¡Haz la magia! —dijo Anna dando saltitos emocionada.

Elsa echó un vistazo hacia las puertas para asegurarse de que estuvieran cerradas. Una vez satisfecha, empezó a mover las manos en círculos una y otra vez. Una bola de nieve se formó entre sus palmas, rodeada de un resplandor azul.

—¿Preparada? —preguntó mientras sentía aquella sensación de aceleración que le venía cuando estaba a punto de hacer magia. Alzó las manos y lanzó la bola de nieve al aire. La nieve comenzó a caer desde el techo y tiñó el suelo de una capa blanca.

—¡Es increíble! —exclamó Anna maravillada. La risa alegre llenaba a Elsa de orgullo. A Anna, más que a nadie, le encantaba el don de Elsa, por eso le pedía a menudo que lo utilizara. Sus padres, por el contrario, preferían que lo mantuviera en secreto. Pero si un don como aquel podía aportar tanta alegría, ¿por qué no había que compartirlo? Además, le encantaba impresionar a su hermana.

—Fíjate —le dijo Elsa, y dio un fuerte pisotón en el suelo. El hielo comenzó a crujir cubriendo todo el suelo como si fuera su pista de patinaje sobre hielo privada.

Ver a Anna disfrutar solo hacía que Elsa quisiera crear más. Se concentró con más intensidad y empezó a caer nieve. El hielo seguía crujiendo y la sala pronto se convirtió en un paisaje invernal. Cuando hubo suficiente nieve, llegó el momento de hacer el muñeco que tanto le gustaba a Anna. Empujaron rodando una bola de nieve para hacer la parte de abajo. A continuación, colocaron dos bolas más encima de la base. La

de Elsa salió perfectamente redonda, pero la cabeza que hizo Anna tenía forma de cilindro. Anna corrió escaleras abajo hacia la cocina para coger una zanahoria para la nariz y unos carboncillos para los ojos y el ombligo. Por último, recogieron unas ramitas de la chimenea para crear los brazos y el pelo.

Una vez acabado, Elsa se colocó de pie detrás del muñeco de nieve mientras Anna observaba desde uno de los tronos de sus padres, e hizo como si estuviera vivo.

—¡Hola, soy Olaf —dijo poniendo una voz cómica—, y adoro los abrazos calentitos!

Anna saltó del trono y se tiró encima del muñeco de nieve de una forma que casi le derriba la cabeza.

—¡Te quiero, Olaf!

Anna no apartaba la vista de Olaf, así que Elsa lo impulsaba de un lado a otro de la habitación mientras Anna seguía cogiéndolo de las manos como si fuera su compañero de patinaje. Después, Anna quiso deslizarse por montículos de nieve. Elsa obedeció a su hermana y empezó a producir más y más nieve para que Anna pudiera saltar de una montaña a la siguiente.

—¡Espera! —le dijo Elsa.

—¡A ver si me pillas! —chillaba Anna de emoción saltando de una pila a otra en su camisón verde. Cada vez iba más rápido. A Elsa le empezaba a resultar difícil seguir el ritmo de su hermana.

—¡Otra vez! —exclamó Anna.

—¡Espera! —Elsa estaba haciendo las montañas de nieve más rápido, pero ahora ya solamente iba una por delante de Anna—. ¡Más lento! —gritó, pero Anna ya no la escuchaba. Elsa retrocedió para tener más espacio, pero se resbaló y cayó al suelo. Cuando volvió a mirar, Anna ya estaba en medio del aire sin nada bajo sus pies—. ¡Anna!

Elsa entró en pánico y lanzó un rayo de nieve al aire lo más rápido que pudo.

La corriente de magia chocó con Anna y la golpeó en la cara.

Anna se precipitó por la montaña más cercana. No se movía.

Elsa se acercó a su lado corriendo.

—¡Anna! —gritó cogiendo a su hermana pequeña entre sus brazos, pero Anna no despertaba. Lentamente, empezó a aparecerle un mechón de pelo blanco entretejido entre sus rizos cobrizos.

A Elsa le invadió el miedo y se quedó sin aliento. Su cuerpo empezó a temblar.

—¡Mamá! ¡Papá! —gritó a pleno pulmón. El hielo crujía y crecía alrededor de las hermanas cubriendo todo el suelo y trepando por las paredes. Cada vez era más grueso y producía un retumbo. Derribó a Olaf, que se rompió en pedazos—. Tranquila, Anna. —Elsa lloraba mientras la mecía en sus brazos—. Estoy contigo.

Cuando sus padres entraron en la sala corriendo, vieron a Elsa sentada con el cuerpo de Anna inmóvil sobre ella. Su madre parecía tan aterrada que el miedo de Elsa aumentó, lo que provocó que el hielo se esparciera aún más.

—Elsa, pero ¿qué has hecho? —gritó su padre—. Se te ha ido de las manos.

—Ha sido sin querer. Lo siento, Anna —dijo Elsa con voz temblorosa mientras su madre cogía a su hermana en brazos.

—Está helada —musitó su madre. El miedo se le notaba en la voz.

—Yo sé adónde debemos ir —dijo su padre moviéndose rápido e indicándole a Elsa y a su esposa que lo siguieran.

—¿Se va a poner bien Anna? ¿Mamá? ¿Se va a poner bien? —susurró Elsa. No había estado nunca tan asustada. Pero nadie le respondió. Elsa contuvo sus sollozos.

Esta era la razón por la que sus padres le habían dicho que tuviera cuidado cuando usara su don. Mira lo que le había pasado a Anna. Si eso era lo que sus poderes podían hacer, ya no los quería tener.

¿Por qué su magia tenía que arruinarlo todo? Sentía la rabia en su interior y notaba cómo el corazón le galopaba en el pecho. Empezaron a salir torbellinos de nieve de sus dedos y no podía pararlos.

«¡No!» Respiró hondo varias veces intentando calmarse.

—¡Elsa! —la llamó su madre.

Elsa siguió a su madre hacia la biblioteca y la observó cerrar la puerta tras ella. Su madre envolvió a Anna en una manta azul y la abrazó fuerte mientras padre sacaba libros de la estantería buscando algo. Nadie hablaba. Si le pasaba algo a su hermana, Elsa no se lo perdonaría jamás.

—Este es —dijo finalmente su padre alzando un libro rojo. Parecía bastante viejo, y Elsa no reconoció la escritura cuando lo abrió delante de ellas. El libro estaba repleto de símbolos. Había una imagen de un trol de pie sobre el cuerpo de una persona de cuya cabeza salía un espíritu azul.

—Sí, es este —coincidió su esposa. Un mapa cayó del libro y voló hasta el suelo.

Elsa vio que el mapa era de Arendelle, pero tenía notas que señalaban un lugar en medio de las montañas.

Su padre le tocó la frente a Anna.

—Sigue demasiado fría.

—Tenemos que acudir a ellos —dijo su madre—. No podemos esperar.

—Cogeremos los caballos —dijo el rey—. Elsa, síguenos. En silencio, ahora.

—Mamá, ¿se va a poner bien Anna? —volvió a preguntar Elsa.

—Ahora, silencio —dijo la reina, y Elsa hizo lo que le mandaban—. Tenemos que llegar a los establos sin que nos vean.

En el castillo reinaba un silencio estremecedor, como si cada parte de él la estuviera evitando por haber cometido aquel error. Elsa no hizo más

preguntas. Siguió a sus padres hacia los establos y observó a su padre ensillar los caballos. Su padre ayudó a su madre a subirse a uno y puso a Anna en sus brazos. Después, le hizo un gesto a Elsa, la cogió y la sentó delante de él en su caballo. Segundos más tarde, el rey salió galopando de los establos. La reina iba justo a su lado. Los dos caballos cogieron velocidad en cuanto atravesaron las puertas del castillo y se adentraron en la noche.

Elsa estaba concentrada en el camino delante de ella mientras intentaba mantener la calma, pero continuaba congelándolo todo a su paso sin siquiera darse cuenta de estar haciéndolo. Su padre sacó el mapa del libro y utilizó la aurora boreal en el cielo para guiarse. Cada vez iban subiendo más por las montañas, y el mar parecía estar desapareciendo en la lejanía. En un momento determinado, Elsa juró haber oído la voz de un niño, pero cuando se volvió lo único que alcanzó a ver fue una cría de reno. Instantes después, había desaparecido.

—¡Ya estamos aquí! —dijo el rey deteniéndose bruscamente y desmontando del caballo. Ayudó a su madre y a Anna a bajarse del suyo y después fue a por Elsa.

¿Dónde era «aquí»?

El rey se puso en el medio de una zona herbosa llena de rocas cubiertas de musgo que estaban apiladas creando formas extrañas. Unos escalones de piedra conducían hacia el centro de la zona, como si anteriormente allí abajo hubiera habido algo. Salía vapor de géiseres ocultos que había por todos lados, lo que daba una sensación espeluznante. Dondequiera que fuese ese «aquí», desde luego parecía un lugar muy misterioso. Su madre parecía más preocupada de lo que Elsa la había visto jamás. «Esto es por mi culpa», pensó Elsa angustiada.

—Elsa, ven aquí —la llamó su padre. Elsa corrió hacia sus brazos—. Todo va a salir bien. —Esas eran las primeras palabras que le había dirigido desde que estuvieran en el Gran Salón. Su madre estaba detrás de

ellos, muy cerca, con Anna en brazos—. ¡Por favor! —gritó el rey hacia la oscuridad—. ¡Ayúdenme! ¡Es mi hija!

¿A quién se estaba dirigiendo su padre? Elsa estaba a punto de preguntárselo cuando vio que las rocas comenzaban a sacudirse y a rodar por los escalones hasta llegar a ellos.

Elsa se agarró a la pierna de su madre y enterró la cara en su vestido. El rey las acercó a las tres hacia él conforme las rocas se iban asentando. Elsa asomó la cabeza por el vestido de su madre.

Todas a la vez, las rocas dejaron de moverse y, de repente, emergieron docenas de pequeños trols. Parecían esculpidos en piedra. El musgo que había crecido en sus espaldas conformaba sus prendas, y de sus cuellos colgaban cristales de diferentes colores. Tenían pequeños penachos de pelo de musgo verde encima de la cabeza y las orejas grandes, y el blanco de sus ojos dispuestos bastante juntos brillaba a la luz de la luna. Los trols le recordaron a Elsa a unos erizos.

—¡Es el rey! —exclamó uno de los trols cuando se acercaron arrastrando los pies. Otro trol, que llevaba una capa larga de musgo, se desplazó hacia el principio de la manada. Tenía un collar de cuentas muy elaborado—. ¡Hagan paso a Gran Pabbie!

—Majestad. —Gran Pabbie inclinó la cabeza en una reverencia. Cogió la mano de Elsa—. ¿Nació con poderes o es un hechizo?

Elsa inspiró bruscamente. ¿Cómo lo sabía?

Su padre parecía pensar lo mismo.

—Son de nacimiento —respondió nervioso—. Y están yendo a más.

Gran Pabbie le hizo un gesto a su madre. Ella se arrodilló y le acercó a Anna. El trol puso una mano sobre la cabeza de Anna y frunció su poblado ceño.

—Han tenido suerte de que no haya sido el corazón, porque el corazón no es tan sencillo de cambiar. —Se encogió de hombros—. Pero la cabeza sí se puede modificar.

El rey miró a su esposa sorprendido.

—Haga lo que pueda —le indicó a Gran Pabbie.

—Recomiendo eliminar toda la magia, incluidos sus recuerdos, para estar seguros —dijo Gran Pabbie.

«¿Eliminar toda la magia?»

—Pero ¿no recordará que tengo poderes? —preguntó Elsa, que no fue capaz de mantenerse callada.

—Es lo mejor —dijo su padre tocándole el hombro.

El círculo de personas en el que Elsa podía confiar ya era pequeño de por sí. Si Anna no recordaba que podía hacer magia, ¿con quién compartiría esa carga? Su corazón empezó a latir con más fuerza. Anna era su mejor aliada, su compañera de repostería, su hermana. No podían ocultarse secretos la una a la otra.

—Escúchame, Elsa —le dijo Gran Pabbie. Su tono era amable, como si estuviera en su cabeza—. Tu poder seguirá creciendo. —Alzó sus manos hacia el cielo en el que se dibujaron unas imágenes azules. Una niña conjuraba el copo de nieve más precioso que jamás había visto Elsa—. Hay belleza en él, pero también hay un gran peligro.

El copo de nieve se tornó rojo fuego y explotó.

Elsa abrió más los ojos.

—Debes aprender a dominarlo —continuó Gran Pabbie—. El miedo será tu enemigo.

Las líneas que dibujaban a las personas en el cielo se volvieron rojas, mientras que, en el centro, la niña seguía azul. Elsa podía sentir el miedo de la niña. ¿Era ese el destino que le esperaba? ¿Sería marginada por todos? Las figuras de las personas en rojo se cerraron sobre la niña. Elsa escuchó un grito y la imagen se disipó. Entonces, escondió la cara en el pecho de su padre.

—¡No! —dijo su padre, y miró a su esposa—. La protegeremos. Aprenderá a controlarlo, seguro. Ocultaremos sus poderes a todo el

mundo. —Miró a Elsa e hizo una pausa—. Incluida Anna.

—¡No! ¡Por favor, no! —suplicó Elsa. Aquello era demasiado—. No volveré a hacerle daño. Lo prometo. —Miró a su madre.

—Esto no es un castigo, cariño —le dijo su madre—. Ya has oído a tu padre y a Gran Pabbie. Nuestro deber es protegeros a ambas.

Elsa no podía creérselo. No quería que Anna no conociera quién era realmente. Anna creía en su don. Aparte de sus padres, Anna era la única persona con la que podía compartirlo. ¿Con quién crearía ahora la nieve? Sin Anna, un don como aquel dejaba de ser divertido.

—Estará a salvo de esta manera, Elsa —le recordó Gran Pabbie—. Las dos lo estaréis.

Elsa intentó pensar en algo que pudiera hacerles cambiar de parecer, pero ni siquiera pudo captar la atención de sus padres. Estaban centrados en Anna. Elsa observó mientras Gran Pabbie tocaba la cabeza de Anna. Seguidamente, hizo con su mano un movimiento circular en el aire.

Su padre le dio unas palmadas en la espalda.

—Sé que es duro, pero eres una niña valiente. Y quieres lo mejor para Anna, ¿verdad?

—Sí —respondió Elsa mientras a la vez pensaba: «Necesito a Anna. Es la única que los entiende»—. Sí, pero Anna es la única con la que puedo compartir mi don. No me quitéis eso.

—Todo saldrá bien, Elsa —le prometió su padre.

Se oyó un silbido como proveniente del viento y, después, una nube azul hielo se formó sobre sus cabezas. A Elsa le recordó a su propia magia. Observó cómo se sucedían las imágenes de ella y Anna: las dos jugando en la nieve en el Gran Salón, patinando sobre el hielo formado en el suelo, creando a Olaf... Todo lo que habían hecho juntas que hubiese sido imposible sin magia. ¿Cómo había podido Gran Pabbie extraer de la memoria de su hermana todos esos recuerdos?

En un abrir y cerrar de ojos, los recuerdos de Anna y ella cambiaron. El momento del Gran Salón se convirtió en un recuerdo de Anna tirándose por un tobogán en un parque. El de las dos patinando sobre hielo en el interior del castillo cambió a una excursión a un estanque cercano, y el tiempo que habían pasado jugando con Olaf se transformó en una escena de ellas haciendo un muñeco de nieve en medio del bosque. Se estaban borrando sus recuerdos. Aquello era más de lo que Elsa podía soportar.

—¡No, por favor! —Elsa empezó a llorar y a sentir el cálido hormigueo en los dedos. Un resplandor azul se cernió sobre sus cabezas.

—No te preocupes, dejaré el recuerdo de que os estabais divirtiendo —le prometió Gran Pabbie.

Pero no se trataba de la diversión. Se trataba de que las dos compartían el don que Elsa había recibido. Y ahora, el líder de los trols le estaba arrebatando aquello. Elsa miraba con agonía mientras Gran Pabbie reunía las imágenes creando una bola con los mismos gestos que hacía ella cuando conjuraba la nieve. Sus manos se acercaron lentamente a la cabeza de Anna. Elsa ya sabía lo que estaba a punto de ocurrir. Cuando Gran Pabbie finalmente la tocara, los nuevos recuerdos sustituirían a los antiguos. La conexión que tenían Anna y Elsa se perdería para siempre. Elsa no podía permitir que aquello ocurriera.

—¡No! —gritó soltándose del abrazo de su padre.

Su mano conectó con la de Gran Pabbie justo cuando sus dedos rozaron la frente de Anna.

—¡Elsa, no! —gritó su padre mientras su madre la intentaba detener reaccionando con pánico. Pero ya era demasiado tarde.

Una explosión de luz hizo que las rocas que estaban a su alrededor se sacudieran y empezaran a desmoronarse y a caer de las montañas que rodeaban el valle. Los trols corrieron a ponerse a cubierto. La luz se hizo más y más clara hasta que explotó en lo que parecían millones de

pequeñas estrellas. Fue lo último que Elsa vio antes de que todo se oscureciera a su alrededor.

CAPÍTULO CATORCE
Elsa

Elsa se despertó de aquel vívido recuerdo respirando con dificultad como si hubiese estado debajo del agua demasiado tiempo. Inspiró profundamente intentando recordar cómo se respiraba.

—¡Elsa! ¡Elsa! —Olaf estaba de pie inclinado sobre ella—. ¡Te has caído desplomada! ¿Estás bien?

Alguien aporreaba la puerta de su habitación.

—¡Princesa Elsa! ¡Princesa Elsa! ¿Os encontráis bien?

Era Hans.

—¿Por qué no responde? —gritaba.

—¿Princesa? —Era lord Peterssen—. ¿Podéis oírnos?

—¡Sí! —gritó dirigiendo su voz temblorosa hacia fuera—. Enseguida salgo.

¿Cuánto tiempo había estado ausente?

—Elsa, ¿qué ha pasado? —preguntó Olaf.

Elsa se levantó. Tenía la sensación de que su cuerpo era como una gelatina. El recuerdo le volvió a la mente y la dejó fría. Sus poderes no eran nuevos; sus padres habían sabido que los tenía desde el principio, pero, por alguna razón, ella los había olvidado. El dolor que le provocó descubrir aquella verdad y todo por lo que había pasado era demasiado para ella.

—Anna era mi hermana. —Las palabras se le atragantaban—. Mi magia la mató.

CAPÍTULO QUINCE
Anna

Las mejillas de Anna estaban sonrojadas por la emoción.

¡Era el día de la coronación!

La pastelería estaba llena de gente. A pesar de que la mayoría de las personas que conocía no fueran a viajar a Arendelle a presenciar la coronación de la princesa Elsa en persona, Harmon lo estaba celebrando a su manera. Muchos habían cerrado sus tiendas más temprano y planeaban disfrutar en la calle donde habría comida, amigos y baile. Su madre había horneado varios pasteles para la ocasión. Goran, del mercado, había traído un cerdo asado y patatas, y su padre había hablado con algunos hombres que aparecerían con sus laúdes. Era un día de verano espléndido, y Anna podía sentir la alegría en el ambiente.

Tras tres años sin un líder legítimo, Arendelle iba a recibir finalmente a su reina.

El día de la coronación significaba un nuevo comienzo en todos los sentidos, y Anna esperaba que también llegara su nuevo comienzo más pronto que tarde, pero ¿cómo podía llevar la contraria a sus padres? Aún era joven. Más o menos. Y necesitaban su ayuda. Eso, sin duda. Tres años más pasarían rápido... O eso esperaba.

—¡Gracias, Anna! —dijo la señora Eriksen cuando Anna le puso en una bolsa varios rollos de canela—. Te veo luego en la celebración.

—¡Hasta la noche! —dijo Anna viendo a la señora Eriksen abrir la puerta de la pastelería. Cuando la abrió, Anna observó que había un joven fuera con un reno. Estaban de espaldas a la puerta. ¡Kristoff!

No se podía creer que hubiera ido. Se limpió las manos en el delantal y salió corriendo a la vez que oía la conversación que Kristoff mantenía con *Sven*.

—Sí, hablaré con ella. Quizá —Kristoff resopló—. Tú, Bulda, Gran Pabbie... ¡Actuáis como si esto fuera muy sencillo! Puede que sean expertos en el amor como ellos dicen, pero nunca han salido del valle.

Sven resopló.

—¡Hola! —interrumpió Anna sintiéndose un poco rara. Se acababa de dar cuenta del aspecto que llevaba, y el aspecto que él tenía también. Kristoff vestía una camiseta larga de color azul intenso y se había puesto unos pantalones limpios. Ella, por el contrario, llevaba un vestido verde bajo un delantal cubierto de harina y restos de glaseado. Las trenzas, que se había hecho dos días atrás, necesitaban un retoque—. ¿Me estabas buscando? Quiero decir, no buscándome, pero estás aquí, así que a lo mejor... ¿Tienes hambre?

Kristoff se ruborizó inmediatamente.

—¿Qué? Sí. Es decir, no. Yo... —Le soltó el manojo de zanahorias en las manos—. Solo quería devolverte lo que te debía.

—Oh. —Anna miró hacia abajo—. No tenías por qué traérmelas... ¡Au!

Sven se chocó con Anna y la lanzó a los brazos de Kristoff. Los dos se tambalearon hacia atrás y cayeron sobre un montón de sacos de harina que los padres de Anna no habían tenido tiempo de llevar al interior de la tienda.

—Esto es un poco raro —dijo Anna intentando con dificultad ponerse en pie—. No porque tú seas raro, sino porque estamos... Yo me siento... rara. —Finalmente se levantó—. Estás cañón. ¿Qué he dicho?

Nunca en su vida había dicho nada parecido a eso. ¿Pensaba de verdad que Kristoff era guapo? Tenía que cambiar de tema rápido.

—Entonces ¿solo has venido por eso? ¿Para darme las zanahorias?

—Eh, uh. —Kristoff se quedó pasmado—. Eh... —*Sven* seguía resoplando—. No puedo quedarme. Tengo una entrega en Arendelle, así que voy montaña abajo.

—¿Al valle? —le cortó Anna—. ¡Allí es adonde voy yo! Bueno, no hoy, sino dentro de tres años. Voy a abrir mi propia pastelería.

Kristoff se rascó la cabeza.

—¿Dentro de tres años?

—Sí —respondió Anna—. Mis padres quieren que lleve yo su tienda, pero algún día me quiero marchar de Harmon. —Kristoff la miraba—. Seguro que tú lo entiendes. ¡Tú puedes conocer todo el reino con tu negocio del hielo! Tu carro te lleva a todos los lugares, mientras que yo estoy aquí atascada.

—Yo no diría atascada —farfulló Kristoff—. Parece un lugar muy bonito en el que vivir. Imagínate tener que suplicarle a la gente si puedes dormir en sus graneros cada vez que estés de viaje y crecer en un campo lleno de rocas.

—¿Qué? —Anna pensó que le había oído mal.

—Nada. —Kristoff desvió la mirada.

Anna volvió a pensar en la vida que Freya se había perdido. No quería perder ni un segundo más en un lugar que no amara de verdad.

—Tú no lo entiendes. —Anna se puso a jugar con una de sus trenzas. «Tres años parece mucho tiempo.»

—¡Uy! —Kristoff se acercó a ella—. Tu pelo.

—Ah. —Estaba acostumbrada a que le hicieran esa pregunta—. ¿El mechón blanco? Es de nacimiento —le explicó—. Eso es lo que les dijeron a mis padres. En verdad, ellos me adoptaron cuando era un bebé. Solía soñar que un trol me dio un beso.

Kristoff abrió los ojos sorprendido.

—¿Has dicho «trol»? —Salió corriendo detrás de ella para descubrir más.

CAPÍTULO DIECISÉIS
Elsa

—¿Anna está... muerta? —repitió Olaf como si no entendiese las palabras que salían de su boca.

Elsa vio la cara de desconsuelo de Olaf y a ella misma se le escapó un sollozo de los labios antes de que pudiera contenerlo.

—Creo que yo la maté.

Por encima de sus dedos apareció un resplandor azul y comenzó a salir un hielo que escaló por las paredes y cubrió el suelo. Al otro lado de la puerta, el mundo real esperaba, intentando abrirse camino cada vez con más fuerza. Aquel hielo no podía haber venido en un peor momento, pero Elsa estaba demasiado consumida por el dolor para que le importara quién la viera.

Anna estaba muerta. Por eso sus padres le habían ocultado su existencia. Ahora entendía por qué su madre siempre parecía tan desolada. Elsa había cambiado el destino de su familia para siempre. ¿Cómo habrían podido sus padres perdonarle lo que había hecho? ¿Y el reino?

«Un momento.»

Elsa dejó de llorar y recordó la fuente en el patio y el retrato de familia en el pasillo. Ambos mostraban una familia de tres. ¿Sus padres y el señor Ludenburg no habrían querido mantener vivo el recuerdo de Anna incluyéndola en aquellas obras de arte? ¿No hablaría su pueblo de la hermana perdida? ¿Por qué habrían escondido sus padres un lienzo de su familia completa en el arca de Elsa? Nadie había soltado jamás una

palabra sobre Anna. De hecho, su madre le decía a todo el mundo que preguntaba que, después de Elsa, nunca más pudo tener niños.

—Esto no tiene ningún sentido —dijo Elsa. Cada vez le venían más preguntas a la cabeza. Notó cómo el corazón se le aceleraba, y escuchaba un zumbido en los oídos. Había algo que no cuadraba, pero ¿qué era?—. Sé que todo el mundo me ha intentado proteger siempre, pero ¿cómo consiguieron sus padres que todo el reino olvidara que tenía una hermana?

—No lo sé —respondió Olaf tambaleándose hacia ella—. A lo mejor esta carta te lo puede explicar. Cuando se te cayó la pintura, esto estaba debajo de ella.

Elsa alzó la vista sorprendida.

—¿Una carta?

Olaf sujetaba un trozo de pergamino en su mano hecha de ramita. Elsa reconoció la letra enseguida.

Era de su madre.

—¡Elsa! —Eran lord Peterssen y Hans. Los dos la estaban llamando y aporreando la puerta de nuevo—. Elsa, ¿estáis bien? ¡Contestadnos!

Elsa no contestó. Con dedos temblorosos, cogió la carta que le estaba tendiendo Olaf justo cuando oyó un tintineo de llaves en la puerta. Con el corazón golpeándole en el pecho, le echó un vistazo rápido a la carta. No había tiempo de leerla cuidadosamente. En lugar de eso, buscó la respuesta que necesitaba encontrar urgentemente. Sus ojos pasaron por palabras como «trols», «el Valle de la Roca Viviente» y «un secreto que hemos guardado durante años», pero continuó leyendo hasta que encontró lo que estaba buscando.

«Os queremos muchísimo a ti y a tu hermana, pero las circunstancias nos obligaron a separaros.»

«¿Separarnos?» ¿Significaba aquello que Anna estaba viva?

Elsa empezó a reír y a llorar al mismo tiempo.

No estaba sola. ¡Tenía una hermana!

—¡Olaf! ¡Está viva! ¡Anna está viva! —dijo Elsa mientras la conmoción aumentaba al otro lado de la puerta.

La expresión de Olaf se transformó en una sonrisa amplia.

—¿Dónde está? ¡Tenemos que encontrarla!

—¡Lo sé, lo sé! —Elsa volvió a mirar la carta con la intención de leerla detenidamente esta vez y descubrir cómo era aquello posible. «Querida Elsa: Si estás leyendo esto, significa que ya no estamos. De lo contrario...»

La puerta de la habitación se abrió.

La carta se le cayó de las manos y Olaf se puso a resguardo en la zona del vestidor. Hans se precipitó hacia el interior de la habitación.

—¡Elsa! —dijo. Su expresión reflejaba miedo—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—¡Estoy bien! —insistió Elsa sacando a Hans de la habitación a la vez que lord Peterssen, Gerda, el duque y él intentaban entrar. Salió hacia el pasillo y cerró la puerta detrás de ella. En ese momento, se dio cuenta de que Kai y Olina también estaban allí. Elsa se preguntó: «¿Conocerían ellos el secreto también? ¿Sabrían ellos de la existencia de Anna y dónde estaba?» Tenía demasiadas preguntas que necesitaban respuesta.

Lord Peterssen se llevó las manos al pecho.

—Pensábamos que estabais herida.

—No —dijo Elsa riéndose sin querer—. Estoy bien. Mejor que bien. De verdad.

—¿Por qué no nos contestabas? —le imploró Hans—. Pensábamos que...

El duque miró a Elsa con aspereza por encima de sus anteojos.

—Pensábamos que estabais huyendo de la propuesta del príncipe Hans.

—¿Propuesta? —repitió Elsa y al momento recordó lo que habían estado hablando antes de que oyera el golpe de Olaf y corriera hacia el interior de su habitación—. Yo...

Tenía que leer aquella carta. ¿Qué circunstancias habían forzado a sus padres a separar a sus hijas? ¿Por qué no había sabido nada de sus poderes hasta la muerte de sus padres? ¿Por qué nadie hablaba de Anna en el resto del reino? Si su hermana estaba viva, ¿dónde estaba? ¿La había ahuyentado Elsa con su magia?

Tenía que leer la carta sin perder ni un segundo más.

—Sí, el príncipe Hans está esperando una respuesta —dijo el duque haciéndole un gesto a un Hans algo confundido.

—Creo que esta conversación debería esperar hasta después de la coronación —dijo Hans.

—Sí, tenemos que ir a la capilla —le recordó lord Peterssen al duque.

Gerda puso una mano en el brazo de Elsa.

—Princesa, parecéis sonrojada.

—Hans, yo... —Elsa pasó la mirada del príncipe al resto de los presentes. No podía pensar en nada más que en la carta de su madre—. Necesito un momento más. —Elsa intentó alcanzar el pomo de la puerta, pero el duque no dejó que la abriera.

—Creo que lleváis demasiado tiempo sin escuchar a la gente —dijo el duque con voz firme—. ¿No creéis?

Elsa sintió una sensación repentina de ira hacia las palabras del duque.

—Vos no tenéis derecho a hablarle así a la princesa —dijo Hans. Los dos comenzaron a discutir.

Elsa miró desesperada hacia la puerta. Al otro lado, había una carta con las claves para descubrir el pasado, y ahí fuera Hans y el duque intentaban decidir su futuro. Empezó a sentir el hormigueo en los dedos y, en esta ocasión, no podía controlar sus emociones. Tenía que llegar a la carta.

—Ahora no es el momento de hablarlo —dijo Elsa temblando. El duque intentó interrumpirla de nuevo—. Ahora, si me disculpáis.

El duque la cogió del brazo.

—Princesa, si me permitís...

Los temblores que sentía en el cuerpo le venían en oleadas. El cuello alto estaba empezando a provocarle un picor terrible y sus emociones eran demasiado fuertes para controlarlas.

—No, no os lo permito —le cortó Elsa—. Tengo que volver a mi habitación. Deberíais marcharos.

—¿Marcharme? —El duque parecía encolerizado—. ¿Antes de la coronación?

—Princesa, no hay tiempo para que volváis a entrar en vuestra habitación —suplicó lord Peterssen.

—El obispo está esperando —añadió Kai.

—¿Princesa? —dijo Gerda sonando insegura— ¿Os encontráis bien?

No, no se encontraba bien. Necesitaba leer aquella carta. «Las circunstancias nos obligaron a separaros.» Tenía que encontrar a Anna. Habían estado demasiado tiempo separadas. Elsa miró a los que estaban frente a ella y después nuevamente hacia su puerta. Si no le permitían entrar, encontraría otro camino hacia su habitación. El castillo estaba lleno de pasadizos secretos. Daría las vueltas que tuviera que dar hasta llegar a ella. Elsa intentó abrirse camino desesperadamente a través de los presentes. Las mangas le apretaban; apenas podía mover los brazos.

—Elsa, espera. —Hans intentó asirla quitándole uno de los guantes por accidente.

—¡Dame mi guante! —Elsa sintió pánico.

Hans lo sostuvo en el aire alejado de Elsa.

—Te preocupa algo. Por favor, habla conmigo —dijo—. Déjame ayudarte.

—¡Princesa! El obispo está esperando —dijo lord Peterssen.

—Weselton es un socio comercial importante y, por tanto, debería estar presente en la coronación... —murmuraba el duque.

Gerda intentó intervenir.

—La princesa está disgustada.

Elsa cerró los ojos.

—Ya es suficiente —susurró.

El duque continuó hablando.

—Yo solo quería ayudaros a presentaros de la mejor manera posible después de que os hubierais cerrado de esa manera y...

Elsa necesitaba que se callara. En su cabeza solo podía oír las palabras de su madre retumbando.

«Os queremos muchísimo a ti y a tu hermana.»

«Hermana.»

«Hermana.»

«¡Tenía una hermana!»

Nada más importaba. Se hizo paso entre ellos y corrió por el pasillo. Las voces la perseguían.

—¡Princesa, esperad! —gritó Kai.

Elsa estaba harta de esperar. Necesitaba leer esa carta. «Hermana. Hermana.» La respiración era entrecortada, y sentía un hormigueo tan intenso en los dedos que le quemaban.

—¡Princesa Elsa! —la llamó Hans.

—¡He dicho basta!

El hielo salió disparado de sus manos con tanta fuerza que impactó en el suelo y se formaron carámbanos retorcidos y puntiagudos que, automáticamente, crearon una barrera entre ella y los demás. Hans saltó apartándose del camino de una punta que amenazaba con clavársele en el pecho. El duque fue derrumbado. En el aire flotaban cristales congelados de hielo que lentamente empezaron a caer al suelo.

Elsa se quedó sin aliento. Estaba horrorizada.

Su secreto ya no era más un secreto.

—Brujería —oyó que susurraba el duque. Su cara palpitaba con ira conforme intentaba ponerse de pie con dificultad—. Así que esta es la razón. ¡Ya sabía que aquí estaba pasando algo turbio!

Elsa se cogió la mano horrorizada. Ella y Hans se miraron, y Elsa vio confusión en su mirada.

—¿Elsa? —susurró.

Entonces, Elsa hizo lo único que le quedaba por hacer: correr.

Corrió a lo largo del pasillo y atravesó con ímpetu la primera puerta que encontró.

—¡Allí está! —exclamó alguien.

Sin darse ni cuenta, Elsa había salido del castillo. Estaba de pie en el patio ante la estatua de ella y de sus padres, donde cientos de personas la estaban esperando. Cuando la vieron aparecer, los presentes empezaron a aplaudir y a vitorear. Elsa retrocedió cuando oyó unas voces. Hans, Kai, el duque y lord Peterssen se estaban acercando. No le quedaba otra opción que correr escaleras abajo, levantarse el vestido confeccionado para su coronación y lanzarse hacia el tumulto de personas.

—¡Es ella! —gritó alguien.

—¡Princesa Elsa! —La gente se inclinaba ante ella.

Elsa empezó a dar vueltas buscando un camino para salir de aquella multitud.

Un señor le bloqueó el paso.

—¡Nuestra futura reina!

El corazón de Elsa latía con fuerza. Intentó tomar otra dirección.

Una mujer que llevaba un bebé en brazos dio un paso al frente.

—Su Alteza Real —dijo amablemente.

Inmediatamente, Elsa pensó en su madre y en Anna.

—¿Os encontráis bien? —le preguntó la mujer.

—No —susurró Elsa. Sus ojos se movían de izquierda a derecha y volvió a retroceder. Se chocó de espaldas contra la fuente con la estatua de su familia y se agarró con las manos al borde para detenerse. En ese mismo instante, el agua que había en la fuente se congeló. El chorro de

agua que emanaba de ella se cristalizó en el aire y se congeló de una forma que parecía querer atrapar a Elsa.

Los aldeanos comenzaron a chillar.

—¡Ahí está! —oyó gritar al duque desde los escalones del castillo—. ¡Detenedla!

Elsa vio a Hans y a lord Peterssen y, por un momento, dudó. Hans era su red de seguridad, pero no podía arriesgarse a herirlo. No podía arriesgarse a herir a nadie. Pensó en qué dirección huir, pero había gente alrededor de ella por todos lados. ¿No se estaban dando cuenta de que no podía controlar lo que hacía? Necesitaba estar sola.

—Por favor, no os acerquéis a mí. ¡No os acerquéis!

De sus manos salió más nieve disparada e impactó con los escalones del castillo; explotó con tanta fuerza que los congeló. Aquello hizo caer al duque de nuevo, y sus lentes salieron volando. Elsa respiraba con dificultad a causa de la conmoción.

El duque se incorporó cogiendo sus gafas.

—Monstruo. ¡Monstruo! —gritó.

No lo era. Ella no quería hacerle daño ni a una mosca. Miró a su alrededor buscando a alguien que se compadeciese de ella, pero no había nadie. Su pueblo parecía aterrorizado. Hasta aquella amable mujer parecía ahora estar protegiendo a su bebé de Elsa utilizando su cuerpo como escudo.

«Hermana.»

De pequeña, Anna había sabido que Elsa tenía la habilidad de hacer magia. Estaba segura de que Anna sería capaz de entenderla de nuevo. Tenía que encontrarla como fuera.

Empezó a correr de nuevo y no se detuvo hasta que hubo salido del patio del castillo y hubo alcanzado el pueblo.

—¡Elsa! —podía oír cómo Hans la llamaba—. ¡Elsa!

Pero siguió corriendo. Elsa divisó la escalera que conducía hasta el agua y bajó por ella corriendo hasta que no tuvo delante más que agua. No había escapatoria. Se volvió y dio un paso atrás al ver a Hans aproximándose. Su pie aterrizó en el agua que se congeló bajo este sobre la marcha. Miró hacia abajo sorprendida mientras se extendían unos cristales pequeños de hielo. El viento comenzó a soplar y la nieve empezó a caer cuando dio un siguiente paso. El hielo se esparció de nuevo formando un camino por el que escapar. Y lo tomó.

—¡Espera, por favor! —suplicó Hans corriendo detrás de ella con lord Peterssen siguiendo sus pasos. La nieve caía más fuerte—. ¡Elsa, detente!

Elsa no estaba dispuesta a parar ahora. Encontrar a su hermana era lo que más le importaba en el mundo. Todos los pensamientos sobre su coronación se dispersaron. Elsa respiró hondo y continuó avanzando sobre el hielo rezando por que no se abriera una grieta bajo sus pies. El hielo parecía mantenerse firme y se extendía a medida que atravesaba el fiordo. Con su capa ondeando a su alrededor, Elsa sintió cómo una sensación de determinación le corría por las venas conforme avanzaba a través del fiordo, adentrándose en una oscuridad envolvente.

CAPÍTULO DIECISIETE
Anna

De repente, hubo un estruendo bajo los pies de Kristoff y Anna. Una bandada de pájaros se dispersó volando por encima de sus cabezas. *Sven* comenzó a resoplar y a arrastrar las patas al ver una familia de ardillas huyendo al otro lado de la calle. Anna oyó gritar a alguien y vio un alce corriendo. *Sven* salió embalado.

—*¡Sven!* —gritó Kristoff.

Anna y Kristoff persiguieron a *Sven* hasta la plaza del pueblo. La gente salía de sus casas y tiendas para ver qué ocurría. Los pájaros y otros animales salían del bosque dispersándose en todas direcciones.

—¿Qué ocurre? —preguntó Anna. El estruendo era cada vez más fuerte.

El sol se desvaneció detrás de las nubes y comenzó a soplar un gélido viento a través de los árboles que hacía que estos se balancearan.

—¡Mirad! —gritó alguien señalando hacia el valle.

Era uno de los mejores días de verano que Anna podía recordar, pero, por alguna razón, el fiordo parecía estar congelándose. Un resplandor azul sobrevolaba el agua conforme se congelaba y hacía que los barcos atracados en el puerto se inclinaran. De repente, la helada comenzó a avanzar por la ladera de la montaña dirigiéndose hacia ellos.

—Hielo —susurró Kristoff.

Anna no entendía lo que estaba ocurriendo, pero sabía que tenían que apartarse del camino de lo que fuera que se estuviera acercando a ellos.

—Tenemos que avisar a los demás. ¡Rápido! —gritó Anna—. *¡Sven!*

Sven se acercó veloz hacia ella. Anna se subió a su lomo.

—¡Oye! ¡Espérame! —Kristoff corrió detrás de ellos—. ¡Vamos, *Sven*! ¡Por el pueblo!

—¡Refúgiense! —gritaba Anna mientras el resplandor azul iba creciendo y aproximándose, dejando hielo a su paso y amenazando con adelantarlos—. ¡Que todo el mundo entre en sus casas!

Finalmente, Kristoff los alcanzó y saltó sobre el lomo de *Sven* detrás de Anna.

La gente empezó a correr a la vez que el viento aumentaba su fuerza. La temperatura cayó en picado y el cielo se tornó gris por completo. De repente, se oyó un zumbido. *Sven* se detuvo en seco y tiró a Kristoff y Anna al suelo mientras una niebla azul los envolvía y seguía avanzando. Anna y Kristoff se levantaron con dificultad sobre un hielo que crujía y se propagaba bajo sus pies a la vez que una borrasca se cernía sobre sus cabezas y llenaba el cielo de nieve.

Anna ni siquiera se dio cuenta de que ella y Kristoff estaban abrazados. Creía que aquella extraña tormenta pasaría de largo, pero, en lugar de eso, ahora estaba nevando. En medio del verano. Su corazón palpitaba con fuerza. «¿Qué estará ocurriendo en Arendelle?»

Tres días después, Anna aún seguía preguntándoselo.

Durante las últimas setenta y dos horas, había estado observando la escena desde su ventana. Una nieve cegadora y hielo envolvían los tejados, cubrían el suelo y se amontonaban en ventisqueros altos. El hielo crujía y formaba carámbanos gigantes que amenazaban con caer de los tejados y estrellarse contra el suelo.

—Nos quedaremos dentro —les dijo su padre a Anna y a su madre mientras un viento feroz soplaba en el exterior de la puerta de su pastelería —. Mantendremos el fuego encendido todo el tiempo posible y

hornearemos todo lo que podamos. Necesitamos comida. ¿Quién sabe cuánto durarán estas condiciones?

Incluso con aquel intenso fuego, la casa estaba más fría de lo que Anna recordaba que estuviera en invierno.

—Está bien que hayas llevado a las gallinas y al resto de los animales al granero, pero aun así tiene que hacer un frío horrible —dijo su madre frotándose los brazos para mantenerse caliente.

Anna miró por la ventana. Las calles estaban desiertas. La nieve se acumulaba en montones cada vez más altos delante de las entradas de las casas a pesar de los grandes esfuerzos que hacía la gente para evitar que se apilase. Si había cualquier emergencia, necesitarían una vía para poder salir de sus casas, pero Anna no sabía exactamente adónde podrían dirigirse con unas condiciones meteorológicas como aquellas. Morirían congelados.

—Está totalmente lleno con los animales y el chico del hielo que se queda con su reno.

Anna levantó la mirada.

—A Kristoff no le importa. Le gusta dormir en graneros —bromeó.

Su madre la miró con curiosidad.

—¿Os conocéis?

Anna miró por la ventana de nuevo e intentó que su madre no viera que se estaba ruborizando.

—Un poco. Preferiría que entrara.

Su padre echó otro tronco al fuego. El montón de leña bajaba cada vez más. Pronto tendrían que salir a cortar más.

—Se lo he ofrecido, pero no quiere dejar a su reno.

—No lo comprendo —dijo Anna—. ¿Cómo es posible que nieve de esta forma en pleno verano? —Su instinto le decía que algo o alguien había causado eso—. ¿Acaso ha caído una maldición sobre Arendelle?

Sus padres se miraron.

—Las maldiciones no existen, ¿verdad? —presionó Anna. ¿Por qué tenía la impresión de que sabían algo que no le estaban contando?

Alguien aporreó la puerta y sus padres se miraron de nuevo. Él corrió hacia la ventana y se asomó.

—¡Déjalos entrar! ¡Rápido!

Su madre abrió la puerta. La nieve y el viento prácticamente la derribaron mientras intentaba aguantar la puerta para que pasasen los visitantes. Aparecieron dos hombres envueltos de la cabeza a los pies con gorros, guantes y capas de bufandas. Aun así, estaban tiritando.

—La nieve está cada vez más alta —dijo Goran quitándose una bufanda que llevaba alrededor de la cara—. Pronto llegará a los tejados si sigue cayendo.

—Eso es imposible —dijo su madre ofreciéndole rápidamente una taza de vino caliente especiado—. Nunca había nevado tanto.

El señor Larsen tenía una expresión seria.

—Creo que estamos bajo una maldición.

—¿Veis? —coincidió Anna. Sus padres parecían incómodos.

—¿No habéis visto cómo venía de Arendelle y subía por la montaña? —continuó el señor Larsen—. ¿Hay otra forma de explicar que nieve de esta manera en medio del verano? Algo ha pasado durante la coronación de la princesa Elsa. ¡Estoy convencido!

—No ha venido nadie desde Arendelle trayendo noticias de la princesa o de lo que ha sucedido —apuntó Goran—. Hasta donde sabemos, podemos haberla perdido con este tiempo.

La princesa Elsa era su futuro. Anna tenía sus esperanzas puestas en ella.

—Estoy segura de que está bien. ¿Verdad, mamá?

Su madre miraba a su padre.

—Seguro que la princesa está a salvo. Es probable que esté ocupada preparando al reino para esta tormenta de nieve tan repentina.

Anna miró por la ventana de nuevo esforzándose por divisar su querida Arendelle, pero la ladera estaba cubierta por una capa de hielo y la nieve bloqueaba totalmente las vistas. Parecía como si Arendelle hubiera desaparecido.

—Entonces ¿por qué no han enviado noticias a todos los pueblos del reino? —inquirió Goran—. ¿No deberían habernos dicho lo que está sucediendo desde el castillo? No podemos continuar así. Nos estamos quedando sin leña para el fuego. Los cultivos que habíamos plantado ya estarán perdidos y no tendremos nada para almacenar para el verdadero invierno, que aún tendrá que llegar. No estamos preparados para estas condiciones.

—En unas semanas nos habremos quedado sin comida —añadió el señor Larsen—. Parece que el fiordo se ha congelado, de forma que los barcos no pueden zarpar ni atracar para ir a pedir ayuda. Los caballos no durarán mucho tiempo a la intemperie con este tiempo. Estamos acabados.

La situación era más nefasta de lo que se había imaginado Anna.

—Papá, alguien tiene que ir a Arendelle y descubrir qué está pasando.

Su padre le puso una mano en el hombro e intentó sonreír, pero solo le salió una mueca débil.

—¿Por qué no vas a la pastelería y te aseguras de que el fuego siga encendido mientras mamá prepara más vino caliente para todos?

—Papá... —Anna intentó interrumpirlo, pero él la cortó.

—Hazme caso —dijo él con suavidad—. No te preocupes.

—Escucha a papá —pidió su madre.

Anna anduvo lentamente hacia la cocina. Miró hacia atrás y vio a los hombres y a su madre hablando en voz baja alrededor del fuego, que crujía y restallaba mientras la brisa atravesaba las grietas de las paredes. «Hechizos.» ¿Era posible? Sus padres parecían saber algo que no le estaban contando, pero Anna estaba con el señor Larsen: había algo sobrenatural en aquel tiempo y en la forma en la que el hielo había

avanzado por la montaña. Anna nunca había sido testigo de nada parecido. Quizá las maldiciones existían. Pero ¿por qué iba a amenazar alguien o algo con destruir su reino? ¿Cuánto tiempo más serían capaces de sobrevivir en aquellas condiciones?

No mucho.

Una cosa era cierta: alguien tenía que ir a Arendelle a buscar respuestas rápido.

Su padre no estaba preparado para viajar al castillo y pedir ayuda. Goran y el señor Larsen también eran mayores. ¿Serían siquiera capaces de llegar al pie de la montaña? Necesitaban a alguien experto en viajar con aquel tiempo. Alguien especializado en manejar el hielo.

«Kristoff.»

Anna volvió de nuevo la mirada hacia ellos. Nadie se daba cuenta de que estaba de pie al lado de la entrada de la pastelería. Ninguno de los presentes la vio subir sigilosamente a la planta superior a buscar en su armario su gorro, su capa y unos guantes más abrigados. No encontrarían la nota que había dejado explicando por qué se había marchado hasta que no subieran a su habitación a buscarla. Y estaban demasiado absortos en su conversación para descubrirla deslizándose a través de la puerta de la pastelería para coger provisiones de agua, pan y las verduras que pudiera encontrar. Sin mediar palabra, abrió la puerta de golpe decidida a ayudar a su gente. El viento estuvo a punto de tirarla de espalda. Anna se quedó impactada con lo fría que sentía su cara expuesta, pero siguió avanzando, agarrándose a las barandillas y carretillas volcadas, y abriéndose paso lentamente hasta el granero.

Cuando lo alcanzó, encontró a Kristoff tocando el laúd para *Sven* y otros animales que estaban apiñados alrededor de una pequeña fogata. Cuando la vio aparecer, dejó caer el instrumento sorprendido.

—¿Qué estás haciendo fuera con este tiempo? —le preguntó.

A Anna le castañeaban los dientes y se frotaba los brazos intentando entrar en calor.

—Quiero que me lleves a Arendelle.

Kristoff soltó un suspiro y recogió su laúd del suelo.

—Yo no llevo a la gente a sitios.

—Te lo pediré de otra forma. —Y con estas palabras, le lanzó la bolsa con las provisiones.

—¡Oye! —Hizo un gesto de dolor y se frotó el hombro.

—¡Perdón! —Se acercó a él manteniéndose firme—. Llévame al valle. Por favor.

Sven le dio un empujoncito a la bolsa y Kristoff la abrió. En su interior había algunas zanahorias, una cuerda y un pico. La miró curioso.

—Mira, tenemos que averiguar cómo detener este invierno. Tú mismo lo has visto; el hielo se originó en Arendelle. Tenemos que saber qué ocurrió en la coronación que causara esto. Parece... obra de magia. —Kristoff no se rio de su razonamiento, así que Anna continuó hablando—. Tenemos que descubrir qué está pasando y encontrar la manera de proteger el reino.

Kristoff se bajó el gorro hasta los ojos.

—Salimos al amanecer.

Anna cogió una manta para caballos de una cuadra y se la tiró. La manta le dio en la cara a Kristoff.

—¡Perdón! ¡Perdón! Lo siento. No ha sido... —Se aclaró la garganta. No había tiempo que perder—. Nos vamos. Ahora mismo.

Anna iba a ir a Arendelle. No era como había planeado hacer ese viaje, pero al fin y al cabo iba a ir a Arendelle. Volvió a pensar en el castillo helado y en la princesa. Su instinto le decía que había alguien allí abajo que la necesitaba. Podía sentirlo en lo más profundo de su ser.

CAPÍTULO DIECIOCHO
Elsa

A Elsa los pensamientos le venían en torbellinos a la mente, igual que la nieve que caía a su alrededor y dejaba un manto grueso. Había cruzado el fiordo corriendo, el agua congelándose bajo sus pies a cada paso como si fuera un cristal grueso. Se adentró en lo más profundo del bosque y no se detuvo hasta que la luna se hubo elevado en el cielo. A sus piernas les pedía que la llevaran más y más rápido, lejos del castillo, del pueblo y de la única vida que había conocido.

Anna estaba viva.

Nada era más importante que encontrarla.

Un viento frío azotó su capa morada levantándola hacia su cara y bloqueándole la vista. La retiró a un lado como intentando despejar también su mente. No sabía dónde estaba, pero no importaba. Tenía que seguir avanzando para que no pudieran seguirla. Una nueva ráfaga de viento la empujó hacia un lado. El aullido del viento sonaba como si fueran voces.

«¡Monstruo! ¡Monstruo!»

Las palabras del duque resonaban en su cabeza. Era el día de su coronación, pero en lugar de haberse coronado como reina, había desvelado sus poderes y huido de Arendelle. El reino estaba oculto bajo una helada intensa que, de alguna manera, ella había causado. Pero ¿cómo? Con su magia podía crear hielo. ¿Era también capaz de cambiar el tiempo? Aquella idea era alucinante y, a su vez, preocupante. Era mitad del

verano. La gente no estaba preparada para la nieve. ¿Cómo se las arreglarían? ¿Estarían asustados?

Elsa pensó otra vez en aquella madre protegiendo a su bebé de ella con su propio cuerpo. «Monstruo.» ¿Era aquello lo que su pueblo pensaría de ella ahora que conocía la verdad? Recordó la expresión de lord Peterssen cuando el hielo creció alrededor de él como si fueran espadas. Hans también se quedó estupefacto cuando un resplandor azul apareció por encima de las manos de Elsa y la nieve entró como una ráfaga en la estancia. No podía ni imaginarse lo que el duque de Weselton estaría diciendo de ella a cualquiera que quisiera escuchar. Todos habían pensado que la conocían. La realidad era que ninguno lo había hecho.

¿La conocería Anna?

En ese momento se percató de algo: ¿Sabría Anna que era princesa de Arendelle? ¿O se lo habrían ocultado como lo habían hecho con Elsa? ¿Por qué la existencia de Anna era un secreto en primer lugar? Estaba claro que sus padres habían querido que Elsa descubriera la existencia de Anna. Si no, no habrían escondido aquel lienzo y aquella carta en su arca. ¿Por qué las habían mantenido separadas?

«¿Cómo me he podido marchar sin la carta?» Elsa se maldijo una vez más. «¡Y sin Olaf!» ¿Qué pasaría si alguien encontraba a Olaf en su habitación? El corazón empezó a latirle de una manera muy salvaje cuando cayó en la cuenta. Un resplandor azul apareció sobre sus dedos. Sacudió las manos e intentó concentrarse. «¡No!» No podía permitir que sus poderes la controlaran.

La única forma de salvar a Olaf y de recuperar la carta era volviendo al castillo. Elsa se dio la vuelta en dirección a casa; o eso fue lo que pensó. Arendelle estaba oculta tras la nieve cegadora. No podría encontrar el camino de vuelta ni aunque lo intentara.

Y aunque lo encontrara... «Monstruo.» Eso era lo que el duque la había llamado. ¿Qué pasaría si lord Peterssen y los demás consejeros estaban de

acuerdo con él? La encerrarían en las mazmorras. Perdería su corona. No encontraría a Anna jamás.

«Solo respira», se recordó a sí misma, y el resplandor azul sobre sus manos desapareció.

Olaf era un experto en esconderse. En los últimos años, habían ideado unos cuantos lugares en su habitación en los que desaparecer si alguien entraba en busca de Elsa. Ahora, cuando oía voces al otro lado de la puerta, pasaba a la acción. Además, nadie había entrado en su habitación desde que sus padres fallecieron. Lo más probable era que nadie entrara ahora. Con suerte, Olaf habría oído la conmoción, habría cogido la carta y se habría escondido. Cuando las cosas se calmaran, Elsa encontraría la manera de volver a por él. Olaf sabía que no lo abandonaría. Ahora solo quedaba el problema de la carta perdida.

«Piensa, Elsa —se dijo a sí misma intentando recordar—. ¿Qué recuerdas haber leído?» Había estado tan nerviosa que solo había leído la carta por encima la primera vez buscando lo más importante: la prueba de que Anna existía. Pero se fijó en algunas otras frases. Había algo escrito sobre unos trols. Tenía sentido; en su visión, había visto un grupo grande de trols y a su líder, llamado Gran Pabbie. Su familia había viajado muy lejos a caballo para encontrarlo, cruzando un río y atravesando montañas hasta un valle. La cadena montañosa que tenía ante ella estaba lejana y tenía un aspecto aterrador. ¡Quizá fuera allí donde se encontraba Gran Pabbie! En la distancia, la cara rocosa de la Montaña del Norte se alzaba imponente, inmensa e impresionante. Incluso durante el verano, la cima siempre estaba cubierta de nieve. Muy pocos habían hecho el intento de escalarla, lo que significaba que nadie la seguiría hasta allí arriba. La montaña era un reino de aislamiento y soledad, y parecía que ella era su reina. Continuaría en aquella dirección hasta que encontrara a los trols o las piernas le fallaran. Ni siquiera estaba cansada. Y, de todas formas, el frío nunca la había molestado.

Durante dos días, Elsa caminó arduamente a través de la nieve hasta alcanzar el pie de la Montaña del Norte. Aquella era una hazaña que no había estado segura de poder lograr, pero, cuando finalmente llegó, se encontró con un problema aún mayor. Puede que no tuviera frío, pero de lo que no cabía duda era de que no disponía del equipamiento para escalar aquella pared rocosa. ¿O sí?

Nadie podía verla a aquella altitud. No tenía que ocultar sus poderes en medio de la naturaleza. Tras haber estado encerrada en su habitación, escondiendo su secreto de todo el mundo, ahora era libre de utilizar su magia como nunca lo había hecho. Todo lo que había practicado la había conducido hacia ese momento: ¿qué podía crear que la ayudara a mover montañas?

Elsa se miró las manos. Solo llevaba puesto un guante. Los guantes le habían servido de «protección» demasiado tiempo. Era el momento de soltarlo. Se quitó el guante y lo dejó volar al viento. Finalmente, era libre.

Alzando la mano hacia el cielo, se concentró para crear un copo de nieve gigante que se cristalizó en medio del aire y se alejó flotando. Después, levantó la otra mano e hizo otro copo de nieve que también voló hacia la lejanía. Con el pulso acelerado, Elsa siguió creando, dibujándosele una sonrisa en la cara cuando se dio cuenta de que las posibilidades eran infinitas. Allí arriba podía usar su don plenamente y descubrir todo lo que era capaz de crear.

Un resplandor azul le rodeó las manos, que movía en círculos a la vez que iba imaginando cristales que se congelaban inmediatamente y explotaban convirtiéndose en nieve. «Piensa a lo grande», decidió mientras lanzaba una corriente de hielo ladera arriba. «¿Qué más puedo hacer? —se preguntó—. Lo que quiera. ¡Cualquier cosa que pueda imaginar!» Nunca se había sentido tan viva.

Elsa continuó lanzando nieve al aire conforme se iba acercando con paso rápido al pie de la Montaña del Norte, y se detuvo de golpe al encontrarse frente a un barranco con una caída de treinta metros. Una vez más, la capa voló al viento y le dio en la cara. Aquella prenda no tenía ningún sentido en la cima de una montaña. Elsa desabrochó el broche que la mantenía cerrada y dejó que la capa volara alejándose de la montaña y desapareciendo en la oscuridad. El cañón ante ella era un problema diferente. De un lado al otro debía de haber al menos nueve metros. Era imposible saltar, pero con unos poderes como los suyos, ¿por qué tendría que preocuparse en saltar?

Había temido durante demasiado tiempo que alguien descubriera que tenía poderes, pero, en el recuerdo que había recuperado, su familia los veía como un don. Ahora sabía por qué: ¡mira lo que podía crear con sus manos! Si de pequeña creaba paisajes invernales en el castillo para Anna, ¿por qué no habría de construir un palacio de hielo en la cima de una montaña? «Libérate de tus miedos», se recordó a sí misma. En su mente, se imaginó unas escaleras de hielo que conectaran ambos lados del cañón. ¿Sería posible? ¿Y si creaba una escalera que la llevara hasta arriba de la montaña?

Cualquier cosa era posible si creía en sus poderes como lo había hecho Anna.

Elsa tomó aire profundamente y dio unos pasos hacia atrás antes de atravesar corriendo la cima nevada. «Escaleras», pensó a la vez que extendía las manos frente a ella formando unos escalones de hielo que se elevaron en el aire. Se detuvo una fracción de segundo antes de poner el pie en el primero. Los escalones eran tan robustos que comenzó a subirlos corriendo, extendiendo las manos una y otra vez creando los escalones que la llevarían hasta la cima de la Montaña del Norte. Su mente y sus dedos, de alguna manera, funcionaban en perfecta armonía y construían exactamente lo que necesitaba en el momento adecuado.

Cuando finalmente alcanzó la cumbre, no encontró trols, pero las vistas eran impresionantes. Pocos montañistas habían escalado hasta aquellas alturas, y allí estaba ella, en lo más alto de todo del reino. Arendelle quedaba muy lejos en la distancia, un punto en el infinito. Aunque no hubiese encontrado a los trols aún, sentía que la Montaña del Norte era un buen lugar en el que reponerse y pensar en cómo encontrar a Anna. Construiría un palacio tan impresionante como el paisaje que lo acogería. Uno que reflejara su nuevo yo. Su madre había llamado sus poderes un don, ¿no? Pues bien, lo eran. Y, estando en la cima de una montaña, ya no había razón para contenerlos y ocultarlos del mundo.

Elsa pisó con energía la nieve y creó un copo gigante que se desplegó debajo de ella. El copo de nieve se multiplicó una y otra vez, formando la base de su nuevo hogar. A continuación, se imaginó la fortaleza alzándose en el aire, y eso fue lo que ocurrió; un milagro helado creciendo y expandiéndose. Esta vez, el hielo no adoptó la forma de unas espadas afiladas y puntiagudas. Esta vez, Elsa creó columnas ornamentadas y unos arcos más delicados incluso que aquellos que había en el castillo de Arendelle. Elsa incluyó cada uno de los detalles que pudo imaginarse para su hogar hasta que creó los picos que conformarían su techo. Como toque final, concibió un copo de nieve inmenso que se convirtió en la lámpara de araña más compleja que pudo imaginar.

De pie, en el interior de su creación, Elsa sabía que aún le faltaba algo. Le había dado un nuevo aspecto a su vida, pero no había hecho nada por cambiar el suyo propio. Comenzó por el incómodo recogido del pelo, soltándose unos mechones que le enmarcaron la cara. Seguidamente, deshizo el moño apretado y el cabello trenzado le cayó sobre la espalda. Elsa no se detuvo aquí. Aquel vestido la había tenido atrapada durante demasiado tiempo. Era el momento de quitárselo también. Ondeando las manos, se imaginó un vestido nuevo que casara con su personalidad y estilo. Uno ligero y liberador. El hielo comenzó a cristalizarse en el bajo

de su vestido verdiazulado, lo que hizo que en su lugar apareciera uno de color azul pálido que centelleaba. No quedó nada del cuello alto que picaba, ni de las molestas mangas largas que no le permitían moverse con libertad. El nuevo vestido no tenía tirantes, el escote era amplio y los brazos quedaban envueltos en unas mangas holgadas de seda. Llevaba una ligera capa transparente con un estampado de copos de nieve tan único como ella misma.

Cuando terminó de construir su fortaleza y de crear su nuevo estilo, el sol estaba comenzando a alzarse por encima de las montañas. Elsa salió a uno de los balcones y gozó de la majestuosidad de su nuevo reino.

«A Anna le encantaría este lugar», pensó Elsa satisfecha.

Solo tenía que encontrarla.

Con la mirada puesta en el hielo y la nieve, Elsa intentó imaginar dónde podrían estar Gran Pabbie y el resto de los trols. Si no se escondían en lo alto de la Montaña del Norte, ¿dónde se encontraban? Dando toquecitos con los dedos sobre la barandilla de hielo del balcón, volvió a pensar en su visión. La noche que sus padres las habían llevado muy adentro en las montañas para encontrar a los trols, su padre se había guiado por un mapa.

«Piensa, Elsa. ¿Qué estaba buscando? ¿Adónde fuimos? Era una especie de valle.»

¡El Valle de la Roca Viviente! Había visto ese nombre en la carta. Ahí era donde debía de estar escondido Gran Pabbie. Basándose en lo que había tardado en alcanzar la Montaña del Norte, Elsa supuso que el Valle de la Roca Viviente estaría al menos a un día caminando desde allí y, para encontrarlo, tendría que descender de nuevo la montaña. Bostezó sin querer. Habían pasado días desde la última vez que había descansado. Necesitaba dormir, pero cuando se levantara comenzaría un nuevo viaje; uno que la conduciría hasta su hermana.

CAPÍTULO DIECINUEVE
Anna

—Es muy bonito —exclamó Anna mientras se subía al asiento al lado de Kristoff y admiraba su trineo.

Aquel era de una calidad mucho mejor que el de su padre. La mitad superior del trineo de Kristoff estaba fabricada en madera oscura reluciente, mientras que la parte inferior estaba pintada a mano en negro y rojo con triángulos en beis que delineaban el borde. El diseño le recordaba a unos dientes. Estaba claro que no se podía jugar con aquel trineo. Anna tiró su zurrón a la parte trasera, y aterrizó al lado del laúd rojizo de Kristoff, su zurrón y algunos materiales de montañismo.

—¡Cuidado! —ladró Kristoff—. Casi rompes mi laúd.

—¡Lo siento! —dijo Anna algo avergonzada—. No sabía que te fueras a traer el laúd a este viaje. No estoy segura de que vayas a tener tiempo de tocarlo en los próximos días.

Kristoff le lanzó una mirada reprobadora.

—Está en mi trineo porque es donde tengo todos los objetos personales de *Sven* y míos. Acabamos de terminar de pagar el trineo, así que, por favor, no rompas nada.

—Entendido, lo siento. —Anna cruzó las manos sobre su regazo dando gracias por haber encontrado sus manoplas antes de salir corriendo de casa. Solo estaba intentando conversar. ¿Cómo iba a saber que Kristoff no vivía en una casa como ella? Y allí estaba ella, escapándose de su casa sin permiso para intentar salvar Arendelle. Sus padres lo comprenderían; o eso esperaba.

Aunque, posiblemente, no saltarían de alegría cuando se enteraran de que se había marchado de Harmon con el repartidor de hielo, que era prácticamente un completo desconocido.

¿Qué estaría pensando?

¿Cómo una chica que jamás había salido de su pueblo iba a salvar un reino entero de una tormenta de nieve de verano tan inusual?

Confiando en su corazón, decidió. No sabía si era intuición o una corazonada, pero lo que sí sabía era que ahí fuera había alguien buscándola. Era eso o que la nieve ya estaba empezando a dejarla un poco pirada.

El trineo golpeó un obstáculo y ella se dio contra Kristoff. Se miraron fijamente unos segundos y sus mejillas empezaron a sonrojarse antes de que ambos desviaran la mirada. Anna se deslizó hacia el otro extremo para que no volviera a ocurrir.

—Agárrate —dijo él sin apartar la mirada del frente mientras azotaba las riendas—. Nos encanta correr.

Correr era exactamente lo que Anna necesitaba. Tenía que llegar a Arendelle, averiguar de dónde provenía ese tiempo y volver a Harmon antes de que sus padres empezaran a preocuparse. ¿A quién estaba intentando engañar? Seguramente, ya estarían preocupados.

«Relájate, Anna —se dijo a sí misma—. Concéntrate en tu plan e intenta disfrutar del paseo.» ¡Al fin estaba saliendo del pueblo! Anna subió los pies a la pared delantera del trineo de Kristoff.

—Me gusta correr.

—¡Oye, oye, oye! —Kristoff les dio un codazo a sus botas—. Baja los pies, que esto está recién pintado. ¿Es que te criaste en un establo? —Escupió en la madera y frotó el área donde habían estado apoyados los pies. La saliva voló hasta el ojo de Anna.

Anna se limpió la cara con el dorso de la manopla.

—No, me crie en una pastelería. ¿Y tú?

—Yo crecí no muy lejos de aquí. —Kristoff mantenía los ojos puestos en el camino—. Estate alerta. Tenemos que estar pendientes por si hay lobos.

Anna suspiró. No estaba dispuesto a desvelar nada sobre él, ¿verdad?

La realidad era que estaba viajando a Arendelle con un completo desconocido.

Bueno, no podría seguir siendo un desconocido por mucho tiempo. No, cuando tenían un viaje de dos días por delante para descender la montaña hasta Arendelle.

Cuando se hubieron cansado, acamparon en el granero de alguien. Kristoff ni siquiera preguntó si podían utilizarlo —«¿Quién va a salir con este tiempo a comprobarlo?»—. Se levantaron antes del amanecer para continuar su viaje. Anna observaba cómo Arendelle estaba cada vez más cerca. Cuando aquella tarde el castillo estuvo a la vista, estaba demasiado emocionada como para continuar hablando. Arendelle era exactamente como había imaginado en su mente. Incluso cubierto de nieve y hielo, el castillo se veía majestuoso arropado por las montañas. Y el pueblo que lo rodeaba era diez veces el tamaño de Harmon.

—¡Hala! Mira el fiordo —dijo Kristoff señalando al puerto.

Docenas de barcos estaban escorados en el agua congelada. Cubiertos de nieve y hielo, parecía un cementerio de navíos. El pueblo daba también escalofríos. A pesar de ser mitad de la tarde, no había nadie en la calle con ese tiempo. Por todos lados, los faroles y las banderas de color verde y dorado con la silueta de la princesa Elsa estaban totalmente congeladas.

—Deberíamos buscar el patio del castillo —sugirió Kristoff—. A lo mejor hay alguien allí que sepa lo que está pasando.

—Gira a la derecha en la carnicería que está al lado de los establos —dijo Anna sin pensar.

Kristoff la miró sorprendido.

—Pensaba que no habías estado nunca aquí.

La carnicería estaba justo en dirección recta. Los establos estaban al lado, pero ella estaba segura de que el patio se encontraba girando la esquina. Anna sintió que le subía un hormigueo por la espalda.

—Así es.

¿Cómo podía saber hacia dónde dirigirse?

Kristoff siguió las indicaciones de Anna hasta el patio del castillo. Había mucha gente reunida alrededor de una gran hoguera que ardía cerca de las puertas del castillo. Kristoff desmontó y le dio a *Sven* unas zanahorias.

—Veamos qué está pasando —sugirió Anna y le dio unas palmaditas a *Sven* en el lomo—. Buen trabajo, compañero. ¿Por qué no descansas un rato? —*Sven* parecía contento de obedecer.

Conforme se fueron acercando, Anna pudo ver a hombres en uniforme verde que ofrecían mantas y capas a los aldeanos que esperaban haciendo cola. Había también alguien indicándoles dónde podían recibir una taza de vino caliente especiado. Anna miró hacia arriba y se quedó sin aliento. El agua de la fuente se había congelado en medio del aire, formando una curva que era preciosa a la vez que asustaba. No había visto nunca congelarse el agua de aquella manera. En el centro de la fuente se erigía una estatua de bronce del rey, la reina y la princesa de niña. Anna se inclinó sobre la barandilla de la fuente para intentar verla más de cerca. En ese momento, alguien gritó.

—¡La futura reina ha echado una maldición sobre esta tierra!

Un señor bajito y escueto con gafas, bigote canoso y uniforme de militar estaba de pie en los escalones del castillo hablando para aquellos que quisieran escuchar.

«¿Futura reina? ¿Maldición?» Ahí estaba esa palabra otra vez. Anna se acercó a un grupo de personas que estaba de pie frente a él.

—¿Por qué habría de querer hacer daño a Arendelle? —preguntó alguien recibiendo un murmullo a su favor.

—No quería —interrumpió otro señor. Tenía el pelo castaño, era ancho por la zona de la barriga y su expresión era amable, no como la del señor bajito—. Querido pueblo, vuestra futura reina no os haría daño jamás. Estamos haciendo todo lo posible por encontrar a la princesa y detener este invierno. Como he dicho estos últimos días, el castillo está abierto a cualquiera que lo necesite. Tenemos suficiente comida y mantas para todos.

—No seas inocente —le ladró el señor bajito—. La comida se acabará pronto. No podemos sobrevivir en estas condiciones tan extrañas para siempre.

—No escuchéis al duque de Weselton —contraargumentó lord Peterssen—. Tenemos que mantener la calma.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó una mujer con un bebé acurrucado dentro de su capa—. ¡Con este tiempo he perdido todas las verduras de mi huerto!

—No estábamos preparados para un invierno en medio del verano —exclamó un hombre—. Ni siquiera hemos empezado a cazar para la temporada de frío. No habrá alimentos suficientes este invierno si el tiempo no cambia pronto.

El duque sonrió.

—¡No temáis! El príncipe Hans de las Islas del Sur nos salvará a todos.

La multitud aplaudió con poco entusiasmo, pero lord Peterssen murmuró algo y se marchó. Anna se alegró al enterarse de que supuestamente el tal príncipe Hans iba a salvarlos, pero ¿cómo? ¿Y de qué? ¿Podría cambiar el tiempo?

—Disculpadme, pero ¿quién es el príncipe Hans? —preguntó en voz alta.

—¿Qué estás haciendo? —masculló Kristoff en voz baja, pero con ímpetu.

—Obteniendo respuestas. —Anna le agarró la mano y lo arrastró con ella serpenteando entre la gente hasta que estuvieron justo delante de los escalones del castillo.

—¿No has escuchado nada? —preguntó el duque groseramente—. El príncipe lleva quedándose en Arendelle ya un tiempo y es un experto en los asuntos del reino. Ha tenido la gentileza de ofrecerse a arreglar esta situación. Tenemos que detenerla antes de que sea demasiado tarde.

—¿Detener a quién? —preguntó Anna.

El duque tiró hacia atrás los hombros.

—¿No viste con tus propios ojos lo que hizo? ¿Delante de una masa de gente tan grande concentrada para su coronación? ¡Casi me mata!

—No, lo siento, yo no vi nada —dijo Anna—. Acabamos de llegar de la montaña. Mi pueblo está allí arriba, muy lejos. —Señaló hacia un punto minúsculo que estaba casi completamente oculto—. Estábamos preparándolo todo para celebrar la coronación cuando irrumpió este inusual tiempo. También nosotros estamos preocupados por lo que está pasando. Es por eso por lo que estamos aquí, para encontrar respuestas. De forma que lo siento, pero ¿de quién estáis hablando?

—¡La princesa! —El duque saltaba de arriba abajo como un bebé—. ¡Es un monstruo!

—¿La princesa? —repitió Anna. El corazón le golpeaba de forma salvaje el pecho a la vez que un zumbido le apareció en los oídos. «Tengo que encontrarla», pensó de repente, pero no estaba segura de por qué pensaba que podría hacerlo—. ¿Por qué habría de haceros daño la princesa Elsa?

—No lo hizo —interrumpió lord Peterssen—. La princesa nunca haría daño a nadie. Estaba aterrorizada y huyó, pero regresará. Ella nunca abandonaría a su gente. —Miró al duque furioso—. Y preferiría que no llamarais monstruo a la futura reina.

—¡Congeló el fiordo! —exclamó un hombre—. No podemos entrar ni salir del puerto con nuestros barcos.

—¡Estamos atrapados a causa de ella! —gritó otra persona.

—¿Cómo voy a alimentar a mi familia si no puedo ir a buscar comida? —dijo una mujer sollozando mientras un bebé lloraba en la distancia—. Su magia ha congelado todo el reino. Si la situación no es mejor allá de donde vienen estas personas, estamos perdidos.

—Esperen —interrumpió Kristoff—. ¿Están diciendo que ha sido la futura reina la que ha causado esta tormenta de nieve? ¿Cómo?

—¡Brujería! ¡Magia negra! —acusó el duque—. Después de que sus poderes quedaran expuestos, huyó a través del fiordo, conjurando este invierno eterno. ¡Tenemos que detenerla! El príncipe Hans fue detrás de la princesa con la esperanza de hacerla entrar en razón.

—¿La princesa tiene poderes? —Anna estaba perpleja—. ¿Ha sido ella la que ha creado toda esta nieve y hielo? Pero si eso... ¡eso es increíble!

El duque la miró acortando la vista.

—¿Quién eres tú, niña?

Kristoff se enderezó inclinando su cuerpo ligeramente hacia el frente delante de ella, pero Anna lo apartó a un lado.

—Alguien que quiere detener este invierno tanto como vos —dijo Anna con firmeza—. Y no sé cómo amenazar a la princesa va a ayudar a nadie.

El duque estaba serio.

—Te sugiero que encuentres un lugar donde mantenerte caliente hasta que el príncipe Hans regrese. En estas condiciones, no lograrás volver a subir a la montaña. El frío es cada vez mayor. Este invierno no terminará hasta que no hayamos encontrado a la princesa y hagamos que acabe con esta locura. —Se dio la vuelta hacia el castillo y la muchedumbre comenzó a dispersarse.

—¡Esperad! —gritó Anna. El duque la ignoró. Había algo en ese hombre que no le gustaba—. ¿Esperáis que el tal príncipe Hans la

encuentre solo? —Anna corrió detrás de ellos. Nadie la estaba escuchando —. ¡Esperad! —Se volvió hacia Kristoff. Él y lord Peterssen eran los únicos que estaban aún allí de pie—. Si la princesa ha provocado este invierno, ha tenido que ser por equivocación. ¡Tiene que sentirse muy indefensa!

Lord Peterssen se frotó las manos cerca de la hoguera para mantenerse caliente.

—Y asustada. Me imagino que habrá estado ocultándonos estos poderes por miedo a cómo reaccionaríamos; y la gente está tan atemorizada como se temía. Quizá, si regresara y se explicara... —Miró hacia el cielo, los copos de nieve cayéndole sobre el rostro—. Solo espero que la encontremos antes de que sea demasiado tarde.

Anna se quedó mirando fijamente de nuevo la estatua de bronce de la familia real que estaba cubierta de hielo.

—Su magia y lo que es capaz de hacer es tan bonito...

—Si se está preparado para este tipo de tiempo... —dijo Kristoff, que estaba de pie junto al fuego—. Nadie quiere ver la nieve en medio del verano.

—No, así es. —Lord Peterssen se frotó las manos para mantenerlas calientes—. Solo espero que el príncipe Hans la encuentre y la convenza de que regrese a nosotros para que podamos solucionar este problema.

—¿Tenéis alguna idea de adónde ha ido? —preguntó Anna.

—Yo no la vi huir —admitió lord Peterssen—, pero muchos la vieron atravesar corriendo el fiordo e ir en dirección a la Montaña del Norte. No es mucha información, lo sé. —Se frotó los brazos—. Si me disculpan, vuelvo al interior. Por favor, tomen algo de vino caliente especiado antes de su viaje de vuelta a casa. Esperemos que el tiempo cambie antes de que regresen.

—¿Regresar? Pero... —No podía volver aún. Ahora que sabía que la tormenta la había causado la magia, no podía olvidarse de todo y

marcharse. Tenía que ayudar a devolver el verano y encontrar a la princesa.

Anna entendía por qué la princesa se habría asustado, pero ¿por qué dirigirse hacia la Montaña del Norte? ¿Había algo allí arriba? Sintió un hormigueo recorriéndole la piel. «Algo me dice que tengo que ayudarla.» Conforme más se iba acercando al castillo, más fuerte era esa sensación. Ahora, su instinto le decía que entrara en el castillo, pero eso no tenía ningún sentido. Si la gente estaba en lo cierto, Elsa ya estaría a medio camino de la Montaña del Norte. Aun así, al mirar hacia las ventanas iluminadas y los arcos del castillo, Anna sintió una fuerza magnética que la atraía. Sabía que había algo esperándola en el interior.

—¿Quieres un poco de vino caliente? —le ofreció Kristoff sacándola de sus pensamientos—. Nunca me ha gustado mucho, pero si vamos a comenzar el viaje de vuelta a Harmon para contarle a todo el mundo lo que está sucediendo, quizá deberíamos comer y beber algo antes. Y conseguir más zanahorias para *Sven*. —Vio a Anna pasar por delante de él—. ¡Oye! ¿Adónde vas?

Anna subió los escalones del castillo hasta la entrada. No había guardias a la vista y la multitud se había dispersado. Si tenía que llegar el momento perfecto para entrar, era aquel.

—¡Oye, oye, oye! —Kristoff se apresuró a cortarle el paso—. No puedes entrar así en el castillo real sin que te inviten.

—¡Me han invitado! Más o menos. ¿No ha dicho lord Peterssen que el castillo estaba abierto para todo aquel que lo necesitara? —Anna esquivó a Kristoff, pasó por debajo de su brazo y continuó subiendo la escalera. Seguía sin haber nadie vigilando. Podría entrar sin ser vista y, después... Bueno, ¿quién sabía? Lo que sí sabía era que tenía que entrar.

—Lord Peterssen se refería a si necesitábamos ayuda. —Kristoff se resbaló con un bloque de hielo que había en los escalones—. El vino caliente está fuera, a la entrada. No se refería a que pudiéramos entrar.

Pero ella tenía que entrar. Era como si aquel lugar estuviera llamándola. Podía sentirlo en lo más profundo de su ser, pero no sabía cómo explicárselo a Kristoff.

—Ni siquiera hay nadie custodiando la entrada. Es como si alguien quisiera que entráramos. Solo será un minuto. Simplemente quiero comprobar una cosa.

—¡Anna! —Kristoff intentó seguirle el paso.

Anna alcanzó el último escalón y abrió la puerta. En el instante en el que entró, sintió que la llenaba una sensación extraña de calma. Anna observó con detenimiento el techo alto abovedado en el vestíbulo que presentaba dos pisos de altura. La estancia tenía una escalera central con dos alas que desembocaban ambas en un rellano en el segundo nivel. Había retratos decorando las pareces en los dos pisos. «¿Por qué me resulta tan familiar esta sala? —se preguntó—. Yo no he estado aquí nunca.» Miró hacia arriba de nuevo al final de la escalera central y, de repente, le vino la visión de una niña de pelo cobrizo, en camisón y descalza, bajando la escalera corriendo y riéndose.

Anna se sobresaltó.

—Soy yo —dijo con voz suave y corriendo hacia la escalera.

—¡No subas! ¿Estás loca? —Kristoff la agarró del brazo, pero se calló en seco cuando vio su expresión—. ¿Qué ocurre?

La imagen se desvaneció. «Esto no tiene ningún sentido.» Las rodillas se le doblaron.

—¡Oye! —Kristoff la sujetó—. ¿Qué pasa?

—Pensaba... Yo... —Anna no estaba segura de cómo explicar lo que acababa de ver sin parecer que estuviera loca. Empezó a dar vueltas intentando ubicarse y divisó el retrato de la familia real. Anna se acercó más, mirando la pintura con curiosidad. «¿Freya?» Anna se quedó momentáneamente sin aliento de la sorpresa. La reina y Freya eran exactamente iguales. «¿Cómo es posible?», pensó alzando la mano para

tocar la pintura. En ese momento, le vino una imagen. Se vio de pequeña sentada en un banco balanceando las piernas mientras alguien pintaba un retrato. «Anna, ¡estate quieta!», decía esa persona. Las piernas le flaquearon de nuevo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Kristoff.

—Es extraño, pero tengo la sensación de haber estado antes aquí. —Anna se agarró a su brazo para no caerse.

—¿Y es así? —le preguntó Kristoff con tono amable.

Anna lo miró. Con un hilo de voz le respondió.

—No.

—Deberíamos marcharnos —dijo él. Su tono era de preocupación.

Anna negó con la cabeza.

—No podemos marcharnos. Hay algo aquí que tengo la sensación de que estoy destinada a encontrar. —Se liberó de él y subió la escalera hasta el siguiente piso. Esta vez, Kristoff no se lo impidió. Sigilosamente, la siguió a lo largo del extenso pasillo pasando por delante de varias habitaciones. Anna podía escuchar el viento aullando al otro lado de las ventanas mientras subía otro tramo. De repente, se detuvo al toparse con una barrera de carámbanos dentados que bloqueaban el paso.

Kristoff tocó la punta afilada de uno de los carámbanos.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Habrá tenido que ser la princesa cuando intentaba escapar —se imaginó Anna. Pero ¿qué podría haberla atemorizado? El hielo que había creado era casi como una escultura en forma de espiral convertida en algo que Anna no conseguía identificar. Nunca había visto nada parecido a aquello—. No sabía que el invierno pudiera ser tan mágico.

—La verdad es que es precioso, ¿a que sí? —dijo alguien detrás de ellos—. Pero con muy pocos colores. ¿Sabéis? ¿Qué tal un poco de color? ¿Es necesario destruir la alegría de los colores tiñéndolo todo de blanco?

Anna y Kristoff se dieron la vuelta y, automáticamente, pegaron un salto atrás. La persona que hablaba era un muñeco de nieve andante y parlante, con unas piernas cortas y rechonchas, un trasero regordete, cabeza ovalada, dientes y una nariz de zanahoria. Una nube con su propia nevada lo acompañaba a todos lados.

—Se me ocurre a lo mejor un carmesí, un verde lima... —El muñeco de nieve seguía parloteando mientras se acercaba a ellos—. ¿Qué tal un amarillo? No, amarillo no. ¿Amarillo y nieve? Mmm... no pegan. ¿No os parece? —Miró a Anna y parpadeó.

Anna soltó un grito y, en un acto reflejo, le dio una patada a su cabeza, que se despegó del cuerpo y aterrizó en los brazos de Kristoff.

—¡Hola! —dijo la cabeza.

—¡Qué mal rollo! —Kristoff le lanzó la cabeza del muñeco de nieve a Anna.

—¡Yo no la quiero! —Anna se la tiró de nuevo a él.

—¡Es tuya! —Kristoff se la mandó a ella otra vez.

—Por favor, no me tiréis —dijo la cabeza mientras el cuerpo corría hacia ella agitando unos brazos hechos de ramitas.

Anna se sintió mal.

—Lo siento. No lo haré. —Estaba hablándole a un muñeco de nieve. ¿Cómo era eso posible?

—Está bien —dijo la cabeza—. Hemos empezado con mal pie. ¿Puedes volver a unirme? —El cuerpo esperaba pacientemente a su lado.

¿Iba en serio el muñeco de nieve? Con cuidado, Anna se inclinó hacia su cuerpo con la cabeza.

—¡Puaj! —exclamó Anna mientras le colocaba de nuevo la cabeza en su sitio. Con el apuro, se la puso al revés.

El muñeco de nieve parecía confundido.

—Esperad, pero ¿qué es lo que veo? ¿Por qué estáis colgando bocabajo como si fuerais murciélagos?

Anna se arrodilló.

—A ver, espera un momento. —Le dio la vuelta a la cabeza hasta colocarla bien.

—¡Oh! ¡Gracias! —dijo el muñeco de nieve—. ¡Ahora ya estoy perfecto!

Anna no estaba segura de que todo fuera perfecto. Estaba nevando en pleno verano, la princesa tenía el poder de crear hielo, estaban hablando con un muñeco de nieve y ella estaba teniendo la sensación de *déjà vu* más extraña del mundo en medio del castillo de Arendelle. Se quedó mirando intensamente al muñeco de nieve. Él también le resultaba familiar, desde la forma de la cabeza hasta los brazos y el pelo hecho con ramitas. «¡Es el muñeco de nieve de mis sueños!», en ese momento cayó en la cuenta. «Mis galletas están inspiradas en él. ¿Cómo es eso posible si acabo de verlo por primera vez?» Anna comenzó a hiperventilar. Kristoff la miró extrañado.

—¡No era mi intención asustarte! Vale, vamos a empezar otra vez —le dijo el muñeco de nieve—. Hola a todos. Soy Olaf y me gustan los abrazos calentitos.

Anna intentó calmarse de nuevo.

—Olaf —repitió Anna. «Este nombre lo conozco, pero ¿de qué?»

—¿Y tú eres...? —Olaf la miró pacientemente.

—Oh... eh, soy Anna.

—¿Anna? Ajá. —Olaf se rascó la barbilla—. Creo que se supone que tenía que recordar algo sobre una tal Anna, pero no estoy seguro de lo que era.

El corazón de Anna empezó a latir más rápido otra vez. Se acercó más a él.

—¿De verdad?

—¿Y tú eres...? —le preguntó Olaf a Kristoff mientras este le quitaba uno de sus brazos en forma de ramita.

—Fascinante —murmuró Kristoff mientras el brazo que tenía en la mano seguía moviéndose a pesar de no estar pegado al cuerpo de Olaf.

—Él es Kristoff —respondió Anna—. Hemos venido juntos. —Observó al muñeco de nieve que seguía moviéndose de arriba abajo. Si Elsa podía hacer hielo, era posible que también fuera capaz de crear un muñeco de nieve parlante y andante—. Olaf... ¿fue Elsa quien te hizo?

—Sí. ¿Por qué? —respondió Olaf.

«¡Vamos progresando!»

—¿Sabes dónde está? —Anna aguantó la respiración.

—Sí. ¿Por qué? —preguntó de nuevo Olaf.

Las manos le empezaron a sudar. Las cosas parecían ir cuadrando. Parecía que tenían algo con lo que empezar. Olaf sabía dónde encontrar a la princesa.

—¿Podrías mostrarnos el camino?

Kristoff dobló la ramita. En lugar de romperse, volvió a su forma original.

—¿Cómo funciona? —interrumpió. La ramita le dio un tortazo en la cara.

—¡Eh! —Olaf le quitó de un gesto rápido el brazo y se lo insertó de nuevo en su cuerpo—. Estoy intentando centrarme. —Miró a Anna otra vez—. Sí. ¿Por qué?

—Yo te diré por qué. Necesitamos que Elsa nos devuelva el verano —dijo Kristoff.

—¡El verano! —suspiró Olaf—. Ay, no me preguntes por qué, pero siempre me ha encantado la idea del verano, y del sol, y de las cosas calentitas.

—¿En serio? —dijo Kristoff a punto de reírse—. Me da que no sabes mucho sobre el calor.

—¡Claro que sí! —respondió Olaf—. He vivido la primavera, el verano, el otoño y el invierno, pero siempre desde la ventana de Elsa. —Suspiró—.

A veces me gusta cerrar los ojos e imaginarme cómo sería sentir el tiempo fuera del castillo. O incluso fuera de los aposentos de Elsa, que supongo que es lo que estoy haciendo ahora. No podía esperar más. Elsa no volvió después de que Hans y el duque vinieran a por ella, así que quería ir a buscarla. —Miró a Anna—. Ella te estaba buscando.

—¿A mí? —Anna retrocedió y se chocó con Kristoff—. Si ni siquiera me conoce. —El corazón le palpitaba tan rápido que parecía que se le fuera a salir del pecho. En su cabeza, volvieron a aparecer aquellas imágenes. Oyó a la niña pequeña que había visto en la escalera riéndose y vio, de nuevo, la imagen de ella misma en un banco mientras alguien la pintaba. Nada de eso había pasado. Anna no había estado nunca en Arendelle ni dentro del castillo, sin embargo, eso también le resultaba familiar. Y ahora había encontrado a Olaf. Parecía que todo aquello estaba destinado a ocurrir. No estaba segura de por qué Olaf pensaba que la conocía, pero su corazón le decía que podía ser verdad.

—¿Estás segura? —inquirió Olaf.

—¿Olaf? ¿Nos ayudarás a encontrar a Elsa? —Anna le tendió la mano. Olaf la cogió y fue tambaleándose por el pasillo hasta la escalera—. ¡Vamos! Elsa está en esta dirección. ¡Vamos a recuperar el verano!

Kristoff iba sacudiendo la cabeza siguiéndolos.

—¿En serio vamos a hacerle caso a un muñeco de nieve parlante?

Anna volvió la cabeza para mirarlo.

—¡Sí! Aún no podemos regresar a Harmon. No, si podemos ayudar a encontrar a la princesa y detener este invierno.

Kristoff suspiró.

—Bien, pero a *Sven* no le va a gustar nada esto.

Anna echó un último y largo vistazo al castillo. Tenía la sensación de que volvería. Aún no estaba segura de cuál era su propósito en todo aquello, pero algo le decía que encontrar a Elsa le daría todas las respuestas que necesitaba.

Estaba tan ensimismada que no se percató de que el duque estaba oculto, observando a aquel trío tan extraño abandonar el castillo.

CAPÍTULO VEINTE
Elsa

Cuando Elsa se dispuso a iniciar su nuevo viaje, se dio cuenta de que no sabía cómo encontrar el Valle de la Roca Viviente. En su recuerdo, no había reparado en puntos de referencia ni había prestado atención a la ruta que había tomado su familia. Entonces solo era una niña. Y ahora, con el reino cubierto de blanco, resultaba aún más difícil encontrar el camino. Lo que necesitaba realmente era un mapa. Pero ¿estaría señalada en un mapa normal una ubicación mágica como el valle?

Solo había una forma de averiguarlo. Tenía que encontrar a alguien que viviera en las montañas y que pudiera conocer la zona. Elsa utilizó su magia para acelerar la búsqueda creando un trineo hecho de hielo que la ayudara a descender la montaña. El trineo iba ganando velocidad mientras atravesaba el bosque. Cuando divisó una chimenea en la distancia, se dirigió a ella directamente. La edificación estaba parcialmente cubierta por un ventisquero. El hielo había congelado el letrero del porche. Elsa le dio unos golpecitos y el hielo se rompió, lo que le permitió leer lo que estaba escrito en este: «Puesto Comercial de Oaken el Trotamundos y Sauna». Elsa se detuvo un momento antes de llamar a la puerta. ¿Qué pasaría si alguien la reconocía? Si entraba en la tienda con un vestido de fiesta podrían descubrirla. Elsa hizo un gesto ondeante con la mano y creó una capa con capucha azul marino brillante. Se cubrió la cabeza con la capucha con la esperanza de que ocultara su conocida cara. Seguidamente, subió los escalones y entró en la tienda.

Había un señor con un jersey estampado y gorro a juego sentado detrás del mostrador.

—¡Cucú! ¡Rebajas de verano! —exclamó—. Bañadores, zuecos y crema solar preparada por mí a mitad de precio. Si busca equipación para el frío, no nos queda demasiado en nuestro departamento de invierno. —Señaló hacia una esquina apartada de la tienda en la que había un solitario zapato para la nieve.

—Gracias, pero tengo todo lo que necesito para este tiempo. —Elsa se quedó en una sombra observando todo el espacio que se encontraba iluminado con una luz tenue. Las estanterías estaban abarrotadas de provisiones desde picos hasta ropa y comida—. Lo único que necesito es un mapa. —Hizo una pausa—. O indicaciones del Valle de la Roca Viviente.

El hombre abrió sus azules ojos de par en par.

—Oh, sí, tengo un mapa, ¿«ja»? Pero no conozco el lugar que menciona, querida. —Salió tambaleándose de detrás del mostrador, intentando con mucha dificultad salir sin tirar ninguno de los libros apilados en la estantería de detrás con su enorme complexión. Desenrolló un pergamino grande y se lo mostró a Elsa señalando diferentes lugares. Uno de los lugares parecía una zona rocosa al noroeste de donde estaba estacionado el trineo de Elsa—. Espero que encuentre lo que está buscando, a pesar de que este no sea el mejor tiempo para viajar. La única persona lo suficientemente loca para estar fuera con esta tormenta es usted, querida —añadió Oaken—. Menuda ventisca en julio, ¿«ja»? Me pregunto de dónde vendrá.

—De la Montaña del Norte —murmuró Elsa sin pensar. Con un gesto, puso unas monedas en la mano de Oaken—. Gracias por el mapa. —Volvió a salir y se deshizo de la capa.

Oaken tenía razón sobre la parte de la ventisca: el viento aullador había aumentado ese día, y muchas zonas estaban ahora cubiertas de una gruesa

capa de hielo. Elsa se subió al trineo de nuevo y, usando su magia para propulsarlo, cruzó el río y continuó deslizándose mientras se mantenía alerta para localizar el área rocosa que se imaginaba que podía ser el valle. Lentamente, el paisaje comenzó a cambiar. Los árboles cubiertos de nieve dieron paso a grandes peñascos. Había algo allí que le resultaba familiar. Elsa se detuvo, ocultó el trineo tras una línea de árboles y siguió a pie por un camino escarpado hasta que llegó a lo que parecía ser la entrada a un valle. Conforme se iba acercando, se iba dando cuenta de que se encontraba en el lugar correcto. El valle tenía el mismo aspecto que el que había visto en su recuerdo; unos géiseres de los que salía vapor salpicaban los espacios abiertos de aquel paisaje que, aparentemente, no se veía afectado por la profunda helada en la que se encontraba sumido todo el reino. Una niebla baja dificultaba la visión, pero reconoció un círculo en el que descansaban cientos de rocas formando un dibujo extraño. A la vez que se aproximaba, su respiración se fue agitando. Aquellas eran las peñas que, en su visión, se habían agitado y habían rodado cuando su padre había convocado a los trols.

—¿Hola? —Elsa oyó el eco de su voz en las paredes de las montañas—. Necesito vuestra ayuda. —Las rocas no se movieron, así que probó con un nuevo enfoque—. ¿Gran Pabbie? Soy la princesa Elsa de Arendelle. Estoy intentando encontrar a mi hermana.

De repente, las rocas empezaron a agitarse. Elsa dio un paso atrás mientras se acercaban tambaleándose hacia ella y una roca grande se aproximó rodando hasta sus pies, punto en el que se detuvo y se transformó en un trol. Las otras rocas también se convirtieron en trols. Enseguida supo que el que llevaba el colgante de cristal amarillo y un vestido hecho de musgo era a quien estaba buscando.

—¿Gran Pabbie? —preguntó, y él asintió con la cabeza—. Estoy aquí en busca de vuestra ayuda.

—Princesa Elsa —dijo con voz áspera—. Ha pasado mucho tiempo.

Elsa miró al blanco de sus enormes ojos.

—Estoy buscando a mi hermana. El reino no parece saber de su existencia, pero yo la recuerdo. Los recuerdos regresaron a mi memoria la mañana de mi coronación al encontrar un retrato de mis padres y mío con una niña pequeña pelirroja. Inmediatamente supe que se trataba de Anna.

Gran Pabbie asintió.

—Entiendo.

—Mis padres nos trajeron aquí a Anna y a mí en busca de vuestra ayuda cuando éramos pequeñas. —Las lágrimas empezaron a manar antes de que pudiera pararlas—. Ya sé que la alcancé accidentalmente con mi magia, pero no era mi intención herirla —susurró.

—Claro que no, niña. —Gran Pabbie se acercó y Elsa se arrodilló frente a él y puso sus manos entre las suyas. Las manos del trol eran ásperas y estaban frías.

—Yo no quería que olvidara mi magia, pero, de alguna manera, al interferir con vuestro hechizo debí de estropearlo todo —continuó Elsa atragantándose—. Perdí a mi hermana y mis poderes en el proceso.

—Fue un grave error —coincidió el trol.

—No descubrí que tenía poderes hasta hace unos años. Reaparecieron el día que fallecieron mis padres —añadió Elsa. El recuerdo era aún tan intenso que le dolía hablar de ello.

—Sentimos mucho oír la pérdida de tus padres —dijo Gran Pabbie, y los trols que lo rodeaban asintieron.

—Gracias. Mi vida sin ellos ha sido difícil —admitió Elsa—. Descubrir que tengo una hermana me ha devuelto la esperanza. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Ahora no puedo pensar en otra cosa que no sea encontrarla. ¿Me podéis ayudar?

—Elsa, siento tu dolor, pero tienes que escucharme —dijo Gran Pabbie, y el resto de los trols se sumieron en un silencio absoluto—. No puedes intentar encontrarla.

Elsa retiró las manos.

—¿Por qué no?

—El hechizo que os ha mantenido separadas es algo que ni siquiera yo puedo comprender del todo —explicó—. Si recuerdas a Anna, quiere decir que la magia está comenzando a desvanecerse, pero hasta que esta maldición que cayó sobre vosotras no se rompa, no puedes intervenir.

«¿Maldición? ¿Intervenir?» Lo único que quería era ver a su hermana.

—No lo comprendo. —Elsa comenzó a llorar, ahora más en serio—. ¿Qué maldición? ¿De verdad no me vais a ayudar a encontrarla? Anna es la única familia que me queda.

Gran Pabbie dio un suspiro profundo.

—No es que no quiera. Es que no puedo. Solo tienes que esperar un poco más.

—¿Esperar? ¡Llevamos años separadas! —Elsa estaba ahora sollozando—. Anna es todo lo que me queda. ¿Por qué tuvisteis que usar magia para mantenernos separadas?

—Has pasado por mucho, niña, lo sé. ¿Qué es lo último que recuerdas? —le preguntó.

—Lo último que vi en mi visión fue a mí misma intentando evitar que borrarais los recuerdos de Anna. —Elsa lo miró—. Temía que mi magia la hubiese matado, pero entonces encontré una carta de mis padres en la que me contaban que Anna estaba viva. Pero... tuve que marcharme antes de que pudiera averiguar dónde estaba y por qué habíamos sido separadas.

Gran Pabbie volvió a ofrecerle sus manos.

—Quizá yo pueda ayudarte a recordar el resto. —Diciendo esto, tocó su frente y deslizó la mano hacia el cielo. Tras su mano apareció una estela de estrellas blanquiazulada que, con un movimiento circular, se elevó en el cielo, donde apareció una imagen del pasado que tanto Elsa como los trols podían ver. Elsa reconoció la imagen de inmediato: mostraba a sus padres,

a Anna y a ella misma la noche que golpeó a su hermana con su magia accidentalmente.

La imagen reprodujo la visión que había tenido el día de su coronación y, una vez más, se vio a sí misma, pero mucho más joven, intentando impedir que Gran Pabbie modificara los recuerdos de Anna. Gran Pabbie y su madre habían procurado detenerla, pero había sido demasiado tarde. En el momento en el que su mano conectó con la del trol, se produjo una explosión de luz azul. Ese era el punto en el que el recuerdo de Elsa había llegado a su fin, pero la visión de Gran Pabbie siguió su curso.

Elsa vio cómo su yo de pequeña y Gran Pabbie eran lanzados hacia atrás. Los trols buscaban refugio corriendo mientras su padre protegía a su madre y a Anna con su cuerpo. Cuando el polvo se dispersó, Elsa se vio inconsciente en el suelo. Su madre dejó a Anna cuidadosamente en el suelo y corrió hasta ella.

—¿Qué le ha ocurrido a mi hija? —Su padre se acercó corriendo también. Aquella imagen era demasiado dura.

—Mis poderes han conectado con los de Elsa. —A Gran Pabbie le faltaba el aliento—. Creo que esto ha modificado la magia de alguna manera.

—¿Eso qué significa? —preguntó su padre.

Para horror de Elsa, mientras ellos hablaban, Anna comenzó a congelarse lentamente desde las puntas de los zapatos; el hielo le subía por las piernas. En unos segundos, el hielo se adueñaría de su cuerpo entero.

Gran Pabbie se volvió justo a tiempo.

—¡Majestad, coged a Elsa! —le gritó al rey—. ¡Corred hacia una zona más elevada! ¡Aprisa!

El rey cogió a Elsa en sus brazos y subió corriendo los escalones de piedra hasta la entrada del valle. Cuando su madre reparó en el cuerpecito de Anna que lentamente se estaba convirtiendo en hielo, corrió hacia ella, pero no podía hacer nada por detener su avance. Gran Pabbie tampoco

parecía poder hacer nada. Elsa notaba cómo el corazón le latía con una fuerza salvaje mientras observaba la escena. Reinaba un caos absoluto. Algunos trols hasta estaban llorando y asustados. Sin embargo, conforme la distancia entre los cuerpos de Anna y Elsa se iba haciendo mayor, el hielo que cubría a Anna comenzó a derretirse. Su madre la cogió en brazos y la abrazó mientras soltaba unos sollozos de alivio.

—¿Qué le acaba de ocurrir a Anna? —preguntó su madre llorando—. No lo comprendo. Pensaba que había hecho desaparecer el hielo.

Gran Pabbie se arrodilló al lado de Anna y puso sus manos sobre la cabeza de esta. La miró y después miró al lugar donde se encontraba el rey, que tenía en sus brazos a Elsa y estaba en una zona más elevada. Todos observaron a Gran Pabbie subir hasta donde se encontraba el rey y colocar sus manos sobre la cabeza de Elsa también. Cuando volvió a bajar y se situó en el centro del círculo mirando hacia la reina, todo el valle estaba en silencio.

—Gran Pabbie, ¿qué ocurre? —preguntó uno de los trols.

—Me temo que ha caído una maldición sobre ellas —musitó Gran Pabbie.

—¿Una maldición? —repitió su madre—. ¿Cómo?

—Ha sucedido cuando la magia de Elsa y la mía se han cruzado —explicó—. Cada uno intentaba conseguir algo diferente mediante magia; yo quería borrar los recuerdos de magia de la memoria de Anna, mientras que Elsa quería que los mantuviera. Esta combinación ha provocado un resultado totalmente diferente: una maldición. —Gran Pabbie alternaba la mirada entre el rey y la reina—. Parece que Elsa ha olvidado sus poderes.

—Pero los volverá a recordar, ¿verdad? —preguntó su madre.

—En algún momento. Por ahora, sus poderes están bloqueados por el miedo a que le pase algo a su hermana —explicó Gran Pabbie—. No recordará cómo usarlos hasta que este extraño hechizo se haya desvanecido.

—¿Y eso cuándo será? —preguntó su padre.

La expresión en la cara de Gran Pabbie era solemne.

—Cuando necesite a su hermana más de lo que nunca lo haya hecho.

—Pero se necesitan ahora —dijo la reina. La desesperación se oía con claridad en su voz.

—No siempre tenemos lo que queremos; esto es lo que nos enseñan las maldiciones —dijo Gran Pabbie amablemente—. La magia puede ser impredecible, sobre todo cuando interactúa más de un tipo. Parece que la maldición ha afectado a cada una de las hermanas de forma diferente. Anna no puede estar cerca de Elsa sin que el hielo consuma su cuerpo y avance hacia su corazón. Si está demasiado tiempo en el corazón, el hielo crecerá, como suele hacerlo, y acabará matándola. —Su madre comenzó a llorar—. Y Elsa, aunque se encuentra bien físicamente, no podrá sobrevivir a largo plazo si echa de menos el amor de su hermana. Ella es su mayor alegría.

Elsa observaba el recuerdo de Gran Pabbie con agonía. Aquello era su culpa. Si no hubiese intentado detener el hechizo de Gran Pabbie, Anna no habría acabado herida. Esa era la razón por la que las habían separado: la presencia de Elsa cerca de Anna podía matarla. ¿Cómo habrían podido sus padres perdonar a Elsa por lo que había causado?

—¿Podéis revertir el hechizo? —preguntó su padre con voz ronca.

Gran Pabbie miró al cielo y después de nuevo a la tierra antes de hablar.

—No creo que sea posible. —Su madre lloraba aún con más fuerza—. Pero aún hay esperanza. La magia, cuando se oculta en sentimientos como los de Elsa, desaparece con el tiempo. Esta maldición no durará para siempre. Cuando llegue el momento exacto, y las niñas se necesiten más que nunca, su maldición se romperá.

La reina levantó la mirada con los ojos enrojecidos.

—¿Queréis decir que algún día Anna y Elsa podrán estar juntas sin correr peligro?

—Sí. —Gran Pabbie miró arriba hacia la aurora boreal que brillaba por encima de ellos—. Sé que no es la respuesta que buscáis, pero el amor que se procesan vuestras hijas es capaz de superar cualquier hechizo. —Su madre sonrió a través de las lágrimas—. Sin embargo, por ahora tienen que permanecer separadas. Nadie sabe cuánto durará esta magia.

Por toda la zona herbosa, los trols murmuraban entre ellos comentando la situación. Sus padres estaban intentando procesar su nueva realidad, la cual era claramente devastadora.

—¿Cómo podremos explicárselo? —preguntó su madre—. Esto les partirá el corazón.

—Las niñas están siempre juntas —le dijo el rey a Gran Pabbie—. No querrán estar separadas. —Miró a su esposa—. ¿Crees que sería posible mantenerlas en dos alas separadas del castillo?

—No —coincidió ella—. Y tampoco sería seguro. No entenderían las consecuencias de estar juntas. Podría ocurrir un accidente en un abrir y cerrar de ojos. Es imposible volcar este tipo de responsabilidad tan grande sobre ellas a tan temprana edad.

—Eso es verdad —coincidió su padre—. Y si la gente descubriese lo que le podría ocurrir a Anna si se acercase a Elsa, nuestros enemigos podrían intentar utilizar estos conocimientos en su beneficio. No podemos dejar que nuestras hijas se conviertan en peones del juego de otros —concluyó con asiento.

—No. —Las lágrimas caían a raudales por las mejillas de la reina—. ¿Qué podemos hacer?

Gran Pabbie miró a su padre y después a su madre con una mirada triste.

—Me temo que ponerlas en alas separadas del castillo no es suficiente. Y el rey está en lo cierto: el resto del mundo no puede conocer la debilidad de Anna y Elsa. Ambas son herederas al trono de este reino. Es demasiado peligroso.

Elsa pudo ver que lo que Gran Pabbie estaba diciendo cayó como una losa sobre los hombros de sus padres.

—No podrán soportar estar separadas —dijo su madre—. Conozco a mis hijas.

Gran Pabbie se quedó pensativo durante un momento.

—Quizá pueda ayudar. —La miró—. La magia puede hacer posible lo imposible. Podría lanzar un hechizo que escondiera la identidad de las niñas de todos menos de vos, sus padres, hasta que se rompiera la maldición. Mantendrá a vuestras dos hijas libres de peligro en el reino, pero también protegerá sus corazones frágiles si eliminamos los recuerdos de la otra. —La reina parecía alarmada—. Solo hasta que se haya roto la maldición —le aseguró—. Si hacemos esto, ninguna de las dos niñas recordará a la otra cuando se despierten.

El significado de lo que estaba diciendo el trol estaba escrito en la cara de su madre. Miraba de una de sus hijas a la otra, a tan solo unos metros de distancia.

—Eso es muy cruel. No obstante, no creo que tengamos otra opción. —Miró a su marido—. Al menos no tendrán que vivir con la verdad que solo su padre y yo conoceremos.

Gran Pabbie la miró con tristeza.

—No es justo —coincidió.

Su madre se levantó con decisión. El labio inferior le temblaba mientras levantaba la mirada hacia su padre, y tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Tenemos que permitir que Gran Pabbie las ayude a olvidar la existencia la una de la otra hasta que la maldición quede rota. Hemos de encontrar un lugar seguro en el que dejar a una de ellas. Es la única opción.

Su padre parecía estar igual de destrozado que su madre.

—Pero ¿cómo decidiremos cuál se quedará con nosotras?

Incluso algunos de los trols lloraban por el rey y la reina. Elsa observaba la escena con lágrimas cayéndole por las mejillas. Podía sentir el dolor de sus padres. Finalmente, su madre habló.

—Elsa se quedará con nosotros —decidió—. Ella es la siguiente en la línea de sucesión al trono, y sus poderes son demasiado potentes para que pueda controlarlos ella misma. —Ahora era su padre el que lloraba también—. Sabes que así es como debe ser, Agnarr. Cuando Elsa recuerde que los tiene, hemos de estar ahí para ayudarla a comprender.

Su padre asintió.

—Tienes razón. Pero ¿adónde llevaremos a Anna? —La voz se le quebró.

—¿Hay alguien en quien confiéis para que cuide de Anna como si fuera suya? —preguntó Gran Pabbie a su madre.

—Sí, lo hay —susurró su madre—. A esta amiga le confiaría mi vida. Pero criar a mi hija es demasiado pedir.

—Nada es pedir demasiado si se hace desde el cariño —le recordó Gran Pabbie—. Y, para aliviar vuestra angustia, Anna estará oculta, pero podrá tener una vida normal a plena luz. —Gran Pabbie miró a su madre—. Vos seréis los únicos que recordaréis su verdadero derecho de nacimiento. Podréis verla cuando queráis, pero ella no conocerá su verdadera identidad.

Sus padres se miraron desde los extremos del valle. Ambos tenían lágrimas que les corrían por la cara. Su padre se volvió hacia Gran Pabbie.

—Haced lo que tengáis que hacer. Solo proteged a nuestras hijas —vaciló. Las palabras le resultaban difíciles de decir en alto—. Ayudad a Elsa a olvidar que tiene una hermana, borrad los recuerdos de Anna de su vida anterior y... eliminad la existencia de Anna de la memoria del reino.

Observándolos, Elsa entendió la decisión de sus padres, pero también podía sentir su dolor, que era un reflejo del suyo propio. Si no hubiera interferido...

Cerrando los ojos, Gran Pabbie alzó sus manos hacia las estrellas una vez más. Las imágenes de una vida separada de Anna y Elsa pasaron ante ellos como si fueran nubes. Enrolló los recuerdos en uno y presionó una mano sobre la frente de Anna. A continuación, subió los escalones e hizo lo mismo con Elsa. Un rayo de luz blanca resplandeciente se propagó por todo el valle como un terremoto y viajó hacia los confines del reino hasta que se desvaneció.

—Está hecho —dijo Gran Pabbie—. Y, ahora, tengo un regalo: su futuro.

Gran Pabbie alzó de nuevo las manos al cielo y les mostró a sus padres unas nuevas imágenes. Una de ellas era de Anna jugando felizmente en el patio de un pueblo con un grupo de niños. La otra era de Elsa estudiando con su padre en la biblioteca. Ambas niñas sonreían. Ambas estaban creciendo sanas. Lo único era que no estaban juntas. Sus padres intentaron sacar una sonrisa a través de su tristeza.

—Cuando llegue el momento, recordarán y volverán a reunirse —prometió Gran Pabbie.

Eso fue lo último que Elsa oyó antes de que Gran Pabbie tocara el recuerdo en el cielo y este volviera a su mano como si fuera un torbellino. Se llevó la mano a la frente y lo volvió a poner a salvo en su mente.

—¿Entiendes ahora por qué no es seguro que encuentres a Anna? —preguntó con tono amable.

—Pero yo recuerdo a Anna —dijo Elsa alzando la voz—. ¿No significa eso que la maldición se ha roto?

Gran Pabbie negó con la cabeza.

—Comienza a romperse, pero si la maldición se hubiese roto de verdad, no serías la única en recordar a tu hermana, sino que todo el reino la recordaría también.

El corazón de Elsa se hundió. Gran Pabbie estaba en lo cierto. Ella era todavía la única que sabía quién era Anna. Aparte de Olaf, y este no era la fuente más fiable. Intentó contener nuevas lágrimas.

—¿Cómo sabéis que Anna aún no me recuerda? ¿Y si está ahí fuera buscándome?

Gran Pabbie le apretó las manos.

—Yo lo sabría. Y tú también. Elsa, debes mantener la calma; puedo ver más allá del valle y sé lo que el miedo le está haciendo a tu magia. El reino se encuentra sumido en un eterno invierno.

—No era mi intención que ocurriera esto —dijo Elsa con voz baja—. No sé cómo arreglarlo.

—Lo descubrirás —le aseguró Gran Pabbie—. Debes concentrarte en controlar tus poderes. El resto vendrá por sí solo. La magia se está desvaneciendo, ¡puedo sentirlo! Estás recordando tu pasado. Anna pronto lo hará también. Pero, hasta que lo haga, debes mantener la distancia. La vida de tu hermana depende de ello.

Elsa miró hacia el camino que salía del valle. Más allá de las rocas podía ver la tormenta de nieve.

Había creído que encontrando a Anna cambiaría todo, pero estaba equivocada. Elsa había puesto todo su empeño los últimos días y había luchado por encontrar a su familia y, ahora, no podía ni siquiera seguir haciéndolo. Si se acercaba demasiado a Anna, el hielo la consumiría.

Incluso después de todo este tiempo, estaba destinada a estar sola.

CAPÍTULO VEINTIUNO
Anna

—Nieve. ¿Tenía que ser nieve? —preguntó Anna temblando mientras Kristoff y *Sven* dirigían el trineo hacia las montañas y ella y Olaf se acurrucaban en él—. No podía ser una tormenta tropical que cubriera el fiordo de arena blanca y un sol cálido.

—¡Me encanta el sol! —se metió Olaf. Su nube personal se chocaba contra el asiento delantero del trineo mientras botaban a lo largo del camino desigual—. Quiero decir, creo que me gusta. Es difícil de saber qué hace desde el interior del castillo.

—No creo que te gustara demasiado. —Kristoff entornó los ojos para concentrarse en el camino que había delante de ellos.

La nieve había comenzado a precipitarse con más fuerza desde que habían dejado Arendelle y ahora caía como un manto. Anna no sabía exactamente cómo podían ver Kristoff y *Sven* por dónde iban. La noche había caído y el farolillo que colgaba del borde del trineo no aportaba demasiada luz. Tendrían que encontrar refugio en algún lugar pronto, pero Anna no había visto ninguna casa ni pueblo en horas. De repente, alcanzaron una pared de nieve que hacía imposible proseguir el camino por aquella ruta. La alternativa era una pendiente pronunciada que ni siquiera parecía un camino de verdad.

—¿Estás seguro de que este es el camino que ha tomado Elsa? —le preguntó Kristoff a Olaf mientras se deslizaban cuesta arriba por un terreno inexplorado que se encontraba cubierto de hielo.

—Sí. No. —Olaf se rascó la cabeza con una de sus ramitas—. Repito, todo lo que vi fue a través de una ventana. Oí gritos y vi cómo se congelaba el hielo. Y, después, miré hacia fuera y vi a Elsa, por lo menos creo que era Elsa porque ¿quién más puede hacer nieve?, atravesar corriendo el fiordo conforme se congelaba. Después, ¡desapareció entre los árboles! —Olaf frunció el ceño—. Y la perdí de vista.

Kristoff retiró la mirada del camino y la dirigió a Anna.

—Recuérdame de nuevo por qué escuchamos a un muñeco de nieve. Estamos rodeados de nieve, el viento aúlla, no tenemos refugio y estoy dirigiendo el trineo montaña arriba basándonos en un pálpito.

—No es que tengamos otra opción —remarcó Anna—. ¡Todo saldrá bien! Olaf nos va a ayudar a encontrarla. Él conoce a Elsa mejor que nadie, ¿verdad?

—¡Sí! —insistió Olaf mientras el trineo tomaba una curva cerrada y comenzaba a subir de nuevo—. Sé mucho sobre Elsa porque me creó hace tres años y, desde entonces, no he salido nunca de la habitación. —Sus ojos se iluminaron—. ¡Un momento! Eso no es verdad. A veces me llevaba a hurtadillas por uno de los pasadizos secretos y subíamos al campanario o al desván. En una ocasión, fuimos al Gran Salón y Elsa hizo una colina enorme de nieve por la que nos deslizamos. Pero aquello fue en mitad de la noche.

Anna sintió un escalofrío subiéndole por la espalda hasta la nuca. De repente, le vino el recuerdo de ella de pequeña tirándose por una montaña de nieve en el interior de un salón grande con una niña rubia, y ambas estaban cogidas de la mano de un muñeco de nieve. Miró de nuevo a Olaf.

—¿Eres tú el que acaba de hacer eso?

—¿Hacer qué? —preguntó Olaf.

—Hacerme ver eso —respondió Anna. A lo mejor el frío estaba empezando a afectarla.

—¿Ver qué? —volvió a preguntar Olaf mientras el trineo chocaba con una roca y saltaba por los aires. Cuando tomó tierra de nuevo abruptamente, la nube de Olaf les dio a Anna y a Kristoff en la cara.

Anna se frotó los ojos y sintió cómo el recuerdo iba desapareciendo.

La expresión huraña en la cara de Kristoff se convirtió en una mirada de preocupación sincera.

—Creo que llevas demasiado tiempo en el frío.

—Yo también lo creo —coincidió Anna—. Estoy empezando a ver cosas que no están. —Miró de nuevo al muñeco de nieve—. Como a ti. Al menos creo que eras tú. Estábamos los dos tirándonos por una colina de nieve juntos dentro de una habitación grande.

—¡Eso es porque lo hicimos! —dijo Olaf.

La respiración de Anna empezó a acelerarse.

—¿Cuándo?

Sus padres le habían dicho que la habían adoptado cuando era un bebé, pero ¿y si no era verdad? Los recuerdos más antiguos que tenía Anna con Tomally y Johan eran de más adelante: yendo al colegio, de pie sobre un taburete y haciendo pan junto a su madre, esperando a que Freya apareciera en la puerta de su casa. En todos aquellos recuerdos, era una niña de alrededor de seis o siete años. Cierto, nadie tenía recuerdos de cuando era un bebé, pero la niña pequeña de sus visiones se parecía y sonaba como ella. En ellas no podía tener más de cuatro o cinco años. ¿Qué significaban aquellas repentinas visiones de recuerdos que no conseguía poner del todo en pie? ¿Se trataba acaso de recuerdos de su primera familia?

A veces se preguntaba quiénes serían sus padres biológicos y por qué la habrían dado, pero nunca les preguntó a Tomally y Johan. No quería herir sus sentimientos preguntándoles. Siempre decía que lo único que recordaba de su anterior vida era que un trol la había besado. Parecía algo divertido que decir cuando los otros niños le hacían preguntas sobre su

adopción, pero la verdad era que realmente recordaba que aquello había pasado. Parecía un sueño, o un recuerdo borroso, más bien; un sueño en el que estaba durmiendo y un trol le hablaba y, después, la besaba en la frente. Lo había visto en sus sueños tantas veces que realmente creía que había ocurrido. Simplemente, no lo había compartido con nadie más.

Se lo había mencionado a sus padres una o dos veces. Ahora que caía, ellos nunca se lo habían negado.

—¿Olaf? —intentó Anna de nuevo—. ¿De verdad que tú y yo nos hemos tirado alguna vez en trineo... dentro de una habitación? —Olaf asintió—. Pero ¿cómo podría ser eso posible? Antes de este viaje no había salido nunca de mi pueblo. ¿Estás seguro de que no habías salido del castillo ni viajado nunca antes?

La cara de Olaf le cambió.

—No lo creo. ¿Lo he hecho?

—No lo sé —contestó Anna sintiéndose algo frustrada.

—Ni yo tampoco —admitió Olaf.

—¿Podéis dejar de hablar los dos? —Kristoff azotó de nuevo las riendas—. Cada vez es más difícil ver con toda esta nieve. Estoy intentando concentrarme. Este camino es demasiado rocoso para seguir por él. Tenemos que encontrar un sitio protegido para que entres en calor y, después, averiguar adónde vamos a ir a continuación. No vamos a seguir con esta misión imposible con un muñeco de nieve parlante que no sabe ni adónde va.

—Pero... —intentó decir Anna.

Kristoff la ignoró.

—Espera un segundo. —Se levantó e iluminó con el farol la oscuridad creciente—. Pensaba que estábamos cerca del valle, pero con toda esta nieve, el paisaje ha cambiado.

—¿Qué valle? —preguntó Anna. De repente, había empezado a temblar.

—Un valle en el que no hay nieve —dijo Kristoff sonando como si hubiese respondido sin pensar.

—¿Cómo es posible que exista un valle en el que no hay nieve cuando todo el reino está enterrado en ella? —preguntó Olaf.

—¿Cómo es posible que un muñeco de nieve hable? —contraatacó Kristoff.

En la distancia, escucharon el aullido de un lobo.

«Tengo que encontrar a Elsa», pensó Anna. Aquella necesidad parecía que la invadía.

Cerró los ojos intentando bloquear aquellos extraños pensamientos. Quizá Kristoff estuviera en lo cierto: necesitaba dormir.

—No me encuentro bien —dijo apoyando la cabeza en el trineo.

—¿Anna? —Kristoff la zarandeó—. No te quedes dormida. ¿Me oyes? Vamos a encontrar un refugio. —La ayudó a incorporarse—. Olaf, no me puedo creer que vaya a decir esto, pero continúa hablando con ella hasta que haya encontrado un lugar donde parar.

—Vale, ¿sobre qué? —preguntó Olaf.

—¿A lo mejor sobre por qué la princesa se ha vuelto congeladamente loca? —Kristoff volvió a chasquear las riendas y *Sven* continuó subiendo.

Anna le lanzó una mirada de desaprobación.

—No está loca, está... —Un nuevo destello hizo que sintiera como si la cabeza le fuera a explotar.

«Elsa, ¡haz la magia! ¡Haz la magia!», oyó que decía una voz de niña. Seguidamente, se vio a sí misma en camisón sentada en una silla y batiendo las palmas. ¿Acababa de decir el nombre de Elsa? ¡Imposible! Anna comenzó a hiperventilar. «¿Qué me está ocurriendo?»

—¡Más rápido, *Sven*! —gritó Kristoff intentando mantener a Anna erguida con una mano—. ¿Anna? Quédate conmigo. Aguanta.

—Estoy intentándolo —susurró Anna, pero sentía que la cabeza le echaba humo y estaba demasiado cansada.

—¡Habla con ella, Olaf! —exclamó Kristoff—. ¿Qué puedes contarnos sobre Elsa?

—Le encantaban las flores. Hans le enviaba brezos púrpura todas las semanas —contó Olaf—. Él era una de las únicas personas que conseguían que Elsa saliera de su habitación.

—Qué bonito —dijo Anna con tono ensoñador.

Kristoff la agitó de nuevo.

—¡Olaf! ¡Sigue hablando!

—¡Le encantaban los guantes! —añadió Olaf saltando en su asiento tan alto que la cabeza se le despegó por un segundo—. Siempre llevaba puestos unos verdiazulados, hasta en verano, y yo pensaba que era porque la suciedad le daba repelús. ¡Oh! Y le encantaba leer mapas y los libros que le habían dejado el rey y la reina. Yo nunca los llegué a conocer —dijo con tristeza—. Elsa me contó que ahí fue cuando dejó de salir de su habitación. Hasta este año, que tenía que prepararse para ser reina. Ahora sí que tenía que salir muy a menudo de la habitación.

—Eso es muy triste —dijo Anna. Su voz sonaba lejana—. Es como si quisiera apartarse del mundo entero. A veces me siento así en Harmon, como si estuviera apartada del resto del reino. Y yo quería ver más.

—Lo harás... pero tienes que mantenerte despierta. ¡Granja! —exclamó Kristoff—. Gracias a Dios. ¡Para, *Sven*!

Anna divisó la granja a través de la nieve torrencial y, después, el mundo se sumió en una absoluta oscuridad.

Lo siguiente que supo es que estaba en un lugar caliente y podía oler el heno. Podía escuchar el crujir del fuego de la hoguerita cerca de ella. Parpadeó suavemente hasta abrir los ojos de par en par.

—¡Has vuelto! —dijo Kristoff—. Has estado horas inconsciente. ¡Olaf, está despierta! Pensaba que... No sé. —Se pasó una mano por el cabello—.

Necesitas... necesitas sopa.

Sven bufó.

—¿Sopa? —dijo Anna aún aturdida. Estaba bajo una manta de lana en lo que parecía ser un granero grande. Podía ver a los caballos mordisqueando el heno en sus pesebres y a las gallinas en su gallinero. Una vaca mugía cerca de ella. Todos estaban refugiados en el interior a causa del tiempo.

—Sí, necesita sopa —discutió Kristoff con el reno—. Necesita comer algo. Ni siquiera tomó un poco de vino caliente en el castillo como hice yo y tú te has comido todas las zanahorias. —*Sven* volvió a resoplar—. Solo me preocupo, es todo. —*Sven* pateó el suelo—. Sí, es todo. Ya basta, *Sven*. —Kristoff le ofreció una taza—. Aquí tienes. Te alegrará saber que esta vez le he pedido permiso a la familia para quedarnos en el granero y ha dicho que sí. Se alegraron de recibir noticias de Arendelle. No es que tengamos demasiadas, pero ver al muñeco de nieve pareció hacer felices a los niños.

Olaf se rio entre dientes.

—Les gustó mi propia nevada, pero dijeron que estaban cansados de la nieve.

—Hasta yo estoy cansado de la nieve y eso que me dedico a recoger hielo —dijo Kristoff—. ¿Anna? Tómate un poco de sopa.

Se incorporó lentamente. Aún tenía un martilleo en la cabeza. Soltó un quejido.

Kristoff le acercó la taza a los labios.

—Vamos. Toma solo un poquito.

Anna le dio un sorbo y sintió cómo la sopa le calentaba el interior. Para alguien que estaba siempre de mal humor, Kristoff podía llegar a ser muy amable cuando quería.

—Gracias.

Kristoff se sonrojó.

—Ya, bueno... —*Sven* resopló de nuevo y Kristoff desvió la mirada—. De nada. Solo quiero llevarte a casa de una pieza. Y allí es hacia donde nos dirigiremos... a casa.

Anna abrió los ojos sorprendida.

—¡No podemos hacer eso! ¡Tenemos que encontrar a Elsa!

Kristoff se recostó y suspiró.

—Mira lo enferma que te estás poniendo con este tiempo.

—No es el tiempo —insistió Anna, pero no podía explicar lo que sentía. Sabía que sonaba extraño, pero algo le decía que debían proseguir hasta que encontraran a Elsa. Quizá Elsa entendiera lo que le estaba ocurriendo. Después de todo, ella sabía de magia—. Alguien tiene que convencerla de que devuelva el verano. Escuchará a Olaf y, si no, haremos que nos escuche a nosotros.

—Cada vez hace más frío. —Kristoff dejó la taza de sopa en el suelo y *Sven* se puso enseguida a bebérsela a lengüetazos—. No podemos estar dando vueltas si ni siquiera Olaf tiene una mínima idea de adónde va. Sé que quieres ayudar, pero es imposible partiendo del único y vago indicio de que se dirigía a la Montaña del Norte. Asumámoslo: nadie sabe dónde se encuentra en realidad la princesa Elsa.

—¡El Valle de la Roca Viviente! —soltó Olaf de una.

Kristoff abrió los ojos de par en par.

—¿Qué acabas de decir?

—Nunca he oído hablar de él —confesó Anna.

—Ni yo tampoco —confesó Olaf—. Bueno, en verdad sí he oído hablar de él. Oí a un señor mencionar algo acerca del Valle de la Roca Viviente. Lo que no sé es dónde está.

—Yo sí que sé dónde está el Valle de la Roca Viviente —dijo Kristoff.

—Entonces ¿me llevarás? —preguntó Anna.

Kristoff se pasó una mano por la cabeza.

—¿Tengo que hacerlo?

Anna le apretó la mano.

—¿Por favor?

El fuego crepitaba y saltaba mientras Anna esperaba una respuesta. Olaf se acercó un poco más. *Sven* resopló. Todos los ojos estaban puestos sobre Kristoff, que miraba con fijeza la mano de Anna. Finalmente, levantó la mirada. Sus ojos marrones tenían un tono intenso a la luz de las llamas. Anna no había reparado nunca antes en sus pecas.

—De acuerdo —dijo al fin Kristoff—. Salimos por la mañana, pero más te vale abrigarte.

Anna sonrió. Por una vez, no discutió.

CAPÍTULO VEINTIDÓS
Elsa

Elsa no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado desde que había dejado el valle atrás y se había puesto en camino de vuelta a la Montaña del Norte. Si no podía estar con Anna, el tiempo ya carecía de importancia. Las palabras de Gran Pabbie se reproducían en bucle en su cabeza. «Sé paciente.» ¡Ya había sido más que paciente! Se había pasado los últimos tres años llorando la pérdida de sus padres —a quienes Anna posiblemente ni siquiera recordaría— y llevaba desde su niñez sin hermana. ¿No habían perdido ya suficiente las dos? ¿Cuándo se rompería esa maldición? Ella ya recordaba a Anna. Necesitaba a Anna. ¿No era eso lo que había dicho Gran Pabbie que era necesario para que la magia desapareciera? ¿Por qué no recordaba también Anna su pasado?

¿Y si Anna nunca llegaba a recordarlo?

Si Anna no recuperaba sus recuerdos, entonces no quería seguir luchando. Se quedaría en la cima de la montaña hasta que se rompiera la maldición y, si no se llegaba a romper, se quedaría allí para siempre. Su pueblo necesitaba a un líder fuerte, no a una reina a quien la aflicción la superara. Estarían mucho mejor sin ella.

El trineo de Elsa se detuvo a los pies de la escalera que conducía a su palacio de hielo. Cuando se bajó de él, ya no miró a su reino maravillada. Estaba perdida en su propia pena. Quizá por eso no reparó en las huellas que había en la nieve que se dirigían a las puertas de su palacio. Hasta que no estuvo en su interior, no se percató de que no se encontraba sola.

Elsa dio un salto sobresaltada.

—¿Cómo me has encontrado?

—No es difícil si sabes dónde buscar. —Hans levantó las manos para evitar que huyera—. He venido solo. —Estaba vestido con un abrigo y guantes azul marino, y llevaba una bufanda rodeándole el cuello. Una espada y un arco colgaban de una vaina sujeta al cinturón. Las botas estaban cubiertas de nieve y sus mejillas y nariz estaban rosadas. No podía ni imaginarse el viaje que habría tenido hasta llegar a la cima de la montaña.

—¿Cómo has...? —Su voz se fue apagando.

Hans dio un paso adelante.

—Cuando te marchaste de aquella manera, congelando el fiordo a tu paso, sabía que querías desaparecer —dijo—. Así que pensé: ¿cuál es el lugar más lejano al que Elsa podría ir para escapar? Miré hacia arriba y la vi: la Montaña del Norte.

Quizá Hans la conociera mejor de lo que pensaba.

Los ojos de Hans se arrugaron en un gesto de preocupación.

—¿Te encuentras bien?

«No —quiso responder—. Tengo una hermana. Está viva. Quiero encontrarla desesperadamente, pero una maldición nos mantiene separadas.» Pero no lo hizo.

Hans miró a su alrededor con expresión maravillada.

—¿Has construido tú esto?

—Sí —contestó Elsa sintiéndose abrumada de nuevo por su creación. Aquel no era el pequeño iglú que se había imaginado. Poseía la arquitectura del castillo de su familia, con detalles en forma de copos de nieve y diseños complejos que cubrían cada pared y arco. Los pilares en tonos azulados brillaban y resplandecían bañando de luz el palacio entero.

—Este lugar es increíble, así como tú —dijo Hans—. Todo en ti parece de alguna manera diferente.

Elsa se sonrojó.

—Hans...

—¿Es tu pelo? Normalmente no sueles llevarlo suelto. También me gusta tu vestido. Este lugar va totalmente contigo. —Hans parpadeaba mirando hacia la estancia que había detrás de ella—. ¿Estás aquí sola?

Elsa exhaló lentamente.

—Siempre estoy sola.

Hans se acercó aún más.

—No estás sola, Elsa. Yo estoy aquí para estar contigo. Siempre lo he estado.

Elsa no estaba segura de si era su tono de voz o el hecho de que hubiera viajado hasta tan lejos para encontrarla, pero algo en su interior se abrió camino. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Siento haber desvelado mis poderes de la forma en la que lo hice. No fue mi intención asustarte. Yo no quiero hacerle daño a nadie.

—Lo sé. —Hans le cogió la mano.

—El duque me estaba presionando, la ceremonia de coronación estaba a punto de comenzar y acababa de enterarme... —Elsa se detuvo.

—¿Enterarte de qué? —la presionó Hans.

Elsa se retiró.

—De nada. —¿Cómo podría explicarle lo de Anna?

—Si no te abres a mí, no podré ayudarte —dijo Hans. Ella seguía en silencio—. Creo que lo que puedes hacer es impresionante.

Ella lo miró.

—¿De verdad lo crees?

Hans sonrió.

—Has recibido un don increíble. Piensa en todo lo que podrías hacer por Arendelle con tus poderes. La gente únicamente está asustada porque no entiende tu magia. Si les muestras que puedes detener este invierno y les enseñas cómo puede proteger tu magia a este reino, te obedecerán. Ya verás.

—¿Me obedecerán? —repitió Elsa. No estaba segura de que le gustara el sonido de aquello.

Hans parecía algo nervioso.

—Ya sabes a lo que me refiero. Respetarán tu poder de la misma manera que me respetan a mí por haber venido a por ti. —Le cogió de nuevo la mano—. Imagínate todo lo que podríamos hacer por el reino juntos.

«Juntos.» Elsa se estremeció. Así que era eso, ¿no? ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Hans no estaba allí por ella; estaba allí por él mismo.

—¿Aún quieres que nos casemos?

Hans se arrodilló.

—Sí, incluso con estos poderes, ¡quiero casarme contigo! Vuelve y acepta tu corona y podremos reinar sobre Arendelle juntos. Nunca más tendrás que estar sola. Te lo prometo.

Ahí estaba de nuevo: «Podremos reinar sobre Arendelle juntos.» Hans codiciaba el trono. No la quería a ella; quería poder.

—Lo siento, pero no puedo casarme contigo. Y tampoco voy a regresar contigo. —Comenzó a ascender por la escalera—. Siento que hayas venido hasta tan lejos para nada.

—¿Qué? —La expresión de Hans cambió por completo—. ¡Tienes que volver! —Su voz arrastraba un tono amenazante—. ¡Solo un monstruo se negaría! —Frenó en seco y sus ojos se agrandaron—. Quiero decir...

—Por favor, márchate —le cortó Elsa. «Monstruo.» A pesar de lo que iba predicando, Hans la veía de la misma forma que lo hacía el duque.

—Regresa conmigo. Si tan solo acabaras con este invierno... y devolvieras el verano... —Sonaba frustrado—. ¿Por favor?

—¿Acaso no lo ves? No puedo —respondió Elsa—. No sé cómo hacerlo, así que me quedaré aquí donde no pueda herir a nadie. Lo siento.

La expresión de Hans era de calma.

—Ya veo —dijo pausadamente—. Si tú no puedes arreglar el problema, quizá Anna pueda.

El único sonido que se podía escuchar era el del viento aullando alrededor del palacio.

—¿Qué acabas de decir? —tartamudeó Elsa impactada.

Hans se sacó un trozo de pergamino del bolsillo y lo sostuvo en la mano.

—He dicho que quizá Anna pueda traer de vuelta el verano. Es por eso por lo que estás aquí arriba, ¿no es cierto? Estás buscando a tu hermana. Lo he leído todo en la carta de la reina.

Elsa se quedó paralizada.

—¿De dónde has sacado eso?

—Se te cayó en tu afán por alejarte del castillo —dijo Hans leyendo de nuevo la carta por encima—. Me imagino que la encontraste el día de tu coronación. ¿Cómo si no habrías tenido esta crisis mágica de hielo? —Mostró una sonrisa engreída—. Y no te culpo. Si yo me hubiese enterado de que tenía una hermana que me han ocultado durante años, yo también me habría vuelto un poco loco.

—¿A quién le has hablado de esa carta? —susurró Elsa.

—A nadie... por ahora —respondió Hans—. Esperaba que regresaras, te casaras conmigo y me lo pusieras fácil. Pero si no lo haces, al menos tengo otra alternativa.

Elsa se agarró a la barandilla de hielo en estado de pánico.

—No te atreverías.

—Siendo decimotercero en la línea de sucesión al trono de mi reino, no tenía ninguna posibilidad. —Hans caminaba de un lado a otro lentamente —. Sabía que tendría que casarme con alguna heredera al trono de otro reino. Así que, cuando el duque de Weselton me habló de ti y de Arendelle, me entró curiosidad. Pero era muy difícil llegar a algún sitio contigo; siempre tan cerrada en ti. Y, ahora, te has condenado a ti misma. Cuando le

cuente a la gente que no querías volver ni devolver el verano, entonces sí que pensarán que eres un monstruo.

—¡No! —Elsa bajó corriendo la escalera hacia él. Hans sacó el arco y lo blandió en su dirección. Elsa frenó de golpe sorprendida.

No reconocía al hombre que estaba de pie ante ella. Aquel no era el hombre que la había pretendido durante un año, que le había mandado flores cada semana y que había esperado con paciencia a que decidiera su futuro.

En realidad, el monstruo era Hans.

¿Cómo podía haber estado tan ciega?

—Por suerte, ahora sabemos que Arendelle tiene otra heredera al trono —continuó Hans—. Cuando muestre esta carta al pueblo y encuentre a Anna, estarán en deuda conmigo por haber salvado a la princesa perdida. Soy encantador, así que, al contrario que tú, Anna probablemente querrá casarse conmigo sin pensárselo dos veces. Después, solo quedará acabar contigo y devolver el verano.

—Tú no me mereces —le espetó Elsa. Comenzó a sentir aquel hormigueo familiar en los dedos y se preparó para dispararle.

—Puede que no, pero yo soy el héroe que salvará Arendelle de la destrucción. —Hans corrió hacia las puertas del palacio y las abrió—. ¡Guardias! ¡Guardias! ¡He encontrado a la princesa! ¡Está armada! —La miró con una sonrisa malvada—. ¡Ayudadme!

Hans la había engañado. La ira empezó a crecer en su interior a la vez que levantaba las manos con un resplandor azulado que se concentraba alrededor de sus dedos.

—¡No te saldrás con la tuya!

—Ya lo he hecho. —Hans apuntó con el arco hacia el techo y disparó. La flecha dio contra la lámpara de araña que tenía forma de copo de nieve gigante. Elsa observó con horror cómo se hacía añicos y caía sobre ella. Intentó saltar a un lado fuera de su camino, pero no fue lo suficientemente

rápida. Los cristales llovieron sobre la cabeza y la tiraron al suelo. Cuando consiguió levantarse de nuevo, estaba frente a frente con los guardias de Arendelle. Aquellos hombres, que habían dedicado sus vidas a proteger la corona, blandían ahora sus espadas contra su princesa. Dos hombres un poco más grandes vestidos con abrigos rojos entraron corriendo detrás de los guardias. Elsa los reconoció de inmediato. Se trataba de los hombres del duque de Weselton.

—¡La tenemos! —gritó uno—. Acercaos lentamente si no queréis que os hagamos daño.

¿Cómo se atrevían a amenazarla? No disponían de ningún tipo de autoridad en ese reino. Los dedos de Elsa comenzaron a resplandecer y los dos hombres levantaron sus arcos a la vez.

—No iré con ustedes —les dijo Elsa—. ¡No se acerquen!

Elsa oyó los arcos antes de verlos venir. En ese momento, levantó las manos y creó una pared de hielo como escudo. Sus flechas penetraron en la superficie helada que comenzó a resquebrajarse. Elsa rodeó la pared corriendo, intentando encontrar una salida del palacio. Tenía que encontrar a Hans y evitar que huyera, pero no paraban de llegar hombres. Elsa disparaba hielo una y otra vez erigiendo barreras a su alrededor.

—¡Atravesadlas! —gritó uno de los hombres del duque intentando rodear las dagas que surgían del suelo. Iban a por ella desde diferentes flancos.

Elsa extendió las manos para protegerse.

—¡No quiero hacerles daño! ¡No se acerquen!

—¡Lanzad! —Uno de los hombres lanzó su arco al otro.

Elsa disparó una corriente continua de nieve hasta que se congeló en forma de carámbano y colgó a un hombre de la pared sin que pudiera soltarse. Con la otra mano, lanzó una segunda corriente que atravesó la estancia y creó una pared de hielo que empujó al otro secuaz del duque hasta la siguiente cámara, lo que lo ocultó de la vista de Elsa. Sin

detenerse, siguió empujando, pensando en la traición de Hans y en su hermana, que, sin saberlo, ahora era el objetivo del príncipe.

Sus propios guardias volvieron a entrar en la habitación.

—¡Princesa Elsa! —exclamó uno de ellos—. ¡No os convirtáis en el monstruo que temen que seáis!

Al oír la palabra *monstruo*, bajó las armas derrotada. Uno de los hombres del duque aprovechó su momento de debilidad y lanzó una flecha en su dirección.

Con su ira en aumento, Elsa movió los brazos en forma de espiral y las paredes que la rodeaban crujieron mientras se formaba más hielo nuevo sobre el antiguo. Elsa se imaginó un gran protector y el suelo comenzó a temblar. El hielo volaba alrededor de sus dedos formando un torbellino como si de un ciclón se tratara, hasta que creó una bestia de nieve de varios pisos de alto. Los ojos de la bestia resplandecían en un tono azul mientras soltaba un gruñido feroz.

—¡No volváis! —pareció que ladraba, aunque Elsa no estaba del todo segura. Podía haberse tratado del estruendo sordo producido por las paredes que comenzaban a derrumbarse a su alrededor. Los guardias levantaron sus espadas de nuevo y se prepararon para luchar contra la bestia.

Elsa aprovechó ese momento para huir. Cruzó las puertas del palacio hacia la nieve y se encontró cara a cara con más guardias.

El miedo se reflejó en sus ojos cuando vieron a la bestia gigante de nieve. En un movimiento, todos estiraron sus arcos y apuntaron al corazón de Elsa.

—Por favor. —La voz de Elsa era prácticamente inaudible en el viento —. Déjenme que me explique.

Pero no escucharon.

—¡Lanzad!

Las flechas salieron disparadas en su dirección justo en el momento en el que el monstruo de nieve salía del palacio de espaldas tambaleándose; le habían cortado la pierna izquierda. Perdió el equilibrio y se derrumbó sobre la escalera, con lo que la rompió y cayó directamente al vacío por el barranco. Los escalones que habían sobrevivido empezaron a temblar y a derrumbarse. Elsa intentó dejar atrás los escalones que se desmoronaban y saltó justo antes de que cayeran por el barranco. Aterrizó bruscamente al otro lado mientras el hielo se rompía a su alrededor. Después, todo se volvió negro.

CAPÍTULO VEINTITRÉS
Anna

El sol no salió la mañana siguiente. El reino se encontraba sumido en la oscuridad debido a la turbulenta ventisca que no paraba de dejar nieve en Arendelle a una velocidad alarmante. Con aquellas malas condiciones, Kristoff estaba necesitando más tiempo de lo normal para llegar al Valle de la Roca Viviente.

—No lo comprendo —murmuró Kristoff para sí mismo—. Llevamos horas de camino. Ya deberíamos haber llegado.

Detuvo el trineo.

—¿Estás perdido? —preguntó Anna.

—¡Pareces perdido! —comentó Olaf.

Anna no le iba a reprochar que lo estuviera. Estaba nevando tan intensamente que no podía ni ver la mano delante de su cara.

—¡Chis! —Kristoff descolgó el farolillo del gancho de su trineo y lo levantó en la oscuridad. *Sven* pateó la nieve de forma inquieta mientras Kristoff miraba hacia lo lejos.

Anna los vio a la vez que Kristoff: varios pares de ojos amarillos los observaban fijamente.

Lobos.

Se oyó un aullido claro en la distancia y la manada de lobos emergió de entre los árboles. Anna no podía creerse lo afilados que parecían sus colmillos.

Kristoff volvió a colocar el farolillo en el gancho y agarró las riendas.

—*¡Sven!* ¡Vamos! —El trineo se sacudió y arrancó a máxima velocidad.

—¡Oh, mirad! ¡Perritos! Qué monos son, ¿verdad? —dijo Olaf con entusiasmo.

—¡No son perros, Olaf! ¿Qué hacemos? —preguntó Anna mientras Kristoff intentaba mantener la distancia de la manada que corría detrás del trineo.

Echó mano detrás de su asiento, cogió una rama y la encendió con el farolillo. Enseguida empezó a arder.

—Puedo con unos pocos lobos —dijo Kristoff moviendo el fuego de un lado a otro en el aire.

—¡Quiero ayudar! —gritó Anna.

—¡No! —Kristoff agitó las riendas con más ímpetu.

—¿Por qué no? —Se desplazaban tan rápido que la nieve que estaba cayendo le hería la cara como dagas.

—Porque no me fío de tu juicio —soltó Kristoff en tono seco.

Anna se irguió.

—¿Perdona?

—¡No estás pensando con claridad! ¿Quién es la que sigue insistiendo en salir con este tiempo a pesar de estar poniéndose enferma? —Le dio una patada a un lobo que salió volando de espaldas. Anna ni siquiera lo había visto venir.

Anna echó mano de algo en el trineo que pudiera utilizar como arma. Olaf le acercó el laúd de Kristoff.

—¡No me estoy poniendo enferma!

—No dejas de perder el conocimiento y de murmurar para tus adentros —le recordó Kristoff.

—¡Eso es porque estoy viendo cosas! —Moviendo el laúd, le dio a un lobo y este salió huyendo.

—¡Hala! —Kristoff realmente parecía impresionado—. ¿Qué tipo de cosas?

Anna dejó de balancear el laúd y lo miró.

—Ya sé que puede sonar extraño, pero no dejo de verme a mí de pequeña con la princesa. —Kristoff sostuvo la antorcha a un lado para mantener los lobos a raya—. Quiero decir, me imagino que no es una completa locura. Estoy bastante segura de que una vez me besó un trol, pero no recuerdo que hubiera pasado.

—¿Eso no era una broma? —Kristoff abrió los ojos de par en par—. ¿De verdad conoces a Gran Pabbie?

—¿Quién es Gran Pabbie? —le preguntó Anna a la vez que Kristoff chamuscaba a un lobo que estaba a punto de aterrizar en el trineo.

Un segundo lobo tiró de la capa de Kristoff. Este se tambaleó y cayó del trineo antes de poder responder a la pregunta.

—¡Kristoff! —gritó Anna cogiendo la antorcha antes de que cayera. No había tiempo para indicarle a *Sven* que se detuviera y, si lo hacía, estarían acabados.

—¡Aquí! —oyó Anna que Kristoff gritaba.

Estaba agarrado a una cuerda que lo arrastraba tras el trineo. Los lobos estaban ganando terreno y acercándose a él. Anna prendió la primera cosa que vio: el saco de dormir de Kristoff.

—¡Oh! —exclamó Olaf cuando las llamas hubieron prendido el saco.

Anna lo cogió y lo tiró por la parte trasera del trineo. Kristoff gritó al ver las llamas acercársele y pasar casi rozándole la cabeza.

Los lobos se retiraron para volver a la caza de nuevo.

Anna se apresuró hacia la parte trasera del trineo para ayudarle a subir, pero Kristoff ya estaba subiéndose solo.

—¡Casi me prendes fuego!

—¿Chicos? —oyó Anna que decía Olaf, pero lo ignoró.

Anna tiró de Kristoff para ayudarle a subir del todo al trineo.

—¡Pero no lo he hecho!

—¿Chicos? —intentó de nuevo Olaf—. ¡Hemos llegado al final del camino!

Kristoff y Anna tuvieron que mirar dos veces para creérselo. A menos de un kilómetro de distancia se abría un abismo y *Sven* se dirigía a toda velocidad hacia él estimulado por el sonido de los lobos. Anna y Kristoff se apresuraron hacia la parte delantera del trineo.

—¡Prepárate para saltar, *Sven*! —gritó Anna.

Kristoff cogió a Olaf y se lo puso a Anna en el regazo, tras lo cual los levantó a los dos en brazos.

—¡Oye! —protestó Anna.

Kristoff la lanzó hacia delante y cayó sobre el lomo de *Sven* con Olaf en sus brazos.

—¡Al reno solo le hablo yo! —Kristoff cortó las cuerdas del trineo justo cuando llegaban al barranco—. ¡Salta, *Sven*!

Sven dio un salto en el aire. Anna miró hacia atrás buscando a Kristoff con miedo. Él y su trineo habían despegado. *Sven* aterrizó al otro lado del barranco y estuvo a punto de lanzar a Anna y a Olaf al suelo al frenar en seco. Anna desmontó y corrió hacia el borde del abismo. Kristoff dio un brinco desde el trineo justo cuando este caía en picado barranco abajo. Con el corazón en un puño, Anna observó cómo Kristoff intentaba llegar al otro lado, pero, en lugar de ello, se chocaba con el borde del barranco y resbalaba de espaldas.

—¡Aguanta! —gritó Anna—. ¡Cuerda! ¡Necesito una cuerda! —le gritó Anna a Olaf en estado de pánico, pero sabía que todo lo que necesitaba estaba en el trineo. «Por favor, que no le ocurra nada a Kristoff», rezó en silencio.

De repente, un pico con una cuerda atada a este voló por el aire pasando por encima de su cabeza. El pico se clavó en el terreno delante de Kristoff.

—¡Agarraos! —gritó alguien.

Anna levantó la mirada. Un hombre pelirrojo con un abrigo azul asía el otro extremo de la cuerda.

—¡Ayudadme a subirlo! —le dijo a Anna.

Anna cogió la cuerda, plantó los talones y ayudó a subir a Kristoff a salvo. Cuando llegó, se derrumbó sobre la espalda respirando fuerte. Anna se sintió tan aliviada que pensó en abrazarlo, pero se contuvo y le dio a Kristoff un momento para retomar el aliento. Ese no era probablemente el momento para sacar el tema de cómo a su trineo recién pagado lo estaban consumiendo las llamas.

Anna miró a su salvador que se encontraba de pie junto a un caballo dorado pálido.

—Gracias. Si no hubieseis llegado cuando lo hicisteis...

Él la interrumpió.

—No hay de qué. —Los dos sabían lo que habría ocurrido de no haber aparecido—. ¿Qué estáis haciendo aquí fuera en medio de esta tormenta? Es muy peligroso, entre los lobos y el tiempo.

—Eso es exactamente lo que digo yo —dijo Kristoff respirando intensamente—, pero cuando se le mete una idea en la cabeza a esta, tiene que ejecutarla. Y yo soy el loco que la escucha.

Anna estiró la mano para dársela al extraño.

—Soy Anna, y al que habéis ayudado a rescatar es Kristoff.

—Yo no diría exactamente «rescatar» —masculló Kristoff.

El hombre parpadeó varias veces con sus ojos color avellana antes de hablar.

—¿Habéis dicho *Anna*?

—Sí. Vimos la intensa helada en Harmon y bajamos hacia Arendelle para ver qué estaba pasando —comenzó a explicar hablando a mil por hora —. Pero entonces los lobos nos adelantaron en el trineo y llegamos al barranco y tuvimos que saltar y Kristoff me lanzó sobre su reno *Sven* y acto seguido saltó él, pero el trineo no ha logrado salvar el precipicio. Y él

por poco tampoco, pero entonces llegasteis vos. —Esbozó una sonrisa espléndida. El hombre parecía estar aún increíblemente desconcertado—. Pero ahora estamos todos a salvo. Soy Anna. ¿Lo había dicho ya?

Él le estrechó la mano y sonrió.

—Sí, lo habíais hecho, pero no pasa nada.

Su sonrisa era espléndida.

—Es un placer conoceros, Anna. Yo soy Hans, de las Islas del Sur —se presentó.

Anna agarró su mano con fuerza.

—¿Vos sois Hans? ¿El príncipe Hans?

Él se rio.

—Sí, eso creo. Y vos sois Anna, ¿estoy en lo cierto?

—Eh... ¡sí! —Era gracioso. Anna se rio de lo absurdo que parecía todo. Los lobos estaban al otro lado del barranco, Kristoff estaba a salvo y, de alguna manera, habían encontrado al príncipe Hans de Elsa. ¡Aquello tenía que ser el destino!

—¡Príncipe Hans! —Olaf apareció desde el bosque, donde había estado recogiendo algunas de las cosas de Kristoff que habían volado por los aires —. ¡Sois vos! ¡Sois vos de verdad!

Hans perdió el equilibrio en la nieve.

—¡Oh, tranquilo, no pasa nada! —dijo Anna, que ya había superado la impresión de ver a un muñeco de nieve parlante—. La princesa Elsa lo ha creado. Su nombre es Olaf y está tratando de ayudarnos a encontrar a Elsa para que podamos detener este invierno.

—¡Ahora mismo la estamos buscando! —añadió Olaf.

—¿De verdad? —Hans pareció sorprenderse cuando ella y Olaf asintieron.

Kristoff se levantó y Anna soltó la mano de Hans.

—Perfecto —dijo Kristoff—. Ahora que todos tenemos claro quién es quién, deberíamos irnos antes de que los lobos vuelvan. Gracias por

vuestra ayuda, príncipe Hans.

Anna se sonrojó por el tono sarcástico de Kristoff. Ella ya estaba acostumbrada, pero Hans era un príncipe.

—Lo siento, han sido unos días muy largos. No hemos tenido ninguna suerte buscando a la princesa Elsa. ¿Habéis visto vos alguna señal de ella?

A Hans le cambió la expresión de la cara.

—No, yo no. ¿Y vos?

Anna negó con la cabeza.

—No. Creemos que podría encontrarse en el Valle de la Roca Viviente, pero con toda esta nieve no hemos podido encontrarlo.

—¿De veras? —El príncipe Hans se pasó una mano por el pelo—. Yo creía que se dirigía a la Montaña del Norte, por eso he venido en esta dirección, pero no he encontrado signos de ella. De todas formas, dudo que haya conseguido llegar hasta allí.

—¿Por qué lo decís? —preguntó Kristoff.

Hans le lanzó una mirada altanera.

—Es una princesa. ¿De verdad creéis que sería capaz de llegar a la Montaña del Norte sin provisiones?

Anna dudó por un momento. No lo había pensado de esa manera, pero no le convencía su argumento. Al fin y al cabo, ella y Olaf habían llegado hasta allí y ella no había salido de Harmon en su vida. ¿Por qué no habría de ser capaz Elsa de subir la montaña con la ayuda de sus poderes?

—No es imposible. —Parecía que Kristoff podía oír sus pensamientos. Se colocó entre ella y Hans—. Puede crear nieve, así que sabemos que le gustan los lugares fríos.

«¿Así que ahora Kristoff está del lado de Elsa? —se preguntó Anna—. ¿No dijo justo la noche anterior que se había vuelto congeladamente loca?»

—¿Olaf? Os referís al muñeco de nieve parlante. —Hans pareció algo perturbado al saludar a Olaf con la mano—. Qué hay.

—¡Príncipe Hans! ¡Qué alegría conoceros finalmente! —exclamó Olaf dando palmas con sus manos de ramitas—. ¡Me encantan vuestras flores!

Hans parecía confundido.

—Olaf nos contó que vos le enviabais brezos púrpura a la princesa cada semana —aclaró Anna—. Y que sois una de las pocas personas que la habéis convencido de que saliera de su habitación.

Hans se sonrojó. O quizá era solo que tenía la piel rosada a causa del gélido viento.

—Era su flor preferida. Siempre parecían alegrarla. —Su expresión se tornó sombría—. La princesa Elsa no confiaba en mucha gente. Yo sabía que era infeliz, pero nunca me esperé que pudiera sumir a Arendelle en un invierno eterno.

—Tuvo que tratarse de un accidente —dijo Anna a la vez que una ráfaga de viento mandó un remolino de nieve en su dirección—. Ella nunca le habría hecho algo así a su reino aposta.

—¿Alguna vez habéis conocido a la princesa? —preguntó Hans. Anna y Kristoff negaron con la cabeza—. Yo la conocía bien —dijo suavemente —. Era una persona insegura y a veces se enfadaba mucho. Estaba pasándolo mal con la coronación.

—Eso es cierto —se entrometió Olaf—. Elsa no estaba contenta con su peinado. Querían que lo llevara en un recogido alto, y ella decía: «Olaf, ¿debería llevarlo suelto?». Y entonces yo le respondía: «Yo no tengo pelo.» —Se señaló las ramitas que tenía en la cabeza.

—Estaba alterada por la coronación —corrigió Hans—. Continuamente me decía que no estaba preparada para ser reina. Yo pensaba que aquello solo eran los nervios de antes de la coronación, pero ella insistía. Me dijo que no quería ser la responsable de todo el reino. Intenté convencerla de que sería una gran reina y de que yo estaría ahí para ella, pero...

Anna tocó su brazo.

—Parece que queríais ayudarla.

—Odiaba verla tan alterada. —Miró hacia otro lado—. La mañana de la coronación intenté calmarla, pero se enfadó conmigo y con algunos de los trabajadores del castillo. Y también con el duque de Weselton. No paraba de decirnos que nos alejáramos. Entonces fue cuando... —Hans cerró los ojos con fuerza—. Casi no salimos con vida de aquel pasillo.

—¿Intentó heriros? —Anna estaba impactada. ¿De verdad sería capaz la princesa de herir al hombre al que amaba?

—El hielo puede ser peligroso —intervino Kristoff—. Dímelo a mí. Me dedico a recoger y hacer entregas de hielo. Es precioso, pero también es poderoso y posee una magia que no siempre se puede controlar.

—Exacto. Y como ya he dicho, estaba enfadada —prosiguió Hans—. Disparó hielo directamente hacia nosotros con la intención de atravesarnos el corazón. —Miró a Anna a los ojos—. El duque salió vivo de milagro.

—No me sorprendería que ese señor la hubiera provocado —dijo Kristoff con una risita sarcástica—. Parecía increíblemente «amable» cuando lo conocimos.

—Estuvieron a punto de matarlo —dijo Hans cortante—. ¿Seríais increíblemente amable si os hubiera pasado a vos? Lo siento, pero la princesa que conocíamos ya no está. La que vi aquel día era un... monstruo.

Elsa no abandonaría a su gente, ¿verdad? Anna notó un dolor agudo y se sostuvo la cabeza. Le estaba viniendo otra visión. Pero en esta ocasión no se trataba de un recuerdo olvidado. Esta vez sintió dolor. «¡Ayúdame! —oyó que gritaba alguien—. ¡Anna! ¡Ayúdame!»

—¿Elsa? —susurró Anna, y se derrumbó en el suelo.

Kristoff se dispuso a cogerla, pero Hans llegó primero. Anna abría y cerraba los ojos mirándolo a la cara, que se enfocaba y desenfocaba alternamente.

—La princesa se encuentra en apuros —dijo Anna—. Puedo sentirlo.

Kristoff recogió a Anna de los brazos de Hans.

—Vas a volver a casa. Ahora. —Kristoff miró a Hans—. Ayer se encontraba mal, pero intentó forzarse. Es demasiado tozuda para su propio bien. Lo que necesita es refugiarse y descansar.

El dolor se apagó tan rápido como había aparecido y Anna se sacudió en una negativa.

—Solo es un dolor de cabeza. Puedo continuar. Tengo que llegar al valle. No sé por qué, pero tengo la sensación de que Elsa podría estar en peligro.

—¿Peligro? —La expresión de Olaf era de terror.

—¿Valle? —inquirió Hans.

—Olaf pensaba que Elsa podía estar en la Montaña del Norte, pero ahora cree que puede estar en el Valle de la Roca Viviente —explicó Kristoff. Miró a Hans con aspereza—. ¿Alguna vez la habéis oído mencionarlo?

Hans se quedó pensativo por un momento.

—No, me temo que no. —Miró a Anna—. Pero si creéis que se encuentra allí y que está en peligro, tenemos que encontrarla. Solo tengo mi caballo, *Sitron*, pero dispongo de dinero y otras pertenencias con las que negociar. Podemos conseguiros un caballo a vos también y, después, trataremos de localizar ese valle juntos.

—Y convencerla de que regrese con nosotros y ayude a su gente —añadió Anna. Tomó aire profundamente e intentó recomponerse. El dolor había desaparecido, pero el recuerdo de la voz de Elsa perduraba. ¿Qué le estaba pasando?

—Sí —coincidió Hans—. Y si no quiere la corona, puede abdicar, pero debe devolver el verano.

—¡Esperad! —interrumpió Kristoff, y dirigiéndose a Anna dijo—: No puedes viajar al valle en estas condiciones. —Le tocó el brazo—. Anna, algo te está pasando. No sé qué es, pero necesitas descansar.

Anna tensó la mandíbula.

—Alguien tiene que detener este invierno y siento que ese alguien... soy yo.

—Pero si ni siquiera la conoces —le recordó Kristoff—. ¿Y si el príncipe estuviera en lo cierto? Si está tan enfadada, podría herirte.

—No lo hará —insistió Anna. El viento daba fuertes latigazos en el claro abierto en el que se encontraban, y sintió que perdía un poco el equilibrio. Hans le ofreció el brazo para ayudarla a mantenerse recta—. Kristoff, ahora no puedo volver a casa. Arendelle necesita ayuda. Tengo que intentar hacer algo.

—Estoy de acuerdo —dijo Hans.

—¿Quién os ha preguntado? —espetó Kristoff, y *Sven* bufó. Kristoff miró a Anna—. ¡Esto es una locura! ¡No te puedes ir con este tío al que acabas de conocer!

—Me fui contigo, ¿no? —le recordó Anna.

Kristoff se quedó en silencio.

—Disculpad, pero no creo que debierais gritarle a la señorita —dijo Hans—. Anna parece lista e inteligente. Está intentando ayudar a salvar el reino.

—Gracias —dijo Anna.

Hans no parecía estar melancólico ni indeciso. Puede que estuviera preocupado de que Elsa no volviera con él, pero aun así estaba dispuesto a ir tras ella. Quizá él fuera capaz de hacerla entrar en razón. Algo le decía que tenía que estar con Hans cuando la encontrara.

—¡Anna, despierta! Hemos perdido todas nuestras provisiones, mi trineo está hecho añicos y este tiempo está volviendo a todo el mundo un poco loco. —Kristoff se estaba empezando a alterar cada vez más—. ¡No me puedo creer que quieras seguir adelante si ni siquiera estamos seguros de dónde está Elsa! ¡Estamos siguiendo la corazonada de un muñeco de nieve!

—¡Sí que lo sabemos! Cuando leyeron la carta en voz alta, oí a alguien mencionar «el Valle de la Roca Viviente» —les recordó Olaf.

—¿Me oíste leer la carta? —dijo Hans pausadamente.

—¡Erais vos! —dijo Olaf contento—. Debería haberlo sabido. Sois muy bueno con Elsa.

—Anna —intentó una vez más Kristoff—. No lo hagas.

¿Cómo no era capaz de ver lo importante que era aquello? No podía regresar a casa y decirles a sus padres que había fracasado. Harmon nunca sobreviviría a ese invierno eterno.

Pero aquella era la cuestión, ¿verdad? Harmon no era el pueblo de Kristoff; era el suyo. Kristoff solo pasaba por allí con sus entregas de hielo. No le importaba la gente de la misma forma que a ella. El único que le importaba era *Sven*.

—Voy a ir —concluyó con firmeza—. Y no tengo ningún problema en continuar el viaje con Hans. Así que... ¿vas a venir con nosotros?

Kristoff hizo un gesto de desesperación con los brazos.

—Mira, yo conozco bien el valle y ni siquiera puedo encontrarlo con este tiempo; y además yo no soy el que está enfermando. Deberíamos regresar todos.

—Aun así, voy a ir —dijo firmemente—. Y Hans, también. Podemos ir todos.

—No. Creo que vosotros tres ya lo tenéis todo bien pensado. Yo voy a salvar lo que queda de mi trineo. Vámonos, *Sven*. —Se dio la vuelta y se alejó enfadado y sin decir ni adiós.

Sven refunfuñó con pena mirando primero a Anna y después a Kristoff.

—No pasa nada, *Sven* —dijo Anna sorprendida de que no pudiera hacer cambiar de opinión a Kristoff—. Cuida de él. Yo estaré bien.

Observó cómo el reno seguía a Kristoff al interior del bosque.

—Voy a echarlos de menos —dijo Olaf triste.

«Yo también», pensó Anna.

Hans agitó la cabeza en un gesto de desaprobación.

—No me puedo creer que os haya dejado aquí fuera.

—No me pasará nada —dijo Anna con entereza.

—No lo dudo. Parece que el liderazgo está en vos. —Hans la miró tan intensamente que Anna comenzó a sonrojarse. Este señaló una columna de humo en la distancia—. Tiene que haber una cabaña por allí. Busquemos refugio para la noche. —Le tendió la mano para ayudarla a subir al caballo. Anna montó y Hans colocó a Olaf delante de ella. Después, él también se encaramó a lomos del caballo detrás de ellos.

—Formaremos un gran equipo, Anna. Puedo sentirlo.

—Yo también —dijo Anna con una sonrisa suave.

«Equipo.» Le gustaba la idea.

CAPÍTULO VEINTICUATRO
Elsa

Elsa sintió un dolor punzante en la cabeza antes de abrir los ojos.

¿Por qué le dolía la cabeza?

Entonces, lo recordó todo: Hans revelando su naturaleza siniestra; su intento desesperado de huir para evitar que Hans pudiera encontrar a Anna él solo; la araña de hielo derrumbándose y casi cayendo sobre ella; y la emboscada fuera de su fortaleza. Ojalá hubiese sabido antes que su intención era llevarla de nuevo al castillo de Arendelle y encerrarla.

Cuando se incorporó, la manta que la cubría se deslizó y dejó al descubierto unas cadenas. Elsa llevaba puestos unos guantes de metal para evitar que pudiera usar las manos o, más bien, su magia. Las cadenas estaban ancladas a una inmensa roca que había en el suelo y que impedía que pudiera moverse más allá de unos pasos. Tiró de las cadenas con la esperanza de liberarse, pero era imposible.

Una vez más, era prisionera en su propio castillo.

Las cadenas eran lo suficientemente largas para acercarse hasta la ventana que daba el exterior del castillo, pero no más. Fuera, Arendelle no solo estaba cubierta de nieve; estaba enterrada. Había tantas capas de nieve apiladas tan por encima de los tejados que no se veían las casas. Elsa oyó un estruendo y se preguntó qué habría caído: ¿Una casa? ¿Una estatua? ¿Un barco? Podía ver los navíos congelados en el puerto, donde se encontraban anclados, y ella sin poder hacer nada por cambiar la situación. Era como si cuanto más pánico tuviera, mayor fuera la tormenta. Empezó a sentir el familiar hormigueo en los dedos y los carámbanos crecieron en

el interior de la mazmorra como si fueran hierba, lo que hizo que las paredes emitieran un quejido triste.

¿Dónde estaría todo el mundo? ¿Cómo estarían manteniéndose abrigados? Se le vino a la cabeza la imagen de aquella madre y su niño a quienes había asustado en el patio del castillo el día de su coronación. ¿Estarían a salvo?

¿Lo estaría Anna?

Elsa cerró los ojos, vencida por la preocupación.

—¿Qué he hecho? —susurró.

«Mamá, papá, por favor, ayudadme a romper esta maldición —suplicó—. El reino no podrá sobrevivir mucho más. ¡Ayudad a Anna a recordar quién es realmente!»

Como sospechaba, no recibió respuesta alguna.

Tendría que solucionar eso por sí sola. La única forma de hacerlo sería escapándose. Quizá, si pudiera hacerle llegar un mensaje a Anna sin acercarse a ella físicamente, podría remover sus recuerdos. Si tan solo tuviera la carta como prueba de la verdad. Elsa se concentró en sus puños y estos empezaron a brillar. «Liberaos —les exigió—. ¡Liberaos!» En lugar de ello, los grilletes comenzaron a congelarse, lo que hizo que fuera casi imposible mover los puños en su interior.

La situación parecía desesperada.

—¿Princesa Elsa?

Elsa levantó la mirada. Lord Peterssen la observaba detenidamente a través de los barrotes de la ventana de la puerta de la mazmorra.

—¡Lord Peterssen! —exclamó. El hielo de los grilletes dejó de formarse de inmediato. Se apresuró hacia la puerta, pero las cadenas la frenaron de un tirón.

—¿Os encontráis bien? —le preguntó agarrándose fuerte a los barrotes.

Aparte de Olaf, lord Peterssen era la única persona que la trataba como si fuera familia. Su padre le había confiado su vida. Quizá ella pudiera

hacer lo mismo.

—No. Necesito encontrar a alguien. Desesperadamente. Lord Peterssen, ¿hablaron mis padres alguna vez de tener otro hijo? ¿Una niña? Más joven que yo, pelirroja. Su nombre es Anna.

Durante una milésima de segundo, le pareció ver titilar los ojos de lord Peterssen.

—Yo... Ese nombre me resulta familiar.

—¡Sí! —Elsa intentó de nuevo tirar de las cadenas con más fuerza para desengancharlas de la pared y poder acercarse más a él—. ¿La recordáis?

—Lo siento. No sé de quién me habláis —dijo a la vez que el viento aullaba más ferozmente—. Vos sois la única heredera de este reino.

—No, no lo soy —reafirmó Elsa—. ¡Lord Peterssen, por favor! Necesito encontrar a Anna. Debe tener unos años menos que yo. ¡Tenemos que emprender una búsqueda! He de encontrarla antes de que lo haga el príncipe Hans.

—¿El príncipe Hans? —Lord Peterssen parecía desconcertado.

—Sí. ¡No podemos fiarnos de él! Él no busca lo mejor para este reino. —Quería contarle más, pero sin ahuyentarlo—. Entiendo que mi palabra no pueda tener mucho peso en estos momentos, pero debéis creerme.

—Es imposible que nadie busque a nadie con este tiempo —respondió —. Nos estamos quedando sin leña y la comida está empezando a escasear. ¡La gente está muerta de frío! El pueblo se está empezando a desesperar. El príncipe Hans salió a buscaros, pero no ha regresado.

—¿Dónde está? —Los puños de Elsa comenzaron a brillar de nuevo.

—Nadie lo sabe y no podemos enviar a nadie a buscarlo. Este frío no es seguro ni siquiera para el ganado —le dijo lord Peterssen a Elsa—. Los hombres que os trajeron de vuelta son los únicos que han conseguido regresar. Desgraciadamente, el duque los recibió antes de que llegara yo y los convenció de que os encerraran en esta mazmorra. —Elsa vio como sus ojos se encendían con su enfado—. Los hombres estaban asustados

después de lo que ocurrió en vuestro palacio de hielo. Yo me acabo de enterar de que estabais aquí abajo. El duque pagará por hacerse con el derecho de decidir en unas tierras donde no tiene ninguno.

—Entonces ¿me liberaréis? —le preguntó Elsa tirando aún más fuerte para liberarse de los grilletes de acero. Ahora brillaban con más intensidad —. Puedo ayudar.

—He buscado por todos lados la llave de esta habitación, pero no he conseguido encontrarla —le dijo lord Peterssen.

Elsa intentó no mostrar su decepción.

—Sé que la encontraréis. Siempre habéis estado ahí para mí.

—Siempre he pensado que seríais una gran líder. Ahora os necesitamos para que nos guieis —dijo lord Peterssen—. ¿Devolveréis el verano? No podremos aguantar mucho más.

Elsa dejó caer los brazos a los lados.

—Sinceramente, no sé cómo hacerlo.

—Sin duda, sois la hija de vuestro padre —dijo lord Peterssen con resolución. Sus ojos buscaron encontrarse con los de ella—. Sé que podéis buscar en lo más profundo de vuestro ser y descubriréis la forma de detener esta ventisca. Hemos sido pacientes, pero ahora os necesitamos más que nunca.

«Sé paciente.» Elsa oyó a Gran Pabbie en su mente.

La tormenta arrasaba en el exterior y estaba ganando más fiereza. El momento de ser paciente había pasado. Necesitaba que Anna volviera a recordar y que se rompiera aquella maldición. Era posible que esa fuera la única manera de poder salvar Arendelle y el reino entero: tenían que hacerlo juntas.

—Lo sé —respondió Elsa—. Quiero acabar con este invierno con todas mis fuerzas, pero no puedo hacerlo sola. Necesito encontrar a alguien que pueda ayudarme.

—Princesa, no podemos...

—¡Deteneos ahora mismo!

En el pasillo pudo oírse un tumulto y después gritos. Alguien arrancó a lord Peterssen de los barrotes. Elsa no podía ver nada desde su perspectiva. De repente, divisó la coronilla de alguien. Un tupé canoso que se movía con el viento.

—¡Súbanme! —oyó que alguien gritaba.

Su cara emergió al otro lado de los barrotes de la ventana.

—Princesa Elsa —anunció el duque de Weselton—, vos sois una amenaza para Arendelle. No iréis a ningún lado.

CAPÍTULO VEINTICINCO
Anna

Hans reunió provisiones frescas y tomó prestado un segundo caballo para Anna de los habitantes de la cabaña que encontraron. La pareja insistió en que se quedaran a pernoctar antes de continuar con su viaje. Después de todo lo que habían visto con la tormenta de nieve en pleno verano, la presencia de Olaf no les asustó en absoluto. Por la mañana, les pidieron que no se apresuraran.

—Los caminos de la montaña son muy traicioneros incluso en las condiciones más óptimas —les contó el señor de la casa—. Y este tiempo los hará imposibles de transitar.

—Y ahora mismo también está granizando —añadió su esposa—. Por favor, príncipe Hans, si sois quien decís ser, volved a Arendelle.

—Quizá tengan razón —dijo Hans mirando por las ventanas de la cabaña. No podían ver otra cosa que un blanco manto—. La tormenta se está volviendo cada vez más virulenta. Pronto no podremos ni siquiera volver a Arendelle.

—Debemos continuar —insistió Anna—. Sabéis tan bien como yo que la única manera de detener este invierno es encontrando a la princesa Elsa.

«¡Quiero hornear yo misma una galleta para papá!», dijo una voz de niña en su cabeza. «Espera a que llegue la señorita Olina», dijo una segunda voz.

¿Quién era «la señorita Olina»?

—¿Y si no quiere que nadie la encuentre? —preguntó Hans mientras la pareja añadía los últimos troncos al fuego—. Vos no queréis escuchar esto,

pero Elsa solo está pensando en ella misma. Probablemente, lo que quiera sea tener prisionero a todo el reino.

«Prisionero.» A Anna le ardió la cabeza de dolor y, en ese momento, vio a una mujer encadenada a una pared mientras la nieve caía a su alrededor. Estaba herida. «¿Elsa?»

—¿Qué ocurre? —preguntó Hans.

—Nada. —Anna se contuvo en contarle a Hans lo que estaba viendo—. Solo tengo un ligero dolor de cabeza.

—Quizá ese amigo vuestro tuviera razón; este tiempo está causando un efecto muy perjudicial en vos. —Hans parecía irritado—. Deberíamos regresar a Arendelle antes de que sea imposible viajar. Podréis refugiaros en el castillo conmigo hasta que la tormenta pase.

—No va a pasar —le recordó Anna. «No hasta que ayude a Elsa a detenerla.»

Anna contuvo la respiración. ¿Qué la había hecho pensar aquello? De repente, una nueva imagen se le vino a la mente y se vio a ella misma de pequeña deslizándose por una habitación llena de hielo. ¿Por qué veía imágenes de momentos que no podía recordar?

Hans frunció el ceño.

—Puede que tengáis razón. Creo que Elsa quiere que Arendelle sufra.

—¡No! La princesa nunca querría eso, ¿verdad? —preguntó la señora de la casa.

Para estar enamorado de Elsa, Hans tenía una forma un tanto extraña de demostrarlo. Y, por muy encantador que pudiera ser, desde luego le gustaba más recalcar lo mismo una y otra vez.

—No —dijo Anna en tono de irritación—. Creo que la princesa solo está asustada. Si tan solo pudiéramos hablar con ella, estoy segura de que podríamos solucionar esto antes de que la situación empeore. Por eso necesitamos encontrarla pronto y continuar —acentuó Anna.

Hans suspiró.

—No quiero que os hagan daño.

—Elsa jamás haría daño a Anna —interrumpió Olaf—. La quiere más que a nada.

Anna y Hans miraron al muñeco de nieve. Una ráfaga de viento abrió la puerta de golpe y lanzó la cabeza de Olaf por los aires. El marido y la mujer se apresuraron a cerrarla de nuevo.

—Oíd, hacedme un favor y acercadme mi trasero —le dijo la cabeza de Olaf a Hans.

Anna estaba perdida en sus propios pensamientos.

Olaf.

Sus recuerdos.

Las voces.

Todas aquellas cosas eran como un pequeño picor en la espalda al que no podía llegar.

¿Por qué siempre había soñado con la nieve?

¿Por qué hacía galletas con forma de muñeco de nieve?

¿Por qué sentía aquella llamada hacia Arendelle?

A lo mejor su destino siempre había sido estar allí en aquel preciso instante para ayudar a Elsa. Elsa y ella parecían tener una conexión que no conseguía comprender. Tenía que encontrar a la princesa y descubrir la razón.

De repente, se oyó un golpeteo en la puerta. Se miraron unos a otros. Hans echó mano a su espada.

—Ábrala —le ordenó al hombre.

Un guardia en uniforme verde se cayó al atravesar la puerta.

—¡Dios mío! —exclamó la esposa mientras ella y Anna se apresuraban a ayudarlo a levantarse. El marido intentó con dificultad volver a cerrar la puerta contra el viento.

El guardia vio a Hans y abrió los ojos sorprendido.

—¡Príncipe Hans! Os hemos estado buscando por todos lados. —Su voz sonaba ronca y la cara estaba roja del viento gélido—. Al no encontraros tras la batalla, pensamos que os habíamos perdido. Mi intención era seguir buscándoos, pero mi caballo lo está pasando mal con este frío. Vi la cabaña y pensé...

El marido comenzó a ponerle capas de ropa encima.

—Llevaré su caballo al granero —dijo mientras se ponía las botas para salir por la puerta.

—¿Qué batalla? —preguntó Anna.

Hans la ignoró y ayudó al guardia a acercarse al fuego.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Está todo bien en Arendelle? —le preguntó Hans.

La esposa envolvió al guardia en una manta y este la aceptó con agrado tiritando. Miró a su alrededor a todos los presentes y después posó su mirada en Hans de nuevo.

—¿Podemos hablar en privado?

—Por supuesto —dijo la esposa poniendo una mano alrededor de Anna —. Venid, querida. Veamos si podemos encontrar ropa más calentita para vos.

Pero Anna no se quería ir. Ese no era momento para secretos.

—¿Va todo bien? —preguntó Anna a los hombres—. ¿Qué no nos estáis contando?

Hans dudó por un momento.

—Ha habido una avalancha en la Montaña del Norte. No quería que os preocuparais, después de todo a lo que habéis renunciado por estar aquí, pero no creo que podamos continuar hacia el valle con una situación tan peligrosa ahí fuera.

El guardia lo miró.

Hans era encantador, pero había algo en él que no le permitía a Anna fiarse del todo.

Anna estaba a punto de replicarle, pero de repente pudo sentirlo en lo más profundo de su ser; un dolor que le decía que el castillo la estaba reclamando. Elsa ya no se encontraba en el valle y había dejado hacía mucho la Montaña del Norte. No estaba segura de cómo lo sabía, pero desde luego, no iba a compartir esa sensación con nadie.

—Volvamos a Arendelle —acabó aceptando—. Podemos esperar a que la tormenta amaine en el castillo. Quizá una vez allí encontremos la pista que nos falta.

—¡Yupi! ¡Elsa va a ponerse contentísima de verte! —exclamó Olaf. Hans lo miró—. Lleva toda su vida buscándote.

Anna ni siquiera se inmutó.

Hans sonrió.

—Lo que dije antes iba en serio: seríais una gran líder.

—No estoy segura de ello —respondió Anna.

Hans no apartó la mirada.

—Yo sí. Vayamos a Arendelle para que podáis verlo por vos misma.

CAPÍTULO VEINTISÉIS
Kristoff

—¡Es oficial! He tomado una decisión, *Sven* —le dijo Kristoff a su amigo mientras caminaba arduamente barranco abajo para encontrar lo que quedara de su trineo—. ¿Quién necesita a nadie teniendo un reno?

Sven gruñó. El reno estaba demasiado ocupado observando la línea de árboles cada vez más oscura en busca de señales de un nuevo ataque de lobos. Por fortuna, entre la luz de la luna naciente y la reluciente nieve, Kristoff y *Sven* podían ver bastante lejos en la distancia.

No había razón para arrepentirse.

¿Y qué si había dejado que Anna se fuera con un príncipe zalamero y un muñeco de nieve a encontrar una princesa que no quería ser encontrada? Desde luego, no iba a ponerse a él mismo ni a *Sven* en peligro por ello.

Sí, él también quería recuperar el verano; con tanto hielo disponible, dedicarse a ello para ganarse el pan se tornaba una tarea difícil, pero él estaba acostumbrado a ese tiempo. La mayoría de los días los pasaba en las montañas cubierto de nieve, de prendas de lana y con unas botas pesadas que olían a sudor. Y no importaba cómo oliera porque ¿quién había a su alrededor que lo fuera a notar? Solo *Sven*. Estaba claro, el reno tampoco es que oliera muy bien. Pues que enviaran un invierno eterno. Él estaba preparado para ello.

Pero Anna..., el frío estaba afectándola claramente. Él lo había achacado a una hipotermia o a una congelación, pero en lo más profundo de su ser sabía que no era ninguna de las dos cosas. Era como si cuanto

más cerca estuviera de encontrar a la princesa Elsa, más conectada estuviera con ella. Como magia.

Que la gente se riera de la magia todo lo que quisiera; él sabía que existía.

Había crecido rodeado de magia toda su vida.

Desde luego, eso no se lo iba a contar a Anna. ¿Por qué habría de hacerlo con lo exasperante que era? Anna hablaba y hablaba y hablaba, no solo con ella misma, sino con él y con *Sven*, ¡y con todo el mundo con el que se cruzara!

También era impulsiva y decidida, razón por la cual él se había dejado convencer de acompañarla a Arendelle en primer lugar. Con su actitud peleona, se pensaba que podía detener un invierno eterno a pesar de no tener ni idea de cómo encontrar a Elsa o de qué le iba a decir para hacerla acabar con aquella locura.

Conforme se fueron acercando al final del barranco, Kristoff empezó a divisar los restos del trineo. Le daba miedo ver la gravedad de los daños. Por eso, en lugar de mirar, se concentró en *Sven*.

—He decidido que lo único que hace la gente es utilizar y engañar a uno. —Puso voz de reno—. Tienes razón. ¡Todos son malos! Excepto tú.

Acarició el hocico de *Sven*.

—Oh, gracias, compañero. Veamos qué podemos salvar de aquí.

Miró el trineo y suspiró: su querido método de transporte estaba destrozado en un millón de trocitos. Su laúd también estaba destruido. El pico había tenido que salir volando ya que no se encontraba entre los restos del accidente. De la poca comida que habían tenido ya se habían adueñado los bichos. No quedaba mucho por salvar, pero Kristoff examinó cada artículo para asegurarse. Finalmente, se subió encima de *Sven*.

—¿Ahora qué hacemos, *Sven*? No creía que pudiera encontrar el valle, pero en verdad no nos queda otra. También tenemos que sacarte de este

tiempo, compañero. —Miró al paisaje que los rodeaba—. Tenemos que estar cerca. Lo encontraremos.

Sven no quería moverse y soltó un fuerte gruñido.

—Sí, estoy seguro de que estará bien. Lo más seguro es que hayan encontrado una cabaña. He visto una columna de humo a lo lejos —le dijo Kristoff—. No vamos a juntarnos con ellos allí. Vámonos. Deja de preocuparte.

Sven le lanzó una mirada fulminante.

—¿Ya no quieres ayudarla? —dijo Kristoff poniendo la voz de *Sven*.

—¡Pues claro que no quiero! —Kristoff agitó las riendas de *Sven* e iniciaron su ascenso barranco arriba—. De hecho, después de esto ya no quiero volver a ayudar nunca a nadie más.

Mientras ellos ascendían, una feroz ventisca descendía, y la nieve resplandecía. Regresar a casa era la opción más sabia, pero eso significaba ir hacia el mismo lugar al que Anna se encaminaba.

Sven resopló de nuevo.

—Sí, ya sé que es allí hacia donde ella se dirigía. —*Sven* lo miró con condescendencia—. Vale, puede que parezca un necio al aparecer por allí ahora pudiendo haber ido todos juntos.

Sven resopló aún más fuerte.

—No era un completo desconocido; es el príncipe de Elsa. —Kristoff puso los ojos en blanco—. Por supuesto que tenía que hacer lo correcto y aceptar ir con ella. —Se quedó pensativo un momento—. Vale, sí. Me he portado como un necio.

Sven hizo unas cabriolas mientras Kristoff seguía con sentimiento de culpabilidad.

—¿Y ahora qué? ¿Vamos a buscarla? ¿O vamos al valle y le pedimos perdón?

Sven lo miró.

—Cierto, con este tiempo no la vamos a volver a encontrar. Iremos al valle y me disculparé cuando llegue, ¿vale? Ya lo he pillado. He metido la pata.

Kristoff se pasó todo el viaje al valle odiándose a sí mismo. Anna estaba allí fuera en esas condiciones y con un completo desconocido. La había abandonado cuando ella lo había necesitado. Ahora entendía por qué pensaba Bulda que no encontraría nunca una chica.

La nieve caía más intensamente y mojaba más de lo que lo había hecho antes, pero al menos el camino fue tranquilo. Sin Anna, no había nadie que le dijera lo que tenía que hacer, ni un parloteo incesante sobre su comida preferida —la de ella eran los sándwiches—, ni nadie que estuviera a punto de prenderle fuego.

Quizá sí que echara de menos tener compañía. Incluso la de Olaf.

Desde luego, eso no se lo iba a contar a *Sven*.

Tardaron varias horas en llegar al Valle de la Roca Viviente, pero Kristoff conocía la ruta como la palma de sus manos agrietadas. Incluso bajo toda aquella nieve, fue capaz de localizar las peculiares formaciones rocosas que indicaban la ubicación de su hogar. Cuando estuvieron más cerca, Kristoff se bajó de *Sven* de un salto y subieron por el camino de piedras hasta que llegaron al valle.

En cuanto se encontraron dentro del valle, la nieve dejó de caer. El aire era más templado. El suelo olía a rocío fresco y estaba cubierto de musgo verdoso. Kristoff descendió por el camino adentrándose en la niebla y observó a las rocas que empezaron a rodar en cuanto lo vieron. *Sven* brincaba de alegría con la lengua fuera de la boca. Kristoff se dio unas palmaditas en las rodillas como llamando a las rocas para que se acercaran. Muchas de ellas comenzaron a rodar hacia él. Se detuvieron y empezaron a desplegarse.

—¡Kristoff está en casa! —exclamó Bulda, una trol que estaba al frente del grupo. Su madre adoptiva estiró los brazos reclamando un abrazo.

Kristoff se acercó y ella se abrazó a su pierna. Las gemas rojas que colgaban de su cuello parecían haber crecido desde la última vez que los visitara. Algunas brillaban y hacían que su vestido de musgo verde pareciera casi naranja.

Una docena de trols más emergió de su estado rocoso de hibernación y empezó a vitorearlo. Unos trepaban por encima de otros para poder verlo.

—¡Viva! ¡Kristoff está en casa! —gritaban.

Los trols habían sido su familia desde que fuera un niño pequeño. La vida en el orfanato no era lugar para un espíritu libre como él. Cada vez que podía, se escapaba y seguía a los recolectores de hielo montaña arriba y los observaba trabajar. En uno de aquellos viajes, se encontró a *Sven* y se volvieron inseparables. Después de eso, ya no quiso volver al orfanato. *Sven* y el hielo se convirtieron en su nueva vida. ¡Se estaba ganando la vida! Pero una noche de verano, estaba trabajando con *Sven* cuando vio un tipo de hielo diferente. Crujía y resplandecía sobre la ladera herbosa de la montaña. A él y a *Sven* les entró la curiosidad, así que siguieron aquel extraño camino montaña arriba. El camino los condujo directamente al Valle de la Roca Viviente. Bulda los divisó y los adoptó a él y a *Sven* sobre la marcha. Ahora que caía, nunca le había preguntado por qué se había formado aquel hielo de aquella manera en medio del verano.

—¡Déjame que te vea! —dijo Bulda urgiéndole a que bajara a su nivel. Kristoff se arrodilló—. ¿Tienes hambre? —le preguntó—. Acabo de hacer una sopa de piedra. Voy a ponerte una taza.

—No —respondió Kristoff con rapidez. Odiaba la sopa de piedra. Imposible de tragar—. Acabo de comer. Me alegro mucho de veros a todos. ¿Habéis tenido algún visitante?

Comenzó a mirar a su alrededor en busca de Anna.

—¡Nadie, solo tú! —dijo Bulda—. ¿Es que esperas a alguien?

Si le contaba que esperaba encontrarse a una chica allí, no se la quitaría de encima.

—No, pero... ¿dónde está Gran Pabbie?

—Está echándose una siesta —dijo uno de los primitos de Kristoff—. ¡Mira! ¡Me ha salido un champiñón! —Le mostró el hongo que crecía sobre su espalda musgosa.

—Y yo me he ganado mi cristal de fuego —dijo otro mostrándole un rubí resplandeciente.

—Y yo tenía una piedra en el riñón —dijo uno de sus tíos alzando la piedra como prueba.

—Si no vienes por mi comida, ¿qué te trae por casa? —le preguntó Bulda.

No se le escapaba nada.

—Solo quería verte, eso es todo —mintió Kristoff.

Bulda lo estudió cuidadosamente y después miró al resto.

—¡Es por una chica!

Los demás aplaudieron contentos.

—¡No, no, no! ¡Estás del todo equivocada! —negó Kristoff a pesar de que era obvio que se estaba poniendo colorado.

Sven resopló alto y varios trols se reunieron a su alrededor mientras pateaba el suelo y hacía ruido como queriendo destapar el asunto.

—¡Sí que es por una chica! —exclamó Bulda, y los otros volvieron a vitorear.

Kristoff puso los ojos en blanco.

—¡Chicos, por favor! Tengo mayores problemas que el de encontrar una chica. El reino entero está cubierto de...

—¿Nieve? —finalizó Bulda—. Lo sabemos. ¡Pero queremos que nos hables de ti!

Kristoff se quedó boquiabierto.

—¿Cómo sabes lo de la nieve?

Bulda ignoró la pregunta.

—Si te gusta esa chica, ¿por qué no ha venido contigo? ¿Es que la has ahuyentado con tu mal humor?

—No —se defendió—. El problema no soy yo. Yo...

—¡Tú lo que tienes que decirle a esa chica es que no va a encontrar jamás a un chico tan sensible ni tan dulce como mi Kristoff!

Ahora se sentía aún peor.

—¡El problema no soy yo ni la chica! ¡Es Arendelle! Sé que no podéis verlo desde vuestro caparazón, pero no solo está cubierta de nieve la tierra alrededor del valle. ¡Todo el reino lo está! ¡Y estamos en mitad del verano! —Su familia estaba allí plantada, parpadeando—. Si sabéis cómo parar esto, ¡decídmelo!

Uno de sus primos pequeños le dio un tirón al vestido de Bulda.

—Yo creía que Gran Pabbie había dicho que no podíamos contarle a nadie que ha estado aquí. —Bulda torció el gesto—. ¿Qué? ¿No dijo que era un secreto?

—¿Anna? ¿Ha estado aquí? ¿Con el príncipe? ¿Cuándo se han marchado? —preguntó de corrido.

Una roca grande rodó hacia delante. Gran Pabbie emergió de su siesta. Se acercó a Kristoff y lo cogió de las manos.

—¡Kristoff, has venido! Y justo a tiempo, me temo —dijo en tono grave.

—¿Dónde está Anna ahora? ¿Está bien? ¿Parecía enfadada conmigo? —preguntó avergonzado y miró a Bulda—. Ya sé que no debería haberla dejado sola, ¿vale? Hay una tormenta de nieve en medio del verano. Esto no es normal.

Claro que había actuado como si la nieve no fuera un problema grave, pero, como experto en hielo, podía ver que estaba haciendo demasiado frío para sobrevivir. La última vez que había visto el fiordo, había barcos tumbados y resquebrajándose. Pronto les pasaría lo mismo a las casas. No quedaría ningún sitio seguro en el que refugiarse.

¿Qué le ocurriría entonces a Anna?

—Entonces ¿dónde está ella ahora? ¿Qué le has contado a Anna?

Gran Pabbie frunció el entrecejo.

—¿Anna? Querrás decir la princesa Elsa. Ella es la que vino a verme.

—¿No era Anna? —preguntó Kristoff flaqueando.

—No. La princesa Elsa. Intenté ayudarla... lo poco que puedo, teniendo en cuenta la maldición.

—¿Maldición? —repitió Kristoff. Aquello era demasiado para él.

—Está en grave peligro —dijo Gran Pabbie—. Debes encontrarla, Kristoff.

—¿A la princesa Elsa? —preguntó. Gran Pabbie lo estaba confundiendo —. ¡Ya lo he intentado! Nadie sabe dónde está, aunque encontré un muñeco de nieve parlante que conoce bien a la princesa. Y Anna y el príncipe Hans, el príncipe de Elsa, venían también para aquí. —Volvió a mirar hacia la entrada del valle—. Pensaba que ya estarían cuando yo llegara.

—Anna no va a venir —dijo Gran Pabbie—. Va camino de Arendelle.

Kristoff dio un paso atrás sorprendido.

—¿Sabes quién es Anna?

—El corazón de Anna debe ser protegido —dijo Gran Pabbie—. Este es un momento peligroso para ella.

—Lo sé —coincidió Kristoff—. Me preocupa que esté enfermando, pero está obcecada con seguir adelante y encontrar a la princesa Elsa.

—Kristoff, debes escucharme atentamente —continuó—. Existe una razón por la cual Anna se siente atraída hacia Elsa y por la que está luchando tanto por encontrarla. Su conexión es más fuerte de lo que crees.

—Ya lo había notado —admitió Kristoff—. Desde que viajamos a Arendelle, Anna empezó a sentir cosas... Le daban dolores de cabeza extraños, y este muñeco de nieve parlante de la princesa Elsa la conoce. Nada tiene sentido.

—¿Es eso cierto? —Gran Pabbie se rascó la barbilla—. Esa es una buena señal. Está empezando a recordar un pasado que se le ha ocultado a ella y a Elsa demasiado tiempo.

—¿Un pasado? —preguntó Kristoff, como si él mismo empezara a recordar, como si estuviera despertando de una hibernación, una que le había impedido saber exactamente cuál era la conexión entre Anna y Elsa —. Espera un momento...

Gran Pabbie le dio unas palmaditas en la mano.

—Sí. Anna y Elsa son hermanas.

—¿Anna es una princesa?

—¡La maldición que ha impedido que las hermanas estén juntas se está desvaneciendo! Elsa ya recuerda quién es Anna, pero el camino de Anna no ha sido tan sencillo. El amor puede descongelar cualquier maldición —insistió—, pero hasta que no recupere la memoria, Anna y Elsa no pueden estar cerca la una de la otra. ¡Esto es muy importante! Anna debe recordar a Elsa antes de que se encuentren cara a cara.

Kristoff sintió cómo su corazón prácticamente se detenía. Anna no pararía hasta encontrar a Elsa.

—¿Por qué?

—No nos queda mucho tiempo para estar juntos, así que no lo voy a perder intentando explicarte el pasado, pero tiene que ver con la maldición —explicó Gran Pabbie—. Si Anna se acerca a Elsa antes de recordar su conexión, los poderes de Elsa harán que se convierta en hielo.

—¿Qué? —Su propia voz le sonó a Kristoff vacía.

—El amor que se procesan la una a la otra es tan fuerte que la maldición se está desvaneciendo. Elsa ya recuerda su pasado, pero no así Anna. Hasta que no se rompa el hechizo, Anna debe mantenerse apartada. —Gran Pabbie puso una expresión de preocupación—. Elsa lo sabe, por eso ha mantenido la distancia. Pero me temo que hay alguien más que

conoce la verdad y está llevando a Anna hacia el peligro. Kristoff, Anna está yendo hacia Arendelle y Elsa también se encuentra allí.

Kristoff palideció.

—Lo que significa... ¡Tengo que detenerla! —*Sven* comenzó a resoplar salvajemente y a dar brincos por todos lados—. *¡Sven!* —llamó Kristoff mientras subía los escalones de dos en dos hacia la salida oculta del valle.

Sven galopó hasta llegar a él.

Kristoff ni siquiera pensó en despedirse de Gran Pabbie, Bulda o los demás. Ahora solo importaba una cosa: salvar a Anna a toda costa.

CAPÍTULO VEINTISIETE
Anna

Cuando Anna, Hans y el guardia llegaron a Arendelle, el reino estaba prácticamente irreconocible. En tan solo dos días, la nieve se había apilado y ya llegaba a la segunda planta del castillo. La hoguera que había ardido en el patio se había consumido hacía ya tiempo y la fuente con la estatua de la familia real estaba completamente enterrada. Tuvieron que luchar contra el viento para alcanzar los portones del castillo, que estaban congelados bajo una capa de hielo. El guardia tuvo que abrirlos haciendo palanca con un pico para poder entrar.

Había un grupo de personas reunidas en torno a la chimenea intentando entrar en calor, pero se veía que estaban tiritando. El fuego estaba casi apagado. Hans y el guardia se apresuraron hacia un grupo de guardias y empezaron a hablar con ellos mientras otros miembros del castillo iban a por mantas y ropa abrigada. Anna no podía moverse. Estando dentro del castillo, los recuerdos le venían con mayor intensidad a la cabeza.

Una mujer con un delantal le tocó el brazo.

—Señorita, ¿os encontráis bien?

Anna se quedó sin aliento al inundarle la mente un recuerdo de ella y esa mujer. Estaban horneando galletas en una cocina amplia y había alguien con ellas... una niña. Anna recordó haberse quemado el dedo con la hornilla y la niña congeló un cuenco con agua para que pudiera calmársele la quemadura. «¿Elsa?» Anna se agarró el pecho y comenzó a hiperventilar. ¿Era esa mujer la señorita Olina?

—¡Anna! ¡Anna! ¿Os encontráis bien? —Hans se acercó a ella corriendo.

—Sí. —Anna calmó su respiración—. Yo... me siento muy rara. Yo... —Aquellos recuerdos momentáneos no parecían sueños. Parecían piezas perdidas de su vida que, de alguna forma, había olvidado. Estaba ansiosa por descubrir qué le estaba ocurriendo, pero en ese momento se encontraba en una habitación con completos desconocidos. Si tan solo estuviera allí con ellos Kristoff. Él la ayudaría a darle sentido a todo aquello.

—¿Dónde está el príncipe Hans? —gritó alguien—. ¿Está aquí de verdad? —El duque de Weselton se abrió paso a través de la gente. Iba abrigado hasta arriba con un sombrero y varias bufandas—. ¡Príncipe! Gracias a Dios os encontráis bien. Me preocupé mucho cuando mis hombres me dijeron que no os pudieron hallar tras la batalla.

—¿Dónde fue esa batalla? —preguntó Anna. Los dientes le rechinaban. Estaba helada de frío.

Hans no le contestó.

—Estoy bien —le dijo al duque—. Me perdí en la nieve.

El duque se volvió hacia Anna, la miró y volvió a fijar su mirada en ella.

—¡Tú!

—De nuevo nos encontramos. —Anna se frotó los brazos para entrar en calor—. Hola.

—¿Os conocéis? —preguntó Hans confundido.

—Bueno, no exactamente —comenzó a decir Anna cuando Olaf dio un paso al frente y el duque dio un chillido.

—¡Hola! Soy Olaf y me gustan los abrazos calentitos —dijo el muñeco de nieve—. ¡He traído a Anna a casa! ¡Esperad a que se lo cuente a Elsa! ¿Está aquí?

«¿Casa?», pensó Anna.

—¡Nadie puede ver a la princesa Elsa! —declaró el duque—. ¡Se quedará en las mazmorras!

—¿Está aquí? —preguntó Anna sintiendo cómo el cuerpo se le debilitaba. Se encontraba demasiado cansada.

Una mujer que vestía un uniforme verde avanzó abriéndose paso hacia el frente.

—¡Príncipe Hans! ¡Debéis hacer algo! ¡El duque tiene a la princesa y ahora también se ha llevado a lord Peterssen!

—¡Exigimos que dejen salir a lord Peterssen de sus aposentos! —exclamó un señor en uniforme.

Los dos empezaron a gritarle al duque, pero sus voces se ahogaron en los recuerdos que inundaban la mente de Anna.

Una señora diferente de verde con un gorrito en la cabeza posó su mano en el hombro de Anna.

—¿Os encontráis bien?

—¿Gerda? —susurró Anna viniéndole de repente el nombre a la memoria.

La mujer parpadeó sorprendida.

—Eh, sí. ¿Cómo...?

Un señor corpulento con escaso pelo apareció a su lado.

Anna levantó un dedo tembloroso en su dirección.

—Y tú eres Kai.

—Pues sí, señorita —confirmó mirando a Gerda desconcertado—. ¿Podemos ofreceros quizá ropa abrigada o un vino caliente? Me temo que a Olina se le han acabado las provisiones para preparar nada más.

—Olina —repitió Anna viéndose a ella misma de pequeña en la cocina con la cocinera del palacio.

Era demasiado para ella. Empezó a retroceder y a alejarse de la multitud y de la gente que exigía a gritos que liberaran a lord Peterssen; buscaba una salida de escape.

—¿Señorita? —Kai se adelantó hacia ella, pero Anna cruzó corriendo una puerta que estaba abierta.

Se encontró deambulando por lo que parecía una galería de retratos. La amplia habitación tenía un techo inclinado con paneles azules y vigas de madera. No había muchos muebles, solo unos pocos bancos y mesas, y había muchos cuadros. Anna levantó la mirada hacia un retrato de una amazona en una batalla. Por alguna razón, podía jurar que su nombre era Juana. De hecho, todos los retratos le resultaban familiares. Anna se agarró el estómago del dolor. Tenía las manos frías y se sentía demasiado débil para seguir de pie.

No oyó abrirse la puerta detrás de ella.

—¡Anna!

Hans la cogió justo antes de que se desplomara. La llevó hacia uno de los bancos, sosteniéndole la cabeza mientras se hundía en el cojín de terciopelo. Anna no podía respirar.

—¿Qué me está pasando? —dijo con miedo.

—¡Os estáis congelando! ¡Esperad! —Hans se retiró para encender la chimenea.

Anna seguía hablando.

—No paro de ver cosas, oír voces... ¡Conozco el nombre de personas a las que no había visto nunca! Olaf me recuerda, pero yo no lo recuerdo a él... aunque tengo la sensación de que sí. —Levantó la mirada hacia Hans con los ojos bañados en lágrimas—. Tengo la sensación de estar perdiendo la cabeza.

Él la miró con amabilidad.

—No os preocupéis. No estáis perdiendo la cabeza.

—¿No? —preguntó Anna. Los dientes le castañeaban.

—No —respondió Hans poniéndole una mano encima de las suyas—. Creo que estáis recordando vuestra antigua vida. La que teníais antes de

ser adoptada. —La miró intensamente—. Sé que os va a costar comprenderlo, pero este castillo es vuestro hogar.

—¿Qué? —Anna oyó un zumbido en los oídos. «Tengo que encontrar a Elsa.»

Hans continuó.

—Sois una de las herederas de este reino. Vuestros padres renunciaron a vos porque Elsa os atacó con su magia y estuvo a punto de mataros.

—No, yo... no... Elsa nunca... Ella no... —Anna no era capaz de encontrar las palabras para expresar lo que sentía. Algo en su interior comenzaba a asomar. Nada de lo que decía Hans tenía sentido, pero, de alguna manera, ella sabía que decía la verdad.

«¡Haz la magia! ¡Haz la magia!», dijo una voz de niña con entusiasmo. Aquella niña era ella.

—Es la verdad —insistió Hans—. Vos no lo recordáis, pero tengo la prueba aquí mismo. —Se arrodilló a su lado y sacó un trozo de pergamino del bolsillo de su chaqueta—. Es una carta de la reina dirigida a Elsa contándoselo todo.

El corazón de Anna se le aceleró. Hizo el ademán de coger la carta, pero Hans la alejó de su alcance.

—Elsa es una amenaza para este reino y debe ser castigada por sus crímenes, pero el legado de vuestra familia se mantendrá intacto. ¡Vos sois la siguiente en la línea de sucesión al trono! ¿Es que no lo veis? —Hans sonrió con impaciencia—. ¡Con Elsa fuera del mapa, el verano tendrá que volver! Y, entonces, vos y yo podremos reinar sobre Arendelle juntos.

Anna intentó incorporarse. Su cuerpo estaba tembloroso y la embargó un remolino de emociones tan dispares que tenía la sensación de estar a punto de implosionar. ¿Qué estaba diciendo Hans?

—Pensaba que amabais a Elsa... ¿Es que no es así?

A Hans le cambió la cara a la vez que se crecía hasta una posición erguida.

—Como primogénita heredera, era preferible que fuera ella, por supuesto. Pero tras todo lo que ocurrió el día de su coronación, no había manera de salvarla. Vos, por el contrario..., sois la princesa perdida de Arendelle. La gente os adorará en cuanto vea la carta de su amada reina y se descubra quién sois. ¿No lo veis? Que yo os encontrara antes de que lo hiciera Elsa era el destino.

—¿Elsa estaba buscándome? ¿Ella ha visto esta carta? —Anna se levantó con dificultad y se tambaleó hacia él—. ¿Sabe que tiene una... —Anna le dio vueltas a la palabra en su cabeza antes de decirla en voz alta— hermana? —El corazón empezó a latirle con más fuerza.

—Sí —dijo Hans—. No os lo había contado antes porque estaba intentando protegeros.

Anna oyó el viento aullar al otro lado de la gran ventana, lo que hacía tintinear el marco. El cristal tenía una capa de hielo y no podía ver otra cosa que blanco fuera.

¿Elsa y ella eran hermanas?

Si aquello era verdad, ¿por qué no podía recordar su vida como princesa de Arendelle?

¿Por qué la habría enviado su familia lejos si no fuese porque Hans estuviera en lo cierto y la magia de Elsa hubiera estado a punto de matarla?

Anna cerró los ojos con fuerza intentando recordar, pero ninguna memoria vino a su mente. Frustrada, la pagó con Hans.

—¿De forma que sabíais que Elsa estaba intentando matarme y queríais llevarme directamente hasta ella?

Hans pestañeó sorprendido.

—Yo... La carta de la reina decía que había sido un accidente, pero...

Había algo que no le estaba contando.

—Entonces, dejad que lea la carta con mis propios ojos.

Hans guardó la carta en su bolsillo.

—Estáis alterada. ¿Por qué no os calmáis primero? Yo guardaré la carta para mantenerla a salvo.

Anna sintió una oleada de ira.

—Así que, en lugar de arreglar las cosas con Elsa, ¿estabais intentando persuadirme con vuestras palabras y gestos bonitos? —Hans se puso rojo —. ¿Cuál era esa batalla de la que todo el mundo habla? —Hans se movió incómodo—. ¿Y dónde está Elsa? Si lo sabéis, ¿por qué no me dejáis hablar con ella para que pueda ver con sus propios ojos que lo pasado, pasado está? Quizá detenga esta tormenta.

La cara de Hans adoptó una expresión seria.

—Ella ya ha tenido su oportunidad. He intentado hablar con ella; en su palacio de hielo en la Montaña del Norte, de hecho. No está dispuesta a negociar, lo que significa que está condenando a Arendelle y al resto de su reino a la ruina. Ella sabe sobre vos, pero en lugar de ayudaros, os ha apartado a un lado, igual que hizo con Arendelle.

—Ella nunca haría eso —le discutió Anna.

Hans hizo un gesto señalando a la ventana helada, que aún tintineaba.

—Sí lo haría, y lo ha hecho. ¡Mirad hacia fuera! No vamos a poder aguantar mucho más. La gente ahora tiene la mirada puesta en mí para que los salve.

—¿Y cómo pensáis salvarlos? —se burló Anna. Hans no dijo nada—. Esperad. ¿Vais a matarla? —Hans se mantuvo en silencio—. ¡No po-podéis hacer eso! —dijo tartamudeando—. ¡Vos no tenéis ningún derecho a decidir su futuro!

Hans ni se inmutó.

—Yo soy el que va a salvar a este reino, y el pueblo me lo agradecerá. Lo único que siento es que no vayáis a estar a mi lado cuando lo haga.

—No sois rival para Elsa —dijo ella entre dientes mientras el repiqueteo al otro lado de la ventana se hacía más intenso.

—No, vos no sois rival para Elsa —contraatacó Hans—. Yo pensaba que seríais preferible a Elsa, pero está claro que estaba equivocado. Ahora, el secreto de la reina morirá con ella. —Sostuvo la carta sobre el fuego.

Anna se tambaleó hacia él alarmada.

—¡No!

—¡Deteneos!

Hans y Anna se dieron la vuelta. Lord Peterssen había aparecido por la puerta con dos guardias a ambos lados.

—¡Llévense al príncipe! —ordenó lord Peterssen.

—Yo... Lord... —Hans miró a su alrededor en busca de una salida—. Señor, vos no lo entendéis. Si conocierais la verdad, sabríais que esta es la única manera.

—Ya he oído todo lo que tenía que oír. —Lord Peterssen dirigió su mirada a Anna y pestañeó—. Y la princesa Elsa ha intentado contarme el resto. —Sonrió con amabilidad—. Hola de nuevo, Anna.

Anna dio un paso hacia él. Su rostro también le resultaba familiar. Abrió la boca para hablar, pero oyó que el tintineo de la ventana estaba aumentando. Se volvió para mirar y, de repente, la ventana se rompió. Los cristales volaron por la habitación y uno de los pedazos golpeó a lord Peterssen y lo derribó. Hans se protegió la cabeza, pero le alcanzó un fragmento del marco. Los guardias se apresuraron a ayudar a lord Peterssen mientras el viento aullaba dentro de la estancia, arrancaba los retratos de las paredes e introducía nieve por todos lados. En ese momento, Anna la vio...

La carta se le había caído de las manos a Hans.

Anna la cogió con un gesto rápido antes de que volara y salió de la habitación decidida a encontrar el camino hacia las mazmorras.

CAPÍTULO VEINTIOCHO
Kristoff

Kristoff apenas había salido del Valle de la Roca Viviente montado a lomos de *Sven* cuando vio lo que estaba ocurriendo en la distancia: la tormenta parecía estar justo encima del castillo. Un remolino de humo blanco se elevó como un ciclón antes de extenderse como una explosión causando un viento feroz que retumbó en todo el campo y tumbó los abedules. Kristoff y *Sven* se abrazaron preparándose para el impacto y sintieron cómo la tormenta caía sobre ellos. Su intuición le decía que aquellas nuevas condiciones meteorológicas no eran normales. Tenían algo que ver con la magia.

Y con maldiciones.

Regresar rápido a Arendelle era ahora aún más importante.

—¡Vamos, chico! —Kristoff le espoleó el trasero a *Sven*.

Él y *Sven* cabalgaban más rápido de lo que jamás lo habían hecho, adentrándose en el viento y corriendo ladera abajo. Perdió el gorro a mitad del camino y apenas podía ver lo que había justo delante de él a causa de la nieve cegadora. El viaje pareció durar una eternidad. Cuando finalmente *Sven* alcanzó la base de la montaña, patinó sobre lo que debería haber sido el fiordo. Desde cerca, el ciclón de nieve y hielo parecía aún más amenazador. El remolino se acercaba a ellos, y Kristoff y *Sven* galoparon hacia él, preparándose para lo que pudiera ocurrir.

Lo único que importaba era llegar hasta Anna.

Anna, con su amplia sonrisa, su forma de ser alegre, sus enormes ojos y su necesidad de llenar cada segundo con conversación.

Anna, con su carácter peleón y fuerte determinación que lo habían salvado a él de los lobos... y le había costado su trineo.

Anna, que estaba dispuesta a arriesgar su vida para salvar a su pueblo y ayudar a la princesa que no pensaba que conociera.

Solo él podría haber esperado hasta ahora para darse cuenta de que se estaba enamorando de ella.

Y quizá llegara demasiado tarde.

—¡Vamos, compañero! ¡Más rápido! —le animó Kristoff a *Sven* mientras cruzaban el fiordo a gran velocidad. En ese momento, tuvo que pestañear dos veces.

Estaban pasando por el lado de lo que parecía ser la proa de un barco grande sumergido en el hielo. En aquella tormenta de nieve, las naves parecían barcos fantasmas, con sus mástiles resquebrajándose debido al frío extremo.

Kristoff oyó un crujido antes de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Cuando miró hacia arriba, vio cómo una nave inmensa caía directamente hacia ellos. Ya era demasiado tarde para apartarse del camino. Lo único que podía hacer Kristoff era guiar a *Sven* a través de él para esquivar los escombros que llovían sobre sus cabezas. Dejaron atrás el barco justo antes de que se partiera, pero la fuerza de la caída hizo que el hielo que los rodeaba se resquebrajara. Kristoff vio cómo las grietas se extendían debajo de ellos hasta que no tuvieron más que agua delante. *Sven* saltó hacia delante y lanzó a Kristoff volando hasta un trozo de hielo. *Sven* se precipitó al agua.

—*¡Sven!* —gritó Kristoff buscando frenéticamente a su mejor amigo.

Sven emergió del agua helada, intentando con movimientos patosos subirse a un trozo de hielo a la deriva. Kristoff soltó el aire de los pulmones con alivio.

—Buen chico —exclamó—. ¡Quédate ahí!

Con dificultad, se puso de pie luchando contra el feroz viento y miró a su alrededor para ubicarse. Cuando hubo divisado el castillo en la distancia, Kristoff se preparó para enfrentarse al viento y se adentró en él con la esperanza de que Anna estuviera bien.

CAPÍTULO VIENTINUEVE
Elsa

—¡Lord Peterssen! —llamó Elsa—. ¿Kai? ¿Gerda? ¡Que alguien me saque de aquí! ¡Por favor!

Nadie contestó.

Al otro lado de los barrotes de la pequeña ventana de la mazmorra, divisó unas antorchas parpadeando en el pasillo. El viento aullaba entre los ladrillos, casi apagando las llamas. Hasta sus cadenas estaban comenzando a congelarse, lo que le dificultaba el movimiento.

Estaba atrapada.

Elsa se sentó en el banco y se quedó mirando los grilletes que tenía en las manos.

No podía quedarse allí sin hacer nada mientras su reino entero se convertía en una tundra helada. Necesitaba que alguien encontrara a Anna y le contara la verdad acerca de su pasado. Quizá, y solo quizá, aquello le ayudara a recordar quién era en verdad. Entonces, la maldición se rompería y... ¿qué significaría aquello para el tiempo?

Incluso si Anna descubría quién era, Gran Pabbie no había dicho nada de que su hermana fuera capaz de detener ese invierno. Elsa era quien lo había creado; solo ella podría acabar con él.

Elsa recostó la cabeza hacia atrás sobre la pared y escuchó cómo el hielo crujía. ¿Por qué no sabía cómo revertir el hechizo que ella misma había conjurado?

«Sé lo que el miedo le está haciendo a tu magia —oyó que decía Gran Pabbie—. Debes concentrarte en controlar tus poderes.»

¿A qué se refería con «miedo»? Ella no temía sus poderes, ¿no? De lo que tenía miedo era de no tener a su hermana en su vida. Si dejaba marchar a Anna, ¿se detendría la tormenta?

No estaba segura y tampoco sabía a quién preguntar.

Había perdido a su madre y a su padre, apartado a su gente de ella y abandonado a Olaf en su misión por romper sus propias cadenas. No quedaba nadie que pudiera ayudarla.

Elsa agachó la cabeza y comenzó a llorar.

—Mamá, papá, por favor, ayudadme.

La única voz que escuchó fue la del viento.

—¡Princesa Elsa!

Elsa abrió los ojos y se levantó tirando de sus cadenas. Alguien la estaba llamando. Era una chica. Pero no reconoció su voz.

—Princesa Elsa, ¿dónde estáis?

—¡Estoy aquí! —llamó Elsa. No parecía Gerda ni Olina, pero no le importaba quién fuera. Alguien venía en su ayuda—. ¡Seguid mi voz!

—¡Os encontré! —La chica metió la cabeza entre los barrotes y miró hacia el interior de la mazmorra.

Elsa no podía creerse lo que estaba viendo. La chica delante de ella tenía el pelo cobrizo y los ojos azules. Se miraron fijamente y los puños de Elsa comenzaron a brillar. Extrañamente, no se congelaron. El hielo se fundió sobre la marcha.

—¿Anna? —susurró Elsa olvidándose por un momento de todo lo demás.

—Sí. —Anna agarró los barrotes—. Soy Anna... Hola.

Anna no era un producto de su imaginación. No era un fantasma. Era real y estaba al otro lado de la puerta de la mazmorra. La hermana pequeña de Elsa estaba allí. ¡La maldición se había roto! Elsa comenzó a llorar.

—¿Sabes quién soy?

Anna se quedó parada un momento.

—Sí.

—¿Lo recuerdas? —Las lágrimas le corrían a Elsa por el rostro cada vez más abundantes—. Lo has recordado y me has encontrado.

—Yo... Este lugar... —La voz de Anna se fue apagando. Sacó un trozo de pergamino—. Tengo la carta de la reina.

Los puños de Elsa resplandecían ahora con más intensidad.

—¿Tienes la carta? ¿Cómo? —¡Ahora podrían leer la carta juntas!—. No importa. ¡Lo que importa es que has vuelto! Y eres... real.

—Y tú también —susurró Anna. Siguieron mirándose la una a la otra. Lo único que se oía era la tormenta rugiendo en el exterior.

Entonces, oyeron una risita.

—¡Y yo también!

Anna se agachó para levantar algo y lo sostuvo en alto frente a los barrotes. Era la cabeza de un muñeco de nieve. La cabeza mostró una gran sonrisa enseñando los dientes.

—¡Olaf! —exclamó Elsa—. ¡Estás bien!

—¡Sí! —Olaf frunció el entrecejo—. Pero he salido de tu habitación. Ya sé que no debería haberlo hecho.

—No pasa nada —rio Elsa a través de sus lágrimas.

—¡Y he encontrado a Anna! —dijo Olaf feliz—. Fuimos a buscarte junto con Kristoff y *Sven*, pero entonces Kristoff y *Sven* se marcharon y nosotros continuamos con el príncipe Hans.

—¿Hans? —La sonrisa se desvaneció de sus labios—. ¿Dónde está? —quiso saber—. ¡Anna, no puedes escucharlo!

Anna abrió la boca para responder justo en el momento en el que alguien los apartaba a ella y a Olaf de su vista.

—¡Anna! —llamó Elsa.

—¡Apartaos de mí! —oyó que gritaba Anna.

—¡No veo nada! ¡No veo nada! —gritó Olaf—. ¡Que alguien me una de nuevo a mi cuerpo!

Elsa oyó girar una llave y observó abrirse la puerta de la mazmorra. La cabeza de Olaf rodó hacia el interior de la habitación sin su cuerpo. Hans entró justo después de ella llevando a Anna como su prisionera. Tenía un corte reciente sobre el ojo derecho.

—Bueno, bueno. Qué alentador —dijo—. La reunión de dos hermanas.

—¡Déjala marchar! Ya no nos puedes hacer daño —exclamó Elsa mientras sus puños resplandecían en un color azul brillante—. ¡Lo recuerda todo!

Hans sonrió.

—¿Es eso cierto? Veamos si lo es.

Hans empujó a Anna hacia delante. Esta se chocó con Elsa y, acto seguido, se cayó de espaldas, respirando con dificultad. El hielo empezó a formarse en sus pies e inició su camino, subiendo por sus piernas.

La maldición... no se había roto.

Hans observaba la escena sin inmutarse mientras el hielo subía por el cuerpo de Anna y el pelo se le tornaba completamente blanco. Anna se estaba congelando desde el interior. Elsa tiró de las cadenas intentando huir, pero no pudo alejarse lo suficiente.

—¡Anna! —Olaf entró en pánico, su cabeza rodando hacia ella.

—¡La has matado! —gritó Elsa.

Hans no se movió.

—Exacto. —Miró a Elsa mientras Anna se retorcía de dolor en el suelo —. Tú ya te habías condenado, pero ella ha sido lo suficientemente estúpida como para ir detrás de ti. Ahora, no quedaréis ninguna de las dos y yo reinaré sobre Arendelle solo.

—¡No! —Elsa soltó un grito de agonía. Los puños empezaron a brillar de nuevo. Unos copos de nieve los envolvieron a ellos, después a las cadenas y por último cubrieron las paredes. Hans levantó la mirada sorprendido al ver que la habitación estaba llena de hielo. Elsa tiró una, dos y después una tercera vez mientras se formaban unos carámbanos en el

techo y empezaban a caer sobre ellos. Olaf trepó como pudo encima de Anna en el momento preciso en el que empezaron a caer. Hans se cubrió la cabeza con las manos.

Elsa se concentró en la ventana de la mazmorra, intentando abrir un hueco con su magia. Finalmente, las piedras explotaron y arrasaron con media pared y con sus cadenas. Los grilletes que le bloqueaban las manos se rompieron en dos y la liberaron de sus ataduras. Elsa trepó a través de la abertura en la pared y miró hacia atrás a Anna. El hielo del cuerpo estaba empezando a desvanecerse mientras Elsa corría hacia la tempestad y desaparecía.

CAPÍTULO TREINTA
Anna

Hubo una gran explosión y gritos, y después el sonido de hombres corriendo.

—¡La princesa ha escapado! —gritó alguien, pero su voz sonaba muy lejana.

Poco antes, Anna había sentido que se estaba congelando desde el interior. En el momento en el que Elsa desapareció, las náuseas disminuyeron y empezó a entrar en calor.

«Qué extraño», pensó.

«¡Haz la magia!», dijo la voz de la niña en su mente de nuevo, lo que le provocó un dolor de cabeza momentáneo. Anna intentó bloquear el recuerdo.

«¿Lo recuerdas?», había preguntado Elsa. Le había sorprendido tanto aquella pregunta que no había sabido cómo responder. Estaba claro que Elsa recordaba, pero Anna aún estaba en proceso de digerir aquellos nuevos recuerdos y la información que Hans le había dado. No podía creerse que todo fuera real; ella era la princesa perdida de Arendelle y la hija del rey Agnarr y de la reina Iduna. Pensó en el retrato que había visto de la familia real en el castillo.

Anna oyó su corazón golpearle en el pecho a la vez que empezaba a unir todas las piezas del puzle: la forma en la que Freya había perecido, las visitas infrecuentes ocultas en la oscuridad, el carruaje que la esperaba siempre fuera de la pastelería y el retrato de la reina en el castillo que se parecía de manera extraordinaria a su tía y mejor amiga de su madre.

¿Era posible que Freya y la reina fueran la misma persona?

¿Y era aquella persona su madre biológica?

Con la mirada borrosa vio cómo la cabeza de Olaf rodaba y se unía de nuevo a su cuerpo. De repente, lo vio todo claro: Freya era la reina Iduna.

El muñeco de nieve la tocó con su nariz de zanahoria.

—¿Anna? ¿Te encuentras bien?

Anna intentó incorporarse y responderle. En ese momento, alguien habló.

—¡Príncipe Hans! —Había un guardia inclinado sobre una silueta que estaba en el suelo a unos metros de ella.

—La princesa —dijo Hans con la respiración ahogada—. He intentado evitar que hiciera más intensa la tormenta, pero me ha disparado con su magia. Se... está... escapando.

—¡Mentiroso! —dijo Anna, pero su voz era débil. Poco a poco, empezaba a ver con mayor nitidez la habitación. La nieve estaba entrando a raudales en la mazmorra a través de un enorme agujero en la pared.

Hans señaló hacia Anna.

—También le ha dado a Anna. Su cuerpo entero empezó a congelarse.

Elsa no le había dado a Anna. Se había alegrado al verla. Pero ¿por qué habría huido?

«¿Elsa? ¡Despierta, despierta, despierta! —le ordenó la voz dentro de su cabeza—. ¿Hacemos un muñeco de nieve?»

Era su propia voz, hacía mucho tiempo. Los recuerdos estaban saliendo a la superficie cada vez más rápido. «Tengo que encontrar a Elsa.»

—Señores, ayuden a Anna mientras voy a por la princesa —dijo Hans.

—¡No! —gritó Anna mientras los hombres se agachaban a por ella. Entonces, vio cómo Hans avanzaba con un hombro contra el viento y desaparecía a través del agujero. Blandía su espada, dispuesto a atacar. «Va a matarla —pensó Anna—. Tengo que detenerlo»—. Estoy bien —les dijo

a los guardias—. ¡Alguien tiene que parar al príncipe Hans! ¡Va a herir a la princesa!

Los guardias la miraron confusos.

—¡Tras la princesa! —ordenó uno de los guardias y atravesó el agujero. Los demás lo siguieron.

Anna intentó levantarse, pero se sentía como si algo le hubiese golpeado con mucha fuerza. Poco a poco, se desplazó hacia la abertura en la pared.

—Tenemos que encontrar a Elsa antes de que Hans y los demás lo hagan —le dijo Anna a Olaf, pero sus palabras le sonaron raras.

—¡Oye! ¡Tienes los labios morados! —comentó Olaf.

—¿Olaf? Tienes que ayudarme a llegar a Elsa. ¡Es importante! —suplicó Anna.

Olaf sonrió con una sonrisa amplia.

—¡Vale! Estoy listo. ¡Vamos! —Emprendió la marcha delante de ella cruzando la pared.

El paso de Anna era inseguro mientras se abría camino a través de la pared y salía bajo la nieve. El viento soplaba y aullaba con violencia. No podía ver a Olaf a pesar de que este iba justo delante de ella. A su alrededor, podía escuchar cosas rechinando y cayendo. Una ráfaga de viento repentina la empujó hacia atrás. A Olaf lo elevó en el aire y le separó las tres partes del cuerpo.

—¡Continúa tú! —gritó mientras cada una de sus partes salía volando.

Anna colocó un brazo delante de la cara y avanzó contra el viento. Tenía que encontrar a Elsa antes de que fuera demasiado tarde.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO
Elsa

Elsa daba vueltas sin saber exactamente hacia dónde se dirigía. La capa le voló a la cara y la retiró.

La tormenta era tan violenta que no quedaba ya ningún sitio en el que refugiarse.

No podía volver al castillo. Era la enemiga de su pueblo y, ahora, de Anna también.

La vida de Anna aún estaba en jaque por la maldición.

La vida de Elsa estaba en ruinas.

No podía salvar a su gente de su locura.

No sabía cómo salvar a su hermana.

Estaba perdida y no sabía cómo detener aquella tormenta, por muy desesperada que estuviera por hacerlo.

Nunca había tenido más miedo ni estado más sola.

Elsa caminaba sin rumbo en aquel remolino y oscuridad, casi sin ver el barco que tenía delante de ella. «Que vengan a por mí —pensó—. Sin Anna, no me queda nada por lo que seguir luchando.»

CAPÍTULO TREINTA Y DOS
Anna

Había perdido a Olaf y no podía ver hacia dónde iba. Un barco apareció ante ella como si de un espejismo se tratara, pero no se veía a Elsa por ningún lado. Oyó un estruendo y miró con horror cómo el mástil del barco se desplomaba sobre el hielo y se rompía en pedazos lanzando enormes fragmentos de hielo volando. Anna alzó los brazos hasta la cara para protegerse.

Parecía que el mundo se estuviera acabando, pero ella no iba a permitirlo.

Había mucho por lo que vivir. Tenía un pasado que quería recordar y una hermana a la que conocer. Arendelle necesitaba a sus dos princesas. Quizá juntas pudieran traer de nuevo el sol.

Anna se encerró bien en su capa para abrigarse, pero no sirvió de nada. Sentía como si el frío se hubiese alojado en sus huesos, igual que lo había sentido estando en la habitación con Elsa. Algo estaba causando esos extraños síntomas, y no era el tiempo. Sus pálidas manos habían comenzado a congelarse y se le habían formado cristales de hielo en las muñecas y en los dedos.

«Maldición.»

¿Era eso lo que les estaba pasando a ella y a Elsa? ¿Le habían lanzado una maldición para mantenerla apartada de su hermana? ¿Era aquella la razón por la que sus padres biológicos las habían separado? Quizá la carta de la reina explicara lo que había ocurrido.

«¡La carta!»

Anna echó mano a los bolsillos de su vestido, pero la carta había desaparecido. Debía de habérsele caído del bolsillo durante la explosión y la huida de Elsa. Ahora ya no tenía nada que probara quién era ella realmente. Elsa era la única que podía ayudarla y había huido. ¿Qué pasaría si Hans la encontraba antes que ella?

Anna se resbaló en el hielo. Había demasiado y, poco a poco, ella se estaba convirtiendo en parte de él. «Por favor —suplicó a la memoria de Freya, a la memoria de su madre, para que la ayudara—. Ayúdame a encontrar a Elsa.»

En ese momento, sintió la necesidad imperiosa de volverse.

Elsa estaba hecha un ovillo en el suelo a tan solo unos metros de donde Anna se encontraba, con la cabeza entre las manos. Hans se cernía sobre ella. ¿Sabía Elsa que él estaba ahí? ¿O se había dado por vencida? «¡No, Elsa!», quiso gritar. «Yo... ahora lo recuerdo», se dio cuenta en ese momento.

Le invadió un sentimiento tan fuerte que, durante un pequeñísimo instante, notó un calor en su interior. Empezó a ver imágenes pasando por su cabeza: ella y Elsa hablando en su habitación, haciendo pasteles con su madre en la cocina, bajando corriendo por las escaleras centrales. «¡Haz la magia!», le decía una voz, y ahora se daba cuenta de que era ella misma de pequeña suplicándole a Elsa que creara más nieve. Juntas habían patinado sobre hielo en el Gran Salón y habían hecho ángeles en la nieve. ¡Habían creado a Olaf! Le maravillaba la magia de Elsa y siempre estaba queriendo que la usara. «¡Haz la magia!», se oyó suplicar de nuevo. Y, entonces, vio el momento que lo cambió todo. En su apuro por evitar que Anna cayera desde una montaña de nieve, Elsa le había dado con su magia accidentalmente. Aquel era el momento en el que ella y Elsa habían sido separadas.

¡Lo recordaba todo!

En ese momento, levantó la mirada. Hans sujetaba la espada por encima de su cabeza y estaba a punto de clavársela a Elsa justo en el corazón.

El corazón de su hermana.

Con la poca fuerza que le quedaba, Anna se lanzó hacia delante.

«¡No!», gritó Anna deslizándose delante de Elsa justo cuando la hoja empezaba a descender. Alzó una mano para frenarlo y sintió el hielo extenderse desde el pecho hasta las extremidades. Los dedos conectaron con la espada en el momento exacto en el que se congelaban e hicieron añicos la hoja. Una onda sísmica pareció emanar de su cuerpo congelado y lanzó a Hans volando hacia atrás.

Anna exhaló un último aliento que se evaporó en el aire.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES
Elsa

Las vibraciones sacudieron la tierra y sobresaltaron a Elsa, que había estado perdida en sus propios pensamientos de desesperación. La tormenta había cesado repentinamente junto con la nieve. Los copos estaban suspendidos en el aire, como si el tiempo se hubiera detenido. A Elsa le costó unos segundos darse cuenta de por qué.

«¡Anna!», gritó levantándose de un salto.

Su hermana se había convertido en hielo.

Anna parecía una estatua, preservada para siempre con una mano extendida hacia el cielo. La capa se había congelado en movimiento, como si hubiera corrido hacia Elsa para protegerla. Hans estaba tirado a unos metros de distancia con la espada junto a él. De repente, se dio cuenta: Anna había evitado que Hans le hiciera daño. Había dado su vida para salvar la de Elsa.

Elsa se acercó para tocar la cara congelada de Anna.

—Oh, Anna. No. No. Por favor, no. —Sus manos acariciaron las mejillas heladas de Anna.

La maldición se había desvanecido demasiado tarde. ¿Cómo era posible que la magia fuera tan cruel? «Anna. Dulce y preciosa Anna —pensó—. No es justo. No me dejes.»

Elsa se abalanzó sobre la estatua congelada de Anna, llorando desconsoladamente. No oyó a Olaf acercarse a su lado. Apenas reparó en el hombre rubio devastado que acababa de llegar con un reno. A través de una neblina que acompañaba a un silencio sobrenatural, le pareció ver a

lord Peterssen con un vendaje alrededor del brazo derecho, y a Gerda, Kai y Olina en un balcón del castillo, mirando desde lo lejos. Pero ¿qué importaba ya nada de eso?

Posiblemente, todo el reino se hubiera despertado de un estado de ensueño y hubiera recordado: Arendelle no tenía solo una princesa. Tenía dos. Habían encontrado a la princesa perdida solo para volverla a perder.

«Lo siento mucho, Anna —pensó Elsa mientras abrazaba a su hermana y las lágrimas le resbalaban por las mejillas—. Te quiero más que a nada en este mundo y siempre lo haré.» De repente, Elsa oyó una bocanada de aliento y sintió cómo Anna se desplomaba en sus brazos. ¡Estaba viva! Su cuerpo se había descongelado por completo. Y hasta la banda blanca de su pelo había desaparecido.

—¡Anna! —exclamó Elsa con sorpresa, mirando a su hermana a los ojos.

Anna se agarró a ella.

—Te recuerdo. Lo recuerdo todo —dijo. Y al fin pudieron abrazarse.

Cuando Elsa se separó, miró a Anna con nuevos ojos.

—Te has sacrificado por mí —le dijo con suavidad.

—Te quiero —dijo Anna, cogiendo con fuerza la mano de Elsa entre las de ella. Vio que Elsa tenía la mirada puesta en algo y se dio la vuelta—. ¡Kristoff!

—Princesa —dijo—. Realmente había una princesa Anna, y esa eres tú. No me lo puedo creer. Quiero decir, puedo, pero... ¡eres una princesa de verdad! ¿Debería hacer una reverencia? ¿Arrodillarme? No estoy seguro de lo que tengo que hacer aquí.

—¡No seas ridículo! Sigo siendo yo —le dijo Anna a Kristoff con una sonrisa y lo abrazó.

Elsa no podía creer lo que estaba escuchando. Si Kristoff sabía quién era Anna de verdad, significaba que toda Arendelle y el reino lo sabrían también. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Gran Pabbie tenía razón: solo un acto de amor verdadero puede descongelar un corazón helado —dijo Kristoff.

—El amor descongela... —repitió Elsa—. ¡Claro!

Todo ese tiempo había permitido que el miedo controlara su vida: miedo a estar sola, miedo a no encontrar a Anna nunca, miedo a destruir el reino con sus poderes. Aquel miedo la había tenido prisionera desde que descubrió la magia que tenía en su interior. Era exactamente como Gran Pabbie había dicho: necesitaba aprender a controlar su magia. Si tan solo abrazara la belleza en su vida y la magia con la que había sido bendecida —¡bendecida, que no maldecida!—, podría mover montañas.

O, como mínimo, derretir el hielo de los campos.

Elsa se quedó mirando sus manos maravillada. La respuesta había estado delante de ella todo ese tiempo.

—¡El amor!

—¿Elsa? —preguntó Anna.

Elsa intentó identificar los sentimientos que tenía en ese momento; pura alegría mezclada con el mayor amor que jamás había conocido. Tenía una hermana a la que quería intensamente. Concentrarse en ese amor y en el amor que había procesado hacia sus padres y su pueblo calmó su alma hasta ahora asustada. Era su trabajo proteger a su reino y ahora podía hacerlo.

Los pensamientos de amor hicieron crecer un hormigueo en los dedos, como el que sentía cuando utilizaba su magia. Pero, en esta ocasión, tuvo una sensación diferente en el cuerpo. Los dedos se le calentaron.

Elsa levantó las manos hacia el cielo y los copos de nieve comenzaron a elevarse del hielo debajo de sus pies. Los copos se convirtieron en agua y subieron como un géiser. Mirara en la dirección que mirara, en todo el horizonte, el hielo estaba subiendo al cielo y se estaba evaporando. El fiordo se estaba descongelando, lo que permitía que los barcos se liberaran para volver a navegar. Elsa no se había dado ni cuenta de que estaba en la

proa de uno de los navíos hasta que este comenzó a emerger del hielo con Anna, Kristoff, Olaf, el reno y ella sobre él.

El resplandor azul de sus dedos siguió avanzando y navegó por el agua hasta el pueblo. Poco a poco, las casas que habían estado casi enterradas en la nieve resurgieron. Las flores volvieron a florecer, y el campo y las montañas recuperaron todo su verdor. La gente salía de sus casas maravillada, mientras el reino se despedía del invierno para recibir el verano una vez más.

Cuando todo el hielo y la nieve se hubieron derretido, el agua resultante que había subido al cielo formó un remolino y un copo de nieve gigante. Elsa hizo un último gesto ondeando sus manos y el copo explotó produciendo una esfera luminosa. El cielo estaba azul y el sol mostró su cara de nuevo.

Anna miró a Elsa orgullosa.

—Sabía que podías hacerlo.

—Sin lugar a dudas, el día de hoy es el mejor día de mi vida —dijo Olaf. Su nevada personal era la única precipitación que quedaba a la vista.

Elsa oyó a alguien quejándose y vio a Hans agarrándose la mandíbula. Enseguida, fue hacia él. Anna la detuvo.

—No merece la pena que desperdicies tu tiempo con él —dijo Anna, y ella misma se acercó al príncipe.

Al verla, Hans contuvo el aire pasmado.

—Pero si os heló el corazón... ¡Vi cómo os convertíais en hielo!

La expresión de Anna se endureció.

—Aquí el único corazón helado que hay es el tuyo.

Se volvió para alejarse, pero se lo pensó mejor y le golpeó la mandíbula.

Hans se cayó de espaldas, dio una vuelta de campana por la borda y aterrizó en el agua.

Oyeron un vitoreo en la distancia. Elsa miró hacia el castillo y vio a Kai, Gerda y a muchos otros en el balcón. Verlos aplaudir al recibir Hans su merecido le dio la esperanza de que conocieran la verdad acerca del príncipe. No se podía confiar en él, pero tendría que asegurarse de que el pueblo de Arendelle supiese que podían poner su fe en ella una vez más.

—¡Princesa Elsa!

Elsa corrió hacia el lado del barco desde donde la estaban llamando. Un bote pequeño se acercaba a ellos tripulado por dos guardias y lord Peterssen. El bote se chocó con el lateral del barco y lord Peterssen subió a este mientras los guardias se quedaban allí para pescar a Hans. Lord Peterssen miró a Anna y después a Elsa antes de correr a abrazarlas a las dos.

Tenía los ojos rojos, como si hubiera estado llorando.

—Veros a las dos princesas de Arendelle juntas... ¡El reino recuperará la alegría! La gente inunda el castillo; ¡el reino ha salido de un profundo estado de congelación y de olvido! El verano ha vuelto gracias a vos. —Se secó los ojos y tocó a Anna en el brazo—. Nos han devuelto a nuestra princesa perdida. Es como si hubiera vivido dos vidas: una en la que estaba dormido y había olvidado quién erais, y otra en la que estabais aquí con nosotros. La maldición se ha desvanecido.

—¿Cómo sabéis lo de la maldición? —preguntó Elsa sorprendida.

Lord Peterssen sacó un trozo de pergamino del bolsillo de su chaqueta.

—Lo he leído en la carta de vuestra madre que encontré en las mazmorras cuando os escapasteis las dos. —Se la dio a Elsa—. Quería asegurarme de que la recuperarais. Las palabras sabias de una reina nunca deberían caer en el olvido.

—Gracias. —Elsa se quedó mirando la carta que había creído perdida para siempre—. Ni siquiera tuve la oportunidad de leerla antes de...

—¿De congelar el reino? —preguntó Olaf y todos se rieron.

—¿Por qué no la leemos juntas? —le preguntó Anna tocando el pergamino con emoción.

Los demás dieron un paso atrás para dejarles su espacio a las hermanas. Elsa y Anna se sentaron la una al lado de la otra en la cubierta del barco y leyeron las palabras que su madre había dejado escritas hacía mucho tiempo.

Querida Elsa:

Si estás leyendo esto, significa que ya no estamos. De lo contrario, ya tendrías conocimiento acerca de la maldición que separó a nuestra familia hace mucho tiempo. Siempre hemos querido contarte la verdad sobre lo que ocurrió aquella noche, pero Gran Pabbie —el líder de los trols cuya sabiduría buscamos para que nos ayudara— nos dijo que el hechizo se rompería algún día y que recordarías todo por ti misma.

Mientras escribo esta carta, ese día aún no ha llegado. Este es un secreto que hemos guardado durante años y ahora está oculto en tu nueva arca para asegurarnos de que un día conozcas la verdad si no estamos ya aquí para descubrírtela.

Tienes una hermana pequeña, Anna. Ella, como tú, ha vivido demasiado tiempo sin conocer la verdad. Os queremos muchísimo a ti y a tu hermana, pero las circunstancias nos obligaron a separaros. Esto será duro de escuchar, pero a ti se te fue concedido el don de la magia; una magia que te permite crear hielo y nieve. Cuando eras pequeña, tu magia tocó a Anna por accidente. Para salvar su vida, buscamos la sabiduría de los trols y viajamos al Valle de la Roca Viviente. Su líder, Gran Pabbie, pudo ayudar a Anna, pero cuando intentó borrar sus recuerdos de la magia para salvarla, te enfadaste e interferiste. Cuando tu magia conectó con la de Gran Pabbie, una maldición cayó sobre vosotras de formas diferentes. En tu caso, tu magia se volvió latente. Gran Pabbie dijo que volvería a aparecer cuando necesitaras a tu hermana más que nunca. Pero para Anna, la maldición significaba

que no pudiera estar cerca de ti, o se convertiría en hielo. Hasta que la maldición no se haya roto, tú y Anna no debéis encontraros nunca.

Sé que tendrás muchas preguntas. Me temo que demasiadas, pero has de saber que no os separamos por miedo. Hicimos lo que hicimos porque no tuvimos otra alternativa. Os queremos demasiado a las dos como para veros sufrir y Gran Pabbie nos dio una opción con la que protegeros a las dos.

Por favor, tienes que entender que cuando digo maldición *no me refiero a tus poderes. Tus poderes son un don que espero que tu padre y yo te hayamos ayudado a aprender a controlar ya.*

Entonces ¿por qué contarte esto ahora? Esta carta está escrita con el objetivo de darte esperanza. ¡No estás sola en este mundo! Eres una chica lista y con recursos, Elsa, y yo sé que encontrarás una manera de llegar a tu hermana, aunque esté fuera de tu alcance. Y Anna, con su gran corazón y alma generosa, encontrará su camino hacia ti. Aparte de vuestro padre y yo, la familia que cuida de Anna son los únicos que saben que sois hermanas. El resto de Arendelle no recuerda a su princesa perdida. Gran Pabbie también os ocultó el recuerdo de la otra para minimizar el dolor de vuestra separación. Cuando la magia se desvanezca, vuestros recuerdos volverán.

¡Ojalá os hubieseis visto de pequeñas! Uña y carne, tan inseparables que la mayoría de las mañanas nos encontrábamos con que Anna había salido de su cama para meterse en la tuya. Eras una hermana mayor maravillosa y volverás a serlo.

Encontraréis vuestro camino para reuniros de nuevo. Estoy segura. Siempre habéis sido la luz en la oscuridad de la otra.

MAMÁ Y PAPÁ.

Elsa miró a Anna. Las dos tenían lágrimas en los ojos. Se abrazaron de nuevo y no se soltaron.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO
Elsa

Hicieron falta unos días para que las aguas volvieran a su cauce en Arendelle.

Un nuevo cauce.

El pueblo dio la bienvenida a sus dos princesas perdidas con los brazos abiertos.

Elsa, arrepentida por lo que le había ocurrido a su reino por accidente, trabajó sin descanso para arreglar la situación. Y lo primero que tenía en su lista de deberes era mandar al príncipe Hans de vuelta a su reino.

—Devolveremos a este sinvergüenza a su país —le dijo a Elsa el capitán de uno de los barcos en el muelle—. Veremos qué piensan sobre su comportamiento sus doce hermanos mayores.

—Elsa, por favor, permitidme que solucione las cosas entre nosotros —suplicó Hans mientras lo llevaban al barco. Mostró una sonrisa de arrepentimiento—. ¿Podemos hablar?

—Oh, creo que ya hemos hablado suficiente —le respondió Elsa—. Pero ¿quién sabe? Puede que tus doce hermanos estén dispuestos a escucharte después de leer mi carta. —Llevaba una carta en la mano que le dio al capitán del barco—. En ella les cuento todo lo que ha sucedido aquí. A lo mejor puedes convencerlos de que no te metan en las mazmorras. —La expresión de Hans se congeló—. Disfruta de las Islas del Sur, príncipe Hans.

El capitán empujó a Hans a bordo del barco. En ese momento, Elsa deseó no volver a verlo jamás.

El duque de Weselton, sin embargo, protestó más.

—¡Esto es inaceptable! —Elsa oyó que gritaba el duque mientras lo conducían al barco junto a sus hombres—. ¡Soy una víctima del terror! —añadió—. Me han traumatizado y... ¡aaay! ¡Mi cuello! ¿Podría ver a un médico?

—Podréis ir a ver a uno cuando lleguéis a casa —le dijo Elsa sintiéndose satisfecha—. A partir de ahora y por siempre jamás, Arendelle no volverá a hacer negocios de ningún tipo con «Weaseltown».

—¡Es Weselton! —gritó el duque mientras se lo llevaban—. ¡Weselton!

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO
Anna

Mientras Elsa se preparaba para su nueva coronación y se encargaba de solucionar cuestiones en el reino, Anna cogió unos días para viajar a su pueblo, a casa, y visitar a sus padres. Kristoff la acompañó y se sorprendió ante el hecho de que la gente del pueblo estuviera tan entusiasmada de verle a él como de ver a la princesa Anna. Los dos pasaron una larga noche frente a la hoguera relatando su viaje y hablando sobre la maldición que había separado a las princesas. Pero, sobre todo, se maravillaban con la lealtad con la que Tomally y Johan habían guardado el secreto del rey y la reina. Cuando se hubo consumido el fuego, la gente se retiró a sus casas y Kristoff y *Sven* se dirigieron al granero. —Kristoff dijo que estaba más cómodo allí—. Entonces, Anna se sentó con sus padres adoptivos en su sala de estar y escuchó la historia de cómo había llegado a la entrada de su casa. Sus padres no estaban seguros de si la había besado un trol, pero lo que sí que sabían era que los trols habían tenido un papel muy importante en su viaje.

—Dejarte conmigo fue lo más duro que tuvieron que hacer tu madre y tu padre en su vida, pero lo hicieron por amor —le contó su madre—. Nos confiaron la tarea de mantenerte a salvo hasta que llegara el momento de que os volvierais a reunir todos.

—Ella empezó a pensar que aquel día nunca llegaría —añadió su padre —. Yo siempre mantuve viva la esperanza de que os reuniríais. Pero, entonces...

—El rey y la reina fallecieron en el mar —concluyó la frase Anna.

Aceptar lo que les había ocurrido a sus padres le llevaría tiempo. Saber que había perdido tantos años con ellos era doloroso, pero entonces se recordó que había tenido a su madre en su vida sin ni siquiera darse cuenta de ello. «Freya» la había querido intensamente, así como Tomally y Johan. Su vida había sido bendecida de muchas maneras. Y descubrir la alegría en sus historias compartidas era lo que mantendría las lágrimas a raya.

—Entonces ¿de verdad me estáis diciendo que en todos esos años en los que «Freya» vino de visita, nunca nadie se dio cuenta de que en verdad era la reina? —preguntó Anna a sus padres.

Su madre se rio.

—En una ocasión, el señor Larson entró en la tienda estando ella aquí y, de hecho, hizo una reverencia porque estaba seguro de que se trataba de la reina, pero tu padre lo convenció de que no lo era.

—Le dije que era una prima lejana con muy mal aliento —contó su padre—. ¡Aquello hizo que se marchara!

Los tres se rieron a carcajadas y Anna supo sin un ápice de duda que aquellos eran sus padres de verdad en todos los sentidos de la palabra. Qué afortunada era de haber tenido cuatro padres que la amaran tanto como para liberarla.

Anna se fue del pueblo con la promesa de regresar y hablar de la visita de sus padres al castillo.

—No nos perderíamos la coronación de tu hermana por nada del mundo —dijo su madre abrazándola muy fuerte antes de dejarla marchar con Kristoff, que esperaba para llevarla a casa. Era agradable verlo sin su ropa para la nieve, que había cambiado por una camisa verdiazulada y un chaleco negro. Su cabello rubio brillaba a la luz del sol.

Hogar.

Le resultaba extraño utilizar esa palabra para referirse a un lugar en el que no había vivido desde que era una niña, pero el castillo le resultaba más familiar de lo que hubiera esperado. Pronto redescubrió la

distribución del castillo y se familiarizó de nuevo con su habitación y el resto de las estancias, e incluso visitó a su vieja amiga Juana en la galería de los retratos. La verdad era que su hogar estaba donde se encontrara Elsa.

Solo esperaba que otra persona también estuviera cómoda quedándose cerca.

—¡Bueno, hemos llegado! —dijo Anna.

—Ahora ¿puedes quitarme ya la venda de los ojos? —gruñó Kristoff.

Había pasado la última media hora del viaje de vuelta al reino sin poder ver nada. Anna no quería arruinar la sorpresa, así que había insistido en que le dejara a ella llevar las riendas. Ahora estaban delante de la costa.

—¡Sí! —Le quitó la venda—. ¡Tachán! Te he conseguido un nuevo trineo para sustituir el que acabó destrozado.

Kristoff se quedó boquiabierto.

—¿En serio?

Anna chilló entusiasmada.

—¡Sí! Y es el último modelo.

No era un simple trineo. Era un trineo a la última moda y hecho a mano, con tanto barniz que Kristoff no tendría que volver a pulirlo con saliva nunca más. *Sven* se colocó delante de él como si lo hubiese fabricado él. Anna lo había envuelto con un lazo y había dejado un laúd en el asiento. También había un saco en la parte trasera del trineo con un pico, cuerda y todo lo que recordaba que había perdido Kristoff.

—No puedo aceptarlo —dijo Kristoff sonrojándose.

—¡No se admiten cambios ni devoluciones! Son órdenes de la futura reina Elsa. Te ha nombrado proveedor oficial de hielo del reino de Arendelle.

Señaló una medalla plateada y reluciente que colgaba del cuello de *Sven*.

Kristoff dijo en tono burlón:

—Eso no existe.

—¡Claro que existe! —respondió Anna. Puede que fuera la conexión entre hermanas, pero Elsa sabía lo mucho que Anna quería que Kristoff estuviera cerca—. Y —continuó intentando que la oferta fuera aún más atractiva— hasta tiene un posavasos. ¿Te gusta?

—¿Gustarme? —Kristoff cogió a Anna y la lanzó por los aires—. ¡Me encanta! Ahora mismo hasta te besaría. —Rápidamente la dejó en el suelo y se pasó una mano por el pelo—. Querría. Me gustaría. ¿Podría? ¿Ambos? A ver, ¿puedo? Pero ¿qué digo?

Anna se inclinó hacia delante y besó a Kristoff en la mejilla.

—Podemos, sí.

Kristoff no dudó más. Cogió a Anna entre sus brazos y la besó de la forma en la que Anna siempre se había imaginado que lo haría. Anna rodeó su cuello con sus brazos y lo besó también.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS
Anna y Elsa

Después de la tormenta, sale el sol.

Arendelle tenía un nuevo comienzo y la gente no podía esperar a celebrar el renacimiento del reino. Los aldeanos inundaron el castillo para celebrar no solo la coronación de Elsa, sino que habían recuperado a su princesa perdida. Anna les había sido devuelta. Después de tanta tristeza, la alegría abundaba en Arendelle. La silueta de las princesas estaba en las banderas que colgaban de cada poste del reino.

Y, cuando al fin llegó el momento de que Elsa se pusiera delante del obispo para aceptar su corona, Anna estaba exactamente donde tenía que estar: justo al lado de Elsa.

—¡Reina Elsa de Arendelle! —declaró el obispo al presentarla al pueblo en la capilla.

Elsa resplandecía de orgullo mientras sujetaba el orbe y el cetro en sus manos. No sintió ningún hormigueo en los dedos, ni tampoco miedo. Sabía que su propósito era el de servir a su pueblo y lo haría con cada fibra de su ser.

Tras la ceremonia, hubo un banquete en el Gran Salón con una fuente enorme de chocolate y una hermosa tarta. Hubo bailes, risas y júbilo. El propio castillo parecía irradiar alegría. Durante demasiado tiempo, el castillo había vivido en pena. Y ahora volvía a recuperar la alegría de verdad.

Mientras los aldeanos disfrutaban de la compañía los unos de los otros, Elsa y Anna se escabulleron hacia la entrada del castillo y se quedaron

observando el retrato de la familia que habían recuperado. Aquel en el que aparecían el rey, la reina, Elsa y Anna había vuelto al lugar de honor que le correspondía. El señor Ludenburg ya había anunciado que crearía una nueva escultura completa para la fuente del patio del castillo que reflejara una familia de cuatro.

—Cuéntame algo sobre ellos que no sepa —dijo Anna enlazando un brazo con el de Elsa.

Cada día, Anna le hacía ese tipo de preguntas a Elsa, y a ella le encantaba responderlas. Las dos se quedaban despiertas hasta altas horas de la noche, sentadas en la cama de la otra y hablando de todo lo que pudieran imaginar.

—Les encantaban los dulces tanto como a nosotras —contó mientras volvían andando hacia la fiesta—. En concreto las «krumkaker».

Anna sonrió.

—¡Me acuerdo de haberlas hecho! Tú siempre te comías la mitad de la masa antes de que la señorita Olina pudiera hornearla.

—¡Esa eras tú! —dijo Elsa acusándola y riéndose.

—A lo mejor era mamá —dijo Anna, pero también estaba riéndose.

Kristoff y Olaf observaban sonriendo a las hermanas desde la entrada.

Parecía que nadie quería que la fiesta acabara, así que no lo hizo. Por lo menos, no durante un largo rato. Pero cuando subió la temperatura en la sala donde se hacía el banquete, Elsa supo exactamente qué hacer para refrescarlos. Entonces, los juntó a todos fuera del castillo.

—¿Estáis preparados? —preguntó Elsa a la multitud.

Sus vítores y aplausos le indicaron todo lo que tenía que saber.

Ya no sentía que su magia fuera grilletes. Era, realmente, un don, como le había dicho siempre su madre, y ahora lo usaba con alegría en lugar de con miedo.

Elsa dio unas pataditas con el pie en el suelo del patio. Una sábana de hielo cubrió lentamente la plaza. A continuación, alzó las manos al cielo e

hizo que cayeran copos de nieve. En una noche de verano tan calurosa como aquella, una fiesta con una pista de hielo improvisada era el regalo perfecto.

La gente patinaba sobre la plaza, disfrutando de la magia que se había guardado para ella durante tanto tiempo. Anna se deslizó hasta su lado.

—¡Qué divertido es esto! —dijo su hermana sonriendo—. Estoy tan feliz de estar aquí contigo.

Elsa sostuvo su brazo con fuerza.

—Nunca más volveremos a separarnos —prometió. Entonces, transformó los zapatos de Anna en un elegante par de patines de hielo.

—Oh, Elsa. Son preciosos, pero no tengo ni idea de patinar —dijo Anna.

Elsa la cogió por los brazos y se deslizaron juntas por el hielo.

—¡Venga! —dijo animando a su hermana pequeña—. ¡Aprenderás! —Las dos comenzaron a reír a la vez que daban vueltas alrededor de la fuente del patio.

—¡Ya lo tengo! ¡Ya lo tengo! ¡Ahora no lo tengo! —se rio Anna resbalándose.

—¡Cuidado! ¡Reno patinando! —exclamó Kristoff al pasar por su lado con *Sven*.

—¡Hola, chicas! —Olaf se unió a ellos en la pista—. ¡Desliza y gira! ¡Desliza y gira! —aconsejó mientras se agarraba a la capa de Elsa y las acompañaba a dar una vuelta por la plaza.

Elsa sonrió con el corazón lleno de felicidad y la mente en un lugar maravilloso. Su gente estaba feliz. Ella estaba contenta. Y su hermana la quería mucho mucho. Una hermana que, finalmente, había recuperado. Las cosas eran tal y como tenían que ser.

Frozen. Un giro inesperado
Disney

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© 2019 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados

© de la traducción: Aida Reina, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2019

ISBN: 978-84-9951-952-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta